K U R T L A N G E

P I R Á M I D E S E S F I N G E S F A R A O N E S

Los maravillosos secretos de una gran civilización

EDICIONES DESTINO - BARCELONA

L i b e r a l o s L i b r o s

Indice

INTRODUCCIÓN.....3

TRAS LAS HUELLAS DEL HOMBRE PRIMITIVO.....7

HABLAN LAS PIRÁMIDES.....30

EL ENIGMA DE LA ESFINGE.....55

LOS ANIMALES SAGRADOS.....76

LA TUMBA, APOSENTO DE GALA.....94

EL FABULOSO PASADO DEL MARAVILLOSO VALLE DE LOS REYES.....114

EL SECRETO DE LAS MOMIAS.....137

CONJUROS Y AMULETOS.....156

DE BESTIA A DIOS: EL ESCARABAJO SAGRADO.....177

MARAVILLAS TÉCNICAS DEL ANTIGUO EGIPTO.....200

CON LOS FALSIFICADORES DE DIRÁ ABU'N-NAGA.....221

ROSTROS DE FARAONES.....239

LAS GRANDES REINAS.....263

CARTAS ETERNAS.....287

LA TUMBA DE ALEJANDRO MAGNO.....306

EL TESORO INAGOTABLE.....324

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS NOMBRES QUE FIGURAN EN EL MAPA ADJUNTO.....341

DIVINIDADES Y ANIMALES SAGRADOS DEL ANTIGUO EGIPTO.....343

TABLA CRONOLÓGICA DE LA HISTORIA DE EGIPTO.....350

BIBLIOGRAFÍA.....358

DESCRIPCIÓN DE LAS FIGURAS.....362

INTRODUCCIÓN

Ahora hablaré mucho más extensamente de Egipto, porque encierra muchas maravillas, y, mucho más que las de cualquier otro país, sus obras desafían toda descripción.

HERÓDOTO, *11, 25.*

NUESTROS abuelos consideraban a Egipto como el país maravilloso por antonomasia, abundando así en la opinión del padre de la historia. ¿Seguimos nosotros pensando como ellos o hemos cambiado de parecer? ¿Puede Egipto seguir ostentando tal título en este siglo XX que ha sido testigo mimado de tan grandes progresos técnicos de una especie verdaderamente asombrosa; en un siglo que por ende muestra un sereno escepticismo ante la grandeza de la historia antigua?

En este libro se procurará responder adecuadamente a estas preguntas y demostrar que los resultados de las investigaciones realizadas, con tanta tenacidad como éxito, por la mayor parte de las naciones civilizadas, en el Valle del Nilo, en modo alguno le han arrebatado esta aureola mágica, y que el asombro y la admiración ante la obra colosal del Antiguo Egipto no han ido sino en aumento.

La antigua concepción romántica de Egipto ha cedido paso a una imagen más completa y exacta del país. Al mismo tiempo que la ciencia se esmeraba en desvanecer el aura legendaria con que la fantasía de la posteridad había rodeado a Egipto y su obra, destruyendo así las ilusiones firmemente arraigadas desde hacía siglos, y nos presentaba a los egipcios de la antigüedad como eran en realidad, o sea en un todo semejantes a los demás mortales — y sólo así se concibe que los egipcios, que dotaban a sus muertos de "moradas eternas", acostumbrasen a saquear tales moradas poco después de la ceremonia funeraria — la arqueología ha contribuido, no obstante, a inspirarnos mayor admiración y más profundo respeto por el genio estético y moral de aquel gran pueblo. El desciframiento de los jeroglíficos, la reconstitución de la historia del arte y de la cultura de Egipto no han hecho disminuir el encanto, la atracción y el misterio del país, sino que, por el contrario, han contribuido a ponerlos más en evidencia.

No queremos ocultar que en este libro se pretende demostrar, sin lugar a dudas, que la "Historia antigua" es algo extraordinariamente sugestivo y apasionante; algo cuya intensidad deja pequeñas las creaciones de la misma imaginación poética. Precisamente vemos que los mayores genios de la humanidad se han inspirado siempre en los grandes temas de la historia, de modo tal que a ésta se debe en gran parte la celebridad de aquéllos.

Es a partir de la substancia viva de la historia — y no de una simple colección árida de fechas o de una mera enumeración de los grandes eventos — que debe orientarse su estudio para revivirla en toda su intensidad y con provecho para unos y otros. Quien fuere insensible al dinamismo grandioso que rezuma la historia, jamás logrará entusiasmar con ella a los demás.

Por regla general el erudito alemán no pretende despertar el entusiasmo del público hacia su obra, ante el temor de que con ello pudiere poner en entredicho la facultad soberana de la crítica, puesto que el progreso de la ciencia reposa, precisamente, en la crítica ejercida sin contemplaciones.

Raramente coexisten en nosotros un corazón ardiente y una mente fría, esta mezcla tan alabada por Nietzsche, quien para ella acuñó la intraducible expresión de "Brausewind und Erlöser", algo así como "Vehemencia y Serenidad".

Los sabios ingleses y los americanos son más comunicativos, porque están acostumbrados a la propaganda de sus ideas y saben expresar llanamente sus conceptos sin por ello desmerecer en lo más mínimo. La excesiva sobriedad académica puede ser causa de que el gran público viva al margen de la cuestión y no siempre llegue a comprender bien la necesidad de ciertas investigaciones. Entre el sabio y el vulgo cabe tender un puente.

No debe menospreciarse el papel importantísimo que desempeña entre uno y otro el intermediario científico y consciente de su responsabilidad en relación con aquellos escrúpulos que se enfrentan con una especialización exagerada y unilateral.

Los dieciséis capítulos que siguen son el resultado de un cuarto de siglo de intensas investigaciones sobre el Antiguo Egipto, no sólo

mentalmente en la quietud del gabinete de trabajo, sino también y sobre todo mediante el contacto directo con la realidad práctica de las innumerables antigüedades que pasaron por mis manos.

Este libro es el fruto de cuatro inviernos pasados en el Valle del Nilo, en El Cairo, en el Alto y en el Medio Egipto y de la intimidad adquirida en el manejo de los documentos y objetos depositados en muchos museos y en colecciones particulares, aun cuando a veces parezca que tenga como única finalidad la de distraer al lector.

El que leyere se dará pronto cuenta de cómo el estudio continuo realizado por el autor no ha disminuido en él la facultad de asombrarse, lo cual, según Goethe, es el máximo a que el hombre puede aspirar en este mundo.

Es imposible expresar con palabras cuanto debo a los Institutos arqueológicos, a los tratados especializados, a tantos eruditos amigos diseminados en todo el mundo y a los colaboradores benévolos con cuya ayuda he podido redactar e ilustrar este libro. Sin embargo, no debo dejar de mencionar cuán útiles me han sido los libros: *Mil años a orillas del Nilo,* de W. Schubart: *La época de las Pirámides,* de H. Junker, y *Cancionero amoroso del antiguo Egipto,* de S. Schott.

En principio el arqueólogo no busca oro ni sueña con desenterrar tesoros. Sus hallazgos, cuando la suerte le sonríe, no le enriquecen a él, sino al acervo común de la vida cultural de la humanidad. Raramente le mima el destino, y cuando le halaga suele costarle muy caro. Casi todos sus objetivos carecen de interés para la gran mayoría de sus contemporáneos y puede que durante varios lustros, año tras año, no haga sino desplazar de un sitio para otro masas ingentes de arena y de escombros, las más de las veces sin provecho alguno y sin resultado apreciable. Y si un día el milagro esperado se realiza, entonces una gran responsabilidad le abruma y le oprime como las garras de una arpía, e inopinadamente debe enfrentarse con tareas superiores a sus fuerzas, con problemas cuya solución definitiva exigiría el trabajo de toda su vida. He aquí lo que aniquila su resistencia, estas tareas y estos problemas, y no la misteriosa maldición de los faraones, ni el veneno sutil de los insectos míticos de las tumbas antiguas.

El mundo científico no acostumbra a dar demasiada importancia a

las emociones personales de los investigadores, por profundas y agotadoras que sean.

El verdadero arqueólogo se siente oprimido, como si temiera que le tomen por un charlatán cuando de improviso se entera de que sus hallazgos han trascendido al gran público. Howard Carter abrió la tumba de Tutankamon presa de una emoción "a duras penas contenible", pero que con todo logró dominar.

Séanos permitido en estas páginas dar rienda suelta a nuestra emoción ante el milagro que supone el que podamos sorprender al artesano del paleolítico en su propio taller de antaño, admirar el servicio de mesa del cortesano de la segunda dinastía egipcia enterrado 2.700 años antes de Jesucristo, escuchar el susurro de las plegarias de los sacerdotes de las pirámides y poder contemplar cara a cara a tantos faraones famosos. Nada hay tan fantástico como la misma realidad.

Se dice que el camino más corto para llegar a uno mismo da la vuelta a la tierra. Esto debe comprenderse bien. Actualmente puede darse cómodamente la vuelta al mundo y a pesar de ello regresar espiritualmente tan pobre como cuando se emprendió el viaje.

El camino más corto para comprenderse a sí mismo pasa a través del conocimiento de las grandes civilizaciones sumergidas hace siglos, pero todavía influyentes, puesto que sobre ellas descansa la nuestra.

KURT LANGE

Oberstdorf en Allgäu, verano 1952.

TRAS LAS HUELLAS DEL HOMBRE PRIMITIVO

EL hombre primitivo tenía su taller en las alturas de Tebas, diez mil o quizás incluso cíen mil años antes de que los faraones fuesen llevados con toda solemnidad a sus tumbas erigidas en aquel horno ardiente enclavado en un paisaje árido y petrificado. En los albores de la vida de la humanidad, su sombra erraba por estos lugares y sus píes tropezaban con los guijarros de esta cadena de colinas hoy desiertas. Aquí se acurrucaba para acariciar y pulir con mano diestra, si era necesario, el tosco pedernal que fue la primera arma y la primera herramienta de la horda prehistórica, del primer artesano.

¿Qué aspecto tendría? ¿Cuál era su morada, o mejor dicho su guarida? ¿Enterraba ya a sus muertos y dónde? ¿Cuántos siglos transcurrieron desde aquellos tiempos hasta los inicios de la civilización egipcia propiamente dicha? Como la historia no puede sacarnos de dudas, forzosamente tenemos que recurrir al geólogo.

De todo cuanto produjo y realizó el hombre del paleolítico a orillas del vasto lago que en aquellos tiempos remotos debió de ocupar todo el desierto de Tebaida, solamente las herramientas de piedra nos hablan de sus habilidades, pero lo hacen, eso sí, con gran elocuencia.

Jamás olvidaré la emoción que me embargó cuando por primera vez di con algunas de ellas en el curso de mis correrías. El mes de enero del Alto Egipcio inundaba el rudo paisaje con el reflejo de aquel incomparable frescor paradisíaco, cuyo recuerdo nostálgico queda prendido toda la vida en la mente de quien lo haya experimentado alguna vez.

Habíamos abandonado Kurna al rayar el alba y estábamos trepando, sin grandes dificultades, por las laderas pedregosas que dominan la cúspide de "el Qorn", imponente pirámide natural que señala el límite del cementerio real. A semejanza de los colores de una deslumbrante bandera desplegada al viento, el amarillo rojizo de las alturas alternaba con el verde de los sembrados de la llanura fértil y con el azul profundo del cielo.

No ignoraba que el gran arqueólogo Georg Schweinfurth había logrado reunir una rica colección de objetos de la industria paleolítica

en el curso de sus investigaciones en las llamadas "terrazas diluviales" y que, luego de cuidadosa clasificación, los había distribuido generosamente entre numerosos museos.

Los conservadores de los museos no siempre sabían qué cara poner ni qué hacer con tales regalos, ni cómo catalogar aquellos hallazgos toscos y deformes, pues era en verdad difícil imaginar que algún día pudieran haber estado en contacto directo con el hombre o que hubieran tenido algo en común con él. Sobre todo los "eolitos" groseros, que tenían toda la apariencia de pedruscos desintegrados en un proceso natural a través de los siglos, parecían suscitar el escepticismo de los profanos.

Más tarde, empero, fueron encontrándose objetos semejantes en otras regiones de Egipto y la ciencia acabó por dar la razón al precursor, hasta el punto que en la actualidad las excavaciones de la Tebaida se consideran como clásicas en su género, y ya nadie cree que se trate de meros caprichos de la Naturaleza.

De modo que consciente de la importancia histórica del terreno que hollaba, iba atentamente de un lado para otro siguiendo aquellas laderas arrugadas, en las que las erosiones y el tiempo han dejado su impronta salvaje, y que como garras peladas de esfinges gigantescas avanzan por entre los sembrados de la llanura, cuando de repente, como herido por el rayo, quedé viendo visiones al contemplar ante mí el primer testimonio irrecusable de la existencia de la vida humana prehistórica.

¡Se trataba de una verdadera hacha de mano! Consistía únicamente en una piedra del tamaño de la mano, muy oscura como todas las demás que la rodeaban, y sobre las que pasaron indiferentes, milenio tras milenio, el calor tórrido y el frío glacial, la sequía mortal y el rocío de gotas pesadas y oleosas; los días y las noches que son como las agujas continuamente en movimiento del fantástico reloj del mundo.

No era más que una simple piedra y sin embargo se trataba nada menos que del monumento más venerable de la inteligencia humana.

Pues, contrariamente a los guijarros y pedruscos que cubrían el suelo por doquier, a esta piedra se le había dado una forma

determinada. La voluntad que en tiempos remotos había desbastado la piedra y la había transformado en herramienta se reflejaba todavía en ella. Su aspecto no podía parecer más insólito y más semejante al de su forma anónima primitiva pero, sin embargo, era evidente que se había intentado convertir aquel bloque corriente en un instrumento de posible utilización para golpear, hender, perforar y cortar. La parte redondeada en contacto con la palma de la mano no había sido trabajada y conservaba todavía la basta superficie original. Se advertía, mejor dicho se adivinaba, que las aristas de este tosco sílex en forma de almendra habían sido sometidas por ambos lados a una serie de golpes duros y metódicos a fin de darles la forma apropiada, afilando el tajo destinado al ataque hasta transformarlo hábilmente en un gran diente ofensivo, macizo y temible.

Podemos fácilmente imaginarnos el orgullo y la satisfacción de aquel ser primitivo de forma humana, cuyo origen sigue siéndonos un enigma, cuando aquel semi-salvaje de las hordas errantes consiguió, gracias a su inteligencia todavía en ciernes, completar de este modo la acción de sus colmillos y de sus garras. Ahora su cerebro obtuso ya podía continuar desarrollándose dentro del cráneo ya que sus mandíbulas tenían que trabajar menos, desde el momento en que empuñó un arma, multiplicando su capacidad de defensa y de ataque contra los animales de rapiña y salvajes y asimismo contra los enemigos de su propia especie.

Recuerdo que me senté junto a mi hallazgo, como para tomar bien posesión del mismo, y miré pensativo en torno mío.

En lo alto, aves de rapiña manchaban en su vuelo el azul del cielo, oteando el paisaje a mi alrededor, anhelosas de descubrir alguna presa terrestre con que llenar el buche, y mucho más por encima de aquellos pajarracos, el sol divino de los faraones desplegaba en abanico sus rayos deslumbrantes a través del espacio infinito.

Sus ardores tostaban literalmente cuanto estaba a su alcance, pero sin abrasarlo, pues una ligera brisa suave y refrescante soplaba sin cesar sobre las alturas desiertas cortadas por los surcos desnudos de los senderos.

Y, a lo lejos, entre los cultivos, se vislumbraba la imponente pareja que forman los colosos de Memnón, señoreando majestuosamente

hacia oriente. El templo funerario del gran Ramsés, con el pílono, la hipóstila y el santuario marcaba el límite entre los campos fecundos y habitados y las dunas movedizas, acribilladas de tumbas, del desierto inerte.

Parecía oírse de vez en cuando el chirrido de los malacates en acción, esparcidos por los campos, o tal vez no era sino el eco lejano de los cantos de los zagales que tenían por misión excitar a los bueyes al trabajo.

El gran río extendía sus meandros rutilantes por la inmensidad de la Tebaida, por esa llanura feliz y bendita que para los iniciados constituye la verdadera cuna de la especie humana.

En la extremidad del Valle de los Reyes empezaron a moverse los primeros puntos de color. A pie, en autocares y otros medios de locomoción, en asnos y a caballo, avanzaban como todos los días, ávidas de emoción, las caravanas de turistas que los taimados dragomanes conducían hacia los laberintos subterráneos.

¡Cuánto más precioso y más lleno de misterio que todas aquellas visiones de oscuras galerías me parecía mi insignificante hallazgo! A partir de entonces empezó la prospección metódica de aquellos lugares. A mi primer hallazgo se añadieron bien pronto muchos más, entre ellos un rascador redondeado, con señales evidentes de haber sido retocado en los bordes; un granzón con huellas de golpes en toda su longitud; una raedera basta de forma triangular y, además, toda una serie de fragmentos de pedernales cuya condición de productos de la industria humana era más bien hipotética. Por primera vez me di cuenta de las enormes dificultades con que tropieza el arqueólogo para la clasificación adecuada de sus hallazgos, y de la responsabilidad que le incumbe en su certera interpretación, puesto que es ésta muchas veces lo que les da valor, y de ello depende que luego pasen o no a los demás investigadores para su ulterior estudio definitivo.

Ante mí tenía utensilios y herramientas de forma y de fabricación totalmente distintas, es decir, que en opinión de los entendidos, debieron de pertenecer a capas y niveles completamente diferentes de la civilización humana e incluso a razas heterogéneas.

El granzón, bastamente labrado en forma de hacha de mano, lin-

daba con un canto fluvial provisto de una prominencia de percusión bien visible, un núcleo prismático del que se habían desprendido metódicamente toda una serie de lascas en forma de cuchillas. Y yo me pregunté: Todos estos objetos que yacían en la superficie ¿habrían sido enterrados antiguamente en capas cuya sucesión ofrecía un sentido cronológico? ¿Debía clasificarse a tenor de un orden de sucesión lo que se presentaba como una mezcla desordenada y confusa a mi vista? Cabía la posibilidad de que las lluvias y la erosión desde tiempo inmemorial hubiesen hermanado todos aquellos objetos, los cuales, por otra parte, podían muy bien proceder también de las alturas y haberse luego acumulado al pie de las colinas como consecuencia lógica de algún desprendimiento del terreno. Tanto en un caso como en otro, quedaría por explicar satisfactoriamente la gran abundancia de tales hallazgos en un espacio relativamente reducido. Acaso el hombre prehistórico no tuviera aquí solamente su taller, sino que en este terreno que yo pisaba se habían establecido verdaderas aglomeraciones humanas. Pero en este caso yo me preguntaba: ¿Por qué habían emigrado? De que habían abandonado el país no puede caber la menor duda, puesto que en estas terrazas diluviales no aparece indicio alguno de trabajo manual desde el paleolítico superior, pasando por el corto mesolítico y todo el verdadero neolítico. O sea que hay un hiatus, un vacío grandioso hasta el amanecer de la civilización histórica en este paisaje.

Presa de un gran entusiasmo proseguí febrilmente mis investigaciones, y ante el santo temor de pasar por alto algún objeto interesante, no dejé sin examinar cuidadosamente ni un sólo cascajo cuya apariencia pudiera alentar mis esperanzas.

Una especie de delirio se había apoderado de mí, y después de muchas horas de tensión nerviosa tuve por fin que abandonar la empresa literalmente agotado. Mi visión ya no era certera como antes y en todas partes creía ver huellas de la industria humana, cuando las más de las veces no era sino el resultado lógico del roce de unas piedras con otras o de la quebradura de los guijarros por el calor. Cuando intentaba conciliar el sueño veía desfilar ante mis ojos todos los detalles de un terreno pródigo en falaces apariencias.

Aquel mismo día, ya muy tarde, cuando con mi preciosa carga bajaba con el crepúsculo hacia el Valle de las Reinas, el azar me jugó una de sus tretas. A la luz incierta del día moribundo distinguí

claramente a escasa distancia ante mí al dios Anubis con cuerpo de hombre y cabeza de chacal, que según la mitología egipcia era el guardián de las tumbas y de los embalsamamientos, el mentor de la momias faraónicas. Es la única vez que le vi en carne y hueso en el lugar donde antiguamente ejerciera sus actividades. Con el largo hocico tendido hacia delante al acecho, las orejas levantadas, las piernas esbeltas y flaco el cuerpo se parecía extraordinariamente al signo jeroglífico con que en los grabados arcaicos se designa al juez. Imposible imaginar un mejor epílogo faraónico a mis investigaciones prehistóricas y todo hacía creer que tenía ante mí la inesperada visión de ese mundo misterioso y subterráneo cuya máxima expresión habían sido las "moradas eternas" de aquella montaña funeraria.

Cuando el ágil guardián del averno me divisó escurrióse rápidamente como una sombra talud abajo, desapareciendo detrás de un montón de escombros, como si lo hubiese tragado la tierra. No logré darle alcance ni descubrir su escondite. Como un espectro se habría reintegrado al averno cuyos secretos él mejor que nadie conocía.

Cuando por los alrededores de aquellos montes sepulcrales corrió la voz que los nuevos huéspedes del campamento de investigaciones arqueológicas se volvían locos por la adquisición de objetos prehistóricos, sucedió algo extraordinario. Fuimos literalmente anegados en una cantidad ingente de material, como ni en sueños hubiéramos podido imaginar que existiera. La procesión — que no parecía otra cosa — empezó por la mañana temprano. Cuando consecuentes de nuestra alta misión, siempre codiciosos de nuevos descubrimientos que imaginábamos a la vuelta del camino, llevando todavía en nosotros el aroma de la bebida con que habíamos refrescado los labios, aparecimos en el umbral de la puerta de nuestra vivienda, bajo un sol radiante que ya deslumbraba pese a la hora mañanera, se abalanzó sobre nosotros un grupo pintoresco y abigarrado de indígenas bronceados, excitados como si les hubiera picado un escorpión. En medio de una nube de polvo que olía a ajo y exhalaba otras fragancias menos fáciles de reconocer, se tendían hacia nosotros manos mugrientas y apergaminadas para ofrecernos pañuelos, fardos y cestos llenos de trozos de sílex y otros objetos de piedra de todas formas y de todos los colores. En un principio nos consideramos como muy afortunados ante aquella espontánea colaboración tan eficaz y

decidida en pro de nuestros intereses, pero pronto nos dimos cuenta de cuán exagerado era pagar sobre el terreno a los batidores aficionados media libra esterlina o egipcia por una cabeza de martillo o por una simple raedera, o un hacha de mano tallada en forma amigdaloide.

Entre los objetos ofrecidos los había algunos en verdad muy bellos y mucho más interesantes y característicos que los que nosotros habíamos descubierto. Escogimos los más perfectos y los pagamos bien, pero no sin regatear un poco — siguiendo la tradición del país — sólo para no dar la sensación de que nos dejábamos tomar el pelo, y con mucho gusto hubiéramos regresado a casita para examinar a placer los detalles del tajo y del labrado de las piedras adquiridas. Tal como se presentaba entonces la situación, ya no valía la pena que siguiéramos perdiendo nosotros un tiempo precioso excavando a la intemperie, y nuestra colección fue aumentando rápidamente en la misma proporción que los fondos disminuían. ¡Y vaya si disminuyeron rápidamente! Lo cierto es que la calidad de las ofertas era una tentación imposible de resistir. Ninguno de nosotros había podido soñar, ni por asomo, ver juntos tal cantidad de objetos y de tan diferentes tipos. ¿Nos estaba permitido renunciar, por imperativos financieros, a cierta clase de piezas que todavía no estaban representadas en nuestra colección, y precisamente las más sensacionales? ¿Y ello a causa del desdeñoso Mammón?

Las ofertas no cesaban de afluir hasta la saturación y los visitantes llegaron a convertirse en sitiadores permanentes del campamento. Daba pena ver como algunas piezas rarísimas eran echadas a perder de un modo insensato y absurdo por los mismos que aspiraban a valorarlas, pues al intentar convencernos de su excelencia, los indígenas zarandeaban, gesticulando, los envoltorios y deterioraban el contenido. Ante nuestra puerta se daban cita todos los lugareños duchos en esta clase de negocios, procedentes de todas las aldeas tebanas, de Cheik Abd-el-Kurna, de Dira Abu'n-Naga, de Asasif y de Kurnet Murai, y más de una vez los competidores estuvieron a punto de llegar a las manos entre ellos. Casi no nos atrevíamos a salir de casa porque temíamos tener que optar entre contagiarnos la peste o regresar cargados de bichos, que de todo había en la viña del Señor. Si alguno de nosotros conseguía romper el cerco, no por ello quedaba a salvo de las asechanzas de aquellos improvisados arqueólogos ambulantes.

Como por arte de encantamiento, de los lugares más insospechados surgían de repente, al extremo de unos brazos descarnados, unos puños que más parecían amenazarnos que ofrecernos los nuevos hallazgos. Aparecían detrás de cualquier montón de escombros o de objetos inverosímiles, en el umbral de alguna tumba olvidada, apoyados en los restos de alguna pared de adobe o por las canteras corroídas por el tiempo.

Ancianos momificados, cubiertos de andrajos asquerosos, que de cuclillas al borde del camino parecían sumidos en la más profunda meditación y formar parte de aquel paisaje pétreo, al aproximarse nuestro asno volvían de repente a la realidad acuciados por su afán endemoniado de lucro.

Verdaderos enjambres de chiquillos nos ensordecían con su griterío al intentar vendernos también la mercancía de su propia cosecha. ¡Aquella montaña terrible parecía querer aplastarnos con todo su cargamento de reliquias prehistóricas!

Finalmente, cuando ya no había manera de deshacernos de aquella jauría desbocada, tratábamos de ponernos a su misma altura y discutíamos las transacciones encarnizadamente. Los juramentos árabes — y los hay sublimes — no causaban el menor efecto en nuestros labios, seguramente porque no acertábamos todavía a dar con la entonación apropiada que debía acompañar su gesticulación inimitable. Pero algo habíamos aprendido y ya sabíamos ofrecer con desgana aparente unas pocas piastras a cambio de objetos de gran valor. A menudo se nos desgarraba secretamente el corazón cuando, con fingido desinterés, rehusábamos la adquisición de algún objeto de tipo ofensivo y en el fondo deseábamos que volviera a presentársenos pronto la ocasión para poder hacernos, sin perder la cara, con alguna de aquellas maravillosas armas de piedra primitivas.

La experiencia nos había demostrado que para llegar a nuestros fines, en los mercados orientales bastaba casi siempre echar mano de un gesto despectivo y ofrecer con indiferencia un precio irrisorio. Con ello logramos, con gran satisfacción nuestra y consiguiente alivio de nuestra mermada bolsa, que poco a poco cediera en virulencia aquella fiebre mercantil, hasta el punto que un buen día pudimos declarar categóricamente que en lo sucesivo ya no estábamos interesados en comprar más piedras históricas; "*imschi*

jalla!"... no queríamos ninguna más, ¡ni regalada! Aquello era el desastre para ellos, pero las ofertas cesaron y renació la calma en el campamento; calma a penas turbada de vez en cuando por algún indígena desorientado que aún agitaba tímidamente algún objeto a distancia respetable. Volvió a dominar el paisaje la monótona letanía de la muchachada suelta por los caminos que convergían a las grandes atracciones monumentales.

Por fin, con las primeras horas de la tarde, cuando da gusto tirar las cortinas y tumbarse a descansar un rato, y por las noches, cuando se extinguen todos los rumores de la tierra, pudimos dedicarnos al estudio de nuestros tesoros.

Nos dió mucho qué pensar desde buen principio el color tan raro de nuestros objetos, que en nada se parecía al del sílex. Estaban representados en ellos todos los matices del pardo, desde el oro ocre pálido hasta el flameante tierra de siena; del magnífico chocolate subido al negro bituminoso. Una ligerísima capa, la pátina del desierto, llamaba inmediatamente la atención por su brillantez comparable a la de una castaña recién salida del erizo, y que sólo dejaba lugar a ciertas manchas claras en donde había subsistido el revestimiento natural de la piedra. Le cuadra a esta pátina el nombre con que se le conoce de *barniz del desierto,* pues únicamente aparece en yacimientos situados en terrenos extremadamente sequerosos y carentes de vegetación, y exclusivamente sobre los objetos que hayan estado expuestos durante muchísimo tiempo a las influencias atmosféricas.

Probablemente su gestación es muy lenta y no se forma solamente en sílex sino también en otros tipos de piedras duras. Así, por ejemplo, las fantásticas escarpaduras graníticas de Asuán tienen el mismo tono chocolate subido. ¿Puede atribuirse este fenómeno, como se ha apuntado, a la posibilidad de una acción especial y permanente del rocío siempre tan abundante en esta región? Es muy posible que intervenga alguna reacción química entre el calcáreo y el ácido silícico. En todo caso se trata de influencias insignificantes que han precisado de siglos y milenios para llegar a producir una transformación apreciable. Los especialistas no han podido sacar hasta ahora ninguna conclusión capaz de orientar a los profanos, pues, mientras ciertas clases de piedras parecen perder color con el tiempo, con la mayoría sucede todo lo contrario. Los enseres que fueron desenterrados en las llanuras de aluvión de

Kurna, o sea que no habían quedado expuestos a las inclemencias del tiempo, tienen un aspecto más claro que los distingue de los encontrados a flor de tierra en las alturas circundantes.

Esta hermosa gama de pardos brillantes, del trigueño al musco, que habrían causado la admiración de cualquier pintor, no nos permitía poner en tela de juicio la autenticidad de tantas piezas ofrecidas a granel por la población indígena.

Cierto que durante algún tiempo no pudimos alejar de nosotros la sospecha de si aquellos objetos que se nos imponían con tanta elocuencia como desenfado, no provenían en realidad de algún lugar inconfesable en donde, con toda suerte de procedimientos artísticos, se amañaban a nuestra intención. Recordábamos la historia de las falsificaciones célebres, incluso de ciertas "antigüedades" introducidas fraudulentamente en campamentos arqueológicos europeos, y con las cuales habíase sorprendido la buena fe de los investigadores. ¿Sería posible — nos preguntábamos — que en esta tierra clásica del labrado de la piedra hubiera persistido aquella tradición secular?
Pero en estas piedras teníamos la maravillosa pátina como prueba manifiesta, como garantía irrefutable y suficiente de su autenticidad. Los lugares deteriorados por quebraduras, antiguas o recientes, se distinguían por su color más claro, debido precisamente a la ausencia de la pátina. Estábamos convencidos de que si nuestros proveedores hubieran conocido el secreto para imitar el "barniz del desierto", habrían tratado por todos los medios de corregir las imperfecciones de la piedra para unificar su aspecto, en la creencia de que así aumentaría su valor ante nuestros ojos. No debe de resultar nada fácil reproducir esta pátina artificialmente y era de creer que debido a la escasa salida de los objetos, nadie se aventuraría a enfrascarse en semejante trabajo tan complicado y tan poco remunerador, incluso para un *fellah* de nivel de vida bajísimo.

Es curioso que los tipos de enseres paleolíticos egipcios más característicos coincidan de una manera asombrosa con los europeos. Sólo a partir del paleolítico inferior aparecen especialidades propias en el Norte de África. Ello hace suponer que la civilización prehistórica debió de extenderse simultáneamente y de una manera homogénea por espacios inmensos. Su distintivo, la pieza clásica que caracteriza este nivel de civilización, es el hacha

de mano, útil extraordinariamente interesante y por demás enigmático. Le precedió el *eolito,* que fue objeto de discusiones durante tanto tiempo y que conserva traza del esfuerzo manual de los albores de los homínidos. A pesar de sus aristas cortantes, apenas se distingue de los bordes irregulares de los pedazos de sílex bruto, pero en realidad estas aristas en forma de tajos constituyen a no dudar el primer invento técnico de la humanidad aplicado al manejo de la piedra. De los hallazgos realizados en el interior de África por Leakey y Reck parece desprenderse que de esta arista ofensiva en forma curva, que la inteligencia de los primeros hombres aplicó a los cantos rodados del río, procede el doble filo del hacha de mano clásica. Salido rudo y basto de las orillas del Oldoway, cortado aproximadamente en lava o cuarcita, evolucionó luego en todas partes hacia la forma estable que se basta para caracterizar todo un capítulo de la historia humana. En el tipo chelense — que toma su nombre del yacimiento clásico de la ciudad Chelles situada al este de París — precedido de un prechelense todavía anterior, el hacha de mano es un sílex en forma de almendra, groseramente roto por percusión sobre sus dos caras, terminado en punta en una de sus extremidades, redondeada la otra y ligeramente abombado en su parte media. Los retoques dan a las aristas un acabado sinuoso e irregular, mientras que en el cuerpo de la pieza, el extremo más ancho y redondeado que se adaptaba a la palma de la mano, casi no hay indicio de desbaste alguno, hasta el punto que muchas veces se ha dejado intacto lo que podríamos llamar corteza natural y primitiva de la piedra.

Este tipo estaba representado por ejemplares muy típicos en nuestra colección. En cambio, era mucho más rara en Tebas la variante posterior, o sea la achelense originaria del yacimiento francés de Saint-Acheul, arrabal de Amiens, en el Valle del Somme, la cual se caracteriza por su mejor acabado, con aristas rectas y cortantes, y retocado uniforme en toda la superficie hasta dejarlo en su forma oval armoniosa y definitiva. Nuestros ejemplares, de labrado monofacial, procedían del período de transición y en ellos se echaba de menos la perfección de los achelenses franceses, concebidos de tal manera que fuesen al mismo tiempo aptos para cortar y golpear.

No debe de extrañar que las hachas de mano fuesen objeto de nuestra particular atención. Con su aspecto sencillo y majestuoso a

la vez se diferenciaban y aislaban, como aristócratas de rancio abolengo, de las lascas superficiales musterienses, que ya casi denotan una cierta fase de industrialización.

Y, por encima de todo, el hacha de mano, a pesar de hallarse tan abundantemente representada en todas las colecciones, incluso en las más modestas, constituye un enigma que supera con mucho el misterio de las esfinges y de las pirámides.

Los pedernales trabajados en forma de cuña o hacha de mano de tipo exactamente igual y de tamaño y labrado análogos, se han encontrado en todo el Asia, África y en la mayor parte de Europa. Las tumbas centroafricanas parecen estar literalmente empedradas con ellas, tal es su extraordinaria abundancia, y emergen idénticas de las faldas de los montes chinos; aparecen a flor de tierra en las cavernas prehistóricas de Palestina y en los yacimientos antediluvianos de Mesopotamia meridional, así como en diversos lugares de Francia y Bélgica.

¡Qué problemas tan arduos plantean a los arqueólogos y a los prehistoriadores esta extensión extraordinaria, esta concordancia, estas coincidencias tan remotas! Con razón se pregunta Hans Reck, descubridor del *hombre de Oldoway,* si "el despertar de la inteligencia humana tomó aproximadamente la misma forma de expresión durante el mismo período de la historia del mundo, o bien debemos admitir que el comercio y las migraciones antediluvianas fueron la causa de la propagación, de un continente a otro, de este invento tecnológico". Todavía no ha podido hacerse la luz sobre los enigmas relativos a las culturas antiguas. Todo lo más que ha podido hacer la ciencia hasta ahora ha sido formularse la pregunta.

En relación con la aparición esporádica e incomprensiblemente abundante de yacimientos de hachas de mano y utensilios análogos, Reck ofrece, como fruto de su larga experiencia, la ingeniosa explicación siguiente:

Nos habíamos preguntado repetidas veces qué es lo que pudo inducir a los hombres del paleolítico a constituir en las alturas de los cerros de Tebaida verdaderos depósitos de utensilios a prueba de siglos, pues, aun admitiendo que en aquellos lugares ricos en agua y en caza hubieran sentado sus reales durante muchas

generaciones tribus enteras de densidad tal vez notable de población, una tan gran cantidad de utensilios nos parece sencillamente anormal. En efecto, el hacha de mano era un instrumento sólido que podía servir durante muchísimo tiempo sin necesidad de recambio. Con esta pregunta en el aire, Leakey y Reck, que ya andaban sobre aviso desde que descubrieran una serie de utensilios de cuarcita en el curso de sus excavaciones en el Oldoway, tropezaron con otros yacimientos muy notables situados a proximidad de un taller y de un poblado paleolítico. Allí yacían cuchillas de bordes finos y simétricos al lado de huesos descomunales de hipopótamo adulto fosilizado, mezclado con una docena de hachas de mano, todo lo cual era prueba evidente de que allí se había celebrado un banquete diluviano. A buen seguro la horda se había saciado durante días y más días con la carne del paquidermo. Al arqueólogo, siempre a la busca de explicaciones, se le ocurrió que tal vez la horda habría tallado rápida y hábilmente sus "cubiertos" aprovechando los abundantes trozos de cuarcita y luego, una vez terminado el festín, los abandonaron junto a los restos de la víctima. Era lógico suponer, en efecto, que el hombre prehistórico, sin bolsillos, no lo olvidemos, no iba a desplazarse cargado continuamente con unos utensilios por demás pesados, cuando le era mucho más sencillo fabricar otros a medida de sus necesidades en cualquier lado que se encontrase. Solamente esta fabricación en serie de utensilios explica su extraordinaria abundancia en la mayoría de los lugares excavados, abundancia verdaderamente asombrosa las más de las veces.

Para el hombre prehistórico es muy posible que la talla de herramientas de piedra constituyera un pasatiempo general, necesario y por ende natural, y que fuera el origen de todas las artes que con el tiempo llenarían sus ratos de ocio. Porque entonces no tenía más ocupación que la caza y el amor. Las necesidades primordiales e inmediatas se satisfacen pronto y los días son largos. En la época actual de periódicos, de correos, de empleos que nos ocupan la mayor parte del día, de lectura, de radio y de cine, estamos bien lejos de poder imaginarnos cuán largas y aburridas debían de ser las jornadas de aquellos hombres.

El que sienta curiosidad por saber hasta qué punto el neolítico egipcio perfeccionó el arte de labrar el sílex, no tiene más que observar la serie de puntas de flecha y de lanza, de perforadores y de escalplos descubiertos al borde del oasis de Fayum, o alguno de

los célebres cuchillos planos de Abusir-el-Melek. Quedaría aún más convencido si le fuese dado poder trasladarse a la costa norte de la antigua cuenca marítima que ocupaba casi en su totalidad la depresión de Fayum hace milenios, cuyos vestigios, conocidos con el nombre de Birket Karun, invitan todavía hoy a los placeres de la caza y de los deportes náuticos.

Aquí puede seguirse la pista, que se había desvanecido en Tebas, de un hombre primitivo que nos parece muy cerca de nosotros en el tiempo, aun cuando desconociera el uso de los metales. Habitaba la región donde más tarde se levantaría la ciudad de Dime, cuyos templos en ruinas hablan de un esplendor nada común todavía en tiempos de los Ptolomeos, y allí se extendían sus poblados y sus terrenos de caza. Podemos imaginárnoslo disfrutando de una cultura material relativamente rica, pues los tarros hallados, sencillos, con algunos adornos y las hachas de piedra con el corte afilado, son buena prueba de un nivel de vida en franca evolución. La caza y la pesca continuaron ejerciendo durante muchísimo tiempo una gran influencia sobre él, pero el hecho que se dedicara a la cría de bueyes, ovejas y cabras, así como al cultivo de la tierra, según se desprende de la presencia de hoces de madera provistas de dientes de pedernal, denota una manera de vivir que tendía al sedentarismo. Seton-Karr y la señorita Caton Thompson han hecho mucha luz en sus escritos sobre la manera de vivir de aquella gente.

Aquí y allá se descubrieron en talleres líticos piezas acabadas y desechos de sílex en tan grande abundancia, que no parecía sino que el artesano acababa de ausentarse y que no tardaría en regresar.

En muchos lugares de la corteza desértica aparecen puntas de flechas de hechura admirable, algunas bastante sencillas y enmangadas, otras más complicadas en forma de garfio firmemente sujetas en la hendidura de un palo.

Solamente quien hubiere intentado alguna vez convertir trozos de pedernal en pequeñas herramientas aprovechables, podrá hacer justicia a una habilidad que debía de ser cosa corriente en aquellas edades lejanas. ¿Cómo se las compondría el hombre civilizado del siglo XX para transformar guijarros en utillaje útil? Seguramente no sabríamos por dónde empezar, y al hombre moderno no podrían

servirle de mucho las explicaciones del Dr. Leakey, sabio arqueólogo originario de Kenya, quien, basándose en sus propias experiencias, llegó a la conclusión de que ni la piedra ni la madera seca, y sí únicamente una rama de árbol recién cortada, flexible y resistente a la vez, es susceptible de poder ser utilizada para tallar adecuadamente la piedra. Esos mismos habitantes de Fayum hicieron gala de una destreza prodigiosa al tallar en pedernal figuras de animales de un parecido sorprendente.

Hemos olvidado el arte de la piedra, y ya no comprendemos su lenguaje, este lenguaje que al antiguo egipcio le fue familiar hasta el ocaso de su gran cultura, pues sólo dejó de comprenderlo cuando perdió la fe en sus dioses.

Vi claro por primera vez en la inmensidad del arte lítico egipcio el día que un anticuario de aspecto raro y ya entrado en años, establecido en la capital provincial de Medinet-el-Fayum puso ante mis ojos atónitos una caja llena de pequeños objetos de piedra, dechados de labrado y de color. Deslumbrado esparcí el contenido por el suelo y me apresuré a seleccionar las piezas más preciosas. Más de una vez he lamentado luego aquella impaciencia mía y mi absurdo atolondramiento. El anticuario no le daba la más mínima importancia a su tesoro y, sin embargo, aquella colección era sin duda el fruto de innumerables expediciones largas y repetidas, como solamente son capaces de emprenderlas y llevarlas a buen término los indígenas para los que el tiempo no cuenta: sin prisas, pero de una manera intensa y minuciosa.

En cambio, el anticuario cifraba todo su orgullo en unas estatuas pseudo-faraónicas de madera que algún trujamán griego había logrado encajarle y de cuya autenticidad no parecía tener la menor duda.

Los cementerios más antiguos descubiertos en el Valle del Nilo, dejando aparte algunas sepulturas caseras de poblados neolíticos, pertenecen al período pre-dinástico, cuando además de la piedra ya se trabajaba también el cobre. En varias tumbas de aquella época se han encontrado diversos objetos de este metal rojo y blando.

Otro de los enigmas de esas culturas radica en el hecho que no se haya encontrado en parte alguna, que yo sepa, tumbas de los habitantes paleolíticos de la Tebaida ni de Fayum, o sea de estos

mismos habitantes que a juzgar por los vestigios encontrados, tal profusión de flechas lanzaron contra los animales salvajes de las riberas.

Para el arqueólogo moderno, la noción de la cultura del hacha de mano se relaciona íntimamente con la existencia del *hombre del Neanderthal, homo primogenius.* Probablemente los cráneos de Java y de Pekín pertenecen a los antepasados asiáticos del hombre del Neanderthal.

No puede descartarse la suposición que la raza humana sea originaria de Asia, desde donde puede que pasara al África, cuyo suelo tan rico es en vestigios primitivos, y luego, al elevarse con el tiempo la temperatura, se extendiera por Europa simultáneamente con la fauna contemporánea.

Como representante calificado y artífice de utensilios relativamente muy perfeccionados de percusión y de corte, que junto al pedernal en vías de desaparición utilizaba ya ciertamente otros materiales, debemos considerar al *hombre de Aurignac* como al primer *homo sapiens.* Pertenecía a una raza esencialmente distinta y su capacidad es muy superior a la del hombre del Neanderthal (cuyas huellas desaparecen a partir del último período glaciar) y tiene un gran parecido físico con el europeo actual, del que puede pasar por antepasado.

¿Nos es permitido aventurar la suposición que estas dos razas de habilidades tan distintas son anteriores a los utensilios líticos egipcios?

En el curso de unas excavaciones prehistóricas en las cercanías de El Cairo se pusieron al descubierto, al lado de edificaciones indígenas, trazas de construcciones rectangulares nórdicas del tipo de casa de Megara.

Imágenes 1, 2 y 3

Imagen 4

Imágen 5

Imágenes 6, 7

A los habitantes de Libia, que según parece ejercieron una influencia decisiva en el desarrollo de la cultura egipcia propiamente dicha, se les representa de ojos azules, y una princesa egipcia en el retrato de una tumba de la IV dinastía, tiene zarcos los ojos y el pelo rubio.

Mucha luz podrían hacer sobre esta cuestión los esqueletos del paleolítico al neolítico superior, pero en suelo egipcio no se ha encontrado ninguno.

Podemos hablar de dos civilizaciones egipcias pre-dinásticas que destacan por la abundancia y la originalidad de los vestigios que poseemos de sus poblados y de sus cementerios; la estratigrafía de uno de los yacimientos, por lo menos, parece situarlas inmediatamente después de una civilización más antigua, la llamada de Badari. Se las conoce con el nombre de primera y segunda civilización de Negada por los yacimientos tan notables que las pusieron de manifiesto. La primera de ellas, que se sitúa principalmente al sur del Alto Egipto y en Nubia, se caracteriza por vasijas de grandes dimensiones, de basalto algo áspero, y por su cacharrería pulimentada, roja, a veces ennegrecida directamente al fuego en su totalidad, o solamente en los bordes, todo ello combinado con motivos geométricos o figurativos pintados en blanco o con piezas añadidas, de materiales diversos.

Su parentesco africano salta a la vista. Su arma preferida, la maza plana, en forma de plato, se transformó en una verdadera especialidad de eficacia tremebunda. Consistía en un disco de granito, perforado en el centro para encajar el mango, y gracias a su peso y a su borde afilado, con muy poco esfuerzo era posible con él machacar cráneos, romper huesos y, en una palabra, aniquilar cuanto se le pusiera por delante.

Los colmillos de elefante y de hipopótamo constituyeron en todo tiempo una excelente materia para una gran variedad de esculturas.

La segunda civilización negadiense tenía núcleos en Egipto Central, pero se extendía además de una manera bastante uniforme por todo el país, y sus utensilios-tipo llegan a confundirse con los de los períodos pre-dinásticos. La pieza fundamental y característica de este período es el vaso de arcilla ocre, adornada las más de las

veces con líneas rojo-oscuras en zig-zag, espirales aislados, figuras geométricas tales como triángulos y cuadriláteros, cuando no con escenas enteras. En los vasos mejor decorados dibujó el artista anónimo barcos con la proa y la popa levantadas, sin omitir los aparejos y detalle del velamen, amén de otros adornos, todo ello dominado por sendos estandartes que debían de simbolizar a la tribu. Además, libremente repartidos por toda la superficie, aparecen figuras estilizadas de mujeres
con los brazos torcidos, alzados en actitud de plegaria, y también animales, antílopes y zancudos, de un realismo sorprendente.

Las hachas-martillo perforadas y las cabezas de porra piriformes evidencian una cierta especialización. La micro-escultura parece haber entrado en franca regresión, mientras que la alfarería se halla en su apogeo.

Estas civilizaciones nos son más familiares porque también nos han legado sus muertos.

Parece increíble que el terreno arenoso, seco y salado de sus cementerios haya conservado tan bien estos cadáveres de la más remota antigüedad, enterrados entre los años 5000 y 3000 a. J. C.

Perfectamente conocibles, con la piel apergaminada, pero sin el aspecto repugnante peculiar de los cadáveres desenterrados, han podido ser trasladados intactos, junto con sus objetos personales, a los museos de todo el mundo. En el caso presente no puede hablarse aún de momias, porque los egipcios no conocieron hasta mucho más tarde el arte de sacar las vísceras de sus muertos, de embalsamarlos para la eternidad. Son más bien cadáveres deshidratados.

Por ellos se advierte que se trata de hombres de estatura mediana, de aspecto distinguido y de pelo escaso y liso. En un principio les cubrían el cuerpo con pieles o esteras, pero más tarde aparecen ya envueltos en lienzos de lino. Se les enterraba con las rodillas levantadas, las manos en la barba, recostados casi siempre sobre el lado izquierdo, con la cabeza hacia el Sur y la cara orientada a poniente. La tumba de la primera civilización de Negada consiste simplemente en un foso redondo, sin relieve alguno, y no es raro encontrar varios cadáveres de personas y de perros en una misma sepultura.

Una característica de la segunda civilización negadiense es la tumba más alargada que ya se empieza a cubrir de ladrillos crudos. La utilización de estos ladrillos secos y resistentes, de forma cuadrada, fabricados con el fango que arrastraba el Nilo, es un progreso trascendental. Muy a menudo el interior de la tumba aparece dividido en dos compartimentos, uno de los cuales se destina a la conservación de los donativos funerarios, y el interior se protege de los corrimientos de tierras por medio de esteras extendidas sobre una especie de emparrillados de madera.

Se ha fantaseado mucho sobre la posición acurrucada de aquellos cadáveres.

Una cosa parece cierta, y es que nada tiene que ver con la posición del embrión, y por ende, con la creencia de la resurrección en el más allá, a partir de la misma posición de antes de llegar al mundo.

Antes bien parece ser la posición normal e ideal para el durmiente en la noche egipcia, bastante fresca. Así agachado y con las rodillas dobladas, se siente menos calor, o menos frío, y esta posición tiene, además, la ventaja que la tumba, excavada penosamente en terreno pedregoso, puede ser de dimensiones reducidas.

La mano derecha sostiene, generalmente, una especie de paleta para cosméticos y afeites, y a su lado no faltan los botes de perfumes y de bálsamo, con sus correspondientes cucharitas, todo a punto para que el difunto, al despertar, pueda proceder sin demora a sus prácticas de aseo habituales.

Como, por otra parte, no era tampoco cuestión de olvidar los apetitos terrestres, los vasos de barro contenían comida y bebida en abundancia.

Lo que más sorprende entre los diversos objetos encontrados en las tumbas egipcias para uso del difunto en su nueva vida, es la cacharrería y los maravillosos cuchillos de piedra, de perfección jamás igualada más tarde. Las largas hojas de sílex, de afilado tajo, cuidadosamente bruñidas, tienen a partir del puño o núcleo principal una sinuosidad tan refinada, y tan bien estudiada, que se adapta, encaja, como hecha a medida, entre el pulgar y la palma de la mano derecha, formando así un escalplo ideal para trabajar la

piel o quitar las escamas a los pescados. Todavía es más inexplicable la existencia de los grandes cuchillos planos formados por láminas de sílex importadas del norte. Salta a la vista que para su cometido corriente estas hojas eran demasiado delgadas, lo que nos induce a creer que su única finalidad consistía en adornar la estancia y realzar el prestigio del difunto en el otro mundo. Toda la superficie del cuchillo presenta las delicadas huellas de martillazos, en oleadas de escamas regulares de gran efecto decorativo.

La belleza sobria de los vasos de piedra remata dignamente la suntuosidad de los demás objetos.

En estas tumbas se encuentran reunidos en sus formas más antiguas, ejemplares perfectamente conservados de jarras, escudillas, tazas, platos, copas, jícaras, tarros, etc., en los que la insuperable nobleza y elegancia de la forma corría parejas con la riqueza y colorido excepcional de la piedra; conjunto de una rara perfección muy pocas veces alcanzada posteriormente.

La piedra era traída a duras penas desde las serranías del desierto oriental próximo al Mar Rojo. Con pocas excepciones estas vasijas de forma redondeada no ostentan adorno alguno, como no sea unas asas diminutas o la imitación en alto relieve de bramante enroscado. Bastaría para maravillarnos la belleza insinuante de la línea, que se yergue en forma de panza que a menudo acaba al borde de unos pies afilados de aspecto metálico.

Adornan el borde superior y la base franjas de varios colores, incrustaciones de alabastro rodean la vasija y a veces, a los lados, verdaderas guirnaldas purpúreas. A la vista de tales objetos de una época tan remota ¿quién no se convence de que se halla en presencia de verdaderas obras de arte?

¿Pero, cuál sería el instrumento utilizado, capaz de labrar la piedra a menudo de una dureza inusitada? ¿Cómo se las compondrían para horadar esas tinajas panzudas, cuya superficie interior presenta estrías concéntricas sucesivas? Conocemos perfectamente el instrumento que sirvió al ahuecamiento de los recipientes de piedra, el cual no era más que un vástago de madera cuya extremidad superior se recargaba con una piedra, y a cuya parte inferior, ahorquillada, se sujetaba un taladro cónico que forzosamente tenía que ser de materia mineral. Podemos descartar

el cobre, demasiado blando para hacer mella en el granito, en la diorita y en los esquistos metamórficos puros, pero, por otra parte, ningún otro metal conocido puede ser tomado en consideración. De modo que sólo queda, como hipótesis plausible, que la arena, húmeda usada como esmeril desempeñara un papel primordial en este trabajo lento y penoso.

Un tipo de vasija de basalto de la primera civilización negadiense presenta un pie de hechura diminuta y escasa estabilidad. En todo caso, la base de este recipiente supone la existencia de tableros, o cosa por el estilo, absolutamente horizontales. Ahora bien, ¿cómo imaginarnos algo parecido a mesas planas en las cabañas ligeras de aquellos hombres transhumantes y semi-civilizados acostumbrados a correr continuamente detrás del hipopótamo, que cazaban con arpón, y del león contra el que disparaban sus flechas? Se han observado ciertas huellas de desgaste alrededor de esas pesadas tinajas de piedra, lo cual induce a suponer que se transportaban pendientes de cuerdas y que eran utilizadas durante varias generaciones. ¿Se balanceaban, tal vez, del flanco de bestias de carga como en nuestros días los vulgares serones del vendedor ambulante de botijos? Lo que no se comprende es cómo iban cargados con recipientes de tanto peso y de tan poca capacidad útil, cuando disponían y podían haberse servido de sus hermosos cacharros de barro cocido, mucho más ligeros.

Sea lo que fuere, no puede negarse que si se expusieran en una vitrina, nadie encontraría que esos recipientes pre y protohistóricos desmerecen en nuestros hogares modernos.

El arqueólogo británico Walter Emery halló en una tumba de la II dinastía, en Sakara, dispuesta en platos y fuentes apropiados, de un arte muy refinado, toda la comida para uso del difunto en el otro mundo compuesta de codornices, pichones, pescado, chuletas, legumbres, tortas y panecillos triangulares.

Este hallazgo desconcertante, realizado en 1938, nos conduce ya a la época protohistórica y a las necrópolis de Menfis, capital del Norte, donde iban a erigirse luego las pirámides de los reyes.

HABLAN LAS PIRÁMIDES

EMPRESAS gigantescas de la humanidad que presuponen la participación activa de multitudes inverosímiles! ¡Monumentos descomunales que ofuscan tanto más nuestra imaginación y deslumbran la fantasía cuanto que su utilidad práctica está en relación inversa al esfuerzo colosal que exigió su erección! Nos referimos a las pirámides del antiguo Egipto y ésta es su mejor definición.

¿Qué secreto ocultan y cuál era el significado de aquellas construcciones monumentales, de proporciones rigurosamente matemáticas, maravillas del mundo según el veredicto de la misma antigüedad, y que durante cuatro mil quinientos años, sobre su pedestal hundido en la arena del desierto, entre El Cairo y el oasis de Fayum dominan simbólicamente el Valle eterno del Nilo?
Tales eran las preguntas que se dirigieron los filósofos de todos los tiempos, con la particularidad que fueron las épocas más racionalistas las que más se esforzaron en elucidar el enigma. ¿Qué motivos, bastante poderosos, pudieron impulsar a centenares de millares de personas a consagrar a la erección de tan colosales tumbas de sus monarcas una cantidad de energía tan considerable y durante tantos años? Sin ir más lejos, solamente el alojamiento y el abastecimiento de tales masas de trabajadores supone una organización minuciosa y difícil de imaginar en aquellos tiempos primitivos. Estas masas de campesinos, de pastores, de artesanos que hubieron de aunar su fuerza corporal al servicio de una empresa colosal, debieron de constituir un estado dentro del estado. Incluso si tomamos en consideración que las crecidas periódicas del Nilo liberaban durante ciertas temporadas a partidas ingentes de labradores, no por esto deja de ser un problema de ardua comprensión para nuestra mentalidad moderna. A esa multitud obrera hubo que organizaría, disciplinarla y distribuirla metódicamente de acuerdo con un plan trazado de antemano. Tuvo que contarse forzosamente con un verdadero ejército de vigilantes y de capataces y, quien más quien menos, todo el mundo debía de estar en cierto modo iniciado en la obra arquitectónica que entre todos estaban levantando. Y todo ello ¿era solamente para enterrar un día al monarca difunto en un sencillo ataúd de piedra dentro de una cámara funeraria de dimensiones relativamente reducidas?

Se han avanzado las hipótesis más diversas. ¿Se llevaba consigo el

soberano a la tumba un tesoro tan precioso que hacía indispensable nada menos que toda una montaña de piedra encima para protegerlo? Ahora sabemos que no era éste el caso.

Así, por ejemplo, aparecen como relativamente modestas las ofrendas en las tumbas monumentales de los altos funcionarios agrupadas alrededor de las pirámides. La exuberante espiritualidad juvenil y pujante en su sencillez creadora de aquellos tiempos, estaba muy lejos de cifrar su orgullo de grandeza en la ostentación de riquezas terrestres.

Entonces ¿era el ansia de gloria del faraón tan grande que para satisfacerla era preciso que el déspota cruel exigiera el sacrificio de la energía y de la vida de innumerables víctimas? ¿Sucumbieron poblaciones enteras o millares y millares de prisioneros de guerra indefensos bajo el sol ardiente del desierto y los latigazos de capataces inexorables?

Esa era por lo menos la creencia general en la antigüedad clásica: "Parece que, en primer lugar, hizo clausurar los templos, y prohibir los sacrificios, y luego sumió a todos los egipcios a prestación personal." Esto es lo que sobre Keops, el constructor de pirámides, recogió Heródoto de boca de los guías indígenas. Los contemporáneos del padre de la historia no podían comprender la impulsión todopoderosa que puede dar a un pueblo la fe religiosa y, en consecuencia, solamente veían en tales maravillosas creaciones el fruto de un capricho tiránico.

Esta opinión ha perdurado hasta nuestros días. Así, por ejemplo, ante mí tengo una revista ilustrada de ésas que ofrecen periódicamente al gran público su efímera y sensacional ración de imágenes brutales e ingenuas, que de todo hay. He aquí el comentario que acompaña a la impresionante reconstrucción de las etapas sucesivas de la erección de las pirámides:

"Nilo abajo afluye, en oleadas violentas, la corriente de esclavos, de etíopes, de nubios y de egipcios; blancos y negros mezclados, oliendo todos a sudor, a cebollas, a ajo y a aceite rancio. Incesablemente los látigos de los celadores cruzan las espaldas desnudas de los infelices que componen aquel mar humano, y las ligaduras que los mantienen unidos unos a otros penetran profundamente en la carne viva. Durante diez, veinte, treinta y más años, el faraón ha

inmolado a multitudes inmensas, arruinado la energía de su pueblo e hipotecado el porvenir de sus propios hijos y el de los hijos de sus hijos. Aquello no era vivir, sino vegetar en medio de sangre, de sudor y de lágrimas, y tenía como única finalidad conservar por los siglos de los siglos el cuerpo de un solo hombre, el del faraón..."

Nada hay más cierto que obras tan colosales no pueden llevarse a cabo sin inmensos sacrificios de innumerables vidas humanas.

Pero las pirámides no fueron regadas con tanta sangre, ni podían tener un origen tan bárbaro.

Los mejores conocedores de la historia de aquellos tiempos están de acuerdo en que el nivel ético prevaleciente en la época de las pirámides era excepcionalmente elevado. Hermann Junker, cuyos trabajos en la materia hacen autoridad, dice textualmente: "Sorprende oír hablar ya entonces de cariño familiar, de buen trato a los inferiores, y de lástima para con los pobres y los oprimidos. Los reyes han dejado constancia de decisiones judiciales que son modelos de humanidad y de rectitud. En parte alguna aparecen pruebas que permitan afirmar la existencia de un comercio de esclavos del tipo antiguo, dejando aparte el hecho que la condición del esclavo de entonces no era, ni con mucho, tan penosa como la del esclavo... moderno, y que aquel ser, del que a distancia nos apiadamos, hubiera quedado muy desagradablemente sorprendido si la liberación repentina hubiera hecho variar, de la noche a la mañana, el curso de su existencia."

Por otra parte, no se sabe de ninguna campaña militar que hubiese podido reportar en aquella época una cantidad tan considerable de prisioneros de guerra, sin contar que las guerras, con todas sus tremendas consecuencias y complicaciones, hubiesen hecho totalmente imposible la realización de obras tan gigantescas que a ellas solas exigían el esfuerzo colectivo de la gran mayoría de la nación.

Pero aún hay más. Los sillares de piedra de los largos corredores y de las cámaras interiores de las pirámides, y los de los templos de culto, los enormes bloques del revestimiento exterior están tallados y bruñidos con tanta precisión, tan perfectamente encajados unos con otros, que debemos descartar la idea que un trabajo, que un primor de esta índole, puedan haberlo realizado un ejército de

peones extenuados y torturados.

Con razón hacía observar el escritor árabe Abd-el-Latif que hubiera sido imposible introducir un alfiler o un cabello entre los magníficos bloques calcáreos de la gran cámara en el interior de la pirámide de Keops. En algunos de los bloques graníticos del templo funerario inacabado de Micerino, quedan todavía los burletes salientes que tenían por misión proteger los cantos durante el transporte, y que se retiraban sólo cuando se emplazaba el sillar en el sitio que le estaba destinado. ¿Cómo admitir que pudiera imponerse por la violencia tamaña precisión, semejante meticulosidad en el arte de la cantería? ¿No debemos creer, por el contrario, que nos hallamos ante un caso evidente de circunspección y de solicitud conscientes? Porque no hay duda que esta obra sin igual pone de manifiesto un afán, una voluntad libre y ambiciosa, aún más, un entusiasmo y un fervor religioso verdaderamente excepcional.

Imágenes 8, 9, 10

Imágenes 11, 12

Imágenes 13, 14

Imagen 15

De modo que para aquel gran pueblo constructor de pirámides, esta colosal empresa debió de tener un carácter más trascendental.

¿Conocerían acaso, aquellos hombres primitivos, secretos cósmicos, astronómicos u otros, e intentaban arbitrar nuevos métodos arquitectónicos para expresarlos? En tal caso, fácil sería atribuir profundos conocimientos geométricos a los que proyectaron los gigantescos triángulos con sus millones de sillares de tamaño más que respetable.

Como no podía menos de suceder, alrededor de esas maravillosas construcciones empezó a proliferar una verdadera mística de los números, y esta geometría rígida dió origen a especulaciones matemáticas sin cuento, que terminaron por convertir a los egipcios en émulos de los grandes físicos y astrónomos modernos, atribuyéndoles conocimientos muy por encima de los más recientes progresos de la ciencia. Nunca falta quien, con la mayor seriedad del mundo, está dispuesto a demostrarlo a base de números y cálculos. De bien poco sirvió que los sabios pusieran al gran público en guardia contra divagaciones tan descabelladas e insistieran en que los vestigios que poseemos de épocas tan remotas son de una naturaleza totalmente distinta. El excelente especialista Ludwig Borchardt arremetió malhumorado contra este género de especulaciones indocumentadas. Los egiptólogos han estudiado detenidamente los documentos de las tumbas sacerdotales que rodean las pirámides, conocen con bastante precisión aquella civilización y saben, por consiguiente, que es lo que no puede atribuírseles si se quiere ser objetivo.

Pero no parece sino que el afán místico latente en el fondo del alma de los occidentales más avanzados y más racionalistas se reanime y cobre nueva vida cuando se trata de los documentos del antiguo Egipto. El mito de la maldición aciaga de la tumba del faraón, el poder germinador inmortal del "trigo de las momias" y el sentido cósmico de las dimensiones de las pirámides, llevan trazas de ser inextirpables.

De ilusión también se vive.

Pero ninguna fábula puede prevalecer ante la evidencia ni contra la verdad que pregonan las inscripciones lapidarias de los interiores

de las pirámides, pues gracias a ellas podemos reconstruir todo el proceso de las exequias reales y el de las ceremonias rituales inherentes. Conocemos al dedillo todos los detalles del culto cuyo objetivo final era la resurrección mágica y la gloriosa transfiguración del soberano, así como el lugar en el que era conveniente erigir las estatuas del difunto inmortalizado, donde debían quebrarse los recipientes de piedra y habían de colocarse los holocaustos. Todo está tan minuciosamente descrito que nos parece estar oyendo resonar la voz de los sacerdotes de turno llamando solemnemente al difunto con sus invocaciones conmovedoras, apremiantes y enérgicas.

Aunque parezca, mentira, las pirámides dejan oír su voz a través de los siglos, y nosotros comprendemos su mensaje, pero es curioso que las que nos hablan no sean las grandiosas y celebérrimas de Gizeh, erigidas durante la poderosa IV dinastía, pues sus muros son poco menos que mudos. Apenas si en una estancia secundaria de la pirámide de Keops, situada encima de la cámara funeraria, aparece una inscripción con el nombre del constructor: *Khnum Khufu. ¡Que el dios Khnum me proteja!*

En cambio, algunas pirámides posteriores más modestas y bastante peor conservadas son mucho más elocuentes y nos revelan su precioso secreto. Lo que en "las hermanas mayores" no eran sino gestos y palabras sueltas, se encuentra literalmente inscrito y conservado a nuestra intención en las "menores". Las tumbas reales de Sakara, mezquinas si se las compara con las formidables construcciones de Gizeh, las eclipsan, sin embargo, por su irradiación espiritual.

Se trata principalmente de las pirámides de los reyes Unas, Teti, Pepi y Mernerá, pertenecientes a las dinastías V y VI, que reinaron a mediados del tercer milenio a. J. C. Como siempre, se da el caso que son precisamente los períodos postclásicos los que recurren a la escritura en sus diversas formas para legar a la posteridad el conocimiento de las costumbres y de los ritos santificados por el tiempo. Las generaciones del Imperio Antiguo dirigían respetuosamente la mirada hacia el pasado grandioso de su pueblo, modelo que se les antojaba inimitable y ya perdido en las brumas de la leyenda. El magnífico y vetusto estado autoritario que había conocido el desarrollo de la organización social de la Edad de Piedra, empezaba a resquebrajarse. Se carecía ya del aliento ne-

cesario para emular aquellas construcciones gigantes que desafiaban al cielo, pero se veneraba el recuerdo de la pasada grandeza y las artes no dejaron de producir maravillas abundantes y exquisitas.

Los monumentos funerarios de estos reyes se reparten por el inmenso cementerio desértico de la antigua capital septentrional. Menfis, "la balanza de los países" creada por el faraón Menes para mantener bajo su tutela a la población hostil y turbulenta del delta, era la residencia de Ptah, el dios supremo de la creación y al propio tiempo patrón de las artes. Casi todo lo que sabemos procede de la más antigua de las pirámides de esta serie, la del rey Unas, la cual hoy no es más que una loma informe.

Las paredes de las cámaras de esta pirámide — una de las cuales contiene el enorme sarcófago — están cubiertas de innumerables jeroglíficos profundamente grabados y reseguidos con pasta azul. Cuando yo los vi por primera vez, todavía en los ojos el resplandor deslumbrante del sol del desierto, después de echar abajo la capa de yeso que ocultaba la apertura de acceso a la tumba, quedé sorprendido e impresionado ante el frescor y la viveza de las inscripciones, pues aquí el tiempo parecía haber perdido su poder destructor. Hubieran podido oírse todavía en las galerías sombrías el paso majestuoso de los sacerdotes de los muertos alejándose y parecía como si hasta mí llegase todavía el olor del "gran humo sagrado" .

Por el techo de vigas de piedra, al que se había dado la apariencia de cielo nocturno, campeaban sartas de estrellas de cinco puntas, todavía con las huellas de su brillante color de antaño. Desde su hallazgo el año 1881, fecha en que se consiguió por fin forzar la entrada de la pirámide, estos textos cuentan entre la documentación más preciosa que poseemos sobre la primitiva historia de las religiones, pues se trata de las fórmulas sagradas más antiguas. Si tenemos en cuenta que en todas partes el ritual de los difuntos acostumbra a permanecer relativamente invariable durante larguísimos períodos de tiempo, podemos muy bien suponer que las fórmulas más viejas se remontan a la época del rey Djoser, durante la cual aparecieron en el país las primeras construcciones de piedra dignas de este nombre, y tuvieron efecto los primeros acontecimientos registrados por la historia de la civilización humana. Todo abona la suposición que nos hallamos,

pues, ante una herencia todavía mucho más remota, ante los primeros reflejos religiosos de la sensibilidad arcaica, los cuales evidencian, en todo caso, un nivel elevado y complejo de las concepciones religiosas de entonces.

Alrededor de un dios universal y todopoderoso se agrupaban en la mitología egipcia, divididos en familias, numerosas divinidades masculinas y femeninas, así como espíritus inferiores. A su lado no faltan toda una serie de seres demoníacos de un carácter peculiar, difícilmente definible para nosotros, que eran objeto de culto especial. El difunto persiste bajo formas diversas, las cuales precisan para su subsistencia de ciertos cuidados especiales de los descendientes o de los servicios del sacerdote adscrito a su persona. No ha podido averiguarse en qué consistía exactamente, según las creencias egipcias, la esencia del yo después del fallecimiento del individuo.

He aquí el *Ka,* inmortal, pero ligado como fuerza vital individual a la persistencia de la estatua del muerto, o por lo menos al nombre de éste. Tenemos luego a *Ba,* que corresponde más o menos a nuestra concepción del "alma", y al que se representa con alas. Existían también el espíritu misterioso *Akh,* el alma transfigurada y otros elementos esenciales de la naturaleza humana, dotados de tendencias personales diversas. Todos ellos estaban representados en las inscripciones lapidarías de las pirámides, junto a las potencias divinas o demoníacas con las cuales debían enfrentarse para alcanzar la eternidad. En su tentativa por subyugar los pavores atávicos y el mismo miedo a la muerte, vemos surgir ante nosotros la imagen del hombre eterno, tan parecido a cada uno de nosotros, por encima de todas las diferencias de tiempo, latitudes, razas o costumbres: obstinado y pusilánime, ladino y desamparado, todo de una pieza.

Sobre el hombre moderno tiene una ventaja que da a sus plegarias un carácter conmovedor: la violencia primitiva y desbordante de sus sentimientos que no han sido todavía ni sometidos ni dominados por ningún proceso de educación milenaria. Y cuando la riada de sus sentimientos cuaja en visiones grandiosas, recordamos las vehementes invectivas de los héroes de la Ilíada y de la Odisea, de los Eddas y de la Canción de los Nibelungos.

Como no podía menos de suceder, la mayoría de los conjuros que

han llegado hasta nosotros tienen carácter mágico, pues eran pronunciados a la intención del dios-rey para cuyos restos mortales debían impetrar la resurrección, la abundancia de todo lo necesario, el feliz viaje al otro mundo, la conquista del más allá, la justificación de sus actos ante los ojos de la divinidad y la transfiguración final en el reino celeste de los muertos.

Su elocuencia, ardiente y sugestiva, iba encaminada a influir en el destino eterno del difunto. El número de tales conjuros excede de 700 y proceden de rituales diversos, de regiones muy apartadas entre sí, y se remontan a distintas épocas de la historia del país. Los hay que ninguna relación tienen con el muerto, mientras que otros eran destinados a particulares. Algunos pertenecen incluso al ceremonial de la coronación y no faltan las plegarias recitadas en los templos. Muchas de estas fórmulas han sufrido modificaciones y deformaciones tendenciosas, como consecuencia de las cuales los antiguos patronos de los muertos — el dios-sol *Re-Atum,* creador primordial, el único ser viviente en el origen de los tiempos y el dios-tierra G*eb* y la diosa-cielo *Nut* — fueron reemplazados por el nuevo dueño y protector Osiris y su nueva corte divina.

El texto tiene a veces una fuerza persuasiva tan grande, incluso para nuestra mentalidad moderna, que al leerlo nos parece estar presenciando el cortejo fúnebre y que hasta nosotros llegan el eco de las invocaciones en honor del difunto.

Enternece por su simple sinceridad, la adjuración que había de despertar al Faraón a una vida superior:

"Levántate, ¡oh tú, rey Unas! ¡Alza la cabeza, reúne los huesos, recoge tus miembros y sacude la tierra prendida a tu carne! Recibe el pan que no enmohece y la cerveza que no se avinagra. Para ti hemos trillado la cebada y segado el alforjón. ¡Levántate rey Unas! ¡No debes continuar sin vida!"
Ocupan mucho lugar las fórmulas que nos describen, con fascinadora insistencia, el viaje celeste del difunto:

"De ahora en adelante ya no duerme en la tumba, para que sus huesos no se descompongan. Sus achaques han desaparecido y el rey Unas va camino del cielo. Igual a una nube emprendió el viaje, volando como la garza real. Ha besado el cielo como un halcón. Ha llegado al cíelo como un enjambre de saltamontes que oscurece el

mismo sol. Penetra en las últimas humaredas de la atmósfera. Vuela como un pájaro y se posa en un asiento vacío en el navío del dios-sol. Rumbo al cielo boga en tu bote y él mismo lo dirige ¡oh dios-sol! Cuando aparezcas en el horizonte, será él, con el báculo en la mano, el piloto de tu nave, ¡oh dios-sol! ¡Oh dios-sol todopoderoso!, el rey Unas llega a ti, su espíritu imperecedero. Recibe a tu hijo para recorrer juntos la ruta celestial, unidos en las tinieblas, y surgid donde os plazca en algún lugar del horizonte. ¡Oh dios-sol todopoderoso! Tu hijo llega a ti, permítele que te alcance. Acógelo, estréchale en tus brazos, pues es tu hijo para toda la eternidad..."

Algunas de las fórmulas están sacadas de la ceremonia fúnebre propiamente dicha y se refieren a la purificación de los difuntos y al nuevo uso y al reajuste de los diferentes miembros de su cuerpo:

"Oh rey mío, los servidores de Horus te purifican, te bañan y te enjugan, rezan a tu intención la oración del camino recto y la de la ascensión. Osiris, tú dispones de tu corazón y también de tus pies. Tienes tu *brazo,* Osiris. Tan cierto como Osiris vive, también él vivirá; del mismo modo que Osiris no ha muerto, tampoco él morirá, y así como Osiris no ha sido destruido tampoco lo será su cuerpo. Uno de los brazos de tu espíritu vital está delante de ti, el otro brazo de tu espíritu vital está detrás de ti. Uno de los pies de tu espíritu vital está delante de ti y el otro pie de tu espíritu vital está detrás de ti. Tomas el camino del cielo, subes y te alejas de la tierra .."

A veces estremece oír mezclado al ritmo de la encantación un grito auténtico de terror que surge frente a la incertidumbre ante las tinieblas, los peligros y las pruebas que en el más allá acechan al alma del difunto:

"Sé propicio a tu hijo, ¡ayúdale! El rey Unas tiene miedo de avanzar solo en la oscuridad donde nada se distingue. El rey Unas lleva consigo la veracidad que es atributo suyo. El rey Unas jamás será pasto de vuestras llamas, ¡oh dioses! ¡Oh padre mío, mi padre en las tinieblas, mi padre todopoderoso en la oscuridad! Hazme un sitio junto a ti para que, convertido en estrella, yo brille a tu lado como un pequeño lucero y te escolte eternamente..."

Porque es interminable la soledad y lúgubre el abandono en la larga

senda hacia las constelaciones y hasta llegar al barquero celestial, da rienda suelta al profundo recelo que le embarga:

"El rey Unas va camino del cielo... con el viento... sobre el viento..."

Como un hálito espiritual que se propaga y va disminuyendo hasta desaparecer, nos llega al alma.

Pero en las paredes interiores de la pirámide de Unas, mezcladas al ritual consagrado por el uso y la tradición, aparecen ya una serie de fórmulas cuya desmesura hace ya presentir la nueva raza de usurpadores que acabarían por hacer tambalear el trono, y que iban a provocar la primera gran revolución social que registra la historia. Es la voz inconfundible y potente del hombre prehistórico cuya rudeza y cuyas maneras de vivir primitivas perdurarán por doquier y que terminará por resultar más fuerte que los remilgados moradores de la residencia, aunque sólo fuere por la fuerza inevitable del número. El ardor salvaje que brota en algunas de estas frases procede del alma bárbara que creía poder asimilar las virtudes y las cualidades más destacadas de los vencidos, al propio tiempo que devoraba sus miembros sangrientos y humeantes. La impaciencia y la brutalidad asoman a través de los versículos, desafiando el equilibrio clásico del conjunto de la composición.

En este estilo impetuoso se reconocen los latidos poderosos del corazón de un caudillo primitivo:

"¡Oh vosotros, dioses del Sur, del Norte, del Este y del Oeste! ¡Honrad al rey Unas, honradle y temedle a la vez! Su diadema que corona la serpiente os abrasará si topáis con él. El rey Unas conquista el cielo y hende el bronce. Los mismos dioses tiemblan en su presencia y ante sus propios ojos ocupa su trono celeste. Él toma la iniciativa y decide; le ofrecen la eternidad; a su lado colocan la inteligencia. ¡Aclamadle, pues ha conquistado el horizonte!"

"El cielo está cargado, de nubes, las estrellas se apagan cuando el trueno retumba y la bóveda celestial se estremece, los huesos del dios-tierra se agitan, pero como por ensalmo todo movimiento cesa cuando aparece el rey Unas resplandeciente y poderoso como el dios que vive de sus padres y se nutre de sus madres. El rey Unas está dotado de todas las virtudes y se ha incorporado los espíritus. A quien se le cruzare en su camino le despedazará y le devorará los

miembros uno después de otro. Ha convertido en arma contundente y mortífera el espinazo de sus víctimas y arrancado el corazón de los dioses. El rey Unas se alimenta con los pulmones de los dioses que contienen y poseen la verdad. ¡Jamás podrán serle arrebatadas sus dignidades porque ha ingerido y asimilado el poderío de los dioses!..."

El sacrificio de las víctimas se describe luego con un realismo impasible :

"El rey Unas es el que se come a los hombres y vive de los dioses, y dispone de innumerables servidores que acatan sus órdenes. Los cazadores de cabezas capturan para él a sus víctimas, la serpiente de cabeza erguida vela para que ninguno se le escape, y el que "está sobre el rojo de sangre" (Heri-terut) se los encadena. Khonsu, mata a los señores, los degüella y les saca las entrañas para el rey Unas. El dios-estrujador los despedaza para el rey Unas y se los cuece al horno para cenar."

"Es el propio rey Unas quien se come sus virtudes mágicas y absorbe sus almas transfiguradas. Los más robustos se los sirven por la mañana temprano, los medianos por la tarde y con los pequeños cena. Los ancianos y las ancianas son el combustible con que se alimenta su hogar. Las estrellas del Norte alumbran el fuego bajo sus calderas con las nalgas de los más viejos. Los moradores del cielo rinden homenaje al rey Unas cuando arden en el hogar los pies de sus mujeres..."

Como vemos, el faraón difunto no se *merece* el cielo, sino que lo conquista, y cuando se traga a los dioses y a los demonios asimila sus facultades mágicas. Pero el que esa *teofagia* tiene en el fondo un sentido figurado se desprende claramente de las palabras siguientes: "Se ha comido la corona roja, se ha tragado la corona de color de papiro."

Con todo, no es esta mitología potente y brutal lo que caracteriza al conjunto de las inscripciones halladas. Se parece a la erupción de un volcán ya en vías de extinción, cuyas laderas empiezan ya a ser invadidas por exuberante vegetación. La autoridad de una ética superior en la que se basan las ideas sobre la vida y el estado, no se pone todavía en tela de juicio, y buena prueba de ello es que la misma realeza acepta el principio de un juicio divino de ultratumba

ante el que deberá comparecer receloso el mismo rey para justificarse con las fórmulas que han llegado hasta nosotros inscritas en las paredes de las pirámides.

Fascina poder seguir, de generación en generación en estos textos de las pirámides, después de tantos siglos, el desarrollo del progreso de la reflexión en el Antiguo Egipto. Lo que a unos les había parecido sin duda razonable, era ya chocante e indecente para la generación más refinada que les sucedió, y la crudeza original es reemplazada en los textos posteriores por descripciones más en consonancia con las nuevas ideas, más dignas, más cercanas a nuestro punto de vista, pero que por menos espontáneas quitan vigor a la redacción primitiva. Simultáneamente a la paulatina evolución dinástica, varía también la situación y el olimpo egipcio se transforma. Como figuras principales aparecen ahora sucesivamente el dios todopoderoso, cuyos ojos inmensos son el sol y la luna, y al cual se ha asimilado el dios-halcón Horus de la estirpe de los fundadores del imperio; el dios-sol Re-Atum y el dios de los muertos y juez supremo Osiris.

Una de las ideas que prestan a la religión egipcia su característica especial es el examen al que sobre su conducta terrestre deben someterse los muertos al penetrar en el otro mundo. En el llamado *Libro de los Muertos,* que se compone de una larga y variada serie de versículos relativos al más allá, poseemos un elemento importantísimo que nos ilustra sobre todo lo relativo a las tumbas de los últimos tiempos del Imperio Nuevo, el de la hegemonía mundial de Egipto. Figuran dichos versículos en un rollo de papiro, pero podían escribirse directamente sobre el ataúd, en el catafalco o en las paredes de las cámaras funerarias.

Ceñida la corona y empuñando el cetro y el látigo, emblemas de su posición, Osiris, dueño de la eternidad, está sentado como un rey en el trono, detrás del cual se sitúan habitualmente sus divinas hermanas Isis y Neftis. Al otro lado, Maat, diosa de la justicia introducía al difunto o a la difunta. En el medio de la escena se halla representada la gran balanza en uno de cuyos platillos se coloca el corazón y en el otro el símbolo de la verdad: una pluma de avestruz. La operación del pesaje va a cargo de Horus y del guardián de las momias Anubis, que tenía el cuerpo de hombre y la cabeza de chacal. Thot — que parece provenir de la confusión de dos deidades lunares, un dios ibis y un dios cinocéfalo — dios de la

sabiduría y de la escritura, consigna, cálamo en mano, el resultado en un rollo de papiro. Frente a este tribunal que se compone de cuarenta y dos jueces, uno por cada uno de los cuarenta y dos nomos de Egipto, el candidato a la eternidad debe hacer examen de conciencia y asegurar que jamás se ha hecho reo de toda una serie de delitos contra sus semejantes, contra los dioses, contra sí mismo y en detrimento de los bienes del prójimo.

La invocación ritual estaba concebida en estos términos:

"¡Salve, dios magnífico, señor de ambas verdades! Me eres conocido y conozco asimismo el nombre de las cuarenta y dos divinidades que te rodean y asisten en este tribunal. Héme en tu presencia, pues te traigo la verdad y deseo ahuyentar el pecado."

Luego sigue la confesión propiamente dicha:

"No he cometido pecado alguno contra los hombres. No he perjudicado a nadie. Jamás he atentado contra el trono de la verdad. No he perpetrado ningún delito. Nada he hecho para desagradar a los dioses. No he calumniado a ningún criado ante su dueño. A nadie hice pasar hambre ni nadie ha llorado por mi culpa. No he matado a nadie ni a nadie he inducido al asesinato. Jamás hice mal a nadie ni he disminuido la comida destinada a los sacrificios en los templos, ni robé el pan sagrado de los dioses ni las galletas de los bienaventurados. Jamás tuve relaciones sexuales prohibidas ni he prostituido mi cuerpo con prácticas abyectas. En ninguna ocasión mentí en el peso del grano ni pueda decirse que haya reducido las medidas agrarias."
En una declaración final el difunto se dirige sucesivamente a cada uno de los cuarenta y dos jueces asistentes al acto, para protestar de que no cometió ninguno de los pecados enumerados. Cuando el juicio le era favorable, Horus tomaba al justo de la mano y lo llevaba ante el trono de Osiris, quien le señalaba un lugar en el reino de ultratumba. En caso contrario, el difunto era aniquilado por un monstruo híbrido, "la devoradora de poniente".

Por primera vez en la historia de la humanidad este tribunal de ultratumba pone de manifiesto, en forma inteligible y concreta, la idea que la suerte del muerto depende de su conducta en el mundo de los vivos. Al cabo de mil años, esta concepción del otro mundo era ignorada todavía por todas las demás civilizaciones. Así vemos,

por ejemplo, que tanto en Babilonia como entre los hebreos, el mismo lamentable destino aguardaba en el más allá, sin distinción, a buenos y malos.

Esta memorable escatología, cuya influencia fue tan grande en la ulterior concepción del mundo, no tuvo tiempo de desarrollarse enteramente en la época de las pirámides, pero a pesar de todo, en el dios-rey de las dinastías V y VI se manifiesta ya una tendencia evidente a justificar su comportamiento sobre la tierra. Al mismo tiempo que en el texto de las fórmulas reafirma el faraón los privilegios inherentes a su dignidad y al poderío que le sobrevive, mezcla ya a sus invocaciones ciertas concesiones veladas a la idea de un tribunal divino ante el cual el mismo soberano deberá comparecer si quiere instalarse en alguna estrella circumpolar "eterna".

Él mismo asegura:

"El rey quiere justificar todos sus actos terrenales, y sube al cielo en calidad de custodio de la justicia. Ningún ser viviente, ningún difunto alza el dedo para acusarme. Ningún buey, ninguna oca se levantan para hacerme cargo alguno."

En las advertencias y las preguntas del juez de los muertos vibra un acento sobrenatural.

"Dinos la verdad, queremos saber lo que es y no nos digas lo que no es, pues dios aborrece la mentira. ¿Eres un difunto puro?".

A lo cual responde el rey:

"Llegó de un lugar puro..."

Solemne retumba la decisión de la justicia:

"Para ti se abren de par en par las puertas del cielo. Se te franquea la entrada en el firmamento. Búscate, pues, un sitio a tu gusto entre las estrellas inmortales."

Un grito de júbilo y de triunfo brota del pecho del elegido:

"Vosotros, cancerberos de la celestial morada, repetid mi nombre al

dios del cielo. Regocijaos conmigo, ensalzad mi espíritu vital, pues comparecí ante el divino juicio y mi *ka* halló gracia ante los ojos de dios:"

Los porteros se alegran con él y le dan la enhorabuena:

"Héte aquí instalado en el trono de Osiris, como representante del primero entre los occidentales. Adopta su autoridad, asimila su poderío, recibe su corona. ¡Oh rey! ¡Con qué dones tan magníficos te obsequió tu padre Osiris! Te ha cedido su propio trono a fin de que todos los bienaventurados sigan en pos de ti."
Como era de esperar de aquel pueblo de funcionarios y escribanos que era el Antiguo Egipto, se tomaba debida nota de la promoción y el soberano difunto era oficialmente inscrito en las listas del cielo.

"Anubis, el dios que cuenta los corazones, borra del número de los dioses terrestres el nombre de aquél a quien Osiris ha tomado bajo su protección y le coloca en las listas de los dioses del cielo."

Pero, a pesar de las nuevas dignidades con que se acababa de investir al flamante inmortal, los sacerdotes andaban solícitos por impedir las visitas importunas de serpientes y escorpiones a la cámara mortuoria. Toda una serie de fórmulas no tenía otra finalidad; incluso vemos que algunas de ellas debían proteger al difunto contra los ataques solapados de los leones. Al cabo de los siglos se nos hace difícil imaginar cómo se las hubieran compuesto estas fieras para penetrar en el fondo de las tumbas, y qué podría temer de ellos el nuevo dios sepultado en lo profundo de las pirámides.

¡Volveos a la tierra!
Serpiente, te lo advierto.
No lo olvides, escorpión.
Al gran toro negro le han decapitado.

Finalmente se pinta en vivos colores la vida del bienaventurado en los parajes paridisíacos del otro mundo, desde los cuales, mediante sus apariciones periódicas con el sol y con la luna, continúa dominando a su imperio terrestre. Las imágenes con que se nos describe el más allá son numerosas y pintorescas, constituyendo ellas solas un documento precioso y único en el que hallamos registrados para la posteridad los anhelos y las ilusiones de los

egipcios de las épocas respectivas.

El difunto debe abrirse camino por entre los demonios de ultra-tumba, que tal vez sean constelaciones. Debe franquear el portal de dos batientes y utilizar luego la balsa simbólica hasta alcanzar los campos ubérrimos donde crecen en profusión la cebada, el alforjón, las plantas forrajeras y se mecen al viento toda clase de árboles frutales. Estas riberas de fantasía reciben también el nombre de "tierra de la luz" y en las líneas siguientes se describe detalladamente lo que allí le espera al viajero:

"Seth y Nefti, ¡apresuraos! Anunciad la buena nueva a los dioses del Sur y a sus bienaventurados, pues llega un ser contra el cual no prevalecieron las fuerzas de la destrucción. Es la diosa celeste, Nut, quien le da la vida; ella es la que le ha traído al mundo; boga hacía la orilla occidental del cielo, rumbo al lugar donde nacen los dioses y donde él nacerá con ellos — renovado y rejuvenecido...

"De ahora en adelante formas parte de los que rodean al dios-sol, y se colocan delante del lucero del alba. Eres de su séquito. Nacerás, como nace la luna, de sus lunas nuevas. El dios-sol se apoya en ti en el paraje de la luz.

"Se te abren las puertas del cielo y también las compuertas del agua fresca y vivificante. Encuentras de pie al dios-sol esperándote; te toma de la mano para conducirte a las dos moradas divinas del cielo y sentarte en el trono de Osiris.

"De ahora en adelante cuentas entre los amados de dios, que se apoyan en su cetro, visten prendas encarnadas, comen higos, beben vino y ungen sus cuerpos con perfumados bálsamos.

"Él recibe su parte de todo cuanto contiene el granero del gran dios. Le visten los inmortales y el pan y la cerveza que le sirven duran eternamente. Cuando Ra come, le invita; cuando Ra bebe, comparte con él su bebida. Duerme en paz y tranquilo cada día... y hoy se encuentra mejor que ayer.

"¡Qué espectáculo tan maravilloso! ¡Qué delicia el contemplarte cuando asciendes a las estrellas inmortales, tocado con el casco del soberano, siguiendo las huellas de tu fuerza mágica que te precede! De este modo avanzas al encuentro de tu madre Nut, la

diosa celestial. Llama en derredor tuyo a los dioses que habitan el cielo y todos se unen para ti a los dioses que habitan la tierra, a fin de que estés con ellos y camines del brazo con ellos.

"¡El rey Unas se ha sentado en el trono... y aparece en forma de estrella!

"Este rey manda ahora en los astros inmortales, boga hacia las orillas donde reina la felicidad y para él empuñan los remos los habitantes del país de la luz.

"Pero el Rey Unas no permanece inmóvil, sino que va de un lado a otro, junto con el dios-sol. Inspecciona las casas, confiere dignidades y las retira; castiga y perdona. La morada del rey Unas, que está en el cielo, no se desmoronará, ni se desplomará el trono que el rey Unas dejó en la tierra."
De vez en cuando hallamos versículos que nos impresionan por la belleza poética y la intensidad de los sentimientos que expresan:

"Encuentra a los dioses de pie, envueltos en sus sagradas vestiduras y calzados con sandalias blancas. Tiraron lejos de sí las sandalias y se desnudaron. Nuestro corazón hasta tu llegada no conoció la alegría" — le dijeron.

"He aquí que ya viene. Mira cómo se te acerca. Tú pasas la noche en su regazo como a un becerro recién nacido sostiene en sus brazos el pastor..."

Como se piensa en todo, en algún lugar se trata también de *la* protección de las pirámides y él suplica al dios-sol todopoderoso que extienda su protección sobre las obras en curso y que una su espíritu vital al del rey difunto, a fin de que el monumento funerario subsista durante por toda la eternidad. En otra parte se lee esta frase:

"Te construiremos una rampa para que por ella puedas ascender al cielo."

Tales textos, junto con los demás documentos que poseemos, nos dan la clave de las pirámides.

La pirámide es el trono solar sobre cuya imponente superficie, lisa y

brillante, se posa y descansa el astro divino en su carrera diaria, como encima de la piedra piramidal (benben) dedicada a su culto en la vecina ciudad-sol, donde, según la leyenda, apareció por primera vez. Mediante este proceso debían reunirse inmediatamente dios y el rey-dios como padre e hijo, y así el faraón difunto *alcanza cada día la* consubstancialidad con el dios supremo, del que no ha sido más que el hijo y la imagen viva en la tierra. La teología magna de Heliópolis que ciertamente ejerció determinadas influencias en Platón, fue cobrando más y más importancia en el transcurso de la IV dinastía de los faraones. A partir de la V dinastía el clero nombra a los monarcas y es notorio que el reformador Ecnatón — el rey hereje — intentó arrebatarles sus exorbitantes prerrogativas. Bajo la influencia de esta teología se fundieron en una realidad gigantesca la tumba real y el trono del sol.

O sea, en otras palabras, que estas construcciones imponentes del pueblo egipcio de labradores, no son otra cosa sino monumentos erigidos por la fe; ni más ni menos que las catedrales de nuestras ciudades medievales. Aquel pueblo se enaltecía a sí mismo labrando, en un alarde de solidaridad religiosa y a costa de los mayores esfuerzos, un monumento eterno a su soberano, astro central a cuyo alrededor gravitaba entonces el resto del mundo. La voluntad del monarca era lo único que contaba y constituía la razón de ser de sus súbditos. El caudillo prehistórico, de cuya lucidez, audacia y tenacidad dependía la supervivencia de la horda, de la tribu y del pueblo entero, y que por lo mismo era objeto de veneración e incluso de culto respetuoso, encontró su máxima encarnación en el faraón de la época de las pirámides. El arte le ha consagrado creaciones de insuperable grandeza y en el mundo no existe retrato de rey alguno que pueda compararse en majestuosa simplicidad a la imagen tallada en diorita, del rey Kefrén en su trono, existente en el museo de El Cairo. La fe de su pueblo le erigió a él y a sus antepasados una tumba que desgarra y penetra en el cielo, y esta fe movió las montañas: No existe *razón* alguna para poner en entredicho la afirmación de Heródoto, según el cual, para edificar la pirámide de Keops estuvieron trabajando 100.000 hombres tres meses cada año, mientras que los canteros proseguían sin interrupción la tarea durante todo el año en las canteras y en los talleres.

La realidad, tal como la conocemos documentalmente hoy día, es mucho más noble y satisfactoria para la humanidad que las

leyendas divulgadas en el curso de los siglos, pues libera a Egipto del estigma que suponían en su historia esos ejércitos de esclavos jadeantes, gimiendo bajo el látigo de los déspotas, y coloca a las pirámides entre los grandiosos monumentos de la fe humana.

Lámina color I

EL ENIGMA DE LA ESFINGE

HACIA las tres y media de la tarde apercibimos ya el desierto en el que se alzan las tres pirámides. Es tan grande mi impaciencia por tenerlas al alcance de mi mano, que lanzo a mi caballo al galope por el arenal, seguido de cerca por Máximo. Es una loca carrera.

"Grito sin querer, y luego avanzamos, jadeantes, contra el viento en dirección a la esfinge, cuyo volumen aumenta por momentos, surgiendo de tierra como un perro que se yergue ante su dueño.

"Ya estamos ante la esfinge Abu el-Hol (el padre del terror) como la llaman los árabes. La arena, las pirámides, la esfinge, todo es gris, de un gris bañado en una claridad de color rosa subido. El cielo es de un azul intenso. Una bandada de águilas revolotea lentamente sobre la cumbre de las pirámides. Nos detenemos ante la esfinge, que nos lanza una mirada terrible. Máximo palidece. En cuanto a mí, la cabeza me da vueltas y trato en vano de contener mi emoción."

"Los ojos de la esfinge parecen todavía llenos de vida. El lado izquierdo, sobre el que de preferencia se han posado los pájaros desde siempre, es de un color blanco sospechoso. Está orientada a Oriente, la cabeza es gris y con enormes orejas apartadas, semejantes a las de los negros; el cuello delgado, pues las tempestades de arena del desierto lo han ido rebajando en el curso de los siglos. Ante la mole hay un gran hoyo en la arena que la pone de manifiesto en su totalidad."

Así se entraba en contacto hace cosa de un siglo con el monumento más formidable de la humanidad, y fue Gustavo Flaubert quien escribió estas líneas el 7 de diciembre de 1849, en el curso de un viaje por el Valle del Nilo con su amigo y protector Máxime du Camp. Tenía entonces 29 años y si el estudio de las inscripciones de los monumentos le aburría bastante, por contra, su desasosiego sensual se encontraba en su elemento entre los esplendores de la vida oriental. Le quedaba "*La Tentation de Saint Antoine*" por terminar y todavía no había empezado ni "*Madame Bovary*" ni "*Salambó*".

Hoy todo es mucho más sencillo. Se toma el tranvía 14 desde Ataba el-Chadra hasta el final de trayecto, a menos que se prefiera ir en

automóvil. Luego se monta un camello de alquiler, flaco pero ataviado de un modo impresionante, de los muchos que al pie del cementerio de los reyes aguardan a los turistas curiosos, y, majestuosamente sacudido se avanza hacia el monumento gigante.

Se llega completamente agotado a Mena House, en cuyos jardines se bebe una taza de té y desde donde se deja vagar la mirada hacia los inmensos triángulos que se recortan en el horizonte y parecen cerrar el paso en el confín; se contempla con sorna la juventud dorada de la "gran sociedad internacional", la cual, como en un parque zoológico de nuestros años infantiles, se balancea amarrada a las jorobas de la nave del desierto, de cuyos flancos penden toda la colección de piernas de todos tamaños recubiertas de calcetines elegantes y chillones.

El que quiera llegar a pie hasta la esfinge, debe resignarse, después de haber alcanzado el campo de las pirámides, a hundirse continuamente en la arena y a no salir de ella más que para enfrentarse con los beduinos codiciosos que consideran a este país de maravillas como una prebenda heredada de sus antepasados. Le ofrecerán con cansina insistencia sus servicios de guía y un sin fin de antigüedades de dudosa autenticidad, las más de las veces a todas luces falsas, y le abrumarán de tal modo, que más le valdrá al viajero decidirse a tomar a uno a su servicio, aun cuando sólo sea para esquivar las impertinencias de los demás.

En ocasión de mi primera visita a este cementerio extraordinario, llegó a ponerme tan fuera de mí su descaro, que ni siquiera vi las pirámides y sólo eché un vistazo a la esfinge.

¿La esfinge? Es posible que no exista unanimidad A diferencia de la esfinge griega — una leona con torso de mujer — la esfinge egipcia pertenece generalmente al género masculino, y parece ser de buen tono, entre los que se han dado cuenta de ello, el emplear el artículo masculino y persuadir a los demás a que los imiten. Es una cuestión de principio para ellos el enseñar al que no sabe.

Sin embargo, yo discrepo y continuaré escribiendo *la* esfinge, escudándome en la autoridad de Hans Gerhard Evers. "Cuando, ante la sorpresa general, resultó que la mayoría de las esfinges egipcias representaban a reyes y no a seres femeninos, empezó a decirse, con una precipitación digna de mejor causa, *el* esfinge,

contrariamente al uso hasta entonces establecido y firmemente arraigado. Este exceso de celo está ya pasado de moda. En efecto: a nadie se le ocurre hablar de *el* estatua por el solo hecho de que el personaje esculpido sea Napoleón o Apolo, pongamos por caso. Del mismo modo *esfinge es* un término general de arte que designa una cierta combinación plástica de hombre y animal. Los que no se den por satisfechos con esta explicación y crean hablar con más propiedad y más correctamente guiándose por el sexo, se hallarán en grandes apuros las más de las veces, pues no faltan en Egipto esfinges con cabeza de mujer y de carnero, además, bien entendido, de las de los reyes, de modo que deberá hacer equilibrios con los géneros, empleando ora el artículo masculino, ora el femenino e incluso el neutro. Creo que esto queda bastante claro."

En estos términos que no admiten réplica se expresa el mencionado Evers en *Staat aus dem Stein,* uno de los libros más sugestivos, penetrantes y apasionados que se han escrito sobre los monumentos artísticos del antiguo Egipto.

Sorprende la diversidad de aspectos bajo los cuales la gran esfinge de Gizeh ha impresionado a sabios y a profanos desde tiempo inmemorial.

Así, por ejemplo, leemos bajo la pluma de autores que nos merecen el mayor respeto, que la gran esfinge no es obra de los egipcios, sino que procede de alguna otra civilización, mucho más antigua, de la que se ignora, naturalmente, todo. Dimitri Merejkovski, el autor de novelas históricas famosas, escribe con ligereza sorprendente en su libro, por otros conceptos muy interesante, Los *misterios de Oriente:* "La esfinge es muy anterior a las pirámides y es la más antigua de todas las obras que ha producido la humanidad. En los rasgos de la esfinge aparece por primera vez la faz humana..."

Muchos escritores, entre ellos el ya citado Flaubert, le encuentra un tipo negroide. "Por otra parte, seguramente es de origen etíope, pues tiene los labios muy gruesos."

El que reflexione un poco y observe a la esfinge sin dejarse llevar de prejuicios ni de la fantasía, no hablará de labios belfos negroides aun cuando ignore que los primeros negros hicieron su aparición en

la historia de Egipto hacia el año 2000 a. de. J.C. Muy posiblemente la mandíbula algo prominente ha contribuido a la difusión de esta teoría insostenible.

Otros han intuido en la expresión del monstruo pétreo algo terrible y cruel, incluso despiadado. La penetrante mirada procedía de un tirano altivo y bárbaro, dicen, influenciados sin duda por las fábulas con que los antiguos guías encandilaban a los visitantes griegos y romanos. Aquellos tiempos no podían valorar la razón de ser de semejantes monumentos, inútiles según todas las apariencias, más que como secuela ridícula y brutal del capricho de un déspota. Por otra parte, el racionalismo greco-romano carecía de comprensión ante "aquella humanidad apenas salida de la infancia" y cada una de las piedras del desierto eran otros tantos pretextos para improvisar las más descabelladas y absurdas leyendas.

Imágenes 16,17

Imágenes 18, 19

Las degradaciones sufridas por la cabeza del gigante puede que hayan contribuido a la diversidad de las interpretaciones que su expresión sugiere. Las peores mutilaciones las sufrió durante el período árabe. Hacia el año 1380 d. J. C. un jeque cobró triste fama de iconoclasta furioso ensañándose en ella. Los mamelucos ejercitaban la puntería tomando su cabeza por blanco, y fue seguramente abierta por una bala de cañón la ancha brecha que desfigura la parte superior izquierda del cráneo. La nariz está completamente destruida y también el labio superior sufrió desperfectos. El viento cargado de arena del desierto ha ido rebajando peligrosamente la piedra calcárea menos resistente del cuello y la forma exterior del torso. La cabeza de la serpiente frontal, así como el porta-barbas se desprendieron hace tiempo y algunos fragmentos se conservan en el Museo de Antigüedades de El Cairo y en el Museo Británico de Londres. Además, el tiempo ha obliterado casi totalmente una figura enigmática esculpida en el pecho de la esfinge. Según un antiguo documento árabe, las facciones de la esfinge eran nobles y armoniosas, lo cual ningún observador objetivo y versado en el arte egipcio pondrá en duda, a la vista de los vestigios todavía existentes.

A pesar de todos los ultrajes del tiempo y de los hombres, la esfinge ha conservado su porte altivo y digno y sigue dirigiendo la mirada al infinito, indiferente a las pequeñeces que la rodean. En las mejillas quedan aún trazas de la pintura pardo-rojiza que las cubriera antaño.

El gigantesco león, con el tocado de forma trapezoidal de los faraones, se levanta en medio de una vasta cantera al este de la pirámide de Kefrén, junto al sendero que une la hondonada de la esfinge al templo funerario de este rey, situado frente a la pirámide. Así, actualmente, desde la orilla del foso puede verse desde las patas hasta la cabeza. En el transcurso de su trabajo, los canteros tropezaron sin duda con una masa de piedra calcárea gris amarilla más blanda que el resto, y cuya mediocre calidad de resistencia la hacía impropia a la transformación en sillares. Se supone que esta planta llamaría la atención de Kefrén y de sus arquitectos y les inspiraría la idea de construir con ella una esfinge monumental. Que la tradición esté en lo cierto o no, el caso es que entra en lo posible y esta empresa encaja perfectamente con el impulso creador titánico e ingenuo a la vez de aquel pueblo que no había llegado

todavía a la madurez. Por otra parte, cabe tener en cuenta que son más bien endebles los indicios sobre los que se atribuye a este rey la erección de la esfinge. En efecto, una mención problemática a Kefrén, la cual se remonta a una época muy posterior, hacia el año 1400 a. J. C., que aparece inscrita entre las patas delanteras de la esfinge, sólo demuestra que entonces, bajo el reinado del faraón Tutmosis IV, aquel rey pasaba por ser su constructor. Por lo demás, en apoyo de esta suposición únicamente puede invocarse el emplazamiento de la esfinge en el cementerio real de la IV dinastía, un vago parecido con ciertas estatuas de Kefrén y la forma achatada de la serpiente frontal. Al fin de este capítulo indicaremos las razones que, en nuestra opinión, militan en favor de una hipótesis distinta.

Una parte del pecho y de los miembros posteriores, así como la casi totalidad de las patas, son de piedra de sillería. Sigue siendo objeto de controversia cuándo tuvo lugar este remate. Tal vez sea contemporáneo de la cabeza, pero puede también haber sido obra de generaciones posteriores, de la Época Tardía, las cuales, como se sabe, estaban orgullosas de los monumentos del Imperio Antiguo y los habían adoptado como propios.

También entra en lo posible que en la época de la hegemonía mundial egipcia, aquellas partes excoriadas por el tiempo fuesen completadas y restauradas de ese modo. Es cierto que son precisamente estas partes las primeras en recibir la capa protectora de arena con que el viento, soplando sin cesar, cubre rápidamente todos los monumentos del desierto. Por regla general, en las excavaciones realizadas durante la edad moderna en Egipto ha podido comprobarse que de la arena las esfinges emergen únicamente el torso y la cabeza, y otro tanto debió suceder en la antigüedad. ¿No puede significar esto que toda la esfinge fuera terminada en tiempos menos remotos y que al iniciarse la magna obra se encontraran con que ya no bastaba el gran bloque de piedra primitivo para tallar en él el cuerpo entero? Vamos a facilitar algunas cifras.

La distancia entre el pavimento sobre el que descansan las patas delanteras del monstruo híbrido y la coronilla es de alrededor de 20 metros. La longitud total de las extremidades de las patas anteriores hasta la raíz de la cola, es 73,5 m. La oreja tiene 1,37 m de altura, según cálculos del gran egiptólogo y fundador del Museo

Egipcio de Antigüedades Mariette, La nariz completa debía de medir 1,70 m de longitud. La anchura de la boca es 2,32 m y la cara en su parte más ancha mide 4,15 m. Si nos colocamos de pie en la parte superior del pabellón de la oreja, no alcanzamos con la mano la cúspide del cráneo, a pesar de que éste, en comparación con la cara, es relativamente bajo y llano. "Fácilmente podría pasearse por el labio inferior", le escribía a Goethe, a la sazón en Roma, el arquitecto francés Casas a su regreso de Oriente. Una cavidad, obstruida recientemente por medio de una placa de metal, que hay en la parte superior de la cabeza, dio lugar a una leyenda, según la cual desde aquel agujero hablaba el oráculo por boca de los sacerdotes. En realidad, parece haber servido para asegurar algún adorno monumental que no ostentaba la esfinge en un principio, sino que fue añadido seguramente por el Imperio Nuevo que gustaba de decorar y recargar suntuosamente sus estatuas.

Una obra tan colosal forzosamente debió de llamar la atención en todos los tiempos.

A los faraones de la XVIII dinastía, aventurera y belicosa, les gustaba celebrar grandes paradas bajo la mirada de la gran esfinge en ocasión de emprender viajes, expediciones de caza por el desierto y campañas militares. Fue durante uno de estos desfiles que Amenofis II, el esforzado hijo del gran Tutmosis III se prometió a sí mismo erigir una estela en aquellos lugares, y realizó su propósito una vez coronado rey.

Las recientes excavaciones en los alrededores del foso de la esfinge la han puesto al descubierto, gracias a lo cual han aumentado considerablemente nuestros conocimientos sobre las aptitudes físicas y las prendas de todas clases del príncipe heredero, cuyo reinado había de ser bien breve. En la larga inscripción — que hace las delicias de los egiptólogos — se ensalza como guerrero, jinete, arquero, corredor y remero sin par al joven monarca que subió al trono a los 18 años:

Bogaba a proa de la nave con doscientos hombres.

Se remaba con ánimo, pero luego de avanzar media milla
se sintieron flaquear los miembros.

Les faltaba aire...

Su majestad tomó decidido el remo de veinte codos de largo
se puso a remar con ahínco y tomó tierra
después de haber cubierto tres millas remando
sin soltar el remo.

Las caras de los que le observaban brillaban de admiración
al verle ejecutar tamaña proeza.

Probó nada menos que trescientos grandes arcos
para comprobar la habilidad de los constructores,
e indagar quién conocía su oficio y quién no.

Sus maravillas voy a relatar.

Penetró en su campo de armas,
donde le habían preparado cuatro blancos de cobre asiático
del grueso de una cuarta cada uno,
y veinte codos separaba un poste de otro.

Entonces apareció su majestad en su carro
como el dios de la guerra con todo su poder,
Tomó el arco
y cuatro flechas a la vez.

Miró ante sí y disparó,
como el dios de la guerra en todo su esplendor.

Las flechas atravesaron las dianas
y se clavaron en el poste más cercano.

Esto es algo inusitado, nunca visto.

Jamás ni en las leyendas sucedió
que una flecha disparada contra un blanco de cobre
lo traspasara y se cayera al suelo...

(Según S. SCHOTT)

Los primeros trabajos de que se tiene noticia, de desescombro y restauración de la esfinge recubierta por las arenas del desierto, fueron emprendidos en tiempos del hijo del deportivo e inteligente

rey Tutmosis IV, y los motivos que le indujeron a ello los consigna él mismo en la estela que hizo erigir no lejos de allí. Del texto se conoce una segunda edición que es la que los sacerdotes de palacio hicieron grabar en una de los potentes arquitrabes graníticos del templo de Osiris situado en las proximidades, y que luego fue colocado entre las patas delanteras de la gran esfinge, donde sigue todavía. De dicha inscripción se desprende que, en aquella época por lo menos, la esfinge era considerada como la misma imagen del dios solar de Heliópolis, Harakhti — "el Horus de los dos lugares de la luz" — y se la veneraba en consecuencia. Según las expresivas descripciones que en ella se leen, cuando el joven Tutmosis no era todavía rey, se complacía en ir de caza por el desierto de Menfis "montado en su carro cuyos caballos eran más veloces que el viento" y lanzando flechas y dardos sobre leones y gacelas.

Un día, a la hora meridiana, regresó agotado el príncipe de cazar y se echó a descansar a los pies de la esfinge, a la "sombra del gran dios". No tardó en dormirse profundamente en el minuto en que el sol culmina y en sueños se le apareció este dios magnífico en toda su majestad, y le habló con su propia boca como un padre habla a su hijo: "¡Alza los ojos y mírame, ¡oh hijo mío Tutmosis! Soy tu padre, el dios Harakhti— Khepri-Re-Atum. Te doy mí reinado. Un día subirás al trono y llevarás la corona blanca y la corona roja y estarás sentado en el trono de Geb, el rey de los dioses. Para ti la tierra en su longitud y en su anchura y todo cuanto ilumina el ojo del Señor-de-todo. La tierra, tan grande como es, te pertenecerá, así como todo lo que abarca la mirada de fuego de quien lo domina todo. Las riquezas de Egipto y los inmensos tributos de todos los demás países serán patrimonio tuyo. Hace muchísimos años que posé en ti la mirada, mi mirada y mi corazón. ¿Ves cómo me oprime la arena del desierto que me rodea? Prométeme que escucharás mi ruego, pues yo sé que tú eres mi hijo y mi salvador, y yo estoy siempre contigo."

Cuando el príncipe despertó, "las palabras del dios resonaban todavía en sus oídos". Jamás se le olvidaron y así vemos que ya en el mismo año de su accesión al trono dio satisfacción al deseo expresado por la divinidad que le había otorgado la soberanía sobre el primer país del mundo, e hizo despejar las arenas que casi ocultaban a la esfinge.

Este texto tradicional huele a leyenda popular amañada por los

sacerdotes, y en él parecen haber encontrado eco acontecimientos político-religiosos. Se percibe, en todo caso la influencia preponderante que el clero heliopolitano ejercía a la sazón sobre la casa real. Pero pronto se apartaría ésta más y más de su primitivo dios Amón, que después de haber sido el dios de la ciudad lo fue también del imperio.

Pero las arenas del desierto de Libia, eternamente barridas y transportadas por el viento, volvieron a cubrir pronto la estatua del dios pétreo.

En la época de los Ptolomeos, o bajo el imperio romano, la esfinge fue restaurada varias veces y se quitó la arena una vez más, tal vez durante el reinado de Septimio Severo, cuando se procedió también a la restauración del coloso de Memnón. Entonces se erigió un altar, que existe todavía, delante de la esfinge, y se construyó un muro de contención de ladrillos y piedra cuya misión era proteger al monumento contra las tempestades de arena. Probablemente son de la misma época las grandes escaleras adosadas al lado este.

Los tiempos modernos tampoco se han quedado atrás en este aspecto y diversas aportaciones financieras importantes han facilitado repetidas veces la protección y fomentado los estudios relativos al coloso. El año 1818 una sociedad inglesa puso 450 libras esterlinas a la disposición de Caviglia para que se procediera en regla a su despeje total. Entonces se descubrió la escalinata y, entre las garras anteriores del monumento una superficie cuidadosamente pavimentada a cuya extremidad se alzaba, hasta el pecho de la esfinge, una especie de templete abierto. Este edículo resultó estar limitado por dos barreras entre las que había un pasaje en cuyo centro yacía un pequeño león de piedra de cara a la esfinge. Diversas inscripciones murales permitieron atribuir la pequeña edificación a Tutmosis IV y a Ramsés II.

El eminente egiptólogo y director general de los Servicios de Antigüedades de Egipto, Gastón Maspero, hizo retirar en 1886 las arenas que habían tomado nuevamente posesión del lugar. Los últimos trabajos de despeje y restauración de vasto alcance realizados en 1925-1926 por cuenta de los mismos servicios, fueron dirigidos por Baraize, y nuevamente aparecieron el cuerpo, los miembros y el zócalo con la vasta serie de estragos operados en el curso de los siglos por los hombres y los elementos. Quedó nuevamente al

descubierto como un prodigio de fantasía que en cierto modo tal vez decepcione, pero que, sin embargo, nos ofrece una visión de aquel conjunto grandioso del que ninguna fotografía puede darnos una idea cabal.

Se aprovechó aquella oportunidad para realizar ciertos trabajos de albañilería que provocaron polémicas apasionadas entre los que las veían con buenos ojos y los que las reprobaban por desacertadas. En el curso de esta última restauración fueron colocados en su sitio, y reforzados, algunos fragmentos que se habían desprendido, y sobre todo el cuello fue objeto de la consolidación indispensable para evitar el desmoronamiento de toda la cabeza del monumento más memorable de la humanidad. La obra de contención realizada no corresponde exactamente a la forma del monumento, ni pretende serlo. En mi opinión habla mucho en favor del buen gusto del restaurador responsable el que se decidiera por el apuntalamiento de la esfinge cuando podía haber perpetrado una renovación con todas las de la ley.

No hay duda que cualquier intervención en épocas de opiniones artísticas antagónicas modificaría el ritmo de la exterioridad de la obra y falsearía su volumen prístino. Es una cuestión de principios y de sentimientos el decidir a quién debemos dar la razón. En la antigüedad era habitual el enterrar en el mismo recinto sagrado en el que habían sido consagrados, los monumentos decrépitos en los que ya no podía tener lugar la consumación del culto para el que fueron erigidos. Nuestro siglo, siempre a la caza de cosas notables, exige, ajeno las más de las veces a toda preocupación realmente artística, restauraciones integrales.

El turismo es otro factor que es preciso tener en cuenta, y ya no son tantos los monumentos que nos quedan de la época en que la humanidad empezaba a tener conciencia de sí misma para que podamos permitirnos el lujo de renunciar a la contemplación de esta maravilla que es la esfinge. Su cabeza, su rostro espantoso "que reposa en las balanzas de las estrellas" es el vestigio más esencial.

El problema no es tan fácil, empero, como a primera vista parece…

Julius Meier-Graefe, cuyo estilo que de tan espontáneo parece a veces rayar en la impertinencia y ha sido a menudo ridiculizado, se

ha expresado descomedidamente en el curso de una controversia sobre el arte del antiguo Egipto contra estos trabajos de apuntalamiento de la esfinge. No es de suponer que la historia le dé la razón, pero ello no es óbice para que el aficionado individual esté de su lado, subyugado y convencido por la vehemencia apasionada de su requisitoria titulada: "*La nueva esfinge.*"

Desde siempre ha llamado poderosamente la atención el hecho que Heródoto no mencionara siquiera a la gran esfinge en su descripción de las pirámides. Según escribe él mismo, recorrió el cementerio real del desierto a la caza de informaciones sobre las características de los diversos reyes y de sus épocas respectivas, y en sus apuntes de viaje leemos otros muchos detalles de menor importancia para nosotros, como el que los obreros ocupados en la erección de las pirámides consumieron rábanos, cebollas y ajos por valor de 16.000 talentos. Pero de la esfinge de Gizeh, ni una sola palabra.

Los guías-intérpretes le refirieron toda suerte de fragmentos de antiguas tradiciones, las más de las veces mal comprendidas y peor explicadas, mezcladas a invenciones interesantes para satisfacer la fructuosa curiosidad de los visitantes extranjeros — ni más ni menos que en la actualidad. Y nos preguntamos: ¿Cómo es posible que le pasara por alto el gigantesco guardián del lugar, una maravilla que en su clase no le va a la zaga a las mismas tumbas reales? ¿Y cómo explicarse además, que los viajeros griegos de épocas posteriores observaran el mismo extraño silencio? Con todo, no parece probable que ya estuviera totalmente cubierta de arena.

Dos cuestiones esenciales suscita la vista de este monumento único con respecto a su origen y a su realización. ¿Qué función le estaba reservada en aquel emplazamiento y de quién partió la idea o la orden de construirlo? Y, sobre todo ¿a quién representa?

Bajo el aspecto que la conocemos hoy día — un león echado con cabeza de rey, adornada la toca con la serpiente frontal, emblema de soberanía — la esfinge, según Evers, parece ser una creación de los últimos años de la III dinastía o de los primeros de la IV. Dos esfinges de aquella época de transición, fecunda en monumentos de todas clases — una se encuentra en Turín y la otra de Abu-Roash en el Cairo — no presentan todavía la combinación típica de cuerpo de fiera y cabeza humana tocada con los ornamentos reales.

El primer ejemplo clásico de la esfinge tradicional es precisamente la gran esfinge pétrea de Gizeh, la cual sirvió en lo sucesivo de modelo y patrón a este tipo de escultura, fueren las que fueren las variantes efímeras inspiradas por las preocupaciones estéticas u otras inherentes a cada época.

El Imperio Antiguo sólo nos ha dejado restos y fragmentos de otras esfinges, cuyas dimensiones reducidas las hacían aptas para su traslado de un sitio a otro según las necesidades rituales. En cambio, todos los reyes del Imperio Medio se hicieron representar a menudo en magníficas esfinges de piedra dura. Aquella fue, en verdad, la época clásica de este género, y los grandes maestros escultores de los talleres áulicos rivalizaron en ardor y talento para llevarle a su más alta expresión.

La tensión noble y sostenida del león agachado se acentúa progresivamente hasta dar la sensación del brinco inminente e inevitable. De aspecto robusto, como hinchado por una fuerza elemental y primitiva, la inmovilidad de aquella forma extraordinaria parece poder lograrse únicamente gracias a la tensión constante de todos los miembros de un cuerpo dominado por un rostro humano, encuadrado por la imponente melena típica, en la que se asentaba la toca real.

Las obras más exquisitas y características de esta especie fueron creadas en tiempo de Amenemhet III en la postrimerías de la XII dinastía. Bajo los dominadores y usurpadores de la XIII dinastía la idea degenera paulatinamente, pero bajo Hatsepsut, en los inicios de la supremacía mundial egipcia, asistimos a su rehabilitación.

Las esfinges de las dinastías XVIII y XIX son ya, comparadas a sus modelos anteriores, lo que los redrojos a un fruto normal llegado a su madurez, pero contienen, no obstante, el aliento artístico de la época de Tutmosis, incluso cuando habían ya perdido su significación real primera y no eran más que objetos puramente decorativos. Un último vestigio de magia ancestral ilumina todavía el rostro risueño y bonachón de las numerosas esfinges del período greco-romano.

¿Qué representación o qué creencia ha encontrado expresión de piedra en esta creación híbrida que a través de los siglos se ha

convertido en el símbolo de la meditación?

No puede haber duda alguna: es un faraón y un faraón determinado — cuyo nombre se inscribía generalmente en el monumento — el que aparece en todo el esplendor de su majestad y reconocible, pero al propio tiempo bajo la forma de un animal real e impresionante, cuya invención puede que se remonte a los tiempos prehistóricos.

La esfinge es el símbolo de piedra del poderío real. En una paleta de maquillaje procedente de una de las primeras dinastías, destaca el relieve de un león furioso desgarrando en el campo de batalla el vientre de un cadáver. Encarna, de seguro, al rey de Egipto, jefe divino e irresistible, como el toro salvaje e indómito de las paletas sagradas análogas de la época, el cual destruye las murallas de las fortalezas enemigas y aplasta bajo las garras a sus adversarios.

A través de toda la historia egipcia antigua, una cola de toro atada alrededor de la cintura ha sido siempre un adorno faraónico. Considerándolo bien ¿no entra en lo posible que el peinado del rey que representa la esfinge sea un remedo muy estilizado de la melena de un león?

Se considera generalmente a la esfinge como al guardián del cementerio real de la IV dinastía.

¿Corresponde ello a la realidad? ¿Puede imaginarse al rey bajo la especie de un dios-león haciendo guardia ante su propia tumba? Si así fuere, ¿por qué se trata de un caso único? En otros lugares próximos al sitio donde se alzan o se esconden las tumbas reales, no faltan peñascos que más tarde hubiera sido fácil transformar en esfinges...

¿Era indispensable la imagen del rey, el poderío que encarna y el terror que inspira para mantener a distancia a los profanadores y a los destructores de tumbas de los faraones? Evocamos aquí las estatuas de Tutankamon de madera, en tamaño natural, llamadas sin más ni más "estatuas guardianes" que se colocaron en su tumba tebana a la entrada de la cámara funeraria.

Bajo el Imperio Medio, la esfinge, en su calidad de estatua real, parece haber encarnado esencialmente el poderío y la continuidad

de la unidad del Estado, que la tenacidad de Tebas había logrado restablecer después de la caída del Imperio Antiguo, y de un siglo de crisis sociales violentas. El monumento simbólico se sale de la esfera del conjunto de las edificaciones funerarias y ante los ojos del pueblo se alza como una afirmación plástica del orden social y de sus propias fuerzas constructivas. Con ello su significación primitiva parece haberse esfumado poco a poco. A su función religiosa se añade ahora una función política y se convierte en la expresión de las aspiraciones y de las preocupaciones del momento. El valiente y justo Sesostris III hace erigir una estatua suya en un punto — fijado por él mismo — de la frontera sur, y la planta como una bandera en aquel terreno litigioso "a fin de que gracias a ella prosperéis, pero asimismo para que combatáis por ella".

La hermosa esfinge en alabastro del antiguo templo de Ptah, de Menfis, que tan gran impresión produce en el visitante del cementerio de Sakara que penetra en el luminoso palmar de Mit-Rahina, no fue ciertamente consagrada por casualidad en la región del templo de la capital del norte por el gran personaje que expulsara a los hicsos. No ha podido ponerse en claro el emplazamiento primitivo de las esfinges melenudas de Amenemhet III, pero una docena de ellas, por lo menos, tomaron el camino del templo de Tanis y fueron usurpadas por Ramsés II, Meneptah y Psusennes. Una magnífica esfinge en granito del gran Tutmosis III fue llevada desde Karnak al museo de El Cairo, y seguramente, buscando bien, se encontrarían otras por el estilo en los alrededores del templo de Amón.

No debemos olvidar ciertamente las esfinges de granito del mismo tipo erigidas a intervalos regulares a lo largo del camino que conduce al templo funerario de la familia de Tutmosis III, y sobre todo las de la reina Hatseput, a la que aquél hizo objeto de feroz persecución. ¿Tenían como única misión la de vigilar y proteger el maravilloso santuario de Der-el-Bahari? La reina proscrita fue enterrada en el eje longitudinal de los jardines, pero allende los montes, en el valle de las tumbas reales.

De modo que todavía sigue siendo un enigma la función que le estaba asignada a la gran esfinge de Gizeh, la más antigua y el modelo de todas las demás. Gustosos la consideraríamos como una improvisación atrevida y genial del humor creador de algún rey,

pero esto sólo sería conforme a nuestra concepción moderna de las cosas. Las obras de los tiempos primitivos eran todas determinadas por consideraciones y factores dimanantes de su naturaleza profundamente religiosa.

No puedo por menos de imaginar que este monumento — aun cuando eternice a un rey en todo el apogeo de su fuerza leonina — debe de estar en relación con el culto de los dioses de Heliópolis, en particular con el dios-sol todopoderoso.

La dinastía no podía quedar fuera del alcance de la influencia doctrinal, filosófica y religiosa de la antiquísima ciudad-sol vecina. El mismo nombre de Keops, *Khufu,* deriva del de *Khnum,* dios creador del hombre. Bajo su heredero y sucesor Dedefré, que parece haber sido un personaje algo original, y cuyo reinado duró tan sólo unos años, el nombre real empieza a combinarse con el del dios sol Ra (o Re), y así continúa, con raras excepciones, en Kefrén, Menkaure, Sahure, Neferkere, Neuserre, etc.. Por lo que se refiere al fundador de la V dinastía, Weserkef, cuyo nombre se aparta de la costumbre establecida, sabemos que era gran sacerdote del rey-sol de Heliópolis ..

Dedefré había dado ya ejemplo peculiar de su compenetración con la teología de la ciudad solar erigiendo su pirámide solitaria sobre la altura límite occidental del desierto, precisamente de cara a dicha ciudad.

¿Debemos aceptar como ciertas las declaraciones de los sacerdotes del Imperio Nuevo y las leyendas populares, según las cuales la gran esfinge representa al dios-sol Ra-Harakhti (= Harmakhtis) ?

El hecho es que mira majestuosamente hacia el Este, hacia Levante...

¿Se juntan en su cuerpo un dios y un rey como en las pirámides? Pero entonces, ¿a quién representa la imagen esculpida sobre su pecho? Se supone que es la de un dios y así se lee en el Baedeker. ¿Quién podría sacarnos de dudas? Porque, ¿cómo explicarnos en tal caso que el personaje idealizado por la esfinge tenga como por única finalidad la de proteger a la divinidad representada plásticamente entre sus miembros anteriores? Las esfinges divinas con cabeza de carnero en los caminos que conducen a los templos

del Imperio Nuevo protegen de esta manera a la imagen del faraón, lo que parece ser más natural. No puede ser que la esfinge real ostente encima de su cuerpo una estatua divina como ofrenda. Esto lo hacen las estatuas inhiestas, arrodilladas o en cuclillas de los particulares en la Época Tardía, pero que nada tienen que ver con el caso que nos ocupa. Una pequeña esfinge granítica de princesa tebana de las postrimerías del Imperio Nuevo luce también una ofrenda en el pecho, pero que ninguna relación tiene con el extraño atributo de la gran esfinge original.

¿Qué se alberga pues en su pecho? Ésta es la cuestión primordial para llegar al desciframiento del palpitante enigma de la existencia misma de la esfinge.

Los restos diformes de la escultura son mudos, pues el tiempo los ha desfigurado de tal modo que no puede responder a ninguna de nuestras preguntas.

No estará de más recordar que los contemporáneos de la hegemonía mundial egipcia, y los faraones mismos, veneraban en la esfinge al dios solar. Es de suponer que los faraones conocieron el significado simbólico de estos monstruos híbridos, desde el momento que ordenaban su construcción. No debía de ser óbice para ello el que la cabeza de la esfinge llevase la toca faraónica, lo cual, por sí sólo, parece descartar la idea de la divinidad. La serpiente frontal adorna la frente del dios solar Ra, según sabemos por las pirámides, y también el porta-barbas es un atributo de los dioses...

Así, pues, ¿debemos admitir que el monumento encarna a un rey que se coloca bajo la protección del dios sol?

O antes bien, ¿deberemos creer que el poderío real era tan avasallador e indiscutible cuando se construyó la esfinge que un rey tuvo la osadía de pretender tomar a su cargo la protección de los mismos dioses?

Queda aún por elucidar, además, la cuestión del autor de esta imponente obra de arte.

Como es sabido, su construcción se atribuye generalmente a Kefrén basándose en que se levanta cerca de su templo funerario, al oeste

de su pirámide, y que la piedra procede de la cantera de su *padre* Keops, el constructor de las tres pirámides de Gizeh, quien dejó para siempre su poderosa impronta a lo largo y a lo ancho del vasto cementerio.

Pero tampoco faltan argumentos para rebatir tal suposición.

Las proporciones del cuerpo de la esfinge causan asombro por su gran disparidad. En relación con el cuerpo echado del león, y sus grandes garras, la cabeza sorprende por su pequeñez, sobre todo si se tiene en cuenta que faltan las partes del *némsit* que bajaban hasta el pecho. Los ojos son de tamaño inusitado y desmesuradamente abiertos; la órbita sobresale excesivamente y el rabillo del ojo está profundamente vaciado. Los bordes laterales de la toca faraónica, en lugar de caer rectos en el mismo plano que las mejillas, quedan, según la moda antigua, detrás de las orejas, las cuales aparecen así como socavadas. En esta composición, abandonada posteriormente, radica el verdadero motivo de haber adoptado la materia blanda para esculpir la esfinge.

Estos rasgos característicos están ausentes en los magníficos retratos del rey Kefrén, ya casi de un academicismo consumado. Si las reconstrucciones no nos engañan, este rey mandó colocar parejas de esfinges de tamaño corriente para decorar los dos accesos de su templo funerario. La gran esfinge tiene un no sé qué de más primitivo y único.

Además, las vías de acceso que suben a los templos funerarios de Keops y de Micerino forman ángulo recto con la base de las pirámides respectivas, están orientadas hacia el este a lo largo de la meseta desértica siguiendo el camino más corto. Por este motivo el antiguo camino a la pirámide de Keops se desvía incluso un poco hacia el Este-Nordeste.

No sucede lo mismo con Kefrén. Aquí el sendero atraviesa un suelo desfavorable e inclinado, a pesar de que podía haberse utilizado un pliegue de terreno más directo y fácil en dirección Este. De este modo, el camino muy incómodo sigue un ángulo opuesto al que conduce a la tumba de su padre, pero así no se ve obligado a dejar a la esfinge fuera del recinto funerario reservado a Keops. La piedra filial parece haber dictado a Kefrén el emplazamiento de su propio templo funerario. Destacándose imponente y majestuosa en su

hoyo, la esfinge alza la vista como desde otro mundo, por encima de los sillares de las murallas de los templos hacia el horizonte por el que sin interrupción, una mañana tras otra, se encumbra el disco rojizo del sol.

¿Es acaso la mirada de Keops, y no la de su hijo Kefrén, la que anima los inmensos ojos de piedra de la esfinge? ¿Tenemos ante nosotros a Keops, al mismo Keops que eligió esta punta de desierto para cementerio real e hizo levantar allí la primera gran pirámide?

No poseemos aún ningún documento iconográfico que se relacione con el nombre de Keops y nos permita hacer comparaciones entre la imagen de este monarca y el rostro de la gran esfinge.

El templo correspondiente a su pirámide permanece todavía enterrado debajo de la actual aldea de Kafr el-Samman. Los vestigios del camino funerario indican en qué dirección deberían emprenderse las excavaciones.

¿Está allí la clave del enigma?

LOS ANIMALES SAGRADOS

LOS templos egipcios eran espaciosos y bellos, pues los construían con piedras nobles y los adornaban con oro y pinturas preciosas. Pero si preguntáis a qué dios estaban consagrados, se queda uno pasmado al enterarse de que el tal dios es un mono, un ibis, un chivo o un gato..."

Así se expresa irónicamente el cantor del imperio decadente, Luciano, nacido el año 120 d. J. C. en Samosata, a orillas del Eufrates. Clemente de Alexandría, venido al mundo treinta años más tarde, se burlaba ya descaradamente de semejante teología.

"El santuario interior de los templos egipcios queda oculto a los ojos por medio de espesos cortinajes bordados de oro. Si se avanza para ver al dios, aparece el sacerdote, el cual, entonando himnos levanta los velos para mostrarnos a la divinidad... y entonces ya no podemos reprimir la carcajada, pues lo que vemos ninguna semejanza tiene con una divinidad. Ante nosotros tenemos un gato, un cocodrilo, una serpiente del país que se revuelca sobre una alfombra de púrpura..."

San Clemente, convertido al cristianismo y ordenado presbítero, comparte, como cabeza de una comunidad de cristianos primitivos, las mismas ideas que a este respecto expresara años antes Octavio, el heredero de Julio César. El vencedor de Antonio y Cleopatra respondió a los sacerdotes indígenas, que le proponían una visita al venerable dios Apis de Menfis, "que él tenía por costumbre adorar a los dioses pero no a las bestias". Podemos imaginarnos tal actitud en el joven Octavio consciente de su misión ante Cleopatra vencida.

La Roma de entonces ya no comprende la trabazón arcaica y profunda que seguía uniendo al reino animal el país caduco de los faraones. La ironía brutal del que más tarde sería llamado Augusto, el padre de la patria, refleja el espíritu racionalista de su tiempo. A pesar del respeto que le inspiraban los cultos antiguos, con sus leyes y costumbres, no podía sospechar las afinidades mágicas que presiden el nacimiento de las primeras religiones.

Los griegos fueron más precavidos, o más comprensivos, a pesar de que entonces ya no creían en relaciones profundas entre los

hombres y los seres irracionales, a los que consideraban como a sus víctimas en el trabajo, en la mesa, en la guerra y para divertirse, utilizándoles muy raramente en sus ceremonias religiosas.

Con idéntica sorpresa que los viajeros romanos, se enteraban en el Valle del Nilo que el pueblo "más sensato y más religioso del mundo" adoraba a los animales bajo sus aspectos más diversos, llegando incluso a dar a las imágenes de sus dioses cabezas de bestias. Y no se crea que hicieran objeto de su predilección a los animales más valientes, más nobles y más hermosos, pues adoraban indistintamente a la rata, a la musaraña, al sapo, al escarabajo. En las casas y en los templos se suspendían de unos ganchos pequeños ataúdes de bronce destinados a conservar sus restos. Ciertos animales eran considerados sagrados y en más de una ocasión algún extranjero imprudente pagó con la vida el haber suprimido por ignorancia a uno de ellos. Todo esto parecía tan raro a los viajeros y a los escritores griegos que, contrariamente a los romanos, más realistas, se esforzaron en hallar explicaciones susceptibles de armonizar tan arraigadas creencias del culto a los animales con la reputación de sabiduría que aureolaba a los habitantes del Valle del Nilo. Hasta nosotros ha llegado un gran número de tentativas de este género, y todas patentizan la incertidumbre con que un racionalismo escéptico andaba a ciegas en su intento por comprender el fenómeno.

Entre todos los que más se preocuparon a fondo por hacer luz en esta cuestión, destacó el honrado Plutarco de Queronea, cuyas "Vidas de los hombres ilustres de Grecia y Roma" continúan siendo leídas con fruición en nuestros días. Jean-Paul le llamó el "Shakespeare de la historia antigua" y en vano buscaríamos, creo yo, entre los grandes personajes de la historia moderna, a uno que no haya sufrido en algún momento de su vida la influencia de las "Vidas paralelas" de aquel contemporáneo de los emperadores Domiciano, Trajano y Adriano.

En una obra escrita a la avanzada edad de 80 años, hacia el año 120 d. J. C. abordó la leyenda de Isis y de Osiris en el marco de las diversas doctrinas religiosas de Egipto y su sentido inmanente. No puede pedirse a un moralista sagaz y cultivado una relación verdaderamente fiel y objetiva de las creencias puramente egipcias. Como ignoraba la lengua del país, y muy probablemente nunca estuvo en Egipto, se limitó a recopilar concienzudamente las

informaciones de los viajeros que recorrieron el Valle del Nilo. Pero al propio tiempo hizo algo más que esto, pues incorporó los datos obtenidos en un
sistema de inspiración greco-latina y no titubeó, con la ingenuidad religiosa característica de los antiguos helenos, en identificar a los dioses y los dogmas de Egipto con los de Grecia. Siempre que era preciso aclarar algún punto oscuro de la teología egipcia, no vacilaba en echar mano de argumentos sacados de la cultura helénica. Tanto es así, que sus escritos, en vez de ilustrarnos sobre las religiones del antiguo Egipto, nos revelan antes bien las ideas que los griegos del siglo II d. J. C. profesaban respecto al antiguo país de los faraones.

Es muy característico que, en su opinión, el culto de que eran objeto los animales se basaba exclusivamente en su utilidad. Las épocas decadentes tienden al positivismo e incluso el idealismo griego, al parecer inagotable, se extraviaba lentamente en el racionalismo. Plutarco creía que el buey, el carnero, y el icneumón eran venerados a causa de su valor utilitario. Se consideraba sagrado al ibis por haber mostrado a los hombres el uso bienhechor del clíster, y otros animales eran objeto de veneración porque se creía ver en ellos un reflejo de la potencia divina, y eran en relación a dios, lo que la imagen del sol que brilla en cada gotita de agua. Así, por ejemplo, se veneraba al cocodrilo porque "carece de lengua" y en ello se parece a la divinidad, porque dios sin necesidad de palabra infunde en el corazón del hombre las leyes de la equidad y del amor. Eran también objeto de culto la comadreja porque concibe por la oreja y pare por la boca, un proceso que parece simbolizar el origen del lenguaje; y la serpiente, porque no envejece y se desliza fácilmente sin emplear los miembros, igual que las estrellas.

No es menos inverosímil y nada más ajeno a la realidad egipcia otra de las teorías apuntadas por Plutarco, según la cual cada animal encarna una fracción del espíritu del mal: Tifón, al que es conveniente aplacar adorándole.

¿Puede esta hipótesis, que hace derivar el culto de los animales del temor y de la admiración que aún hoy inspiran a pueblos que no han sido atacados por la civilización — como los esquimales, los ainos del Asia y ciertos negros del África central, sin olvidar a los campesinos siberianos — aplicarse a la religión egipcia, muchísimo

más antigua en el tiempo y, por ende, más cerca aún del nivel de civilización más primitivo?

El siciliano Diodoro, que viajó por Egipto el año 57 a. J. C., sugiere una explicación de las circunstancias del culto egipcio a los animales, que incluso hoy nos parece muy plausible. Según él, en efecto, un rey de la época arcaica, o tal vez el mismo dios Osiris, distribuyó estandartes a las diferentes formaciones de su ejército para que se reconocieran unas a otras y así evitaran la confusión y el desorden durante los combates. Estos estandartes, que los capitanes enarbolaban al frente de sus tropas, llevaban la imagen de ciertos animales. Gracias a esta precaución, los egipcios fueron victoriosos y desde entonces estuvieron convencidos de que debían la victoria a los animales. En prueba de agradecimiento les hicieron objeto de un culto que subsistió durante varios milenios.

En la época prehistórica los monumentos nos muestran tótemes sobre paveses bajo el aspecto de animales, plantas u objetos. En los comienzos de la primera dinastía los halcones, peces, diversos tótemes e incluso las astas de las insignias son sostenidas por brazos humanos y servían para reconocer a las tribus. La tribu del halcón del dios-rey Horus de Nekheb-Nekhen (la ciudad sagrada del halcón de Hieracónpolis del período griego) realizó de viva *fuerza,* hacia el año 2900 antes de J. C., la fusión de los territorios del Alto y del Bajo Egipto ("Las Dos-Tierras"), hasta entonces enemigos, haciendo con ello posible el nacimiento del futuro imperio. En las paletas de maquillaje de aquella época, las cuales eran consagradas por las reinas en los templos primitivos, aparecen los portaestandartes con tales rostros de animales — probablemente eran los cabezas de las tribus — desfilando ante el soberano coronado. Pero no se crea que fuera a causa de un malentendido que la posteridad adoptara, para adorarlos, estos símbolos de animales; antes bien, para las formaciones guerreras de las diferentes tribus que constituían la comunidad y para el cuerpo de los sacerdotes se escogieron como distintivos de los respectivos estandartes las figuras de los animales a los que se consideraba, tanto en la paz como en la guerra, como potencias divinas protectoras. De modo que no se empezó rindiendo culto al símbolo, sino todo lo contrario, y así es el animal-dios que explica el estandarte militar primitivo.

Heródoto, el historiador e investigador de la época clásica, tan

intensamente curioso como parco en explicaciones cuando de creencias de los pueblos extranjeros se trata, viajó por Egipto hacía el año 450 a. J. C. y en sus escritos ha dejado testimonio, a su manera, del culto que allí se rendía a los animales. Él sabe todavía que la divinidad puede encarnarse en un animal. Ninguna consideración de utilidad le impide presentir la unidad profunda de todas las manifestaciones de la vida cualquiera que sea su forma. Al heleno de aquel tiempo, todavía familiar con un universo espiritual armónico, se le aparecía el animal en toda su enigmática significación y no dudaba en relacionar ciertos símbolos animales con el Olimpo y otros con las potencias infernales. La potencia fantástica del río hinchado por las lluvias torrenciales se encarnaba en el cuerpo de un toro furioso, cuyos ojos despedían fuego mientras movía la cabeza pesadamente y escarbaba la tierra que temblaba bajo sus pies. La escamosa serpiente evoca los misterios del mundo subterráneo. En el plumaje de la mayoría de las aves se refleja un destello de la divinidad. Incluso los miembros de la familia laboriosa de los insectos acometen con ardor su tarea destructora como impulsados por los demonios inferiores; la miel de la abeja incansable encuentra gracia a los ojos del mismo dios que permite las devastaciones de la langosta insaciable. Los primitivos helenos admiten que los animales podían ser confidentes de la voluntad y receptáculos de los proyectos de los dioses y en las entrañas de las víctimas inmoladas leían el porvenir. Hornero atribuye "un ojo de ternera" a Hera y a Atena "un ojo de lechuza". La paloma de oscuro plumaje que cada año precedía a las migraciones africanas y se posaba la primera en el santuario siciliano de Eryx, era venerada como Afrodita, la diosa del amor, y el cornudo y caprípedo Pan continuaba quitando el sueño a los pastores de la Arcadia feliz. De modo que el venerable padre de la historia no se preocupaba por aclarar el culto egipcio a los animales; se limita a exponerlo objetivamente para relacionarlo con ciertas costumbres y prácticas raras observadas en otros países. Es muy interesante consultarle aún cuando describa únicamente las costumbres de la Época Tardía, anquilosada y carente de la substancia en que se basaba la antigua civilización.

Pero dejémosle la palabra:

"Los egipcios observan ritos religiosos muy rigurosos, entre los cuales el siguiente me parece digno de mención:

"A pesar de que linde con Libia, Egipto no es rico en animales, pero los que posee, tanto domésticos como salvajes, son sagrados para sus habitantes. En cuanto a los motivos de este culto... si quisiera exponerlos debería aventurarme a profundizar en las cosas divinas, de lo que me guardaré muy bien — como ya he repetido a menudo — a menos que me vea obligado a ello.

"La relación con los animales es la siguiente: Cada animal tiene sus guardianes entre los hombres y las mujeres de Egipto. Es una dignidad que se transmite por herencia, de padre a hijo. Y la gente de las ciudades ofrecen sacrificios de esta manera: adoran al dios al cual está consagrado el animal, cortan al rape el pelo de los niños, o solamente la mitad o incluso la tercera parte, según, y el peso en plata del pelo cortado se entrega a la servidumbre del animal en cuestión.

Con este dinero se compra el pescado con que se nutre a los animales sagrados.

"Si alguien mata voluntariamente a uno de estos animales es condenado a muerte y si lo hace involuntariamente, paga una multa que fijan en cada caso los sacerdotes. Ahora bien, en caso de asesinato del ibis o el halcón, aun involuntario, entonces no hay clemencia para el responsable, el cual es inexorablemente ejecutado.

"Aun cuando haya en Egipto relativamente muchos animales domésticos, éstos serían mucho más numerosos si no procedieran los gatos del modo que voy a relatar: cuando paren, las hembras ya no se preocupan de los machos, pero como éstos están todavía en celo y no pueden sosegarse, recurren al siguiente ardid: roban y secuestran secretamente a los pequeñuelos y los matan a mordiscos, pero no los devoran. Entonces, como las gatas quieren mucho a las crías, y desean tener más, van en busca del macho para procrear nuevamente.

"Cuando se declara un incendio, es sorprendente lo que sucede con los gatos. La gente se mantiene a cierta distancia cuidando a los gatos y sin preocuparse en lo más mínimo de apagar el fuego. Pero los gatos se escurren por entre la gente o saltan sobre sus cabezas y se precipitan en el fuego. Y cuando esto sucede, los egipcios se quedan muy apenados. Cuando en una casa perece un gato de

muerte natural, todos sus inquilinos se afeitan las cejas, y si el que expira es un perro, se afeitan no sólo la cabeza, sino todo el cuerpo en señal de duelo. Los gatos muertos se llevan a un lugar sagrado donde son embalsamados y luego se entierran en Bubastis. A los perros se les entierra en sus respectivas ciudades metidos en ataúdes sagrados. Lo propio sucedía con los icneumones, mientras que las musarañas y los halcones se entierran en Buto, y los ibis en Hermópolis. A los osos, que constituyen aquí una rareza, y a los lobos, que no son mayores que los zorros, se les entierra en los mismos lugares donde se les encuentra.

"En algunos nomos de Egipto veneran a los cocodrilos, mientras que en otros, los reputan por enemigos y como a tales los persiguen. Pero los habitantes de Tebas y de las orillas del lago Moris sí los consideran sagrados. En ambas regiones amaestran cocodrilos que se dejan tocar al servírseles la comida. En las orejas les ponen aretes de cristal y oro y en las patas delanteras brazaletes. Les ofrecen alimentos sagrados prescritos por la ley ritual y les tratan a cuerpo de rey mientras viven, y cuando mueren los embalsaman y los encierran en féretros sagrados.

"En el río hay nutrias que los indígenas veneran igualmente. Otros peces sagrados para ellos — y según dicen también para el Nilo - son la anguila y el que llaman "pez escamudo", y entre las aves la oca salvaje.

"Cuentan todavía con otro pájaro sagrado al que llaman el Fénix. Yo no le he visto nunca excepto en pinturas pues, según dicen los habitantes de Heliópolis, aparece sólo cada quinientos años y aún — afirman ellos — únicamente cuando su padre ha muerto. De este pájaro cuentan cosas tan extraordinarias que a mí me parecen inverosímiles. Afirman en efecto, que viene volando desde Arabia llevando a su padre envuelto en mirra para darle sepultura en el santuario del dios-sol. Primeramente confecciona un huevo de mirra del mayor tamaño posible, pero procurando siempre que no exceda de sus fuerzas, y después de haber comprobado que puede con él, vacía el huevo, coloca a su padre dentro, y lo vuelve a cerrar. Una vez terminada esta complicada operación, con el padre en el interior, el huevo pesa exactamente igual que antes, y el pájaro transporta la preciosa carga hacia Egipto donde la deposita en el santuario del dios-sol. Esto es lo que dicen que hace el pájaro.

"En la región de Tebas existen serpientes sagradas que no atacan al hombre. Son cortas y de la cabeza les brotan dos cuernos. Cuando mueren las entierran en el santuario de Zeus-Amón, pues, según parece, están consagradas a este dios.

"Estuve en una provincia de Arabia, no lejos de la ciudad de Buto, con el fin de documentarme sobre las serpientes aladas, y allí encontré una cantidad tal de huesos y vértebras de reptiles, que me parecía mentira. Cuentan que cuando llega la primavera, bandadas de serpientes aladas emprenden el vuelo desde Arabia hacia Egipto; pero los ibis les salen al encuentro en la frontera de ambos países y les impiden el paso matándolas a picotazos. Es por esto — aseguran los árabes — que el ibis goza de tanto prestigio entre los egipcios, los cuales dicen que, en efecto, es por esta *Tazón* que veneran al ibis..."

La relación de Heródoto sobre la cría de cocodrilos amaestrados en el lago Moris — lago que ocupa la depresión del oasis de Fayum, en el Egipto Medio — está confirmada exactamente por Estrabón de Amasia, el cual, cuatro siglos y medio más tarde, alrededor del año 25 a. J. C., viajó por Egipto, y en el libro XVII de su monumental Geografía describió meticulosamente, pero a veces con estilo un tanto aburrido y seco, el Valle del Nilo. En el patio del templo de Menfis vio suelto al buey Apis que daba brincos ante su morada, y visitó al dios-cocodrilo en la región de Fayum. Su descripción nos hace pensar en la reseña de la visita a un parque zoológico moderno.

"Cerca de la ciudad de Cocodrilópolis vive en un lago un cocodrilo domesticado por los sacerdotes. Su nombre es Suchos y se nutre del pan, de la carne y del vino que acostumbran a traerle los extranjeros que llegan a visitarle. Nuestro huésped, gran personaje de Arsinoe que nos enseñaba las cosas santas cogió bizcochos, carne asada y una jarra de hidromiel y nos condujo al lago. Encontramos a la bestia anfibia echada en la orilla. Los sacerdotes se le acercaron, dos de ellos le abrieron la boca en la que un tercero introdujo primeramente el bizcocho, luego la carne y finalmente la bebida. Después saltó el cocodrilo al agua y se alejó nadando hacia la orilla opuesta. Habiendo llegado otro forastero con la misma ofrenda, los sacerdotes la recibieron igualmente y dieron la vuelta al lago hasta el lugar donde debía repetirse la operación."

Sería interesante saber sí esta vez los sacerdotes regresaron con las manos vacías. En todo caso, estos actos oficiales descritos, más que ritos religiosos, semejan ejercicios de amaestramiento como los que realizan los guardianes de nuestros parques zoológicos para solaz de los espectadores. Hacía tiempo que ya ni rastro quedaba de la mística ingenua que en un principio había rodeado semejantes actos.

¿Cuál es el origen del culto que en el Antiguo Egipto se rendía a los animales? ¿De qué clase eran las ideas, los conceptos que acompañaban esas manifestaciones culturales? Para formarnos de ellos una idea cabal, no hay como interrogar a los monumentos mismos y dejar que hablen las fuentes documentales que proceden del tiempo de los faraones.

Las imágenes de los animales sagrados de Egipto son tan numerosas como los textos y las inscripciones que a ellos se refieren, pues, desde las fechas más remotas, a lo largo de varios milenios, no parece sino que toda la laboriosidad de los egipcios tuviere como única finalidad la de inmortalizar en medallones, relieves o en pinturas, la imagen de los diferentes animales-dioses o que estaban asociados a la divinidad. Desde la escultura monumental de granito hasta el más insignificante amuleto de mayólica, toda la gama de las artes figurativas contribuyó al nacimiento de un bestiario innumerable en todos los materiales apropiados. No hay más que ver las salas y los armarios de las secciones egipcias de la mayoría de los museos del mundo. Desde su descubrimiento arqueológico, el Valle del Nilo ha sido siempre objeto de las preferencias de los amantes de las artes y de los coleccionistas. El arte plástico egipcio animalista no solamente ha encontrado el camino de las vitrinas de todos los aficionados, sino que sirve aún de modelo del que se echa mano cuando se trata de poner de relieve y valorar las obras modernas de este género. Mientras al profano no le es siempre fácil el poder juzgar y apreciar la estatuaria humana egipcia, la perfección de las imágenes de los animales faraónicos salta a la vista incluso examinándoles con nuestros ojos críticos del siglo XX después de J. C.

Estamos tan habituados a considerar como perteneciente a nuestro ambiente habitual todo cuanto nos place, que no pensamos en extrañarnos de semejante paradoja.

¿En qué consiste, pues, el hechizo del arte plástico animalista del Antiguo Egipto?

Responder a esta pregunta es tanto como remontarse a los orígenes mismos del arte egipcio y, todavía más, penetrar en el secreto del alma egipcia.

Como, de modo general, en todo el arte figurativo egipcio, el encanto peculiar de estas esculturas de animales, cuyas formas están determinadas por el tipo, pero variando en el detalle hasta el infinito, se basa en la acción recíproca y en la unión íntima de dos tendencias estéticas exclusivas una de otra: por un lado la escrupulosa fidelidad al modelo original y por el otro una abstracción en forma que a veces llega incluso a la estereométria. Existe un equilibrio misterioso entre realismo y estilización. Esos animales tienen una presencia viva y fascinante; aparecen literalmente retratados ante nosotros, husmean y rastrean y bajo la piel se adivinan unos músculos ora vibrando de tensión inquieta, ora distendidos como en plácida espera. Al propio tiempo están poseídos de un rigor de la forma plástica en el que lo orgánico y lo inorgánico se confunde para dar a la imagen una existencia propia que ninguna imitación de la naturaleza debilita.

Se ha intentado explicar este antagonismo estético extraordinariamente activo de la manera siguiente:

El paleolítico y el neolítico se combinan en la naturaleza de la "fórmula" egipcia. La cultura egipcia representa en cierto modo el apogeo de toda la civilización lítica. Constituye la conclusión apoteósica de las primeras edades de la humanidad, al propio tiempo que su deslumbrante ejemplo se refleja en las épocas ulteriores, pues el desarrollo de la incipiente civilización mediterránea no se concibe sin aquel gran modelo dinámico e imperativo, ideal difícil pero asequible, sin el legado de sus templos y de sus estatuas, de su fe religiosa y de su constitución política, de su orden austero y de su moralidad intachable de que se sintieron herederos los habitantes de las épocas siguientes.

Los comienzos del arte figurativo egipcio acusan todas las influencias paleolíticas; figuritas de sílex que respetan escrupulosamente todos los detalles de los animales salvajes observados sin prisas. El

ojo del cazador supo liberarse de toda sujeción utilitaria para llegar a imprimir a la cabra montes, al antílope y a las bestias salvajes los contornos precisos de su personalidad. Después del breve y realmente mediocre período mesolítico, se asiste durante el neolítico al inicio de una nueva civilización de pastores y agricultores en el Valle del Nilo. El abandono del nomadismo hace posible la invención y el perfeccionamiento de las vasijas de barro que se adornan y endurecen al fuego. Alrededor del tótem local y bajo la dirección de caudillos prestigiosos, se reúnen comunidades obreras muy bien organizadas.

La incorporación de la horda errante a la comunidad sedentaria obedeció a imperiosas necesidades. Con la paulatina retrocesión de las formaciones glaciares en el Norte, fueron escaseando cada vez más las lluvias; la caza abandonó sus regiones habituales ahora condenadas al agostamiento y emigró hacia el Sur. Poco a poco fue cambiando el aspecto del país y la estepa se convirtió en desierto. El viento norte-africano tenaz, seca y se lleva los restos de la capa aluvial y, cada vez más despiadado, quema el sol la enguijarrada corteza del desierto sin fin, de sus dunas, lomas y barrancos. El hombre, cuando no imita la vida errante de los animales que son la base misma de su existencia, se ve obligado a replegarse hacia la gran arteria vital del Nilo, cuya corriente poderosa e inagotable lo educa y lo transforma.

Sabemos que el arte neolítico sedentario se caracteriza en todas partes por temas geométricos de trenzados y lacerías, o sea que su carácter decorativo y afiligranado precede siempre a la representación figurativa de objetos concretos. Es verdad que las paletas de maquillaje de las culturas negadienses sedentarias afectan preferentemente figuras de animales, pero su estilo más seco, a pesar de la seducción de la forma, no posee la autenticidad realista que es patrimonio de las imágenes paleolíticas, hasta el punto que no es siempre cosa fácil el discernir con exactitud en qué modelo se inspirara el artista.

En lo sucesivo ambas tendencias, con sus respectivos elementos de expresión — el realismo paleolítico y el geometrismo neolítico — constituirán los polos extremos y activos entre los cuales buscará el equilibrio todo el arte egipcio. Y es precisamente el antagonismo de las dos fuentes de inspiración en presencia lo que nos subyuga.

Esta interpretación salta a la vista.

El egipcio conserva un respeto y un temor atávicos ante la misteriosa seguridad del instinto animal. Así como sus propias entrañas le inspiran sublime admiración, porque incluso durante el sueño, y sin intervención de su voluntad, permanecen activas, él atribuye un destello divino a los animales porque sin intervención humana orientadora y sin aprendizaje alguno previo ejecutan con instinto seguro todos los actos normales de su existencia. ¿Cómo no presumir afinidades divinas en los animales que ofrecen al creador un ejemplo de astucia, ingeniosidad y de intuición instintiva? Del mismo modo que en el albor de su historia se agrupaban los habitantes del Valle del Nilo alrededor de los paveses que sostenían el tótem animal y comparaban a sus caudillos, que de jefes de tribu se convirtieron en reyes, ora a un furioso león, ora al brioso toro primitivo, así se comprende que asocie a la divinidad el animal y lo venere, puesto que la divinidad puede según creencia de los aborígenes, encarnarse en el cuerpo de ciertos animales.

Pero nunca debe perderse de vista, cuando se trata del placer estético de una obra de arte lograda, que para el artista la forma del animal significa mucho más que la simple plastización de un atrayente modelo. En realidad, lo venera porque le atribuye una potencia superior y misteriosa, en una palabra: divina.

Hasta el principio de la época romana formaba parte de los atributos del faraón, en su calidad de soberano divino, la cola de toro anudada al dorso de la cintura y la cobra frontal protectora, cuyo soplo ardiente y terrible aniquilaba a los enemigos. El mismo dios-sol luce en mitad de la frente este "ojo solar" en forma de serpiente y así domina, como símbolo temible y amenazador de su poderío, "en todo el mundo". En las postrimerías de la época arcaica se representa a Isis y a Osiris en forma de serpientes, y cuando alguien se siente afligido o tiene enfermos en la familia, es a un dios-reptil cualquiera que invocan. Renenutet, la diosa de la cosecha, tiene la forma de serpiente también lo mismo que Buto, patrona de la realeza egipcia. Un imprudente que había metido la mano dentro de una grieta donde dormía una gran serpiente y que tuvo la suerte de no ser mordido por ella, ha dejado constancia de su gratitud en una estela que ha llegado hasta nosotros. Y otra estela encontrada probablemente cerca de Menfis, en la que está grabada la imagen de una víbora con dos cuernos, y el disco solar, muerta

criminalmente, está consagrada a una serpiente divina, a la que se atribuyen los versos griegos siguientes:

"¡Detente, extranjero, en esta encrucijada ante el gran bloque de piedra que verás surcado de signos escritos! ¡Pon el grito en el cielo! ¡que sobre mí resuenen tus lamentaciones, sobre mí a quien una mano mal intencionada arrojó al mundo de las tinieblas, a mí serpiente longeva y sagrada! ¿Qué has ganado, oh tú, el más malvado de los hombres, quitándome la vida? A ti y a tus hijos os será fatal mi descendencia, y por doquier os perseguirá la maldición divina. En mí no has cortado el hilo de la existencia a un ser cualquiera y único en su especie sobre la tierra, sino que todos los que se arrastran por el suelo son más numerosos que las arenas del mar. En verdad que tú no serás el primero sino el último en ser precipitado por ellos al Hades, para que puedas haber visto antes con tus propios ojos la muerte de tus hijos."

Posiblemente este texto haya sido grabado en aquella Época Tardía de piedad exaltada, cuando el furor popular castigaba despiadadamente con la pena capital la destrucción, incluso involuntaria, de los animales sagrados.

Hacia el año 50 a. J. C. se dió el caso que un romano mató, sin querer, a un gato. Una multitud furiosa rodeó la casa donde vivía el autor del "atentado", y no le salvó de la muerte ni la intervención de los dignatarios enviados por el mismo rey ni el temor saludable que entonces inspiraba la potencia romana.

Desde los tiempos más remotos el rey era representado no solamente como "toro impetuoso" y como león, sino también como halcón. Aparece como "Horus de oro" en las imágenes del vencido Seth, dios del mal. Tanto en la forma de halcón como en la de escarabajo bolero — el cual será objeto de un capítulo aparte — el dios-sol escala diariamente la bóveda celeste. Thot, el dios lunar, señor de las letras y de las ciencias, de los inventos y de la sabiduría, portavoz y archivero de los dioses, tenía la cabeza de ibis — pájaro zancudo de cuello desnudo y arrugado, pico largo y arqueado, que se paseaba lentamente por los campos después de las inundaciones periódicas del Nilo, como si quisiera medirlos nuevamente para establecer el patrón estadístico de las fincas. Con elocuentes palabras se dirige a él el apurado funcionario, porque sabe que cuida del registro del infierno al lado de Osiris en el juicio

de los muertos.

"Ibis magnífico, dios por quien suspira la ciudad de Hermópolis, ¡ven a mí y guíame! Y tú Thot, dulce manantial que apaga la sed del que vaga por el desierto. Tú que conduces las aguas hasta los lugares más lejanos, ven y sálvame, a mí que guardo silencio."

Al dios Ibis se le asocia, en las mismas funciones de patrón de los escribas, el cinocéfalo, otra deidad lunar, y sus innumerables ofrendas, reunidas sobre un zócalo de madera, son las diminutas imágenes de piedra o de bronce de un cinocéfalo macho en cuclillas ante el cual se sienta respetuoso, con un rollo desplegado de papiro en la mano, un escriba pendiente de la inspiración divina. Un dios Thot ibicéfalo en aragonita, en cuya base se lee el nombre del rey Narmer, unificador del imperio, al lado del grabado de un pájaro (¿un ibis?) constituye la más antigua imagen de animal que conocemos relativa al culto de que era objeto en Egipto.

¿Qué cualidades harían agradables a los egipcios este animal que nosotros encontramos más bien repugnante, hasta el punto de convertirlo en el símbolo de la más elevada actividad espiritual? Nos es conocido el texto de algunas de las súplicas dirigidas a los ocho cinocéfalos sagrados hallados en el patio del templo imperial de Karnak. Antes de tomar la pluma, los escribas oficiales acostumbraban a encomendarse a su patrón. He aquí lo que se lee en el libro de la sabiduría:

"El cinocéfalo está en Hermópolis, pero su mirada abarca todo el Egipto y cuando advierte que alguien miente con los dedos (al escribir) le arrebata la comida..."

De la época del Imperio Nuevo poseemos este himno entusiasta:

¡Loor a ti, señor de la casa!
¡Oh mono de melena resplandeciente y forma hermosa,
alma cariñosa, que todos los hombres aman!
El amor mana de sus cejas
y abre la boca para prodigar la vida.

Mi casa se deleita desde que el dueño penetró en ella.

Alegraos los que estáis en mi presencia;

todos los hombres, alegraos también.

Ved cómo es mi señor quien me protege,
Si, ¡tras él se va mi corazón!

La diosa tebana de la muerte que tiene la forma de ternera cariñosa y maternal, toma bajo su protección a los bienaventurados, y en su calidad de guardián del averno el chacal Anubis monta la guardia delante de la momia. Como siempre se le representa con una especie de collar, se le supone domesticado. La ternera celeste, la diosa Hathor, que a menudo aparece representada en las magníficas decoraciones de los templos y de las tumbas de las necrópolis egipcias, y el fiel perro de guarda Anubis recuerdan las circunstancias relativas a las creencias de la población campesina primitiva en las que como objeto central de sus ideas y de sus tareas del campo se asociaban íntimamente a los animales con los que se convivía y de los que se recibía ayuda y alimento. El respeto ancestral que a los egipcios inspiraba la fuerza, la valentía y la fecundidad del toro puede que sea la razón por la que
no solamente el dios creador de forma humana Ptah, de Menfis, sino también el dios-sol de Heliópolis y Mentu de Tebas, dios de la guerra, poseyera cada uno su propio buey sagrado. El carnero era venerado como manifestación física de los dioses Khnum, Harsaphis y Amón; durante la hegemonía mundial egipcia enormes esfinges con cabeza de morueco bordeaban los "caminos de los dioses", o avenidas procesionales que unían unos templos a otros. Tampoco faltaban las divinidades con cara de león macho o hembra, pues con figuras de animales se reproducían incluso conceptos abstractos. Así "hoy" y "mañana" eran representados, respectivamente, por un león y una leona, tal la magnífica pareja que guarda la tumba del joven rey Tutankamon muerto prematuramente. Innumerables son, además, las divinidades a las que se ha ido dando la forma de pájaros, batracios, peces e incluso insectos: garzas de todas clases, golondrinas, buitres, ocas, percas, anguilas, lagartos, ranas y sapos, incluso la mosca cantárida tienen un lugar en el panteón egipcio.

Lejos de nosotros el querer reducir esta memorable zoolatría, que plantea numerosos problemas, a una pura manifestación de simple fe exótica, o a una curiosa aberración que pueda tener, a lo sumo, un relativo interés anecdótico. El culto a los animales perdura todavía en una India profundamente religiosa. El animal y el ser

humano participan en una misma realidad monstruosa y mística, incomprensible para el hombre moderno, en la que se perpetúa la concepción totemística procedente de las épocas remotas en que se consideraba al hombre como descendiente de animales fabulosos, cuando les servían de fetiches cabezas de buey suspendidas a la entrada de las chozas y se mantenían cercados carneros, chivos y toros prolíficos a los que consideraban como divinidades del lugar, y como tales los veneraban. Así como estos conceptos se mantienen vivos en el pueblo de sátiros y centauros de la mitología griega, también perdura hasta la Época Tardía el culto a los animales.

Algunos especialistas no descartan la idea de que pudiera haberse hecho un culto de la sodomía. En el capítulo XLVI de su libro segundo, escribe Heródoto: "En la misma provincia de Mendes, donde a la sazón me encontraba yo, se dió el caso, conocido de todo el mundo, de que una mujer se acoplara con un macho cabrío." Por otros conductos sabemos que en el templo-establo de Apis, al que se suponía haber sido engendrado por un rayo del cielo, las mujeres se desnudaban la parte inferior del cuerpo y se inclinaban profundamente ante el toro sagrado al que se abrían simbólicamente. Todo parece indicar que nos encontramos ante prácticas cuyo significado mágico debemos relacionar con el culto paleolítico de la fecundidad, de un anhelo ancestral de procreación que escapa a nuestro intelecto racionalista.

Moisés abomina de los secretos monstruosos y horribles de este culto: "Maldito sea el que se acueste con una bestia" —y ordena en el Deuteronomio: "Ninguna mujer debe juntarse con animales..."

El gran profeta profirió estas palabras poco después de la huida de Egipto y no es de suponer que desde lo alto del Sinaí lanzara semejante anatema contra tales prácticas si no hubiera creído que constituían para su pueblo una tentación cuyo alcance no acertamos a comprender hoy.

El Antiguo Egipto enterraba a sus animales con una solicitud que va también más allá de nuestra comprensión. Quién en el desierto de Menfis recorre las sombrías galerías subterráneas de las grandiosas tumbas de Apis, jamás olvida la fantástica impresión que producen los inmensos sarcófagos de granito, suntuosamente decorados, en los cuales se guardaban, desde el Imperio Nuevo, los restos

embalsamados de los toros del dios Ptah. Su descubridor Mariette, habla de ellos en los siguientes términos:

"Confieso que cuando el 12 de noviembre de 1851 penetré por primera vez en la tumba de Apis, fue tan grande mi sorpresa que, a pesar de los cinco años transcurridos desde entonces, aquella tremenda impresión no se me ha borrado de la mente. Por una casualidad que no me explico, una cámara tapiada el trigésimo año de Ramsés II había escapado al pillaje de los ladrones de tumbas y tuve la satisfacción de poder encontrarla intacta, al cabo de 3.700 años (3.122 según cálculos más recientes). El tiempo en nada había modificado su primitivo aspecto. Sobre un revestimiento de cal habían quedado marcados los dedos del egipcio que había colocado la última piedra de aquella puerta condenada. Sobre la capa de arena esparcida en un rincón de la cámara funeraria aparecían todavía las huellas de unos pies descalzos. Todo continuaba igual, nada había variado en esta morada de los muertos, en donde reposaba desde hacía casi cuatro mil años la momia de un toro..."

No hace mucho descubrieron los arqueólogos en el curso de sus investigaciones por las casi interminables galerías subterráneas de Her-mópolis, un número incalculable de hornacinas con más de cuatro millones de ánforas que guardaban los restos de los ibis consagrados al dios Thot. Según fuere el culto de la localidad, cada "instalación mortuoria" contenía una determinada clase de animales, así como innumerables diminutas estatuas sagradas de bronce o de madera, como en las tumbas gatunas de Bubastis y Sakara, la inmensa fosa de los cocodrilos de Monfalut y la de los monos de Tebas. A menudo se acostaba el cadáver en un sarcófago fabricado con lienzo de lino y diferentes capas de papiro, todo ello pegado con cola hasta formar una masa compacta y resistente. Para estos menesteres utilizaban generalmente viejas hojas de papiros escritas, gracias a lo cual, al deshacer cuidadosamente estos cartonajes, han caído en manos de los investigadores modernos documentos importantísimos del período heleno, entre los cuales se encuentran fragmentos inapreciables de poetas y escritores griegos desconocidos. De este modo ha sido posible rescatar recientemente un admirable fragmento de un poema de la inmortal Safo...

Entre los dioses híbridos más impresionantes que pueblan el panteón egipcio, citaremos a "las dos grandes de Tebas": Toeris y la

sanguinaria Sekhmet. La imagen de la primera, patrona y protectora de las mujeres gestantes, la hallamos representada en un sinnúmero de estatuas de todos los tamaños imaginables bajo el aspecto de un hipopótamo hembra levantada, con patas de fiera, pechos caídos y con la espalda terminando en una especie de cola de cocodrilo. Esta extravagante y — a pesar del aspecto feroz que le confiere su extraña dentadura — bienhechora patrona de las futuras madres, se apoya a menudo sobre el signo "Protección". Sekhmet, la terrible leona solar con cuerpo de adolescente, esposa del dios Ptah de Menfis, es la diosa cruel de la guerra y de las batallas. "Su melena — dicen los textos — desprendía humareda de fuego, tenía el lomo color de sangre, su rostro brillaba como el sol... el desierto quedaba envuelto en una espesa nube de polvo cuando sacudía la cola..." Asimilada a Mut, de Tebas, y a Hathor, el rey Amenofis III le hizo consagrar en el templo de Mut, de Karnak, centenares de magníficas estatuas de granito que se dispersaron luego por todos los museos del mundo. Se han encontrado tantas estatuas de Sekhmet que no parece sino que Ecnaton, luego de haber dado la orden de empezarlas, no pensó más en ella y se olvidaría de revocarla. Yo mismo pude sacar del santuario para llevármelas a Alemania el año 1939 dos imponentes y expresivas cabezas de la diosa con restos de pintura roja todavía en sus ojos fríos y superficiales.

"No hagas tal cosa, pues estallaría la guerra en Europa" — me decían bromeando mis compañeros de Luxor, cuya superstición no era del todo fingida.

La segunda guerra mundial hubiera estallado de todos modos, creo yo.

LA TUMBA, APOSENTO DE GALA

SIN duda alguna, las cámaras que los antiguos egipcios se hacían construir para morada en el otro mundo, son las tumbas más confortables que uno imaginarse pueda. Incluso al visitante moderno le dan tentaciones de instalarse en ellas por algún tiempo.

Ningún olor a moho desprenden las estancias, que nada tienen de macabro ni de transitorio. Al contrario, el conjunto más semeja un hogar alegre y acogedor que invita a residir en él eternamente; una casa solariega para el difunto, pero sin nada en ella que recuerde a la muerte, con un portal y puertas bellamente decoradas, corredores, peldaños cuidadosamente tallados y cámaras claras, de armoniosas proporciones cuyos techos a menudo descansan sobre columnas o pilastras.

Y no olvidamos las magníficas pinturas murales, que merecerían capítulo aparte.

Sobre todo al que es sensible al hechizo de las artes le es difícil sustraerse al espectáculo que generalmente se le ofrece, pues a su alrededor, por medio del pincel o del cincel, se han representado para la posteridad, con una abundancia verdaderamente asombrosa, todos los detalles de una existencia terrestre feliz, a los que ni en el otro mundo se estaba dispuesto a renunciar. Quien hubiera podido suponer un momento que los antiguos habitantes del Nilo eran melancólicos y ascéticos, ajenos al amor de los placeres terrenales, cambia de parecer con sólo visitar una tumba egipcia de aquellas épocas.

Era costumbre reunir con antelación y con minuciosidad en esta última vivienda todo lo que en vida había rodeado al difunto moral y materialmente, de modo que éste se encontraba en el sepulcro en un ambiente agradable, lleno de todas las imágenes que durante muchos años le habían sido familiares y a las que su espíritu y su corazón tuvieron apego en vida. Solamente a la vista de esta serie de escenas de una vida alegre y despreocupada, es posible hacerse idea cabal de la humanidad profunda del Antiguo Egipto.

Este monumento al culto del recuerdo de un pueblo todavía en la infancia en toda su nobleza y gravedad, con su deseo ardiente, común a todos los mortales, de continuar en el más allá la vida

terrestre habitual, perennidad que tan ingenuamente creían haberse asegurado, se revela ante nosotros, hijos del siglo XX, como una especie de cuento de hadas de claridad meridiana. Para Ludwig Curtius, estas pinturas murales cuentan entre los exponentes más concretos de la civilización. "En estas imágenes — escribe con razón — resplandece la vida humana por primera vez como una fiesta sin fin. Todo lo anterior a ellas es prehistoria. Si ahora queremos averiguar el origen de alguna técnica, de algún utillaje o de alguna costumbre de aquellos tiempos, debemos consultarlas, porque constituyen la enciclopedia más antigua del mundo; como una representación del primer gran domingo de la tierra, cuando el hombre echó una ojeada retrospectiva sobre la creación y el desarrollo de su cultura."

A este juicio no le falta ni le sobra nada.

Gracias a esta proyección del *hoy* eterno en el *mañana* incierto, de la superabundancia dorada del mundo en las pálidas tinieblas de ultratumba, se logra en cierto modo una primera victoria sobre la muerte. Jamás pueblo alguno supo, como el egipcio, despojar a ésta del terror que inspira. La mayoría de los demás se refugiaron en la metafísica, y renunciaron a lo que era mortal, y por ende perecedero, para aferrarse a la especulación abstracta, a su propia concepción de la fe. No es que el egipcio no supiera de decadencia y de descomposición, pero no se dejaba arredrar por ellas, y tan pronto como la muerte había completado su obra, él intervenía resuelto, metamorfoseando el cadáver en algo bello e incorruptible y transformaba la cámara efímera en morada espléndida para la eternidad.

El empeño que puso el rey Djoser en convertir los edificios que rodeaban su residencia habitual en una morada imperecedera para poner más en evidencia su inmensa tumba escalonada, contribuyó poderosamente al desarrollo de la arquitectura de piedra.

Y, en verdad que sus esfuerzos no fueron vanos, puesto que los recursos empleados nos permiten todavía hoy participar en una vida vivida hace varios milenios.

Uno de los encantos de la escritura ideográfica del antiguo Egipto radica en que nada encontramos en ella que nos resulte completa-mente extraño e inasimilable, como es el caso, por ejemplo, de la

escritura cuneiforme del Asia Anterior o de los caracteres paleo-americanos. Es incluso humana cuando quiere expresar algo terrible y no da nunca la sensación de sombría y de bárbara. En sus mismas imágenes exóticas hay algo que nos es accesible, con lo que pronto se familiariza quien las estudia de cerca, igual que nos sucedía con las narraciones fantásticas de nuestra infancia. Posee ciertamente elementos extraños y fabulosos en abundancia, pero no nos asustan. Lo elemental y primitivo, insondable y enigmático, se nos aparece en forma suavizada por la expresión y comprensible a nuestras mentes modernas. Las fuerzas primitivas que en otras latitudes se encarnaron en forma de aspecto feroz y demoníaco, aquí florecen en símbolos armoniosos y humanos, cuya autenticidad decorativa y serena nos alegra y tranquiliza.

Es muy instructivo a este respecto el comparar los monumentos de los pueblos vecinos del Asia Anterior con los del antiguo Egipto. De origen muy similar, las divergencias se acentúan rápidamente en las creaciones de las dos civilizaciones a medida que con la evolución dinástica se afirma el carácter nacional. Así, mientras en la primitiva Babilonia se representa a las temibles potencias infernales con fantasía conmovedora y vivaz, mientras Mitani y el país de los Hititas fabrican ídolos diformes, cuya sombría amenaza actúa como una pesadilla sobre el alma de los fieles, y los admirables bajo-relieves asirios rezuman la crueldad de un pueblo guerrero que ignoraba la piedad, Egipto renuncia a los efectos terroríficos ya desde la época de la construcción de las Pirámides. En su lugar surge en lo sucesivo una ideografía serena y radiante. Para convencerse de ello basta seguir la evolución de la imagen del león como tema plástico. El Egipto arcaico coincide todavía con el Próximo Oriente en la interpretación de este tema representando al gran felino real con las fauces amenazadoras y agitando el rabo convulsivamente. A partir de la época predinástica se opera un cambio y la imagen de la bestia rugiente cede el paso a la noble majestad del rey de la selva, en este caso del desierto. Desde entonces, con una indiferencia soberana desliza el animal la mirada sobre todas las cosas como sin verlas. Y no es que con ello disminuya la grandeza de lo insondable y del carácter personal de la criatura, porque incluso en actitud de reposo las formas se adivinan elásticas y los órganos de percepción siempre dispuestos a ordenar el brinco decisivo. Pero toda crueldad salvaje ha desaparecido ante el secreto encanto que caracteriza todo el arte egipcio.

Es en esta dignidad, en este dominio espiritual sobre la fuerza bruta que se anuncia todo el clasicismo que Egipto está destinado a proyectar en la antigua cultura mediterránea y por ende en Europa. Permítasenos darle el nombre de protoclásico. A pesar del exotismo de su mitología y de su concepción del mundo, nos sentimos vinculados a esa civilización y si los indicios no engañan, cuanto más evolucione la civilización europea, tanto más notará sus orígenes egipcios.

Esta proximidad del arte egipcio en parte alguna es tan evidente como en estas tumbas acogedoras. Escuchemos a los bienaventurados propietarios, cuyas palabras confirman que estamos en lo cierto: "Agrégate al festín en la casa de la beatitud que te has construido en la ciudad de los muertos."

Esta inscripción figura en la tumba del pesador de granos Djeser-karé-seneb de Tebas. En parte alguna del mundo se inscribieron semejantes invitaciones en las tumbas.

Alegrarse el corazón; ver y oír siempre algo bello,
declamaciones, danzas y cánticos,
cubrirse de mirra, perfumarse con aceite,
Oler flores de loto,
disponer de pan, cerveza, vino y dulces...

Con estas palabras las hijas adolescentes del visir Rekhmara ofrecen a su difunto padre los dones prescritos por el culto de la diosa del amor.

La insistencia en presentar el acceso a las esferas de ultratumba, la entrada triunfal en la "morada eterna", como algo agradable y deseable, recuerda el método psicológico Coué.

En numerosas inscripciones funerarias se implora de Anubis "el primero entre los dioses y señor del cementerio" un "hermoso entierro". De los muertos se dice "que emigraron hacia el Oeste".

Para animar al propietario de la tumba se le dirige este brindis:

Toma y bebe;
celebra este hermoso día,

de la mano de tu esposa Henut-nefert
en tu casa de la eternidad.

He aquí para ti, a quien honramos,
una túnica blanca,
aceites para la espalda
y coronas para el cuello,
para llenarte la nariz de salud y de vida
sobre el cráneo la mirra
que te envía Amón-Re.

Celebra este bello día
en tu casa de la eternidad.

En la inscripción de la estatua de un sacerdote de Amón, en Karnak, la viuda expresa su amor inalterable en estas palabras:

Vamos a vivir juntos
pues la divinidad no pudo separarnos.

Te creo vivo y no me apartaré de ti,
a menos que te cause hastío mi presencia.

¡Permanecer ociosos todo el día
sin que nada malo nos suceda!
Hemos alcanzado el país de la eternidad
para que nuestros nombres no caigan en el olvido.

¡Qué maravilloso es el tiempo
cuando se disfruta de la luz del sol
de la eternidad
como amo y señor del cementerio!

¿Para quién eran tales palabras, para los vivos o para los muertos? ¿Se dirigían a los dueños que ya en vida acostumbraban a reunirse en determinados días de fiesta en aquellas tumbas magníficas, o bien a los mismos difuntos eternamente presentes? La vida y la muerte, esta vida y la otra, fluyen juntas suavemente, se entrelazan y confunden maravillosamente como en las impresionantes y nobles imágenes de las urnas funerarias de la Atenas clásica.

Sólo cuenta el goce inmediato, como si hubiera desaparecido toda

diferencia, toda división entre el presente y el futuro, y se borrara la noción del tiempo que es ilusión y sueño.

Son sobre todos los dos extensos cementerios del desierto de Sakara y Tebas, característicos de dos épocas distintas e importantes, los que con sus conjuntos de quintas fúnebres impresionan más al visitante. El inmenso cementerio de Sakara, destinado a los muertos de Menfis, capital del Norte, es un exponente, por la clase de tumbas que contiene, de toda la historia de Egipto, pero la más fuerte impresión la causan las tumbas del Imperio Antiguo construidas para los altos funcionarios de los reyes constructores de las pirámides de las dinastías V y VI. En la necrópolis de la capital del Sur puede pulsarse todavía la vida coloreada y delirante del Imperio Nuevo. En Tebas, la ciudad de las cien puertas, nos sentimos transportados en el ambiente acogedor y estimulante del período de la hegemonía mundial. En Sakara domina el relieve con todo el despliegue maravilloso de su encantadora ingenuidad, patrimonio exclusivo de los tiempos primitivos. En las tumbas de Tebas deslumbra la viveza, el vigor y la naturalidad de las pinturas, aunque tampoco falten los bajo-relieves, de modo que el alma popular del Antiguo Egipto se manifiesta en los cementerios de ambas capitales, bajo sus dos formas más esenciales, separadas en el tiempo por un milenio que los egipcios consideraban como el período clásico por excelencia de su cultura. De ninguna otra época poseemos un conjunto de construcciones funerarias más homogéneo. Para hacerse una idea de la inspiración arquitectónica del Imperio Medio es preciso visitar las instalaciones funerarias de los reyezuelos de Beni Asan, Asuán y Kau el-Kebír. Pero muchos de sus maravillosos monumentos han sufrido desperfectos de consideración, fueron destruidos, ennegrecidos, desfigurados o perdieron el color, como en Amarna, cuyos muros hablan del culto del dios-sol Atón y de la familia del rey reformador Ecnatón. Por contra, en Sakara y en Tebas no son pocas las tumbas en las que los siglos no han dejado huella alguna de su paso destructor. Se observa todavía la marca del cincel tanteando la piedra, la gota que ha sobrado al solidificarse la pintura, el trazo finísimo del dibujo en lápiz que debía ser reseguido por la pintura, y el cuadrilátero que sobre las paredes debía asegurar la justa repartición de las figuras del esbozo. Paredes, columnas y techos brillan con la espectacular elocuencia de sus manifestaciones decorativas.

Tentados estaríamos de decir que todavía huele a barniz y a pintura fresca. Tan sólo los murciélagos han dejado, en los lugares adonde pudieron penetrar, huellas de sus deyecciones y con sus garras han arañado las enyesaduras y las pinturas.

Mientras que la piedra caliza en la que se esculpieron los grupos de bajorrelieves de un Ti, de un Ptahhotep, de un Mereruka o de un Kagemni en las cámaras fúnebres de Menfis, es de admirable calidad, la de los campos sepulcrales del oeste de Tebas se presta sólo parcialmente a la decoración escultórica mural. Está atravesada por venas de calcita o de cuarzo, es muy salífera y quebradiza, conteniendo, además, núcleos de sílice. Por esto en la antigüedad se acostumbraba a revestir los muros tallados en la roca con lodo del Nilo y paja, y una vez aplanado se recubría con una fina capa de yeso. Luego, sobre ésta, se bosquejaba el fresco, generalmente en casillas geométricas, en las que las figuras eran dibujadas linealmente con pinceladas, decididas pero ponderadas, antes de aplicar el detalle de los colores.

Los artesanos de la ciudad de los muertos, cuyas estancias de paredes tan extraordinariamente altas, se conservan todavía en Der el-Medina ciertamente no soñarían con legar un nombre de artista a la posteridad, como tampoco lo pretendieron los decoradores de jarrones de Ática. Acostumbraban a realizar la tarea de prisa, a veces demasiado de prisa, y con escaso esmero, y sería un error el atribuir a sus obras una importancia artística exagerada. Es sobre todo en el campo de la historia de la civilización y de la historia de la humanidad en general que su testimonio es capital, por cuanto refleja una época que cada día presenta más afinidades con la nuestra, pues en experiencia y exposición, está íntimamente vinculada al país que fue
el ideal de nuestra infancia, esta infancia que adoptó, porque las ha comprendido siempre con facilidad, las imágenes del Antiguo Egipto y se ha sentido atraído por ellas.

Estas series de imágenes nos ofrecen, además de su originalidad y valor artístico intrínseco, un ejemplo, simplificado por la distancia, de las corrientes y transformaciones dentro del gran río de una tradición artística que, extendiéndose a lo largo de tantísimos años, forman un conjunto armonioso y único en la historia. Gracias a él seguimos paso a paso el fenómeno cultural de una evolución milenaria cuyo ritmo evidente nos permite penetrar en los secretos

de otras civilizaciones.

Sin solución de continuidad pasamos de las manifestaciones frías y un tanto austeras de los comienzos de la XVIII dinastía al clasicismo todavía algo rudo de la época de la reina Hatsepsut; del refinado esplendor y de la madurez de los días de Tutmosis IV y de Amenofis III a la seductora decadencia de Amarna; de los inicios del clasicismo decadente bajo Seto I a la severidad de las formas y de los colores característicos del reinado de Ramsés II. Y con el amaneramiento vacío de la época postramesiana abarcamos un fragmento inmenso de historia y del destino de un gran pueblo .

¡Cuán poco cuentan, en vista de ello, la mayor o menor perfección estética ante un conjunto tan completo e interesante de la historia de la civilización egipcia!

A medida que la tumba del soberano va tomando poco a poco la forma de pirámide, también aumenta la importancia de las tumbas de los nobles y de los altos funcionarios de la corte del faraón, las cuales toman el aspecto de monumentos grandiosos recubiertos de bloques lisos de piedra *caliza.* En largas avenidas acertadamente orientadas se alinean estas tumbas, parecidas a mesas de piedra, conocidas con el nombre árabe de *Mastaba* (que así se llama el banco de los mercados en el barrio del *bazar),* alrededor de la tumba en la que el hijo del sol espera reunirse con su divino padre. La cámara destinada a recibir el sarcófago está cavada en la roca viva bajo la superestructura rectangular. Una apertura vertical, un pozo, permite llegar a la cámara, que a veces está situada a 40 metros de profundidad, y aun cuando en principio tuviera por finalidad asegurar la comunicación del alma del difunto con el mundo de los vivos, en realidad se obstruía con grandes bloques para impedir las incursiones de los ladrones de tumbas. Pero el objeto de la cámara era no solamente proteger el cadáver: era también el lugar donde se depositaban las ofrendas y se recitaban las oraciones indispensables a la salud eterna del alma del difunto. A este fin, en cada *mastaba* se reservaba un espacio determinado. El sacerdote debía mirar en la dirección del imperio de los muertos, hacia la salida falsa ricamente encuadrada que al efecto se construía del lado de Occidente. Esta llamada "puerta falsa", sobre la que se inscribía, además del nombre del difunto, el texto de las oraciones sagradas, se practicaba antiguamente al exterior de la parte oriental de la superestructura, y generalmente se construía

delante una pequeña cámara de ladrillos dentro de la cual se desarrollaban los ritos fúnebres. Más tarde fueron introducidas algunas modificaciones en esta simple instalación. Se excavó una cámara suplementaria en el mismo cuerpo de construcciones, generalmente del lado sudeste, y la puerta falsa, con las inscripciones, se encontraba al fondo, hacia Occidente.

Para contener las sucesivas fórmulas funerarias, al núcleo primitivo de la *mastaba* se le añadieron, durante las dinastías V y VI, otras cámaras magníficamente decoradas. Así el dueño de la tumba disponía de una verdadera residencia cuya opulencia sorprendía al visitante moderno acostumbrado a los pequeños pisos de ciudad. Entre todas las tumbas que se conocen, se lleva la palma la de un noble llamado Mereruka, con 31 cámaras y pasillos.

A partir de la IV dinastía, además de la cámara indispensable de los sacrificios, la tumba posee una habitación especial que contiene la estatua del difunto y algunas más pequeñas para los que serán sus servidores. No es raro que, por una pequeña rendija abierta en la pared, comuniquen ambas cámaras y por ella penetra el incienso, la fragancia de los sacrificios y el rumor de las oraciones para que a voluntad pueda captarlos en todo momento la imagen de piedra del dueño, cuya mirada brillando en la oscuridad incierta impone respeto y temor a sus parientes que ocupan la mesa de los sacrificios.

Las tumbas particulares de Tebas son de una concepción distinta. Por un antepatio, cuya portada aparece a veces decorada con motivos arquitecturales y figurativos — muy posiblemente en un principio estuviera adornada con plantas y flores también — se pasaba a un vestíbulo oblongo provisto a menudo de columnas y pilastras, para entrar luego en un corredor estrecho y profundo donde se encuentra una hornacina destinada a las estatuas, generalmente talladas en la toca, del dueño de la tumba y de sus parientes más queridos. En algunos casos el corredor acaba a derecha y a izquierda en sendas cámaras de reducidas dimensiones, de modo que el conjunto adopta la forma de una T cabeza abajo. La entrada se halla siempre en el centro del lado más ancho del vestíbulo.

No hay duda que esta disposición del edificio debió de corresponder a la de las viviendas egipcias.

Tampoco es arbitraria la distribución de los motivos murales.

Como el emplazamiento y la forma de la tumba dependían a menudo de la benevolencia o del capricho del faraón, en las tumbas tebanas de los altos funcionarios la majestuosa imagen del soberano en todo su esplendor era entronizado en el lugar más visible para el visitante en las paredes de la sala oblonga, a derecha e izquierda del pasillo de la hornacina. A cada uno de los lados se representa al difunto en el ejercicio solemne de sus funciones, introduciendo, por ejemplo, a los emisarios extranjeros portadores de regalos, vigilando los trabajos públicos, reclutando tropas o entre soldados de maniobras.

La pared de la entrada se reserva a las escenas de la vida doméstica.

A bordo de un ligero bote, el amo, rodeado de sus familiares, se abandona a los placeres de la caza o de la pesca, observa interesado los trabajos de la cocina y de la granja, admira la riqueza de sus campos ubérrimos de cereales y de sus rebaños y brinda a sus amigos un festín en el que artistas esbeltas bailan al son de sus propios instrumentos.

En las paredes del corredor que conduce a la primera cámara funeraria le vemos, al lado de su esposa, contemplando la salida o la puesta del sol. Los frescos de las superficies estrechas del ancho vestíbulo están cubiertos de grandes estelas funerarias que representan a los miembros de la familia rezando. En la estela de la derecha se inscriben generalmente los votos de felicidad eterna a la intención de las personas enterradas en aquel recinto, y la de la izquierda refiere la vida del jefe de la familia.

Las pinturas del corredor de las estatuas, de un realismo abrumador, nos hacen asistir a las diversas fases de la ceremonia fúnebre. En barcas del Nilo, tripuladas simbólicamente, se llevan el cadáver amortajado en un catafalco hacia Abidos, el santuario de Osiris, dios de los muertos, ante el que debe presentarse el alma del difunto, para fundirse con él según la aspiración más profunda de la religiosidad egipcia. Cargado de flores y de frutos, el cortejo fúnebre acompañaba el féretro de la momia y las urnas que contenían las entrañas del difunto "hacia Occidente" hasta el

umbral de la tumba. Allí se depositan las ofrendas, mientras que un grupo de plañideras, desgreñado el pelo, cubiertas de ceniza la cabeza y con los pechos al aire, agitaban los brazos en movimientos apasionados, bañadas en llanto, y lanzando los mismos alaridos salvajes que todavía se oyen actualmente en todo el Egipto. También se representaban tradicionalmente la purificación ritual del muerto por aspersión de agua de la mano del sacerdote y la apertura, también ritual y simbólica, de la boca y de los ojos de la momia colocada en posición vertical; la comida del difunto y por fin el festín funerario colectivo de los vivos. Con harta frecuencia siguen a estas imágenes otras escenas piadosas que expresan ingenuamente la alegría de vivir que el mismo cadáver parece compartir, embalsamado, vendado y recubierto con la máscara.

Finalmente los cabios eran consagrados al culto de los dioses familiares de Osiris. Allí adoraban, el difunto y los suyos, al juez supremo de ultratumba "cuyo corazón no late", a Osiris, el cual, a tenor de la confesión de los que ante su trono comparecían, asignaba a cada uno su lugar en el otro mundo, así como al fiel Anubis, a quien se confía la custodia del escriño donde se guardan las substancias de embalsamamiento.

Aún cuando las imágenes del tiempo de las pirámides, llenas de vida y de frescor, en más de un aspecto se diferencian de las del Imperio Nuevo — el cual debe ser considerado como el tercer gran apogeo de la civilización egipcia — tienen un rasgo en común: la alegría silenciosa y enternecedora ante la diversidad y el esplendor del mundo visible. Es el himno de gracias de un pueblo sensible a los placeres de todos los sentidos, una cantata sin igual al alcance de todos los que sienten la belleza de la vida y del universo; un canto que significa: "Venga lo que venga, ¡qué bella es la vida!"

Ciertamente, el ímpetu del orgullo humano nos habla intensamente en este monumento recordándonos la grandeza de una época extraordinaria, orgullo por otra parte tan radiante e incomparable que tal vez solamente Hornero pudiera imaginar otro igual, y sólo él hallará acentos tan universales para cantarlo e inmortalizarlo. El fervor de la expresión nimba los más pequeños detalles y gestos de la vida con una aureola mágica, por más que parezcan extraños a nuestro mundo habitual. El arado del labriego abre surcos en la capa dura de cieno, el azadón desmenuza completamente la gleba, y bueyes de cuernos amenazadores hunden bajo sus pies la

simiente en la tierra feraz. Antes de que la cosecha llegue a madurez, los labriegos y sus mujeres se entretienen hilando el lino. Luego viene la siega y la hoz más que cortar arranca las espigas del tallo. En grandes vasijas se lleva el grano a la era, donde se aventa antes de depositarlo definitivamente en los silos. Pero lo que más atrae la atención son las escenas de la vendimia. Abultados racimos azul oscuro lucen entre una confusión de hojas, los viñadores revientan la uva bajo sus píes desnudos en los lagares de piedra y se mantienen en equilibrio agarrándose a las correas que penden del techo. Finalmente se precintan las grandes jarras con el sello del viñedo.

En las cámaras mortuorias de Tebas alternan estas escenas bucólicas de un tiempo casi inmemorial con cuadros históricos y políticos instructivos de pueblos extranjeros. El personaje principal en los siglos XV y XIV a. J. C. ya no es el gran terrateniente, sino antes bien el militar o el diplomático exótico. Con paso comedido y noble avanzan el cretense de anchas caderas, el asiático con perilla, envueltos en ropajes abigarrados, y el nubio de cabellos crespos, mostrando los presentes que traen de sus lejanas tierras: vasos preciosos con extraños adornos, cueros trabajados, bálsamos y perfumes escogidos y misteriosos; madera de ébano, colmillos de elefante, plumas de avestruz y oro en polvo en bolsas o fundido en anillos. Como botín o regalo del Norte aparece el caballo pequeño de lomo extraordinariamente hundido, y con él el carro de combate ligero y rápido, que diera un nuevo impulso y un aspecto diferente a las campañas guerreras del Antiguo Oriente, a partir de las invasiones de los pueblos indoeuropeos. La elegante concepción del vehículo, que tiene abierta la parte posterior, y en realidad consiste únicamente de un fondo y de barandillas laterales para agarrarse, lo que permite montar y saltar de un brinco, habla de una larga experiencia en el arte de la guerra. Su armamento sigue siendo el largo carcaj repleto de flechas, tanto para la caza como para la guerra.

Grupos de exquisitas pinturas tebanas ilustran el refinamiento progresivo de la alta sociedad egipcia. Desde siempre los antiguos egipcios entendieron de diversiones. Ya en la tumba de Mereruka, que se remonta a la época de las pirámides, encontramos al dueño del lugar echado voluptuosamente en el lecho, empuñando un delicado mosquero de piel de zorro, junto a la favorita que le deleita con su música preferida. Más tarde, bajo el reinado suntuoso de un

Tutmosis o Amenofis, hallamos reunidos, en las tallas de cedro de ricos sillones, a damas y a señores sentados a la mesa y en alegre camaradería. Ataviados todos a la moda de entonces, sus vestidos, del mejor lino, se ciñen estrechamente a las formas del cuerpo o las envuelven holgadamente en numerosos pliegues.

Sobre las pelucas de ceremonia, artísticamente trenzadas, se funde lentamente el cono de bálsamo que empapa de suave perfume el cabello y hace transparente la piel de las mujeres hasta la cintura. Escuchan el concierto y se deleitan contemplando las evoluciones de bailarinas indígenas o exóticas que por todo vestido llevan un simple cinturón alrededor de las caderas. Bajo el sillón de la dueña de la casa, el gato preferido o un mono domesticado se regalan con los exquisitos bocados que caen de la mesa abundantemente servida.

Imagen 20

Imagen 21

Imagen 22

Imagen 23

Tampoco faltan escenas de tertulias femeninas. Las señoras son atendidas por muchachas frágiles y desnudas que las peinan, las visten y les prenden riquísimas joyas. Forman pequeños grupos íntimos, aplauden y acompañan con sus cantos las manifestaciones musicales, y cambian entre ellas los frutos de mandrágora, afrodisíaco conocido y muy apreciado.

Entre los invitados encontramos, sobre todo en la época del rey Tutmosis IV, y luego otra vez a principios de la XIX dinastía, bajo Setos I, a personajes de noble porte y de maravilloso atractivo. La majestad, el donaire que son característicos del arte egipcio y que encuentran su más alto grado de expresión en el ideal de belleza femenino, que subsistió indiscutiblemente hasta la época etíope, se combinan aquí en un hechizo nada fácil de describir, completamente a tono con el encanto del lirismo de las composiciones poéticas que de aquella época han llegado hasta nosotros.

... dechado de virtudes, la de la tez radiante,
y ojos bellos y claros.

Sus labios se abren suavemente
y es discreta en el hablar...

Tiene el cuello alto y grácil, el pecho deslumbrante,
y el pelo de auténtico lapislázuli;
los brazos, cuyos dedos semejan pétalos de loto,
tiene más bellos que la misma diosa del amor.

La cintura estrecha y fuerte de caderas,
con unos muslos que rivalizan de belleza;
de noble porte, cuando toca el suelo,
con un simple ademán robó mi corazón.

Todos los hombres se vuelven para contemplarla
cuando abandona su morada,
pensamos que no hay otra igual.

En estas preciosas figuras femeninas radica la gracia y el equilibrio clásico que distingue a las obras maestras del antiguo Egipto de las del Antiguo Oriente, y en ellas se prepara ya misteriosamente el advenimiento de nuestro arte occidental.

Con mirada amorosa, a la vez viva y tierna, como solamente supieron hacerlo los griegos y los pueblos del Extremo Oriente, los artistas egipcios captaron a la vez lo esencial, lo accesorio y lo accidental. El artesano elevó su trabajo a la categoría de arte con estilo propio, y el artífice, en un apunte fugaz, logró inculcarle al espectador contemporáneo, y luego de miles de años, a nosotros mismos, la sensación de riqueza y de bienestar que se desprende de las escenas que reproducen la recogida de las mieses y de la miel en aquellos tiempos.

Como perdido entre la artística composición de una fastuosa caza real, se topa con un erizo receloso que apunta el hocico por entre la *maleza* que lo disimula. Este detalle insignificante está tratado con la misma *delicadeza,* con el mismo esmero y con la misma fuerza de expresión que el propio venado o que su real *cazador.* ¿Qué hay de no transcendental en esta orientación gráfica? Por el cuello de una jirafa majestuosamente presentada en el acto de ser entregada en calidad de tributo al faraón, trepa desenvuelto un pequeño mono verdiazul. En otro lado, para inducir el ganado a vadear el río, el pastor ha cargado con un becerro a cuestas. Éste se vuelve temeroso hacia su madre, la cual procura tranquilizarle prodigándole tiernas lameduras. Y como elemento improvisado en este vasto fresco campestre, en una de las tumbas más famosas del Imperio Antiguo, en Sakara, se yergue un vulgar labriego, el cual, después de respirar profundamente, pronuncia, lleno de emoción ante el espectáculo magnífico de la vida que se desenvuelve a su alrededor, estas palabras que el artista ha consignado: "¡Qué bello es este día!"

En las tumbas de esta clase, no solamente se enterraba a los muertos, sino que junto al cadáver se reunían todas las cosas útiles y agradables entre las cuales había transcurrido su existencia: muebles, utensilios, joyas, etc.

Era una mudanza en toda regla.

En aquellos remotos tiempos se sabía todavía que los bienes en realidad mueren con su propietario y que era injusto apropiárselos o dispersarlos. Continuaban, por toda la eternidad, siendo propiedad del difunto. En el inagotable caudal de imágenes de su vida terrestre, con las inscripciones tan maravillosas y claramente

descriptivas, hallan su propio lugar todos los objetos familiares, incluso el más insignificante de uso diario.

Estos objetos, arrancados de la atmósfera personal y piadosa que les daba un sentido y una vida misteriosa, son los que ahora llenan las vitrinas de nuestros museos por todo el mundo. No es extraño que se sienta un algo indefinible al penetrar por primera vez en una de esas tumbas, contemporánea de los faraones, que no haya sido profanada. Incluso el arqueólogo ducho ya en el oficio lucha en tales casos contra una sensación de culpabilidad y de temor al violar, ante el veredicto de la historia, la intimidad de esas moradas secretas, cuando se siente invadido por el perfume suave y personal que parece llegarle de lo más profundo de los siglos.

A la vista de tantos objetos que parecen darle la bienvenida, el intruso penetra en la estancia fúnebre como si fuera de visita, y su primera idea es asomarse tímidamente en busca del dueño o del ama de la casa.

En el polvo del suelo quedaron huellas de sandalias.

Ramos amarillentos cuelgan de las paredes.

Durante mucho tiempo se creyó, y los griegos estaban convencidos de ello, que los egipcios eran los hombres más piadosos del mundo, porque todos sus esfuerzos y afanes en la construcción de sus templos y en los servicios divinos estaban presididos por la idea del más allá.

Estas tumbas nos dan una explicación más conforme a la realidad.

Los egipcios no habían puesto sus esperanzas en una vida futura eterna, oscura e incierta, sino que creían firmemente en la perennidad de la vida terrestre.

EL FABULOSO PASADO DEL MARAVILLOSO VALLE DE LOS REYES

PARA el turista moderno no es más que la meta de una excursión obligada e interesante; una curiosidad tan extraordinaria que se pasa muy bien de toda publicidad.

Todo aquel que se precie de trotamundos debe de haber visto estos vestigios, conocidos y famosos en todo el mundo, de los usos y costumbres, de las creencias, de un mundo antiguo de leyenda, rodeado de colinas de una tristeza tan espantosa, que ni las plantas menos pretensiosas se ven con ánimo de arrostrar la lucha por la vida en ese desierto.

La primera impresión es que uno se encuentra en un museo al aire libre. En donde los recios murallones del largo y tortuoso barranco casi se juntan, formando un portón natural, allí nos encontramos, un tanto contrariados y desilusionados, ante una especie de garita de madera que nos vuelve a la realidad. Porque aquí todo está cuidadosamente organizado y un funcionario de holgadas vestiduras compulsa detenidamente la documentación de los recién llegados antes de dejarles el paso franco hacia el sistema de laberintos del mundo subterráneo.

Un valle encajonado, con pequeños desfiladeros a derecha y a izquierda, termina la hendidura que se atraviesa bajo un sol implacable. Surcos de guijas de sílex, partiendo de la vaguada limpia de obstáculos, trepan por los altísimos acantilados que encuadran este magno cementerio. Destaca sobre todo, en un efecto difícil de superar, majestuosamente asentada en su ancho zócalo, la imponente pirámide natural de El-Qorn, cuya cúspide, tanteando el azul oscuro del cielo era adorada por el pueblo de Tebas. Como su masa domina el país de los muertos, cuyo dios hace callar a los vivos, los antiguos la llamaban Merit Segen, "la bien amada que impone silencio". Se la consideraba como divinidad femenina, Isis, la esposa de Osiris, y se solicitaba su intervención decisiva con preces, algunas de las cuales han llegado hasta nosotros.

El-Qorn poseía, en efecto, el don de poder castigar y perdonar. En el mundo ya no quedan muchos picachos con tales atribuciones. Siguiendo la bella avenida que *avanza* por entre grandes bloques de piedra, apareciendo de súbito detrás de montones de escombros

se descubren unos cuantos jambajes de piedra *caliza,* numerados y enrejados, por los que se penetra hacia las negras profundidades. Hasta algunas de estas entradas se sube por unos peldaños. Por doquier, ante el umbral y al píe de las paredes laterales, se levantan imponentes fragmentos de jeroglíficos, echados a perder tanto por la intemperie como por las inscripciones de los visitantes que no han podido resistir la tentación de dejar la huella de su paso.

Son las Biban el-Moluk, las puertas de los Reyes. Digamos en seguida que la mayoría conducen a palacios funerarios profusamente iluminados eléctricamente y con todas las comodidades debidas al turista moderno. Ya no se va a la aventura, ni es fácil que le suceda a alguien lo que a mí en ocasión de visitar una de las tumbas de Menfis, cuando me encontré frente a frente con una víbora plateada que se balanceaba peligrosamente — para mí, claro — como un péndulo de la muerte, suspendida de la reja de una lumbrera. El guardián carinegro que examina los boletos de entrada no se aparta jamás de los grupos. Los fosos-trampas abiertos en algunos pasajes oscuros para proteger las tumbas contra las visitas importunas de sus profanadores en la antigüedad — los pozos del tiempo del previsor Tutmosis III alcanzan hasta seis metros de profundidad — ya no constituyen ningún peligro.

El recorrido de los innumerables corredores se ve facilitado hoy día por los puentes de madera y por escaleras, con cómodos pasamanos, talladas en la roca, y ya no se le teme a las maldiciones de los sacerdotes egipcios, ni a las emanaciones deletéreas ni a las picaduras de los insectos místico-maléficos. Las maquetas de las galerías subterráneas que se exhiben en el Museo de Munich, producen disnea y causan tanta o más impresión que las naturales. Es imposible imaginar algo más organizado que estos pasillos, estas cámaras y estas criptas hipóstilas, con semejante derroche de manifestaciones fantásticas. Las serpientes ya no se creen en su casa en estos antros que han abandonado ante el alud de turistas, los cuales durante la temporada no cesan de afluir por docenas, día tras otro, procedentes de todos los países imaginables, con el Baedeker en la mano, mientras que al exterior, en un ambiente de luz deslumbrante, los asnos y vehículos de todas clases descargan continuamente nuevos grupos de visitantes ávidos de misterio, los cuales despiertan en las peñas escarpadas, ardientes y muertas, el eco de todas las lenguas civilizadas. Solamente en un alarde de

fantasía es posible evocar maravillas y secretos en este paraje, hoy materialmente sembrado de guijas, en el que fueron llevados a su última morada los personajes que un día gobernaron el mundo.

Y sin embargo, cuando de verdad se siente el influjo de este paisaje, todo es pura maravilla. Como dijo el mejor conocedor de este Valle por excelencia, en ningún país del mundo se da una tan reducida parcela de tierra que haya conocido 500 años de historia tan fabulosa. Y no hay en esto ni pizca de exageración.

Como es notorio, los faraones de las primeras dos épocas de florecimiento de las antiguas civilizaciones egipcias eran enterrados en las pirámides más o menos sólidamente construidas, que entre El Cairo y los aledaños del oasis de Fayum, de este lado de la orilla del desierto, siguen el curso indolente del Nilo. La segunda gran época de florecimiento de la cultura egipcia — conocida por el Imperio Medio — decayó, agotada, como la primera, después de haber producido obras gigantescas de todas clases, y finalmente sucumbió ante la embestida de un pueblo extranjero, procedente de Asia, que ha pasado a la historia con el nombre de los Hicsos, "los Reyes Pastores".

Según se desprende de unos sigilos de escarabeos contemporáneos de aquella época oscura, uno de sus caudillos se llamaba Jacob-her o Jacob-el, de modo que tal vez no sea descabellado suponer que entre los invasores penetraran elementos hebreos — en este caso posiblemente miembros de la tribu de Jacob de Israel — en el Valle del Nilo, lo cual podría elucidar el misterio de la fortuna de José.

Al cabo de siglo y medio de dominación extranjera, soportada a regañadientes, los reyezuelos de Tebas, a los que pesaba el vasallaje al cual se hallaban sometidos, se alzaron contra los opresores, y éstos intentaron resistir y dominar las provincias desde su residencia en el Delta, Avaris. Como en tiempos de sus predecesores los Antef y los Mentuhotep, de la XI dinastía, que ya habían restablecido una vez el imperio en todo su esplendor, Tebas afirmó con tesón su gran misión histórica como núcleo de aglutinamiento de las inquietudes patrióticas y de las energías del país, y los invasores no solamente fueron expulsados de Egipto sino que se vieron perseguidos hasta los confines de Palestina.

Los labriegos y los funcionarios egipcios, pacíficos por tempera-

mento, demostraron excelentes e insospechadas calidades guerreras en el curso de esta guerra de liberación. He aquí en qué término se expresa, en un documento que ha llegado hasta nosotros, uno de sus generales victoriosos: "Mis tropas se han batido como leones por su presa y llenos de satisfacción se reparten ahora los prisioneros, la grasa y la miel." Una después de otra, las ciudades y las provincias de Asia Menor fueron cediendo ante el empuje de los egipcios. Bajo Tutmosis III, guerrero genial y excelente administrador, el reino de los faraones había terminado por convertirse, hacia el año 1500 antes de J. C., en una potencia mundial de una magnitud hasta entonces desconocida. Su influencia se extendía hasta las fronteras de los países más lejanos cuya existencia se conocía. Los tesoros de todo el mundo afluían sin cesar, en forma de tributos o de mercancías, a los silos egipcios. El alma popular egipcia tomó finalmente plena conciencia de sí misma y de su misión y pudo desarrollarse, como nunca hasta entonces en parte alguna de la tierra, en toda su riqueza y diversidad.

Esta tercera época de florecimiento, formidable en su fuerza alegre y creadora, ha pasado a la historia con el nombre de Imperio Nuevo, y con él empieza propiamente la historia de nuestro Valle maravilloso.

El vasto paisaje en el que estaba enclavada Tebas, convertida ya en la capital del mundo, no se presta a la erección de pirámides de estilo tradicional, pues carece de las bases dilatadas del desierto. Al oeste, el imponente macizo pétreo excluye toda posibilidad de que la iniciativa humana, por *audaz y* fuerte que fuere su genio creador, pueda competir con la naturaleza. Sin contar que en estos parajes, sembrados de descomunales monumentos naturales, las pirámides artificiales resultarían poco menos que ridículas. Los reyes Mentuhotep de la XV dinastía, orgullosos de su grandeza, rivalizaron por dejar a la posteridad una magnífica impronta de su paso por el mundo, y luego la reina Hatsepsut trató de emularlos a su manera. Esta dinastía tuvo el valor de situar la tumba familiar en el circo rocoso orientado hacia el Este, y poco a poco fueron coronando la instalación con una pequeña pirámide visible desde lejos. Pero, con todo y la *belleza* de su estructura y de su ornamentación, esta tumba quedaba reducida al papel de un simple adorno arquitectónico, accesorio y modesto, al lado de lo gigantesco de la montaña salvaje, cuyos escarpados murallones producían vértigo y parecían llegar hasta el cielo. Los reyes-vasallos

de la XVII dinastía fueron menos ambiciosos y se contentaron con las modestas pirámides de ladrillo — según les permitieran sus medios — que jalonan la orilla occidental frente a las terrazas aluviales de Dirá Ab'n-Naga. Allí fue enterrado el orgulloso y levantisco Sekenen-Ra-Tao "al que el dios solar ha creado *audaz*", luego que la *maza* formidable de los bárbaros le hubo hendido el cráneo en pleno combate, y cuando las hienas y los chacales habían ya casi devorado sus restos en el mismo campo de batalla. También fueron trasladados a este cementerio con el ritual acostumbrado, después de veinticinco años de glorioso reinado, los restos de su heroico sucesor Amosis, el Vengador, que añadió a su gloria la expulsión definitiva de los Hicsos.

Entonces se produjeron cambios profundos.

Amenofis I mandó erigir su tumba a cierta distancia de su templo funerario, en la cima de la estribación de una colina, en un lugar relativamente escondido. Una peña disimulaba su entrada. ¿Es que dudaba de la piedad de los tebanos? ¿Qué motivo secreto le impulsaría a romper la tradición?
Tutmosis I fue todavía mucho más lejos y consumó la separación completa entre el templo funerario y la tumba, con lo que se privaba al cadáver del beneficio inmediato de las bendiciones y de los sacrificios. A una distancia de unos dos kilómetros del santuario fúnebre escogió para labrar su hipogeo, un rincón solitario en la pendiente escarpada del grandioso circo, y allí mandó excavar la primera tumba real del Valle de los Reyes. La quebradura cercana del Valle se prestaba admirablemente para disimular en su acantilado la entrada de los corredores funerarios. Por una escalera que se horadó en la roca se desciende hasta la antesala, desde la cual otra escalera conduce a la cámara fúnebre propiamente dicha, de paredes groseramente talladas, que tiene la forma de un anillo real oval. En un principio, el techo descansaba sobre una sola columna y las paredes estaban recubiertas de estuco brillante y bellamente decoradas. A la izquierda existe una tercera habitación (en la que posiblemente se depositaba el vaso en el que se encerraban las entrañas del difunto), por la que se esparcían los objetos más preciosos y queridos de su pertenencia. La cripta contiene, además, el magnífico sarcófago de gres, adornado con imágenes de Isis, de su hermana Neftis, de la diosa celeste Nut y de otras divinidades de los muertos.

La construcción de este sepulcro extraordinario, que más bien parece escondite que monumento funerario, estuvo confiada al arquitecto Ineni. Éste, en un acto de vanidad, y siguiendo en ello la costumbre de la época, en las paredes de su capilla funeraria dejó constancia de los principales episodios de su vida, y en su descripción menciona el secreto con que se llevaron las obras: "Yo solo vigilaba las obras de la construcción de la tumba de su majestad. Nadie la vió, nadie supo una palabra..."

"Es de suponer" — escribe Howard Carter —, "que a los cien o más obreros que poseían también el secreto más querido del rey no se les autorizaba a desplazarse a su antojo, A no dudar, Ineni encontraría algún método *eficaz* para reducirlos al silencio. Es muy probable que los trabajos fuesen realizados por prisioneros de guerra a los que luego se ejecutaba...".

Nos preguntamos una vez más: ¿Cuál fue el verdadero motivo de esta ruptura tan brusca y radical con la tradición?

Es precisamente en los ritos funerarios que, por la misma fuerza de la inercia, las tradiciones familiares se mantienen por más tiempo inalterables. Este cambio trascendental en el criterio real es tanto más inexplicable si se tiene en cuenta el apego sin igual de los habitantes del Valle del Nilo a sus costumbres sagradas, las cuales permanecieron invariables durante siglos y milenios.
Lo que sin duda alguna impulsó al rey a tal determinación fue el pavoroso miedo ante la idea de que su tumba pudiese también ser profanada algún día.

Para asegurar la supervivencia ultraterrena del alma, era indispensable, según las creencias egipcias, que la momia y los vasos que contenían sus entrañas permaneciesen intactos. También los objetos que rodeaban al difunto desempeñaban su papel en esta persistencia, y es de creer que las ofrendas funerarias de aquella época de prosperidad y de triunfos militares serían más valiosas y numerosas que nunca. Semejante profusión de oro y de piedras preciosas forzosamente habían de excitar la codicia de los violadores de tumbas. ¡Cuántas precauciones habían tomado, desde hacía siglos, los hombres de confianza de los faraones, para evitar tales profanaciones! Habían acumulado montañas de piedras sobre las tumbas y obstruido los corredores, después de la ceremonia del entierro, con enormes bloques de piedra, tres o

cuatro veces consecutivas, destinados a descorazonar a los salteadores. En los alrededores tenían sus cuarteles numerosos soldados y se habían nombrado guardas especiales que respondían con la cabeza de la seguridad del Valle. Desgraciadamente, estos mismos vigilantes, durante las épocas de debilidades o de crisis dinásticas o internas del estado, hicieron a no dudar causa común con los ladrones de tumbas, a los que orientaban para que pudiesen realizar más cómoda y rápidamente sus fechorías, y con los cuales repartían el botín. Así se explica que ni las puertas falsas, ni los pasajes secretos ni los accidentes mortales que debían ocasionar los pozos-trampas bastaran a impedir el éxito de los aventureros. La cupididad, el afán de riquezas podía más que todos los dispositivos de seguridad. Además, ¿quién nos asegura que el arquitecto encargado de las obras no considerara ya de antemano las ventajas que para él podían derivarse de un eventual saqueo de la tumba, y que no tomara en consecuencia las disposiciones oportunas para facilitar más tarde la labor sacrílega de sus futuros cómplices?

Lámina color II

El caso es que las gigantescas pirámides de los reyes divinos del Imperio Antiguo no resultaron a la larga más seguras que las modestas tumbas de ladrillos de los reyezuelos locales. En todas las épocas de su historia antigua, la perseverancia de los buscadores de tesoros dieron razón del intrincado laberinto protector subterráneo.

Esta constatación debió de turbar el sueño de los faraones autocráticos del Imperio Nuevo.

No había más que un medio susceptible de preservar en cierto modo la paz de los monumentos funerarios, y éste era que los soberanos renunciaran a ser enterrados con tal cúmulo de riquezas.

Pero esto era totalmente imposible, porque hubiera sido tanto como repudiar sus creencias más arraigadas y modificar radicalmente su ideología milenaria.

Es precisamente la fastuosidad de su residencia eterna lo que atraía la maldición sobre ésta y sobre sus moradores, y ninguna de las innumerables instituciones, en las que ejércitos de sacerdotes y de guardas encontraban ocupación y provecho en el curso de los siglos, logró a la larga proteger las tumbas. Cuando Tutmosis I tomó la grave decisión de buscar refugio en la más absoluta soledad, es probable que no existiera en su vasto imperio casi ningún sepulcro real que no hubiese sido profanado ya.

Tal vez influyera en su decisión la creencia que para su proyecto de tumba secreta e inaccesible este valle encajonado era el lugar ideal, ya que podía ser custodiado eficazmente con relativamente escasas fuerzas escogidas de toda confianza. Unos cuantos guardas al acecho repartidos estratégicamente en la entrada del desfiladero y las alturas circundantes debían bastar a poner al descubierto cualquier persona sospechosa que merodeara por aquellos andurriales.

Los sucesores siguieron su ejemplo. En lugares casi inaccesibles, guarecidos por salientes de roca, en valles secundarios, incluso en una profunda falla de erosión, a media altura de la escarpada pendiente, se horadaron, por espacio de quinientos años, pozos, fosas y galerías en el corazón de la montaña blanca, que fue

llenándose poco a poco de momias y de tesoros reales.

Las tumbas más antiguas son de dimensiones moderadas. La última morada del gran Tutmosis III se abre por un corredor, en parte escalonado, de 20 metros de longitud y muy pendiente, el cual desciende hacia el pozo mencionado de unos 6 metros de profundidad y una apertura de boca de 4 a 5 m^2, destinado sin duda a desalentar a los ladrones de tumbas. Después de esta especie de mazmorra, el pasaje continúa hasta convertirse en una sala con dos pilastras cuadradas, y cuyas paredes están decoradas con 741 imágenes de divinidades. Hacia la izquierda se accede, por un tramo de escaleras de peldaños bajos, a la cámara oval, la principal de la tumba, provista de otras dos columnas cuadradas también. Las paredes están literalmente cubiertas de dibujos e inscripciones jeroglíficas en tinta roja o negra, sobre un fondo gris amarillo, de modo que el sarcófago parece rodeado de un vasto papiro funerario. Al alma del difunto se le ofrecía así, desplegada a su alrededor, una magnífica hoja de ruta mágica y completa, en su viaje al mundo de las tinieblas, y con su ayuda le sería no sólo posible salir airoso de todas las pruebas y afrontar cuantos peligros se le presentaran en su azaroso camino, sino que en el viaje nocturno de regreso estaba seguro de poder lograr un sitio preferente en la barca del rey-sol. En esta cámara, cuya forma recuerda la del sigilo real, descansaba, sobre un zócalo de alabastro, el sarcófago de gres rojizo, el cual dentro de diversos ataúdes de forma humana, encerraba la momia del más emprendedor y audaz de todos los faraones. Otras cuatro pequeñas cámaras adyacentes se destinaban probablemente a las estatuas del monarca y a guardar el equipo ritual y la reserva de alimentos.

El hijo de este poderoso faraón, Amenofis II, cuya vida fue muy breve, mandó construir su propia tumba inspirándose en los planos de su padre, pero introdujo algunas modificaciones, como por ejemplo la forma cuadrada que dió a la gran cámara hipóstila. Añadió, además, una cripta, en la que se depositó el sarcófago de piedra pintada de encarnado. Cuando, en la primavera del 1898 abrió esta tumba Loret — a la sazón director del Servicio Egipcio de Antigüedades — el cadáver apareció adornado todavía con las flores que unas manos piadosas le habían colocado encima hacía más de 3.000 años. Guirnaldas rodeaban el cuello de la momia y sobre el pecho ostentaba un ramo de flores de acacia. ¿Acaso sus delicados pétalos estaban destinados a responder a los primeros

latidos del corazón del faraón resucitado? Desgraciadamente, pronto se dió cuenta el descubridor que lo apuntado era casi todo lo que quedaba, pues casi la totalidad del tesoro, fabuloso sin duda, de la tumba, brillaba por su ausencia, robado o destruido por los salteadores desde tiempo inmemorial. Incluso había desaparecido la cota de bello cuero color salmón que el esforzado guerrero y apasionado cazador llevaba siempre en sus expediciones. Por los restos que se encontraron esparcidos por el suelo se llegó a la conclusión que esta cota estaba cubierta de escamas cosidas de piel y de madera, y aquí tenemos el ejemplo más antiguo de uniforme de esta
clase.

Constituyó una inmensa sorpresa el hallazgo, dentro de esta cripta, de otras 13 momias reales de ambos sexos, entre las cuales las de los sucesores de Amenofis II: Tutmosis IV y Amenofis III, las cuales fueron llevadas allí hace miles de años, para que pudieran continuar en aquella cripta secreta con toda tranquilidad su sueño eterno, cuando en sus tumbas, que habían sido reiteradamente pilladas quedaban sin protección expuestas a la aniquilación. Huelga decir que ni rastro quedaba de las riquezas ni de las ofrendas, pero ellas por lo menos habían escapado a la profanación suprema. No todas estas momias de reyes y reinas han sido identificadas todavía. ¿Se encuentra entre ellas tal vez la de la gran Hatsepsut, cuya personalidad nos interesa actualmente mucho más que la de las demás reinas del Antiguo Egipto?

Según parece, a partir de la XVIII dinastía se desistió de proteger las tumbas rodeando en cambio del más estricto misterio su emplazamiento, y en vista del fracaso de los antiguos métodos, los soberanos optaron por instalar sus sepulcros al pie de valles angostos, en lugares bien visibles y fáciles de vigilar. Como cada monarca tenía especial interés en asumir la protección del cementerio real, se creyó que ésta era la mejor solución para impedir que los salteadores continuasen haciendo de las suyas.

Y luego, bajo los poderosos faraones de la XIX dinastía y los Ramsés que les sucedieron, se extendieron los pasillos, se ensancharon las estancias, se ahondaron más las fosas y las cámaras hipóstilas llegaron a ser de proporciones colosales. Se terminó con los recodos, y las galerías penetraban en línea recta hasta más de un centenar de metros en el corazón místico de la montaña, como símbolo

impresionante del misterioso itinerario nocturno del dios-sol en su barca llevada a la sirga por los bienaventurados hacia el horizonte de levante, franqueando puerta tras puerta y ahuyentando a cuantos demonios y serpientes monstruosas encontraban a su paso. La tumba colosal de Setos I se compone nada menos que de 14 salas con maravillosas decoraciones murales, y la del opulento Ramsés III comprende 28 celdas. ¿Qué habrá sido de los tesoros incalculables que durante siglos se fueron acumulando en este mundo subterráneo?

¡Cuántos vigorosos mazazos fueron asestados sobre el cincel de cobre, cuánta fatiga, cuánta sed, cuánto esfuerzo y cuánto sufrimiento costaron estas construcciones! Los montones de escombros rocosos formaban verdaderas colinas y un ejército de escultores y de pintores acampaba por el Valle de los Reyes cubierto de talleres y de silos.

Y, regularmente, a intervalos más o menos largos, animaban el Valle las fastuosas ceremonias fúnebres. Los cortejos que acompañaban al "dios bueno" hasta su última morada, metido en el sarcófago más precioso que jamás haya existido en el mundo Los inmensos escriños sagrados resplandecían de oro bruñido. También eran de oro las estatuas de los difuntos y las de los dioses, así como los objetos del culto, las insignias, los cofres y todas las joyas. Y a todo esto hay que añadir, para realzar aún más tamaño esplendor, el mirífico espectáculo del mosaico luminoso compuesto de piedras preciosas e hialinas en cantidades verdaderamente extraordinarias; los delicados colores de las flores y de las plumas, el resplandor de las maderas preciosas y pulidas, artísticamente talladas en forma de carros de guerra y de caza; sitiales, palanquines o escabeles. Y todo esto — en procesión fantástica sin igual — invadiendo de repente la espantosa tristeza del Valle desolado, mezclándose el cuchicheo de las preces rituales a los acentos lánguidos de los cánticos religiosos, a los gritos estridentes y lúgubres de las plañideras desenfrenadas y al mugido macho de los toros sagrados casi invisibles detrás de inmensas guirnaldas de flores...

Cada vez que fallecía un soberano se repetía este grandioso espectáculo, y las riquezas de África, las del Próximo Oriente y las de las Islas, fluían en tales ocasiones en una pompa fabulosa como solamente podría haber sido igualada en la Antigua India o en las enigmáticas civilizaciones precolombinas de los Mayas, de los Incas

o de los Aztecas.

Cuando terminó la antigüedad egipcia, de todo esto ya no quedaba sino el recuerdo. Apiñados en sus escondrijos improvisados, preservados de las peores humillaciones gracias únicamente a la piedad de algunos sacerdotes, pero pobres como una rata, poseyendo por toda riqueza su envoltorio de vendas, los faraones dormían su último sueño sin leyenda. Solamente tres permanecieron en sus tumbas originales, las cuales eludieron la profanación porque no se logró dar con ellas.

Ya en tiempos de César Augusto, cuando Estrabón estuvo en Egipto, las tumbas abiertas y vacías eran la meta de los turistas griegos y romanos, muchos de los cuales han pasado a la historia debido a sus innumerables inscripciones esgrafiadas. El geógrafo romano menciona, como dignas de ser visitadas, "cuarenta tumbas reales excavadas en la roca y magníficamente decoradas". Entre las tumbas de los miembros de las familias de los soberanos y las de los altos funcionarios, se conocen unas sesenta, de las cuales sólo diecisiete están abiertas al público.

Pausanias, Heliodoro, Aeliano, Amiano Marcelino y otros escritores antiguos las llaman "siringas", y éste es el mismo nombre que se les da en las inscripciones murales. Tal vez deba buscarse la etimología de esta palabra en el vago parecido de estos pozos-tumba con la famosa flauta alargada de Pan.

La decadencia política y económica del imperio y los desórdenes provocados por las migraciones motivaron que las maravillosas sepulturas fuesen abandonadas. Los chacales, buhos y bandadas innumerables de murciélagos tomaron posesión de las cámaras suntuosas y de los corredores desiertos, ahora llenos de escombros. Por las losas arrastraban sus anillos toda clase de serpientes. Donde antiguamente resonaban los himnos sagrados y poblaban el aire las mazadas de canteros y escultores, se oían solamente los prolongados aullidos nocturnos del lobo del desierto. Tebas, arruinada por las invasiones guerreras, quedó dispersada en algunos poblados miserables. Totalmente insensibles al hechizo del arte que había hecho famosa su capital, los tebanos ya no se sentían atraídos por el Valle misterioso y sus aledaños, que para ellos, ajenos a los secretos de su pasado legendario, no era más que un lúgubre refugio de espectros y demonios.

Por aquel entonces algunos eremitas cristianos se instalaron en algunas de las tumbas abandonadas y la "*cámara,* dorada" del difunto llamado por Osiris se convirtió en celda.

El ascetismo más rígido sucedió a los fastos mundanos más suntuosos. El ataúd vacío del faraón sirvió de lecho en vida, y tal vez más allá también, al nuevo inquilino. Incluso una de las tumbas abiertas se convirtió, durante muchos años, en una modesta capilla.

El genio inventivo de los poetas se queda a veces chico ante las realidades de la historia.

La "Historia del Valle de las Tumbas Reales" en los tiempos modernos, escrita en lenguaje vivo y ameno, es obra del gran arqueólogo Cárter.

En la primera mitad del siglo xviii, el explorador inglés Richard Pococke descubrió, en el curso de un viaje arriesgado, hasta catorce tumbas reales, de las que nos cuenta, en su obra *A description of the East,* que nueve eran accesibles y las cinco restantes estaban bloqueadas. La expedición fue muy accidentada, pues en lugar de los primitivos anacoretas cristianos, habían aparecido las bandas de ladrones de tumbas, las cuales hacían tan inseguro el lugar, que incluso el jeque local que le guiaba salvóse por pies.

En estas condiciones, se comprenderá fácilmente que los curiosos se contentasen entonces con visitar, sin peligro, las ruinas de los templos funerarios de los reyes en la frontera occidental de las regiones habitadas. Los bandidos se alojaban en las mismas tumbas reales, como los caballeros de conquista medievales se hacían fuertes en ciudadelas poco menos que inexpugnables, y nadie quería aventurarse por aquellos parajes accidentados y propicios a las emboscadas. Una tentativa desesperada de las autoridades, las cuales, después de ocupar militarmente aquellas montañas prendieron fuego a las bocas de las tumbas para achicharrar literalmente a los bandidos en el fondo de sus guaridas, tuvo un éxito efímero, y poco después se cubrían de nuevo las bajas de las cuadrillas. Quien pretendiera penetrar hasta el mismo Valle para proceder en él a excavaciones metódicas debía precaverse contra asechanzas y agresiones sin cuento, y se exponía, como James

Bruce en 1769, al peligro de morir lapidado. Bruce debió su salvación a las armas de fuego que empuñaban él y su acompañante, gracias a las cuales pudieron mantener a discreta distancia a los merodeadores, pero la sensación de incertidumbre era tan manifiesta, que ambos se apresuraron a reunirse a sus guías indígenas, abandonando, al menos por el momento, empresa tan peligrosa.

La famosa "Comisión Egipcia" nombrada por Napoleón, la cual tiene a su haber una labor inapreciable y cuyas exploraciones en las tumbas en aquel entonces accesibles iniciaron la ciencia egiptológica moderna, tampoco halló expedito el camino, con la agravante que los descendientes de los antiguos moradores de las tumbas hicieron frente, con armas de fuego, a los eruditos franceses cuando éstos, a fines del siglo XVIII emprendieron las excavaciones en modesta escala.

Luego empezó el gran período propiamente dicho de los descubrimientos arqueológicos.

Por derecho propio merece encabezar Belzoni, con el nombre escrito en grandes caracteres, la lista de los numerosos sabios a los que debemos cuanto sabemos sobre el Valle de los Reyes.

Este gigante italiano, hombre emprendedor si los hay, se encontró en Egipto, después de haber fracasado como inventor, sin más recursos que su fecunda imaginación.

Enardecido por la confianza que le demostraba el cónsul general británico y excelente coleccionador Salt, al confiarle el transporte desde Luxor a Alejandría de un gigantesco retrato de Ramsés II, se dedicó con ahínco incansable a investigar la época de los faraones. Con su genio inventivo ideó nuevos procedimientos para introducirse en las tumbas reales cuyas entradas constituían un misterio; adquirió numerosos objetos antiguos por cuenta propia y ajena; desde un diminuto escarbado al voluminoso obelisco arrambló con todo lo que se puso por delante, siempre en reñida competencia con sus colegas coleccionadores y excavadores envidiosos, con los que a menudo andaba a la greña, y causó sensación con motivo de la exposición que organizó en Londres el año 1820. Simultáneamente publicaba el relato de sus experiencias en Egipto, por cierto muy entretenidas.

Es a este avispado y dinámico personaje, que había sentido el hechizo de las cosas antiguas, que se deben los primeros redescubrimientos de las tumbas reales, de las que se había perdido la memoria, en los farallones de Biban-el-Moluk. Allí puso al descubierto la tumba de Ramsés I, la de Mentu-her-khopshef, así como la de Eje, que por cierto había sido enterrado en un valle bastante aislado, y las desobstruyó según los cánones en uso entre los arqueólogos de la época, pero cuyo sólo recuerdo produce escalofríos retrospectivos en los especialistas modernos. Sin embargo, su descubrimiento más sensacional fue sin duda alguna el de la sepultura, grandiosa y magnífica, de Setos I, la cual está desde entonces tan inseparablemente ligada al nombre del descubridor que en los anales de la egiptología se la conoce por "la tumba de Belzoni".

Podemos imaginarnos cuál sería su emoción al ver resucitar ante sí aquel mundo subterráneo maravilloso, de pasillos y cámaras hipóstilas, todo adornado con profusión de pinturas y bajorrelieves preciosos. El sarcófago — que fue encontrado vacío — *empezó* formando parte de su colección particular, para pasar más tarde al museo Soane de Londres.

El éxito alcanzado por las primeras excavaciones realizadas por Belzoni, fue el punto de partida de toda una serie de investigaciones sistemáticas que se llevaron a cabo durante un período de veinte años en las tumbas del Valle de los Reyes. Arqueólogos notables y representantes eminentes de la incipiente ciencia egiptológica inscribieron sus nombres en el libro de oro del Valle y dejaron a su paso por la región una estela de gloria: Champollion, Burton, Hay y Head, Rosellini, Wilkinson, Rawlinson, Rhind, y finalmente Lepsius. La expedición prusiana que éste dirigió en 1844 *realizó* un inventario, nuevo y completísimo, de las riquezas del Valle, despejó la tumba de Ramsés II, así como también parte de la de su hijo Meneptah, y la tarea se llevó a efecto tan meticulosamente, que durante todo el resto del siglo XIX no se consideraron posibles nuevos descubrimientos en la necrópolis real.

Es curioso que incluso Belzoni y su mecenas Salt estaban firmemente convencidos de que a los futuros investigadores les quedaba ya muy poco que hacer en el Valle de los Reyes después de su brillantísima campaña. Y, sin embargo, más que nunca puede

decirse aquí que si bien la historia había hablado, se había reservado todavía la última palabra, y faltaba aún por escribir la página más extraordinaria de la maravillosa historia del Valle.

Imagenes 24, 25

Imágenes 26, 27, 28

Basándose Loret en informes de funcionarios locales, en 1898 abrió varias tumbas reales, entre ellas las de Tutmosis I y III, y la de Amenofis II, que ya hemos descrito, famosa esta última sobre todo por la presencia al lado del cadáver del soberano, de las momias de varios miembros o dignatarios de la corte fallecidos posteriormente.

Luego, a partir de 1902, Theodor M. Davis, acaudalado americano enamorado de la egiptología y buscador incansable, provisto de la correspondiente concesión, investigó durante doce inviernos consecutivos con éxito realmente asombroso. Entre sus innumerables descubrimientos descuellan los de la tumba de Tutmosis IV, la de la reina Hatsepsut, la de Haremheb, la de Siptah y la de los viejos suegros de Amenofis III — Juya y Tuya. Este último descubrimiento causó sensación entre los egiptólogos, tanto por su interés histórico como por la abundancia y el buen estado de conservación de las momias. Júzguese la emoción del descubridor: ¡Era la primera vez que se lograba encontrar una sepultura egipcia antigua intacta! Los cuerpos de los venerables ancianos estaban tan bien conservados, que hubiera podido creerse que acababan de exhalar el último suspiro. Hubiérase dicho que la piel y los músculos eran blandos aún. La barbilla autoritaria del abuelo de Ecnaton estaba cubierta de canas. La nariz, la boca, las mejillas y los ojos mismos del viejo sacerdote apenas parecían haber variado a pesar de los siglos: un verdadero milagro de los embalsamadores de la época, que habían llevado su arte a tan alto grado de perfección. Los sarcófagos y los muebles eran de excelente artesanía y llevaban el admirable sello de refinamiento artístico que parece haber sido patrimonio de la gran mayoría de los súbditos de aquel faraón pacífico y fastuoso. Desde el papiro funerario a las preciosas alhajas, todos los objetos llevan la marca de aquella época floreciente Y orgullosa de su potencia. Jamás hasta entonces, en ninguno de los innumerables sepulcros o escondrijos del Valle había la grandiosa civilización egipcia dejado tras sí una estela tan viva y tan perfecta de su pasado esplendor. Allí aparecieron por primera vez, intactos y completos, numerosos objetos de los que entonces únicamente se poseían ejemplares mediocres o mutilados.

Este descubrimiento abrió nuevas perspectivas para el futuro.

Si a los parientes del rey se les había dispensado el alto honor de poder ser enterrados en el Valle de los Reyes, rodeados de obsequios reales y en sus propias tumbas, ¿no podía significar esto

que se estaba en vísperas de descubrimientos hasta entonces insospechados?

También se descubrió la extraordinaria sepultura que los especialistas empezaron por atribuir a la reina Teje, hija de la pareja que hemos mencionado. Contenía fragmentos de catafalco, botes de pomadas y muchos otros objetos de uso personal en el otro mundo, pero la sorpresa más sensacional fue sin duda alguna el hallazgo de un gran ataúd iluminado como los de la época de Amarna se utilizaban para las personas reales. Al pudrirse las andas que lo sostenían, se había caído al suelo y bajo la tapa casi desprendida apareció un cadáver del que únicamente quedaban los huesos y restos de envolturas. La momia estaba envuelta con fajas de oro como era costumbre amortajar a los reyes, y adornada con emblemas aislados, habiéndose hecho desaparecer su nombre de todos los lugares en donde normalmente debía de encontrarse inscrito. Incluso la máscara dorada, que en un principio había revestido la parte superior del ataúd, había sido brutalmente arrancada. Se trataba seguramente de los restos de alguno de los "reyes heréticos" que durante veinte años había vuelto la espalda al celeste Amón para practicar el culto de la divinidad del dios solar Atón, implantado por Ecnaton. Todo parecía indicar que podía muy bien tratarse del propio Ecnaton, del que las generaciones siguientes abominaron, y se supuso que una mano amiga habría escondido piadosamente, en el Valle de sus antepasados, lo que habían logrado salvar del furor del populacho después del fracaso de la reforma religiosa y del abandono de la residencia real de Akhet-Atón Amarna. Sin embargo, la edad del difunto, que según examen de sus restos anatómicos se calculó entre 24 y 26 años, como máximo, se acomodaba mal de esta hipótesis, llegándose más tarde a la conclusión de que la ilustre momia pertenecía probablemente a Semenkaré, joven yerno y corregente de Ecnaton, al que sobrevivió bien poco, después de haber compartido cierto tiempo el poder con él. No ha podido elucidarse todavía a quién había sido destinada primitivamente esta sencilla tumba decorada con motivos de piedra, ofrendas de Ecnaton.

Mientras tanto, en la soledad del Valle iban surgiendo uno tras otro, pequeños tesoros, procedentes de ajuares funerarios reales y algunas pertenencias sepulcrales que pusieron sobre la pista al futuro descubridor de la tumba de Tutankamon.

La concesión de las excavaciones en este Valle ahora famoso en todo el mundo, había pasado a Lord Carnavon, amante apasionado de todas las reliquias de la antigüedad egipcia, y a su consejero egiptólogo Howard Cárter. Con éxito variable siguieron excavando año tras año para no hallar más que algunos objetos que solamente excitaban la curiosidad de los entendidos. Todas las piezas raras de su colección, con muy pocas excepciones, las habían adquirido contra dinero contante y sonante en los almacenes de los traficantes de antigüedades.

Cuando ya estaban a punto de abandonar la búsqueda, Carter, que estaba familiarizado con la topografía del circo, hincó el azadón en un paraje algo alejado y todavía inexplorado.

Entonces se produjo aquella serie vertiginosa de descubrimientos maravillosos y emocionantes como en un buen film, en el que las aventuras aparecieron refinadamente dosificadas: la destapadura de la entrada de la tumba, los célebres 16 peldaños, el pasillo obstruido por los escombros, el vestíbulo abarrotado hasta el techo de deslumbrantes tesoros, la pequeña apertura que conducía a la despensa, la pared resplandeciente del gigantesco féretro "de la cámara en la que se descansa" ... para llegar finalmente a la cámara contigua del verdadero tesoro, ante cuya puerta montaba Anubis la guardia, mientras que a su sombra diminutas diosas tutelares extendían los brazos para proteger contra toda profanación la urna suntuosa que contenía las entrañas del difunto...

Por fin el Valle había librado su más precioso secreto. La historia de este descubrimiento ha sido descrita demasiado a menudo y en todas sus minucias para que volvamos a relatarla de nuevo aquí.

La sensacional noticia dio pronto la vuelta al mundo y la curiosidad de toda la humanidad sensible a la llamada de las civilizaciones antiguas se concentró en aquel rincón perdido de la Tebaida que durante mucho tiempo llenó la primera plana de todos los periódicos del orbe.

Resultó que cuatro cofres de oro, encajados uno dentro del otro, envolvían un sarcófago de cuarzo que contenía los tres féretros propiamente dichos cuya forma humana reproducía con gran fidelidad, bajo las apariencias de Osiris, los rasgos del rey fallecido. No se

supo la razón del peso considerable del conjunto hasta que se despejó el último féretro que encerraba la momia diestramente embalsamada con profusión de ungüentos. De oro macizo de un espesor de 2,5 a 3,5 cm, era el más precioso que hasta entonces se había encontrado. La apertura de la tapa reservó otra sorpresa: el busto de la momia estaba cubierto por una especie de armadura, igualmente de oro, que era una verdadera obra de arte. Por encima de la cabeza, el cuello, el pecho, el cuerpo y los miembros del joven soberano yacían repartidos en 101 grupos, 143 objetos entre los cuales había emblemas, collarines flexibles de oro, con incrustaciones de piedras preciosas, amuletos, insignias reales, alhajas y dagas de deslumbrante belleza. Este tesoro funerario, para cuya exposición hubo que habilitar todo un piso del Museo de Antigüedades de El Cairo, es tan cuantioso, que todavía no ha sido posible publicar el inventario completo del mismo, pues hay trabajo para varias generaciones de especialistas.

Sólo el valor intrínseco del oro de los objetos encontrados en la tumba es enorme. Su valor artístico y arqueológico es incalculable.

Es poco probable que el Valle de los Valles esconda todavía otras tumbas faraónicas. No olvidemos, sin embargo que tal ha sido siempre la opinión general desde Belzoni, y a la vista están los grandiosos descubrimientos realizados desde entonces por los arqueólogos excavadores. Sin contar que todavía continúa siendo un misterio el emplazamiento de la mayoría de las tumbas reales de la dinastía XVIII, e ignoramos asimismo dónde se encuentran las de algunos de los reyes-sacerdotes...

¿Debemos admitir que este abismo desierto y estéril, testigo eterno de un pasado sin igual ya no tenga secretos para la historia? ¡Quién sabe si les esperan todavía más sorpresas a los futuros investigadores...!

EL SECRETO DE LAS MOMIAS

EL vocablo "momia" nos hace pensar inmediatamente en Egipto, aun cuando el arte de la conservación de cadáveres humanos se practicara con anterioridad en muchas regiones de la tierra, según se desprende de las diversas colecciones etnológicas.

Y sin embargo, esta asociación de ideas tiene su razón de ser, pues solamente en el antiguo Egipto se consideraba como un deber sagrado e ineludible la preservación inalterable del cuerpo de los difuntos. Únicamente a la habilidad de los embalsamadores del Valle del Nilo, pródigo por otra parte en maravillas, debemos el que aquellas grandes personalidades hayan podido llegar hasta nosotros en tal excelente estado de conservación; que después de los siglos transcurridos podamos todavía contemplar los rostros de los faraones, así como los de sus súbditos con los mismos rasgos bajo los cuales les conocieron sus contemporáneos.

Cuando, en el gran Museo cairota de Antigüedades, los faraones y las faraonas reciben en audiencia al visitante moderno, éste, si es un conocedor enamorado de la historia de Egipto, asiste a una verdadera exposición del arte de la momificación. En la planta baja del edificio puede admirar de cerca las gigantescas estatuas de los poderosos soberanos del antiguo Oriente; en la galería del primer piso es recibido personalmente por ellos. He aquí al gran Ramsés, enjuto el rostro y calvo el cráneo, con la nariz pronunciadamente aguileña dominando toda la cara; más allá la máscara viril y arrogante de Setos; luego Ramsés III, cuyos rasgos contraídos demuestran a las claras el furor y el desprecio que le inspirara la conspiración de palacio que probablemente acabó con él.

Pero, con todo y ser excelente el estado de conservación de todas estas momias de soberanos de la época hegemónica egipcia, no pueden compararse con la de una princesa poco conocida de la dinastía XXI o XXII. Se llamaba Nesitanebashru y era sacerdotisa del dios Amón de Tebas e hija de Nesi-Khonsu, que muy posiblemente podemos identificar con Painozem II.

Nadie que la haya visto una vez podrá olvidarla ya.

El gran novelista francés, Pierre Loti, tuvo ocasión de verla una

noche a la luz de una linterna, a poco de su traslado al museo, y nos ha dejado un relato emocionante de la impresión que le causara. Se le apareció en la penumbra como una especie de vampiro, de aquellos duendes demoníacos de la antigüedad que seguían el rastro de sus víctimas para chuparles la sangre.

Sus ojos parecen animados, pues las piedras preciosas que lo forman engarzadas entre los párpados, les confieren una misteriosa mirada indecisa y penetrante, a la vez, a la que el visitante sólo puede sustraerse abandonando la estancia. Sus mejillas llenas y blandas, la nariz elegante apenas deformada por la presión de las vendas y por fin la boca, con los labios intactos, todo da la sensación de algo realmente lleno de vida. Incluso la piel parece respirar, y una cabellera negra, abundante y desordenada, encuadra un rostro juvenil, cuyos rasgos, característicos de una raza cansada de gloria y de siglos, parecen hablar de los triunfos y deberes de su noble estirpe.

El sabio Dr. Elliot Smith, autor del *Catálogo General de las Momias del Museo de El Cairo,* confiesa que en este caso los hábiles embalsamadores egipcios se superaron a sí mismos. Ningún otro pueblo, en lugar alguno del mundo, logró jamás semejante perfección en el complicado arte de la conservación de cadáveres.

Podríamos preguntarnos si el éxito de los momificadores egipcios se debió exclusivamente a su arte secundado por las enseñanzas de la tradición y de una experiencia milenaria.

Hoy sabemos de fijo que hubo algo más que la habilidad de los embalsamadores, los cuales tuvieron un aliado decisivo en la naturaleza misma del suelo egipcio en colaboración, no lo olvidemos, con un clima extremadamente favorable.

Mencioné ya en el primer capítulo de este libro que, procedentes de cementerios prehistóricos del Valle del Nilo, poseemos cadáveres desecados que fueron enterrados acurrucados, sin tratamiento alguno previo, en el cuarto milenio a. d. J., envueltos simplemente en pieles de cobra o en esteras, según debían de permitírselo las circunstancias. Ni tan siquiera les habían sido quitadas las vísceras fácilmente corrompíbles y, sin embargo, han sido muchos los cadáveres que han llegado a nosotros en excelente estado de conservación.

H. E. Winlock y el profesor Dr. Douglas E. Derry han descrito otros ejemplos muy interesantes, bajo ciertos aspectos, de la facultad preservadora de la arena egipcia.

Durante la expedición patrocinada por el Metropolitan Museum of Art, la cual fue dirigida por el primero de ellos, se descubrió en la necrópolis tebana, cerca de Der-el-Bahri, una fosa común en la que yacían enterrados más de sesenta soldados de la XI dinastía, sin lugar a dudas muertos en combate. Es muy probable que se tratara de guerreros que pertenecieron al ejército de Mentuhotep, el gran tebano renovador del imperio, y que murieran en defensa de aquella dinámica restauración que allanó el camino a la época clásica del Imperio Medio. Tal vez sucumbieran como héroes en escaramuzas fronterizas contra el monarca de Haracleópolis que pretendía defender sus prerrogativas haciéndose fuerte en el Norte, y fueran traídos sin perder tiempo a la patria para ser enterrados en ella con todos los honores después de alcanzada la victoria. Como pone de relieve el Dr. Derry, precisamente en su informe sobre la momia de Tutankamon, estas momias de guerreros son las que mejor se han conservado. Las graves heridas que presentan sus cuerpos parecen demostrar que estuvieron expuestos a una verdadera granizada de dardos lanzados desde alguna altura, lo cual hace suponer que pudiera tratarse de la defensa de alguna muralla o de algún reducto fortificado. En los cuerpos de algunas de estas momias quedaron incrustados fragmentos considerables de armas arrojadizas. Por más que se trate de un tipo de dardo sencillísimo, cuya punta no sufrió ningún tratamiento especial, estos hallazgos son una buena prueba del valor combativo de los arqueros egipcios y de la eficacia de sus armas, de las cuales sabemos que eran el terror de todos los pueblos de la antigüedad. La momia de uno de los soldados está acribillada por varios dardos que le penetraron por la nuca y le salieron por el pecho. Una flecha entró por el antebrazo y atravesó todo el brazo hasta la muñeca. Un dardo provisto de una punta afilada atravesó el omoplato de uno de los guerreros y le traspasó el corazón de parte a parte. Cuando apareció el cadáver, el arma sobresalía todavía unos veinte centímetros del pecho. Ninguno de estos cadáveres, embalsamados sólo parcialmente, presentaba incisión alguna, ni en la pared abdominal ni en ningún otro lugar, o sea que habían sido enterrados con sus respectivas vísceras, a semejanza de las momias prehistóricas. Y sin embargo, la conservación de algunos

de esos cuerpos, sobre todo de algunas caras, raya en lo maravilloso.

Es evidente que deben atribuirse al calor y a la extraordinaria sequedad del suelo la excelente conservación de las momias egipcias.

Dejando aparte el embalsamamiento, los sarcófagos herméticos de madera y de piedra, y la ablación de las vísceras, es a la arena de las necrópolis que debemos principalmente el poder contemplar hoy todavía el rostro de hombres de la época de los faraones.

¿Quién sabe si fueron estas propiedades de la arena las que sugirieron a los egipcios la idea de la momificación para proteger de la corrupción a sus cadáveres? ¿No hemos visto como el chacal, este astuto carnívoro, se convirtió, por un proceso análogo en guardián de las tumbas?

Si así fuere, nos hallaríamos ante uno de los casos más raros que puedan darse de colaboración y de adaptación recíproca del arte y de la naturaleza.

Los primeros intentos de que tenemos conocimiento para asegurar la incorruptibilidad de los restos mortales, se remontan a la época de las pirámides. Se empezó por extender sobre la cabeza vendada del cadáver decúbito supino una capa de yeso líquido, y al solidificarse éste se procuraba darle la forma de cara humana. En un principio el tratamiento era harto vulgar y grosero, pero con el tiempo se logró que esta máscara se pareciera efectivamente al difunto. Tal vez no sea otro el origen de las misteriosas "cabezas de repuesto" que figuran en la entrada de las cámaras fúnebres de los príncipes de la IV dinastía. En opinión de Hermann Junker, tenían por misión facilitar a las almas que regresaban de su viaje por las estrellas circumpolares, el reconocimiento rápido de sus envoltorios terrestres. En los campos sepulcrales de Sakara se encontró el molde de yeso de un hermoso y delicado rostro de mujer de tipo camita muy puro. Tanto este molde como la máscara que de él se sacó, se conservan ahora en el museo de El Cairo.

Posteriormente acostumbrábase a enfajar ceñidamente los cadáveres. Es muy posible que en un principio este tratamiento especial estuviese reservado al faraón inmortal; luego tal honor fue concedido también a ciertos favoritos, hasta que finalmente pasó a

ser patrimonio de toda la clase social de funcionarios. Puede que el faraón Micerino, el constructor de la tercera pirámide de Gizeh, fuera ya embalsamado en debida forma. Su momia, junto con el féretro interior de origen más reciente y el magnífico sarcófago de piedra adornado con un bajorrelieve que representaba la fachada del palacio, se hundieron cerca de las costas de España con el barco que los conducía a Inglaterra. Más tarde consiguióse rescatar a la momia, la cual fue llevada al Museo Británico, de Londres, donde puede admirarse todavía.

El emplastro burdo que protegía la cara del muerto y que debía asegurar la permanencia del alma y de la personalidad, es seguramente la fase anterior en el desarrollo de la máscara de la momia, moldeada en lino, cartón pintado y dorado — las de los reyes eran incluso de oro puro — que debían desempeñar un papel tan considerable en los funerales durante los Imperios Medio y Nuevo, y aún más tarde.

A partir de la XII dinastía se generalizó la evisceración mediante cortes practicados en el lado izquierdo del vientre. Simultáneamente empezó aquel derroche de vendas y de trozos de tela para rellenar los espacios vacíos entre el cuerpo y los miembros, y para nivelar las irregularidades provocadas por las ofrendas que rodeaban al cadáver. El Dr. Derry descubrió en una tumba de aquella época un lienzo que medía nada menos que 19,25 metros de largo por 1,50 metros de ancho, en ocho dobles, y que servía para embalar la momia.

El arte de los embalsamadores dio un gran paso bajo Amenofis III. Los cuerpos de los suegros de este soberano, Juya y Tuya, han conservado, en efecto, tanto de su frescor original que muchas personas vivas la quisieran para sí. Durante la XXI dinastía empezó a inyectarse bajo la piel del cadáver, en el tronco, el cuello y los miembros, unas substancias que debían conservarles toda la apariencia de su antigua vitalidad; pero fue durante la XXII dinastía que esta técnica alcanzó su más alto grado de perfección, cuando se logró incluso devolver al cadáver el verdadero aspecto que tenía en vida, pero dándoles una apariencia alucinante. A su mirada apagada dieron nuevo brillo ojos compuestos de piedras preciosas o de vidrio y azabache engarzadas entre los párpados; se rellenaban completamente las mejillas y los lóbulos nasales, y a la piel se le daba una suavidad de terciopelo que hoy todavía nos asombra y da

testimonio de sus encantos juveniles y del secreto de su existencia.

A nosotros, hombres del siglo XX, nos estremecen las consecuencias de esta evocación, como anteriormente habían asustado ya a los griegos. Desde siempre, lo mismo que nosotros, supieron los egipcios que el soplo de la vida se apaga un buen día en la carne, la cual muere y se descompone. Entonces, ¿dónde encontraban la fuerza para ignorar una verdad que tan brutalmente hiere todos nuestros sentidos y la fuerza tremebunda de negar la más ineluctable de las realidades humanas? Todos estos muertos, que parecen vivos, aderezados y perfumados para toda la eternidad, pintorreados, con pelucas postizas o con el pelo al rape, se nos aparecen como entes de un mundo siniestro que evoca el museo de figuras de cera o una cámara de horrores llena de lémures y vampiros. Nos compadecemos de su suerte y desearíamos que encontrasen por fin el descanso eterno con la descomposición inevitable a todos los mortales y que a ellos les ha sido negada más como una despiadada maldición que como una gracia. ¿Por qué detener al borde de la eternidad lo que queda de sus rostros que desean volver al ciclo universal de la naturaleza eterna, al corazón del dios de donde salieron?

Eso nos preguntamos nosotros, pero nuestros pensamientos difieren de los antiguos egipcios.

"¡Levántate, enderézate Osiris! Mira, soy yo, tu hijo Horus en persona que he venido para devolverte la vida, para reunir tus huesos y juntar tus miembros. Soy Horus, el creador de tu padre, tu hijo y vengador, cuya mirada te devolverá la vida. Horus te abre la boca. ¡Te da ojos para ver, orejas para oír, pies para caminar y manos para obrar!"

Con tales exhortaciones, dirigidas a la momia incorporada ante la puerta de la tumba, celebra el sacerdote la ceremonia de la "apertura de la boca y de los ojos". Mediante un instrumento mágico otorga a los labios mudos la facultad de recobrar el habla, y con un chorro de agua purifica y consagra al que de una manera misteriosa acaba de ser elevado a una existencia de nivel superior. Abraza a la momia, acerca su rostro al suyo y le insufla en la boca el soplo de vida.

"Eres dios entre los dioses, pero al propio tiempo tú continúas en

posesión de cuanto fue tuyo sobre la tierra. Tu esposa está a tu lado y te rodean tus hijos. Tus amigos te acompañan y no te faltan las ofrendas para su subsistencia.

"Tu carne es imputrescible, tu sangre fluye en las venas y todos tus miembros están sanos y ágiles.

"Conservas tu corazón, tu verdadero corazón de siempre!"
"¡Yo soy, existo! ¡Vivo, estoy vivo!..." contesta el difunto.

Así se representaban los antiguos egipcios la vida del más allá.

Es únicamente nuestra falta de comprensión, o de imaginación, la que nos hace ver en esas momias espectros de apariencia repugnante. No se trata de un muerto, sino de un justo que no ha abandonado la tierra y que pronto figurará entre los bienaventurados. "Puede alzar el vuelo como la garza real al despuntar el día, o como la golondrina, a su antojo. Se refrescará sorbiendo agua fresca en la nítida piscina de su diminuto jardín, o bien disfrutará del hálito del cierzo bajo la higuera en flor. La diosa que ha hecho del árbol su morada le dispensará su sombra bienhechora a él y a las mujeres que ama cuando el sol incendie el cielo."

Así lo quiere la fe de Egipto, esta fe que no solamente removió sus montañas para llenar de tumbas sus entrañas, sino que también realizó el milagro de otorgar a los cuerpos mortales una incorruptibilidad que si bien estaba facilitada por el clima y el terreno de aquel paisaje, era indudablemente una idea cuya belleza sólo pudo ser fruto de la espiritualidad de los hijos del país.

Es preciso no perder todo esto de vista al empezar la lectura de la descripción minuciosa que nos ha dejado Heródoto de las costumbres fúnebres de los egipcios de su tiempo, o sea de una época en que estos ritos habían perdido todo significado desde hacía ya muchos años. He aquí lo que escribió Heródoto con la fría objetividad del historiador que le es propia no desprovista empero de respeto:

"Cuando en alguna casa muere un hombre de cierta categoría, todas las hembras se cubren de barro la cabeza y la cara, y luego de dejar el cadáver en la vivienda recorren la ciudad, junto con los

parientes del difunto, golpeándose el corazón, llevando las faldas arremangadas y los pechos al aire. También los hombres se golpean el pecho y se remangan. Cuando todo esto ha terminado, se llevan el cadáver al embalsamatorio.

"Allí se hace cargo de él un equipo de gentes especializadas que cuando se hallan ante el cadáver muestran a los parientes varios tipos en forma de maniquíes de madera pintada imitando los colores naturales. Y les dicen: Tal vez pueda interesarles este modelo, que es el más lujoso (se trata de Osiris) pero no me atrevo a pronunciar su nombre. Luego les presentan uno de otra clase más ordinario y económico, y por fin un tercero que es el más barato de todos. Una vez concluida la propaganda, piden a los parientes cuál de estos tratamientos desean para su difunto, y cuando unos y otros se han puesto de acuerdo en el precio, vuélvense a casa los familiares dejando el muerto en manos de los embalsamadores. He aquí cómo se realiza el embalsamamiento más suntuoso:
"Primeramente, sirviéndose de un gancho de hierro que introducen por las ventanas nasales, extraen el cerebro, pero no en su totalidad, pues una parte de él queda disuelto por las substancias medicinales que se inyectan. Seguidamente, con un afilado cuchillo de piedra cortante de Etiopía se practica al cadáver una incisión en el flanco y le sacan las vísceras. Y cuando se las han limpiado y rociado con vino de palma, las pulverizan con especias molidas. Luego rellenan el vientre con mirra pura triturada, finísima casia y toda clase de sahumerios, excepto incienso, y lo vuelven a coser. Después lo sumergen en un recipiente lleno de natrón (una solución de carbonato sódico), dejándolo allí por espacio de setenta días, pero no más, pues de lo contrario la sosa atacaría demasiado la carne. Pasado este tiempo se saca de nuevo el cuerpo, lo lavan bien, y le llenan el vientre con serrín de madera. Los operadores juntan fuertemente las piernas del cadáver, lo cruzan de brazos, procediendo acto seguido a envolverlo totalmente, cara inclusive, con un sin fin de vendas impregnadas de goma que los egipcios usan generalmente en lugar de cola. Entonces los deudos se llevan el cadáver a casa y lo meten dentro de un ataúd de madera de forma humana, y cuando ya está dentro del féretro, lo arriman de pie contra la pared en la habitación del difunto. Éste es el método más caro de preservación del cadáver.

"Pero el muerto de los que no quieran gastar tanto y escojan el segundo modelo, debe contentarse con el tratamiento siguiente:

"Los embalsamadores llenan unas jeringas con aceite de cedro que inyectan en el cuerpo, pero sin practicarle ninguna incisión ni retirar los intestinos, sino que lo introducen por el orificio anal que luego obstruyen para evitar la salida del aceite. Después de esta manipulación permanece el cuerpo en el natrón los días correspondientes, y al final de este período dejan que se escurra el aceite, el cual ha tenido la virtud de disolver el estómago y las entrañas y los arrastra consigo. Mientras tanto la carne ha sido también atacada en gran parte y disuelta por la sosa, de modo que el cadáver se ha quedado casi en la piel y los huesos. Cuando esto sucede, devuelven el cadáver a la familia y no se preocupan de él.

"El embalsamamiento de tercera clase al que recurren los menos afortunados, es el siguiente: Le limpian las tripas a fuerza de lavativas, lo adoban con natrón durante los consabidos setenta días, lo secan al sol y sin más requisitos se devuelve a la familia.

"Pero cuando fallecen las esposas de los altos personajes, sobre todo si han sido bonitas y pueden ser objeto de deseo, no se entregan inmediatamente para su embalsamamiento, sino que se dejan pasar tres o cuatro días, o sea hasta que aparecen los primeros síntomas de putrefacción, y luego se entrega el cadáver a los embalsamadores, pues se supone que entonces ya no corren peligro de que abusen de ellas. Porque según parece, uno de los embalsamadores, denunciado por sus colaboradores, fue sorprendido in fraganti.

"Si un egipcio, o incluso un extranjero, es despedazado por un cocodrilo o muere en el río, entonces los habitantes de la ciudad a cuyas orillas ha ido a parar el cadáver deben embalsamarlo, adornarlo luego lo mejor que les sea posible y enterrarlo en tierra bendita. Nadie tiene derecho a tocarlo, ni sus familiares ni sus amigos. Los sacerdotes del Nilo lo sepultan de su propia mano, como si fuera algo más que un cadáver humano."

Estas informaciones concuerdan perfectamente en todos sus detalles con lo que han revelado las numerosas investigaciones realizadas en las momias. Pero lo que Heródoto no nos dice es que las vísceras extirpadas eran sometidas a un tratamiento especial que consistía en bañarlas en una solución de natrón, y luego de envueltas en vendas, se depositaban en unas urnas de piedra que

comúnmente llamamos vasos canopos, los cuales se colocaban a su vez cerca del ataúd. Generalmente se trataba de una serie de cuatro vasos de forma redondeada, con tapadera móvil en la que en un principio se representó la figura del difunto, pero luego, a partir del Imperio Nuevo, acostumbraban a tomar la forma de cuatro demonios, los llamados hijos de Horus. Uno de ellos, Amset, tiene *cabeza* humana, pero de los tres restantes, Duamutef la tiene de perro, Kebehsenuf de halcón y Hapi de zambo. Según la tradición, estas potencias protectoras habían venido una vez en auxilio del mismo Osiris después de su muerte, abriéndole la boca para que pudiera alimentarse de nuevo, y en adelante su principal misión consistirá en asistir al difunto que la conciencia religiosa identifica con el propio Osiris para que no sufra ni hambre ni sed. Velaban, naturalmente, porque el bienaventurado no careciera de nada en la tumba, pero estos alimentos no iban a durarle eternamente y estremecía pensar que a lo mejor podían llegar a depender algún día de sus propios excrementos para poder subsistir. Los egipcios consideraban el corazón, el estómago, el hígado y las demás partes interiores del cuerpo como seres no ya independientes, sino divinos, porque incluso durante el sueño y sin que se rijan por la voluntad del durmiente continúan su trabajo secreto pero vital, En un papiro funerario del período greco-romano se leen estas palabras dirigidas al dios de los muertos:

No *nos causó ningún daño en vida,*
y cada día pudimos apagar la sed;
hemos comido carne de pluma y pescado hasta saciarnos.

¡Qué bien hemos comido y descansado! .

(Según S. SCHOTT)

En muchas momias se observan multitud de manchitas blancas irregulares, cuyo origen debe buscarse en la prolongada estancia del cadáver en el baño de natrón. Cada día aparece como menos probable el empleo en gran abundancia de betún o de pez en el proceso del embalsamamiento. Aquel ennegrecimiento hasta ahora inexplicable que a menudo da al cuerpo desecado la apariencia de cosa carbonizada, proviene probablemente de la descomposición del aceite resinoso ritual que se derramaba sobre la momia en el momento del entierro. Según la descripción de Cárter, los aceites

prodigados en el entierro de Tutankamon habían formado en ciertos lugares una capa delgada y quebradiza, y una masa espesa y tenaz en otros, como por ejemplo entre los féretros. Al ser calentados desprendieron un olor penetrante, aunque no desagradable, como de pez, sin que, empero, pudiera el análisis químico comprobar su existencia, ni la de ingredientes minerales bituminosos. Al oxidarse se había producido una lenta combustión espontánea, cuyo calor había no solamente atacado los tejidos, sino que con el tiempo había incluso llegado a deteriorar la momia del joven rey.

En las momias reales del Imperio Nuevo que por una serie de circunstancias favorables han llegado hasta nosotros, podemos admirar, naturalmente, el método de embalsamamiento que podríamos llamar de primera categoría, el cual, según parece, no es otro que el aplicado en su día al poderoso dueño del mundo y más tarde rey de ultratumba y juez de los muertos, el divino Osiris. Incluso se daba a los miembros del cadáver la misma postura que los de Osiris y esta identificación exterior material con el dios le hacía invulnerable contra los riesgos del más allá. En el caso de Tutankamon, y a buen seguro no solamente en el de este rey muerto prematuramente, y por consiguiente sin gran valor histórico, las principales vísceras eran conservadas en magníficos féretros de oro a los que se dio la imagen del soberano. Los sepultados de este modo tenían, igual que Osiris, los brazos cruzados sobre el pecho y en las manos las insignias reales: el cetro y el látigo osiriano. Pero no son éstas solas las particularidades que relacionan las distintas momias de los faraones al mito de Osiris. Así, por ejemplo, la momia de Ramsés II carece de falo, como en el cadáver del dios cuyos fragmentos extraviados logró recomponer Isis después de larga y dolorosa búsqueda. En cambio, el pene del joven Tutankamon apareció erecto y envuelto en las vendas del abdomen, a semejanza de las imágenes de Osiris — el cual desde tiempo inmemorial se veneraba en el Delta como personificación de la germinación de las plantas — en las que el dios despierta del sueño de la muerte. Una de las más bellas de estas imágenes se remonta al tiempo de Seto I y se encuentra en un fresco del templo de Abidos.

Lo curioso del caso es que no hay unanimidad en el tocado de los muertos más augustos, sino que varía considerablemente.

Muchos faraones han sido sepultados con el cráneo enteramente

pelado, otros con los cabellos más o menos cortos, y algunas veces incluso con la cabellera enmarañada. Puede decirse que hasta la XXI dinastía los ojos no son objeto de tratamiento alguno, raramente se les cierra los párpados, y a menudo los ojos aparecen desigualmente abiertos. No es raro que tengan las cejas bien arqueadas, un adorno al que no han renunciado todavía los egipcios de nuestros días. En las narices se les meten tapones de tela para que los cartílagos de la nariz mantengan una apariencia de vida y de resistencia bajo la presión de las vendas e impidan al propio tiempo que rezume el líquido que para fines del embalsamamiento se ha inyectado en el cráneo. La evacuación del cerebro y del cerebelo por medio de un instrumento corvo se ha realizado siempre tan hábilmente que la cabeza no ha sufrido ninguna deformación. En todos los casos investigados se observa que la cavidad craneal está completamente vacía, lavada por lo visto con un líquido y alguna que otra vez rellenada con lienzos empapados de una solución alcalina.

El corte por el que se sacaban las vísceras sigue a menudo una línea que va desde el ombligo hasta la extremidad anterior de la espina ilíaca. Los bordes cruentos aparecen generalmente dilacerados, prueba evidente de que, igual que para la circuncisión, también en este cometido se utilizaba un cuchillo de piedra. Casi siempre la apertura está recubierta por una placa oval o rectangular de oro o de cera. Al embalsamar un cuerpo se le afeitaba por entero.

El examen anatómico ha revelado en muchas momias la existencia de enfermedades deformadoras como las que existen actualmente todavía. Algunos cráneos presentan señales de trepanación y aun de otras operaciones quirúrgicas que sin duda alguna fueron realizadas durante la vida de los individuos. Al rey Siptah debía de preocuparle mucho arrastrar su pie contrahecho. Las pústulas que cubren el rostro de la momia de Ramsés V prueban que sucumbió a la viruela. Al lado de varias reinas muertas de parto se han encontrado los cuerpos de los infantes que nacieron sin vida. En la cámara de los tesoros de la tumba de Tutankamon se hallaron, en féretros individuales, las momias de algunas criaturas, probablemente del sexo femenino, nacidas antes de término, víctimas probablemente de la perniciosa costumbre, para asegurar la descendencia, de casar en la infancia a los príncipes herederos con muchachas apenas núbiles. Entre otros problemas que nos

plantean las cicatrices de muchas momias, citaremos una escara redonda en la mejilla izquierda de Tutankamon. Como la causa de la muerte de este joven soberano, sin duda de salud muy delicada, no ha podido esclarecerse, esta herida da margen a interpretaciones diversas. Quién sabe si nos encontramos ante la huella del mordisco de una serpiente. Pero puede también que esta pequeña cicatriz nada tenga que ver con el fin prematuro del joven príncipe.

El tejido de las fajas exteriores y el de las que estaban en contacto inmediato con el cuerpo del difunto, eran generalmente de material más fino que las restantes. La disposición de las fajas dependía de la moda de la época y a menudo constituían verdaderas obras de arte en su género, que todavía causan asombro a los visitantes de los museos. Muchas veces se enfajaban separadamente las extremidades, las cuales luego se unían al cuerpo. Se da también el caso de que cada dedo de las manos y de los pies se vendara separadamente y se metiera luego en un estuche de oro que tomaba su forma. Encima de los ojos y de la boca de los muertos ilustres se extendía un vendaje extra. Al principio los reyes eran sepultados con todos sus ricos ornamentos confeccionados expresamente para tal ocasión, lo que era ciertamente un poderoso incentivo para excitar la codicia de los amigos de lo ajeno.

El atractivo de los legendarios tesoros ocultos, la sed de oro, el afán de fama de los investigadores y la creciente curiosidad de los coleccionistas, consecuencia natural del gran desarrollo de las ciencias históricas, han dado al traste con el misterio de las tumbas egipcias y acabado la obra de devastación iniciada ya por los contemporáneos de los Tutmosis y de los Ramsés.

He aquí cómo se llevó a cabo la violación de una tumba antigua, según propia confesión de uno de los profanadores protocolizada en un documento de la época:

"Habiendo penetrado en todas las estancias hemos hallado descansando a la reina así como a su divino esposo . Encontramos a la augusta momia de este rey... Tenía prendidos al cuello un gran número de amuletos y cubría su *cabeza* una máscara de oro. La ilustre momia del rey estaba enteramente revestida de oro. Los sarcófagos de ambos eran dorados y plateados por dentro y por fuera, e incrustados con profusión de piedras preciosas. Arrancamos el oro

que cubría la noble momia de este dios y también los amuletos y las alhajas que pendían de su cuello, así como la envoltura que le rodeaba el cuerpo.

"Del mismo modo procedimos con la momia de la ilustre esposa. Prendimos fuego a las fajas, vendas y lienzos. La despojamos de cuantos objetos de valor encontramos a su lado: vasos de oro, de plata y de bronce. Nos repartimos el oro encontrado en ambos dioses, los amuletos, las alhajas y los envoltorios de metales preciosos e hicimos ocho partes del botín... "

Y siempre sucedía de modo parecido.

Al principio del período árabe se constituyeron incluso verdaderas asociaciones de "recuperación" que escudriñaron metódicamente las antiguas necrópolis reales en busca de oro y de paso deterioraban o destruían a tontas y a locas todos los demás objetos funerarios. A raíz del redescubrimiento arqueológico de Egipto subió bruscamente el interés por la posesión de objetos procedentes de su antigua civilización.

Imagen 29

Imagenes 30, 31, 32, 33

Imagen 34

El cazador de momias y el profanador de monumentos hicieron su aparición, y el tráfico de antigüedades empezó a desarrollarse en gran escala, pues daba pingües beneficios. Cada museo quería tener un par de momias propias, cuanto más adornadas mejor, y muchos coleccionistas deseaban poder mostrar por lo menos, como amuleto misterioso, la fina mano de una momia. Empezó la exportación de cadáveres que muchas veces nada tenían de antiguos. Recuérdese que en pocos años la arena del desierto limítrofe momifica los cuerpos que en ella reciben sepultura. Una vez más el mercado se gobernaba por la insoslayable ley de la oferta y de la demanda. Algunas veces, para ayudar a dar un cariz de verosimilitud a los cadáveres contemporáneos éstos eran cubiertos con fajas y amuletos antiguos auténticos. Los clientes solían tener buenas tragaderas y raramente tenían la suerte de descubrir la superchería, como cuando el caso famoso acaecido al afortunado poseedor de una pseudo-momia antigua que descubrió un buen día en la cavidad abdominal de su tesoro un ejemplar del periódico londinense *The Times.*

Cuando empezaron a escasear las tumbas egipcias, la necesidad de proveer de piezas arqueológicas a los coleccionistas de todo el mundo fue el punto de partida de la nueva orientación que tomaron los profanadores, los cuales saquearon a partir de entonces, sin que nadie se lo impidiera, cementerios enteros de sus antepasados de diferente raza o religión. Las necrópolis de la época greco-romana, copta e incluso árabe primitiva fueron pilladas con igual ensañamiento que las de la época faraónica. En una carta publicada el año 1895 por el sabio R. Forrer, de Estrasburgo, se dan detalles de cómo solía precederse:

"Empiézase por quitar la tierra alrededor de la momia que se ha descubierto en su envoltura de lienzo, algo hundida en el suelo. Luego se cava algo por debajo y finalmente, con vigorosas sacudidas, se la arranca de su sueño de 1.500 años, se endereza lentamente, en parte alzándola y en parte estirándola, hasta que por fin aparece entera al borde de la fosa, después de lo cual se la tumba en el campo en espera de la resurrección. Tan pronto como la primera momia ha sido sacada a la luz, se abalanzan sobre ella todos los obreros, con mis propios guías coptos al frente, para despojarla de sus fajas y cerciorarse de cuántos objetos de valor pueda contener..."

"Sirviéndome del bastón y de ambas manos di de nuevo comienzo a mis investigaciones y a poco de excavar descubrí un cadáver — algo apartado de la sepultura original debido a unos corrimientos de tierra - pero intacto. Y, cosa rara, ni en los campos funerarios de Ajmím habíamos soñado con hallar lo que ahora tenía ante los ojos: el muerto, de cuyo cuerpo quedaba tan sólo el esqueleto descarnado, llevaba gorro, túnica y calzones." Todas estas tumbas, tan metódicamente saqueadas, ofrecen hoy un espectáculo desolador.

Bajo la influencia de las costumbres de su país de adopción, los helenos residentes en Egipto recubrían a veces su momia con máscaras de yeso a la usanza griega, imitando las facciones del difunto, y otras pintaban directamente su imagen en la madera o lienzo que les cubría la cara. En este último caso se recortaban luego las fajas del rostro y se insería el retrato, de modo que éste semejaba la verdadera cara del difunto surgiendo bajo los vendajes.

Heródoto menciona la extraña costumbre que consistía en dejar expuestas en casa durante muchos años las momias de los familiares. El hallazgo de estos retratos de momias, que la colección Graf ha popularizado, demuestra que esta exposición tenía lugar al aire libre, o sea que las momias permanecían a la intemperie expuestas a las inclemencias del tiempo. A menudo el sol implacable de Egipto provocaba la fusión de los ungüentos y de los aceites, que han dejado manchas y huellas irreparables en estas obras de arte.

En ciertos casos los chiquillos, que jugaban sin duda a su lado, llenaron de garabatos los vendajes de las momias.

Es un remate patético pero adecuado a este capítulo austero, la imagen de unos niños corriendo y jugando, ajenos a la seriedad de la vida, con sus gritos de júbilo, y una manecita que escribe inconsciente sus insignificantes problemas sobre la envoltura de los restos ancestrales.

CONJUROS Y AMULETOS

ASOMBRA la gran cantidad de amuletos que nos ha legado el Antiguo Egipto, y como en su gran mayoría son tallados en piedra dura o modelados en tierra esmaltada, son prácticamente eternos. En los campos sepulcrales, mil veces zahonados, parecen inagotables; en cada tumba descubierta intacta los hay a centenares; cada nueva momia los lleva a docenas, y brillan de repente al sol cada vez que el labriego atezado rebaja con el azadón para abonar sus tierras la capa salitrosa de escombros, que cubre los antiguos poblados. Cada surco del arado los pone al descubierto y cuelgan del cuello de los niños desnudos en las aldeas al lado de baratijas modernas, como hace miles y miles de años.

No vale la pena siquiera de falsificarlos, pues esta tierra generosa los ofrece en extraordinaria abundancia y a precios sin competencia posible. Ya no caben en las vitrinas de nuestros museos. Durante cuatro mil años un innumerable ejército de artesanos artistas trabajaron febrilmente en el densamente poblado Valle del Nilo para producirlos sin cesar... para los vivos y para los muertos; para este mundo y para el otro; para reyes; altos dignatarios, funcionarios, sacerdotes, soldados, campesinos, niños y animales. Y aquí los encontramos todavía todos o casi todos, porque ningún cataclismo se encargó de destruirlos luego.

No es, pues, extraño, que existan tantos por esos mundos, lo que en verdad contrasta con la escasa literatura que existe sobre esos extraordinarios productos de una industria mágica y variada hasta el infinito. Apenas si se les ha dedicado algún folleto, y todo lo más dos o tres páginas, con algunas ilustraciones, en las voluminosas historias del arte.

Y, sin embargo, entre los amuletos de Egipto se encuentran innumerables obras de arte.

No es que sea tarea fácil, pero el campo es ancho para la investigación. Estudiar los amuletos es como sumergirse en el seno del alma popular egipcia, con sus supersticiones, sus esperanzas y sus temores. El investigador duda ante la inestabilidad del terreno que pisa. El amuleto, objeto usado con miras supersticiosas, medio protector contra los sortilegios ha sido siempre y por doquier la

llave más modesta, y al propio tiempo más extendida, para abrir la puerta de lo desconocido, y su origen debemos buscarlo en el temor ante las tinieblas de la noche eterna, en el afán de poseer conciencia propia y en el deseo de hacer frente a la incertidumbre de la vida amparándose en la fuerza de un conjuro.

Pero Egipto logró convertir este objeto de superstición popular en un símbolo de pureza espiritual y material, que incluso intriga y seduce a quien desconoce su significado abstracto. Por esta razón los amuletos egipcios, más que los de ningún otro pueblo de la tierra, encarnan un valor universal, y muchos de ellos ocupan, veladamente o no, un lugar destacado en el tesoro de símbolos de Occidente.

Producto de un mágico universo, por derecho propio sigue ocupando lugar destacado en él. A quien no pueda o no quiera apreciar la *belleza de* este universo, le queda aún el recurso de admitir la belleza de su forma, pero en tal caso, que no se haga ilusiones pues no puede captar su secreto milenario. Hay que reconocer que muchos de estos amuletos son hermosos, como también es maravillosa la materia de que están hechos, la forma, la composición y sus proporciones artísticas; y esta *belleza,* serena y equilibrada, es inseparable de su destino mágico. Pero, al fin y al cabo, no es precisamente para embeleso de los ojos humanos que fueron creados estos minúsculos objetos que se repiten continuamente, siempre iguales y nuevos, más puros y más eficaces. Como tampoco estaban destinados a la mirada humana aquellas estatuas funerarias que procedentes de los talleres de los escultores del Valle de los Reyes se colocaban en una estancia oscura e inaccesible de la tumba y tenían como única finalidad servir de refugio corporal a las almas de los difuntos, y en lo sucesivo eran meros acumuladores invisibles de energía, que se saciaban con el desconsuelo de supervivientes. También eran bellas — pero no importaba eso a sus contemporáneos. La degeneración moderna se acomoda mal a esta abnegación del artista antiguo. Estamos acostumbrados a considerar el arte plástico como una cortesana asequible por poco dinero, que ruda o amable, se pavonea por las tablas de las exposiciones para llamar la atención y ser apreciada y saboreada por los demás. Pero ¡ah! cuánta *bajeza* en este tráfico artístico. En cambio, el Egipto antiguo y venerable no creó para el público, sino para los dioses, los demonios y los muertos. Los que sí hubieran comprendido el ideal egipcio son los

piadosos "«cultores que llenaron las paredes de nuestras catedrales medievales con los emblemas perennes de su fe, emblemas que por estar situados en lugares recónditos y oscuros escapan a la vista del vulgo ignorante. A menudo, cuando me ha sido posible admirar amuletos en alguna colección particular, no he podido sustraerme a una impresión de desagrado ante el orgullo ingenuo de su dueño, el cual no parece darse cuenta de que su pequeño tesoro, en resumidas cuentas, procede de un robo sacrílego, del saqueo de una tumba...

Es notorio que incluso los especialistas a los que el mundo es deudor de las obras más fundamentales de la egiptología no siempre sienten la emoción de la cultura egipcia. Se comprende que nosotros ante el temor de vernos chasqueados, no vayamos a un sastre o a un zapatero que no sienta su oficio. Y sin embargo, leemos a menudo libros que sobre la religión de los egipcios han escrito hombres insensibles, del mismo modo que a menudo tomamos lecciones sobre el arte egipcio de egiptólogos diplomados, muy duchos en filología, pero sin alma de artista. Quien sólo vea en las prácticas mágicas una aberración ridícula del espíritu humano podrá facilitarnos muchos datos interesantes y doctos sobre la materia, pero no por eso dejará de ser un guía mediocre en un terreno que con su ayuda nos será prácticamente infranqueable. En un libro recién publicado sobre el mundo religioso del Imperio Antiguo, y a pesar de la simpatía que su autor siente por el pueblo egipcio, siempre sale a relucir algo así como una pena, casi diríamos disgusto de enfrentarse con una civilización que por estar tan *aferrada a* sus ciencias mágicas y a sus ritos propiciatorios fue *incapaz de* elevarse hasta la verdadera espiritualidad religiosa para alcanzar la cima de la civilización humana. Pero ¿es que tenemos derecho a pretender que el ideal de un pueblo antiguo, y extranjero por añadidura, sea conforme a una cierta concepción de la perfección tal como nosotros nos la imaginamos ahora, después de varios siglos? ¿No debemos considerarnos satisfechos de que los propileos nos permitan aún penetrar en el secreto de cómo eran realmente y de cómo son todavía? Tan sólo si partimos de la base que los antiguos egipcios, desde las edades más primitivas hasta el último aliento de su civilización, únicamente concibieron la religión bajo su forma mágica, estaremos en condiciones de poder formarnos un juicio más o menos completo sobre ellos y sobre los vestigios que de ellos poseemos, v esto tal vez nos permita hallar la escondida senda de aquel cariño que nos ayuda a comprender

realmente la vida de otros seres y permite que revivan un poco en nosotros.

Con el título de *El estado de piedra, obra* que hace época en el terreno de la egiptología, pues abre perspectivas enteramente nuevas en nuestra concepción de la antigua civilización egipcia, el investigador alemán Hans Gerhard Evers ha escrito un libro especialmente consagrado a las esculturas de los reyes del Imperio Medio. Es preciso continuar por este camino, sobre todo en lo que a la religión de los egipcios se refiere. Con sus ciento cincuenta años de existencia la egiptología se va abriendo camino entre las ciencias como un polluelo pegado aún al cascarón. Todavía podemos ver cómo algunos especialistas "liquidan" por decirlo así, con un ligero encogimiento de hombros, períodos fundamentales de la historia de la civilización. Errores evidentes y conceptos pasados de moda se transmiten de generación en generación como enfermedades hereditarias. Debemos reaccionar y procurar que la comprensión progrese del brazo de la erudición.

Una de las mayores dificultades con que tropieza toda tentativa seria de interpretación de los amuletos egipcios radica sin duda alguna en el hecho de que los mismos egipcios de la época que llamaremos "histórica", habían olvidado hacía siglos el carácter y el significado de muchos símbolos, y se contentaron con llenar el vacío con interpretaciones a menudo entre sutiles y fantásticas. Así, por ejemplo, los textos de los sarcófagos y las fórmulas mágicas de ultratumba nos informan copiosamente sobre lo que pensaban de los amuletos durante los dos siglos anteriores a la era cristiana, pero, en cambio, apenas si disponemos de documentos que nos hablen de su significado primitivo, por lo que tenemos que echar mano de conjeturas, a las que no siempre sonríe el éxito.

He aquí un ejemplo elocuente: la llamada columnita *Zed,* uno de los amuletos que con más frecuencia aparecen en las tumbas. Tiene verdaderamente el aspecto de un pequeño pilar con cuatro capiteles superpuestos, esto es: el dibujo de cuatro pilares vistos uno tras otro según las reglas de la perspectiva egipcia. En medio de la cúspide destaca a menudo un apéndice en forma de minúsculo ábaco.

Se encuentran estos hermosos objetos tallados en las más diversas materias: los hay de hierro, de cornalina, feldespato, lapislázuli, oro,

tierra cocida, etc. También existen en madera, y algunos son de tamaño considerable.

Generalmente, y con razón, se considera este amuleto como uno de los símbolos de Osiris, y como símbolo jeroglífico su significado es: "dureza", "persistencia" y "conservación", o sea "duración". Una interpretación teológica algo compleja quiso ver en este objeto nada menos que la columna vertebral de Osiris. Muchas veces se le añaden piernas y brazos que sostienen las insignias del dios de los muertos: el báculo y el látigo osiriano. A veces tienen también ojos y va tocado con la corona característica del juez de ultratumba. Esta serie de asociaciones de ideas se funda en una conocida leyenda, según la cual, después de la muerte de Osiris, su asesino Seth desmembró el cadáver y lo dispersó por todo el país de Egipto. Entonces, Isis, desesperada, empieza una búsqueda trágica: busca, encuentra, reconoce sucesivamente cada uno de los miembros, excepto las partes sexuales devoradas por un pez y comienza precisamente la reconstrucción del cuerpo pegando las costillas a la columna vertebral. En este acontecimiento tiene su origen una antiquísima fiesta que empezó por celebrarse al terminar el año en la ciudad del Delta, Busiris, más tarde en Menfis y acabó por extenderse también a varios otros templos. El mismo rey, acompañado de su augusta esposa, tomaba parte en el acto conmemorativo. Por su propia mano, y secundado por los sacerdotes, erigía una gran columna de Zed mientras que los otros victimarios se arrodillaban ante el símbolo sagrado al que ofrecían sacrificios. El legendario desmembramiento del cuerpo divino, así como la circunstancia que la ceremonia constituyera un acto oficial, hubieran debido bastar para indicar el buen camino a sus interpretadores. Pero, por el momento, el objeto sagrado continuó siendo un misterio para los egiptólogos, los cuales hasta bastante tiempo después no cayeron en la cuenta que la teoría clásica descansaba sobre una base equívoca y además bastante reciente.

No ayudaba por cierto a facilitar la solución del problema el fragmento del "Libro de los Muertos" inscrito desde muy antiguo en la columna de *Zed:*

"En el capítulo de un *Zed* de oro suspendido al cuello del bienaventurado. Dice el difunto: Tu espina dorsal es tuya, ¡oh tú (Osiris), cuyo corazón descansa! Tus vértebras dorsales son tuyas y tu corazón duerme. Te han colocado en el lugar que te pertenece por

derecho propio. Te doy los humores que precisas (para la actividad física de tu cuerpo). Te traigo el *Zed* con el que te recreas. Que se inscriba este capítulo alrededor de un *Zed* de oro esmeradamente labrado en el corazón de un sicómoro cubierto de savia vegetal, y que se coloque en el cuello del bienaventurado. Entonces franqueará la puerta del averno... Quien conozca estas palabras es un bienaventurado perfecto y no encontrará cerradas ante sí las puertas de ultratumba. Habrá pan, galleta y carne en grandes cantidades en los altares del dios-sol, o dicho de otro modo del dios Osiris, el dios bueno. Las palabras que se pronuncian tienen virtud mágica contra los enemigos del otro mundo."

Los egiptólogos continuaron rompiéndose la cabeza durante mucho tiempo sin avanzar un paso. No existía ni el más leve parecido con un esqueleto por estilizado que fuera. ¿Podría, quizá, tratarse de un árbol-fetiche, o tal vez de una planta sagrada prehistórica, o quien sabe si de un cedro? ¿O aún de una columnata escalonada vista desde arriba con una cierta perspectiva? ¿Representaba un altar con cuatro divisiones o, la llave del Nilo?

Por fin los hallazgos posteriormente realizados en la vasta necrópolis protohistórica al norte de Heluán, con sus miles y miles de tumbas, permitieron dar con la solución del enigma. ¡Y cuan fácil era esta solución ahora que la conocemos!

Este amuleto simboliza simplemente la gavilla de trigo, muy estilizada por cierto, que después de la siega se dejaba en medio del campo a fin de aplacar al dios del pan cuya protección era preciso asegurarse para la futura cosecha. Es la expresión de tímido agradecimiento que los campesinos primitivos dirigían a las fuerzas de la naturaleza temible e insondable. Al príncipe divino le correspondía plantar en el campo este último haz de espigas, como símbolo de la gratitud y de la esperanza de su pueblo.

Los amuletos forman familias que corresponden a las de los dioses. El amuleto de Isis, la esposa abnegada de Osiris, es una especie de nudo parecido al signo de Ankh. Según se afirma en el *Libro de los Muertos,* pero sin que en él se den más detalles, este amuleto contenía la sangre de la tierna diosa a la que solían atribuirle grandes virtudes mágicas; sin duda, por tal motivo, se labraba de preferencia en piedras preciosas encarnadas, jaspe o cornalina. Igual que la divina pareja, así también la columna *Zed* y el nudo de

Isis aparecen reunidos frecuentemente en los tesoros funerarios. Tanto el uno como el otro se encuentran a menudo pintados en gran tamaño en el fondo de los sarcófagos y su misión era proteger la espalda de las momias. Algunas veces, la "sangre de Isis" adopta brazos humanos y un rostro de persona con orejas gachas de vaca, que hacen pensar en la máscara antiquísima y misteriosa de Hathor, diosa del amor y del infierno, y que debe considerarse como un atributo de ambas diosas. Sigue diciendo el "Libro de los Muertos" que todos los difuntos que conocen las palabras mágicas rituales correspondientes a este símbolo son admitidos en el cortejo de Osiris y acogidos por Horus con demostraciones de júbilo. "Las puertas del infierno se abren ante él, recibe su ración de pan en el campo de los bienaventurados y la fama de su nombre iguala a la de los demás dioses que allí moran "

No menos eficaz resultaba la autoridad del Ojo de Horus en el infierno. Éste es, seguramente, el amuleto egipcio que más abunda y en los más diversos materiales, a veces aislado, y otras incluso en hileras de cuatro o de ocho, calados o continuos, dispuestos en círculo y rodeados de un marco rectangular, sin adornos interiores. Tiene la forma de un ojo humano muy bien dibujado, algo alargado, sobre el que destaca una ceja arqueada y un adorno fantástico que desde el párpado inferior desciende hasta la mejilla.

Es sabido que Horus, engendrado del cadáver de Osiris, sobre cuyas caderas se posó Isis convertida en halcón hembra, vengó a su real padre matando en enconado duelo a su asesino Seth y le arrancó los órganos viriles, pero en la contienda perdió un ojo, y este ojo, prenda y símbolo del amor filial, el zambo Thot lo llevó a Osiris muerto y se lo colocó sobre la lengua, haciéndole recobrar la vida por arte de magia.

Es de suponer que, en opinión de los antiguos egipcios, gracias al ojo de Horus el difunto resucitaría como el rey de ultratumba.

No solamente suspendían este amuleto del cuello y de las muñecas, sino que apenas existe momia ilustre alguna de la época de la hegemonía mundial egipcia o de las postrimerías del Imperio que no tenga alguno en el interior del cuerpo, intercalado entre las vendas o dibujado incluso sobre la tablilla de cera con que acostumbraba a cerrarse el tajo practicado en el flanco del difunto, sin que esto signifique que el ojo de Horus fuese exclusivamente un

amuleto para los muertos, pues también los vivos recurrían a un símbolo tan eficaz. Es probable que en la mente de los contemporáneos de los faraones el ojo mágico de Horus se identificara con el mito arcaico y grandioso según el cual el sol y la luna eran los dos ojos del dios de los dioses. El mito describe cómo el dios perverso, Seth, amenazaba al ojo solar y al ojo lunar, y los eclipses de sol y de luna parecían demostrar que a veces, en verdad, el espíritu del mal lograba triunfar temporalmente. Pero la lucha terminaba siempre con la victoria del oyó, lo cual no dejaba de ser un consuelo para los desgraciados y los enfermos, pues el triunfo del astro les permitía esperar el suyo propio, o sea un desenlace feliz a sus miserias. No es de extrañar, pues, que este amuleto tuviera tanta aceptación. Téngase presente que desde siempre, gentes de todas las razas y esparcidas por todo el mundo, atribuyeron al *buen ojo* un poder mágico contra los efectos del aojo.

Otro amuleto bastante común, de gres verde esmaltado o de feldespato del mismo color, era el llamado "cetro de papiro", que generalmente consistía en un tallo de planta, cuya extremidad inferior terminaba en punta, y parece haber simbolizado "el verde", "la fecundidad" y la "eterna juventud". Se comprende que ejercieran una gran impresión en la mente de cuantos sentían la obsesión del más allá. Con este sagrado emblema de la fecundidad en la mano se representan diosas y reinas en estatuas y bajorrelieves, y en el "Libro de los Muertos" les están dedicados dos capítulos enteros. En uno de ellos se habla de una diosa y de sus poderes mágicos y en el otro trátase de un muerto que se cambia a sí mismo contra el amuleto construido en piedra dura e indestructible. Porque si el amuleto es intacto, inatacable e inquebrantable, también lo será el difunto. Posiblemente estos textos ocultan una concepción primitiva, más profunda y fundamental, que escapa a nuestra comprensión. Verdaderos haces de papiros protegían ya el techo de la choza prehistórica. Innumerables columnas palmiformes, lotiformes y papiriformes formaban bosques enteros en los templos, cuyo interior era un reflejo del mundo egipcio: enraizados en la tierra, las columnas florales, ascendían hasta el estelífero firmamento — el techo del templo — el cual, apoyado en ábacos invisibles desde abajo, parecía flotar por encima de su cúspide desplegándose en flores gigantes. ¿Debemos ver en este simulacro de contención de la bóveda celeste, en el dinamismo de este impulso hacia el cielo la idea primaria de su destino mágico? El templo se convierte en la imagen, en pequeño, del Universo.

Cuando se trate de amuletos de muertos no debe olvidarse uno que semeja un pequeño receptáculo en forma de corazón provisto de dos asas como orejas, el cual probablemente reemplaza el guijarro oval que en las inmensas necrópolis del desierto de la época arcaica se colocaba en el pecho de los difuntos en lugar del corazón. Según la tradición, el corazón del muerto era pesado en presencia de Osiris, de su familia y de los cuarenta y dos testigos, y en el otro platillo de la balanza se colocaba el símbolo de la "verdad", y cómo de esta pesada dependía el veredicto del juez de los muertos, puede que se desease influenciar el resultado y aumentar las probabilidades en favor del finado, poniéndole un corazón de piedra más pesado que el natural. En realidad, esta misión corría a cargo del escarabajo sagrado, del que se tratará en el capítulo siguiente. Pero el hecho que en algunos cadáveres se hayan encontrado dos corazones de repuesto, hace suponer que sus misiones respectivas eran diferentes. El capítulo "Corazón de cornalina" del "Libro de los Muertos" asegura: "El alma de Osiris (difunto) podrá volver a la tierra y le será dado poder realizar todo lo que su potencia vital requiera."

Toda una serie de símbolos se encuentran en evidente relación con los ritos mediante los cuales el sacerdote Sem reanimaba mágicamente la momia enhiesta al borde de la tumba. Son pequeños *azadones y* hachas, dedos humanos, muslos de buey, anzuelos dobles e instrumentos rituales enigmáticos plumiformes. Tal vez deban también incluirse entre ellos las pequeñas reproducciones miniaturas de un tipo de jarrón alto cuyo significado puede ser: "Purificar, pureza", y que en escritura jeroglífica dicen: "alabar".

Hathor, la diosa de los muertos y del amor tenía por uno de sus emblemas el sistro, instrumento músico al que se atribuía el poder de ahuyentar a los espíritus malignos. Figurines que representan bueyes echados con las patas atadas y pequeñas ocas de cerámica, con las alas rotas, seguramente servían de reserva alimenticia mágica para los muertos. Ranas diminutas esculpidas en pleno relieve en los plintos de los templos eran consideradas como símbolo de la resurrección, y como tal fueron adoptadas por los primitivos cristianos, pues hasta la antigüedad clásica se creía que las ranas y los sapos no necesitaban la intervención de progenitores para venir al mundo, sino que surgían sin más ni más del légamo húmedo que tras sí dejaban las inundaciones. La ingenuidad, la

ignorancia de la época tomó a esos batracios como ejemplo de la posibilidad del nacimiento espontáneo del ser vivo a partir de la materia inerte y disforme y por ende como evidente seguridad de la realidad de la resurrección de los hombres. Las lámparas de barro cocido de la necrópolis cristiana primitiva de Edfu empiezan imitando la forma de una rana y más tarde sobre la tapa figura en relieve la imagen cada vez más estilizada del sapo. La inscripción que a veces lo acompaña: "Yo soy la resurrección" no deja lugar a dudas sobre su significado real.

Sobre todo a partir de la Época Tardía se encuentran cada vez en mayor número en el ajuar del difunto estatuitas de cerámica representando innumerables deidades y demonios. La perfección de sus proporciones y la finura de la talla asombran al aficionado a las bellas artes y maravillan al ceramista moderno, que no se cansa de alabar la habilidad técnica de su anónimo predecesor, pues los años no han hecho mella ni tan siquiera en el esmalte, el cual, a pesar de su delgadez ha conservado a través de los siglos su solidez y extraordinario brillo.

Los que más a menudo aparecen son los miembros de la familia de Osiris — Isis, Neftis, Horus y Anubis — mientras que el dios de los muertos casi nunca está presente. El dios Thot, con la cabeza de ibis, no debe faltar nunca, por ser él quien anota en un rollo de papiro, para toda la eternidad, la decisión, que se presupone favorable, del juez de los muertos. Con bastante frecuencia encuéntrase asimismo a la grotesca Toeris en forma de hipopótamo preñada, con los pechos colgando. Es la diosa tutelar de las mujeres en cinta a la que se pide Un alumbramiento feliz. Los animales sagrados, con los característicos anillos por pendientes, aparecen por doquier a granel: el cinocéfalo Thot a menudo con el ojo de Horus, el ibis sagrado en cuclillas sosteniendo con el pico la pluma de avestruz símbolo de la veracidad y de la justicia, y que sirve en el pesaje del corazón de los muertos; sin olvidar a cerdas, pájaros y gatos. A quien se librare a una busca metódica le será relativamente fácil reconstruir una gran parte del panteón animal del antiguo Egipto con tales figuritas de amuletos, todas originales y del mayor atractivo.

El hecho que entre tantos símbolos que se encuentran en tumbas, que visiblemente pertenecen a las clases sociales medias, haya también las coronas de las Dos-Tierras, o sea de ambos Egiptos,

permite suponer que si bien estas insignias eran en un principio reservadas exclusivamente a los reyes, poco a poco fueron siendo adoptadas por el pueblo. En cambio, en parte alguna se reproduce la corona *atef* de Osiris, pues ello podría dar a entender una asimilación inadmisible del difunto con el dios de los muertos al que incluso supliría en el ejercicio de su misión, lo cual era a todas luces inconcebible.

El amuleto que se encuentra de vez en cuando reproduciendo la oreja humana, tendría seguramente por objeto llamar la atención de la divinidad sobre las plegarias del difunto. En cambio, no se adivina fácilmente qué utilidad podría tener una pequeña escalera que algunas veces se introduce entre las vendas de la momia. También algunos dioses de bronce o de piedra tienen ante sí una escalerilla semejante. En la ciudad santa de Abidos, donde se conservaban las principales reliquias de Osiris, y en cuya vecindad desértica se adoraba incluso la tumba de este dios, el difunto suplicaba que se le asignase un lugar favorable en "la escalera del gran dios", del "ser omnipotente y bienhechor" para poder gozar inmediatamente de sus favores. Me parece más indicado interpretar este amuleto ateniéndome a este acto de fe en lugar de suponer que se trataba de un simple y prosaico escabel de madera indispensable después de la muerte para poder alcanzar el alto lecho.

No deja de ser cierto que toda una serie de amuletos de los más abundantes no son otra cosa que miniaturas de objetos corrientes, y cabe por ello atribuir a los egipcios la creencia que en cualquier momento podría alguna fórmula mágica devolver a tales objetos su tamaño normal.

Así por ejemplo, en los Imperios Antiguo, Medio y Nuevo, se depositaba en la tumba una verdadera cabecera (soporte que hacía las veces de almohada) compuesta de tres partes, y se le añadía un número cada vez mayor de diminutas reproducciones en sanguinaria admirablemente bruñidas. En la tumba de Tutankamón se hallaron cabeceras corrientes y rituales de tamaño normal, así como una de hierro, probablemente un amuleto. Si a este respecto consultamos el ya citado "Libro de los Muertos", he aquí la respuesta que se nos da en el capítulo XVI: "Despierta de tu letargo, tu triunfo es completo e indispensable sobre todo lo que a ti se opone. Ptah ha vencido a todos tus enemigos que yacen inertes a

tus pies y ya no existen". Y luego continúa: "Eres Horus, hijo de Hathor, la llama, el hijo de la llama, a quien le fue restituida la cabeza que le había sido separada del tronco. Jamás, en toda la eternidad, ya no te será seccionada la cabeza otra vez."

En su tratado sobre los amuletos de Egipto, Alfred Wiedemann interpreta este pasaje basándose en otro texto del mismo libro, o sea el "Capítulo para que la cabeza de una persona no le sea cortada en el otro mundo" y escribe: "Este texto pone estas palabras en boca del muerto: Soy príncipe, e hijo de príncipe; soy llama e hijo de una llama, al que fue devuelta inmediatamente la cabeza después de haberle sido cercenada. La *cabeza* del dios Osiris no será arrebatada, tampoco se llevarán la mía. Me he levantado, he rejuvenecido, ¡soy Osiris!"

Estas frases subordinan la restitución y por ende la conservación de la *cabeza* en el otro mundo a una decapitación previa, o sea que el difunto debía sufrir el mismo proceso a que fue sometido el dios solar Horus, hijo de Hathor y de Osiris; y así como el cuerpo de los dioses había sido descuartizado y luego reconstruido, así debía suceder a los mortales, a cuyo efecto, en la época arcaica tal desmembración del cuerpo del difunto tenía efectivamente lugar. Posteriormente esta práctica fue abandonada, pero se mantuvieron en vigor las fórmulas que a ella se *referían,* así como el amuleto correspondiente. Semejante relación, entre la *cabecera* y la decapitación del cadáver solamente podía significar que el amuleto poseía realmente la virtud que le atribuía el capítulo del libro. Su poseedor podía contar con la ayuda de Ptah contra sus enemigos, *gozaba* de una protección mágica y estaba seguro de no tener que sufrir en el otro mundo la pérdida de la cabeza, con la subsiguiente segunda muerte, esta vez inevitable y definitiva. De modo que la cabecera no servía solamente para ser utilizada, sino que implicaba sobre todo la seguridad absoluta de que se conservaría la *cabeza para* poder apoyarla encima."

El compás y la escuadra, copiados exactamente en hematites, eran sin duda destinados a la construcción de la casa en el otro mundo.

Las cabezas de serpientes, talladas en cornalina o en piedra verde, debemos también considerarlas como amuletos contra los reptiles peligrosos que pululan en los corredores del averno. Cuánto preocupaban a los egipcios estos peligros lo demuestran las

interminables fórmulas inscritas en las pirámides para tornar inofensivos a los reptiles. Dará una idea de hasta dónde llegaba este temor el hecho que incluso les temieran a los signos jeroglíficos que aparentaban la forma de serpiente, hasta el punto que, en muchas tumbas, las letras *f* y *dj* que asemejan la forma de serpiente, se dibujaban de tal modo que los reptiles parecieran haber sido descuartizados o decapitados. Incluso la sílaba *rw* que se escribía con el signo de *león,* se intentó tornarla inocua por el mismo procedimiento.

En el "Libro de los Muertos" se lee que cuando se levantaba de tierra un amuleto, casi siempre provisto de asas, era preciso pronunciar ciertas fórmulas "en voz alta".

Con la ayuda de las figuritas mágicas que tenían la virtud de favorecer a su poseedor o de causar estragos a sus odiados enemigos, pero también en escritos corrientes, hemos venido en conocimiento de muchas de estas fórmulas, las cuales nos dan una imagen profunda y múltiple de la psicología ingenua a la par que sutil de los antiguos egipcios.

Así, por ejemplo, se intenta convencer al mal de cuan arriesgado es querer afligir a su víctima, pues todas las partes del cuerpo de ésta encierran algún peligro específico para él. En realidad, se dice, la lengua dentro de la boca no es sino una serpiente en su madriguera; los dientes podrían morderle y además, corre el peligro de desaparecer en un santiamén engullido por la boca.

Cuando las amenazas y las adjuraciones violentas no surten el efecto apetecido, he aquí que la madre cuyo hijito peligra echa mano de procedimientos más suaves y trata de convencer al mal — considerado como un ente masculino — de cuanto mejor se encontraría entre sus amigas del harén en lugar de perder el tiempo lastimosamente dentro del cuerpecito calenturiento del infeliz niño: "Oye, vete a dormir, vete a reunirte con las hermosas mujeres sobre cuya cabellera han derramado mirra y se han frotado los sobacos con incienso fresco.

La fórmula es mucho más eficaz si se repite cuatro veces seguidas añadiéndole cada vez la palabra "hoy", para que el éxito no se haga esperar. Quien desee pronunciar una fórmula de una eficacia mágica extraordinaria, conviene que se purifique previamente

durante nueve días, para lo cual precisa exponerse a la humareda del fuego sagrado, untarse con dos clases de aceites distintos, enjuagarse la boca con natrón, lavarse el cuerpo con agua procedente de la inundación del Nilo, ponerse dos delantales nuevos de lino fino y sandalias de cuero blanco y, finalmente, pintarse de color verde sobre la propia lengua el signo de la veracidad.

Al temor de los difuntos hostiles se une el miedo a los espectros. He aquí, en la traducción de Schott, dos expresivas fórmulas para conjurarlos:

Muere, tú que te deslizas en la sombra,
y avanzas a hurtadillas
con la nariz husmeando hacia atrás y vuelto el rostro,
olvidando a qué has venido.

¿Viniste a besar a este niño?
Pues no permito que lo beses.

Si viniste a calmarlo,
tampoco quiero que lo hagas.

¿Viniste a perjudicarle?
No permitiré que lo lastimes.

¿Piensas llevártelo?
He de impedírtelo.

Muere, asiática
llegada del desierto,
negra
que vienes de la serranía.

Eres una esclava, ¡muere en su vómito!
Eres una señora, ¡muere en su orina!
¡Muere en el estornudo de su nariz
y en el sudor de sus miembros!
Mis manos encima de este hijo mío
son las mismas que sobre él ha impuesto Isis,
como antaño las puso
sobre su hijo Horus.

Schott incluye en su exquisito "Cancionero amoroso del Antiguo Egipto" esta canción de cuna, ensalmo mágico con el que la madre amante protegía a su hijo enfermo:

Todos los dioses protegen tu cuerpo
así como todo lugar donde te halles,
toda la leche que te alimente,
cualquier regazo que te acoja,
todas las rodillas sobre las que te apoyes,
todos los vestidos que te abriguen,
todas las casas donde mores,
toda ayuda y protección que se te ofrezca,
todos los objetos sobre los que te acuestes,
todos los nudos que para ti se anuden,
todos los amuletos que de tu cuello cuelgan.

Con ellos y por ellos te proteges
y te conservas sano y fuerte,
Gracias a ellos te sientes bien.

Con ellos aplacas a todos los dioses y a todas las diosas.

Estos arrullos maternales no podían por menos de encontrar un eco simpático en todo el mundo, sin distinción de razas, épocas ni de fronteras.

En Ermann encontramos una vigorosa invocación contra el resfriado: "Vete, resfriado, hijo de resfriado, que mueles los huesos, agotas el cerebro, derrites la grasa y lastimas los siete orificios de la cabeza. Los servidores del dios-sol imploran a Thot dios de la sabiduría. Mira, te traigo tu remedio: leche de mujer que ha parido un hijo varón y luego los gramos de incienso. Eso te expulsa, esto te cura, eso te cura, eso te expulsa. ¡Sal y cae a mis pies, *fetidez, fetidez,* fetidez fetidez!"

Al quitar un vendaje es conveniente pronunciar la fórmula siguiente:

"¡Salvado!, ¡curado gracias a Isis! Isis libró a Horus de todo el mal que le había causado su hermano Seth al matar a su padre Osiris. ¡Oh poderosa hechicera Isis, cúrame! Líbrame de todas esas cosas

rojas dañinas, de la enfermedad de un dios y de la enfermedad de una diosa, del muerto y de la muerte y líbrame como tú, por el alumbramiento, fuiste librada de tu hijo Horus, pues salgo del agua y penetro en el fuego..."

Sobre unos fragmentos de piedra caliza de los que a veces se aprovechaban en Tebas para escribir sobre ellos textos intrascendentes se lee esta fórmula mágica fruto de una pasión furiosa:

¡Salve Re-Harakhti, padre de los dioses!
¡Salve a los siete Hathores
que estáis adornados con cintas encarnadas!
¡Salve divinidades,
señores del cielo y de la tierra!
Haz que... la hija de... corra tras de mi
con el ansia del buey por el pienso,
con el celo de la niñera por los niños,
como un pastor tras su rebaño...

Si no hacéis que a mis brazos vuele,
prenderé fuego a Busiris
y todo arderá...

Desde tiempos remotos se creía que ciertos objetos eran portadores de las fuerzas benéficas o maléficas que les atribuía la tradición o la intención particular del artista. En la conjuración del harén contra el decrépito Ramsés III desempeñaron un papel decisivo las funestas estatuillas de cera subrepticiamente introducidas en palacio.

Imagenes 35, 36, 37

Imágenes 38, 39

Imagen 40

Tres amuletos de Toeris, hoy en la colección egipcia de Berlín, aparecen especialmente aderezados para su finalidad mágica. Dos de ellos están hinchados para imitar el vientre preñado del hipopótamo, imagen de la diosa tutelar de las mujeres en cinta, pero ahuecados de modo que puedan admitir trozos de vestidos pertenecientes a las futuras madres suplicantes, y el tercero está preparado para poder contener la leche que luego gotea de los pechos de la diosa. Indudablemente, las madres egipcias preocupadas por el peligro de no poder amamantar a sus hijos, esperaban poder conjurarlo mediante esta ofrenda.

En las necrópolis de mastabas del Imperio Medio ya se encuentran maldiciones a la intención de los salteadores de tumbas, a los que se amenaza, entre otras cosas, con "agarrarles el cuello y torcérselo como a una oca".

Y a propósito de estas maldiciones me viene a la memoria lo que el arqueólogo Engelbach, conservador del Museo de Antigüedades de El Cairo cuenta que le sucedió un día en Rikka, cerca de la pirámide inacabada de Medum, donde, al penetrar en una tumba profanada del Imperio Medio, descubrió a dos cadáveres abrazados. Según parece, cuando el bandido se encontraba desvalijando la momia medio levantada del féretro, se derrumbó sobre él la bóveda de la tumba rompiéndole la nuca.

En pequeñas hornacinas murales del hipogeo de Tutankamon velan cuatro figuritas mágicas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, cubiertas de adjuraciones mágicas para "ahuyentar al enemigo de Osiris-Tutankamon en cualquier forma que se presentare".

En la antecámara de la misma tumba real, en donde se halla el precioso receptáculo de alabastro que contenía la urna de oro, con las vísceras del rey, así como importantes utensilios del ajuar fúnebre, una antorcha mágica, sobre su correspondiente pedestal de ladrillos, simboliza la vigilancia del perro Anubis, cuya estatua de madera guarda los tesoros reales.

En el ladrillo agrietado, con un agujero para contener la antorcha, está grabada una fórmula que dice:

Soy yo quien impide que la arena invada esta cámara secreta

y con la llama del desierto espanto a los seres malignos.

Yo he prendido fuego a la campiña; he aquí lo que hago
cuando se escoge el mal camino.

¡Aquí estoy para proteger a Osiris-Tutankamon!

Sea o no cuestión de magia, el caso es que tanto las figurillas mágicas como la antorcha estuvieron esta vez a la altura de su misión, pues la arena del desierto, que todo lo llena, borra y destruye, jamás penetró en esta tumba, si bien es cierto que el tesoro no llegó intacto hasta hoy que por dos veces fue profanada la tumba poco después de haber sido clausurada. El objetivo de la primera expedición lo constituyeron los objetos de oro macizo y el de la segunda, aunque parezca raro, los ungüentos y los aceites contenidos en las innumerables urnas de alabastro, lo cual hace suponer que para los especialistas de la época, estos productos eran de incalculable valor.

Sin embargo, el cadáver embalsamado del joven rey fue respetado ambas veces por los salteadores.

Tenemos razones para creer que los ladrones de tumbas no lograron cometer impunes su fechoría ni eludir el castigo y debieron de ser descubiertos dentro de la misma tumba, pues de otro modo no se explicaría que se hayan encontrados envueltos en trozos de tela varios anillos de oro macizo; tesoro insignificante si se quiere, pero botín nada embarazoso que seguramente ningún bandido hubiera pensado en dejar tras sí de haber podido escabullirse con él sin ser molestado.

DE BESTIA A DIOS: EL ESCARABAJO SAGRADO

EL escarabajo está tan ligado a la idea que de Egipto se hace la mayoría de la gente, que incluso saben de él los que ni la menor noción poseen de la cultura y del arte egipcios.

Pero se trata menos del verdadero animal primitivo que de su trasunto artístico lo que nos viene a la mente cuando oímos pronunciar su nombre en relación con Egipto. Esta sugestiva y extraña reproducción de coleóptero se convirtió en un verdadero género artístico. Su popularidad no es exclusiva del mundo moderno, pues ya la encontramos entre los fenicios, los griegos y los etruscos, los cuales lo habían adoptado y copiado hasta la saciedad. Los etruscos permanecían generalmente fieles al modelo original, y su especialidad de escarabeos de cornalina, enteramente desprovistos del misticismo egipcio, constituye una especialidad del arte menor antiguo.

Más a menudo de lo que podría esperarse dada la clase de animal, las señoras de nuestra época que han visitado el Valle del Nilo lucen, como recuerdo del viaje, un escarabeo colgado del cuello o montado en el anillo.

Tales escarabeos fueron adquiridos, claro está, con escepticismo y se habla de ellos con ironía, por estar muy difundida la opinión que en el país de los faraones puede adquirirse hoy, por bien poco dinero, cualquier pequeño producto de la laboriosidad egipcia actual que luego se muestra a los amigos con un guiño resignado como diciendo: Claro que debe de ser falso, porque si no...".

Y, sin embargo, contra la creencia general, casi siempre son piezas auténticas mientras se trate, claro está, de objetos diminutos, algo deteriorados, de aspecto sin pretensiones.

Conviene desconfiar de los escarabeos azul turquesa demasiado brillantes, con muchos dibujos, y todavía más de los de tierra cocida excesivamente esmaltados y con el vientre literalmente cubierto de magníficos signos jeroglíficos de gran tamaño.

Estos son los que más preocupan al especialista, pues es evidente que el trabajo del falsificador encuentra solamente remuneración suficiente en las reproducciones deslumbradoras, ya que los

auténticos escarabeos antiguos no vale la pena copiarlos (¡hay tantos!) a menos que se fabriquen en serie artículos de pacotilla que solamente engañan a los incautos. De modo que las víctimas suelen ser los nuevos ricos, los advenedizos, los amantes de la ostentación.

Se comprende que un pueblo primitivo, que vivía en contacto íntimo y directo con la naturaleza, haya sentido respeto religioso por los temibles animales con los cuales compartía su espacio vital. El tigre, el oso y el agresivo lobo han sido adorados en todos los tiempos por multitud de pueblos y el calificativo halagador de "toro bravio" figuró como atributo permanente del soberano durante los siglos en que la cultura egipcia era más refinada. Únicamente la inteligentísima, y por lo que se ve, también ingeniosa, reina Hatsepsut, renunció a él por motivos harto comprensibles. Los babilonios solamente podían imaginarse a sus dioses adornados con un par de cuernos. Los esquimales y los ainos rinden homenaje al oso blanco caído; los guerreros del interior de África desfilan respetuosamente ante el cadáver del rey del desierto, e incluso el taciturno campesino siberiano acostumbra a dirigir una sentida alocución al oso pardo que ha logrado cazar.

También se concibe fácilmente que los hombres ignorantes de las edades primitivas hicieran objeto de culto a los animales más útiles a la vida doméstica. Igualmente se comprende que no choque a nuestro racionalismo el que tuvieran un sitio de honor en el panteón la diosa vaca coronada Hathor, nuestra dócil suministradora de leche, el dios de los muertos Anubis, fiel vigilante que inspiraba temor con su cabeza de chacal y la diosa-gata Bastet, adicta e incansable devoradora de roedores.

Pero ya se hace más dificultoso explicarse satisfactoriamente las divinidades egipcias con cabeza de halcón o en forma de peces, y uno se queda pasmado ante el hecho que los antiguos egipcios adorasen no solamente a las ratas y a los ratones, sino que muy pronto consideraron al escarabajo pelotero *(ateuchus sacer)* como una manifestación del dios solar. Forma parte de las grandes divinidades de Heliópolis y su misión es nada menos la de mover el sol, pues tal la bolita de excremento que le vemos empujando por los caminos, hace avanzar al astro diurno por el firmamento.

¿Cómo explicarnos semejante paradoja?

Este hermoso y recio escarabajo con su revestimiento quitinoso bistre tiene por costumbre poner los huevos en una boñiga. La hembra amasa los fragmentos de estiércol y forma con ellos bolitas que son a la vez reservas alimenticias y verdaderos productos de incubación, y las hace rodar hacia un escondrijo previamente cavado, que luego cubre con tierra o arena. Los huevos encuentran en la materia en descomposición calor y protección y la cría su primer alimento. Los habitantes del Valle del Nilo, que habían observado este proceso, llegaron a la conclusión de que solamente existían escarabajos machos, los cuales fecundaban un huevo puesto por ellos mismos sin colaboración de la hembra, y así nacían escarabajos machos también como el padre, los cuales, en suma, eran la prolongación rejuvenecida de su propia existencia nueva y futura. El escarabajo padre muere, pero del huevo que ha preservado nace otro, como el alma escapa de la momia y vuela al cielo. De modo que en el escarabajo pelotero empujando afanoso su bolita de estiércol creían ver la imagen de la vida que se renueva continuamente en la naturaleza, como el sol que muere con el día en Occidente y renace a la mañana siguiente en Levante, imitándole en su grandiosa carrera la viva imagen del hombre que resucita al abandonar, con nuevo empuje, su envoltorio de momia.

La idea de esta simbólica concatenación entre los animales y los hombres aparece aún reforzada por la circunstancia que en el panteón egipcio el escarabajo se llamaba *Khepri,* (el que llega a ser) de la raíz egipcia *khopreu,* que significa "cambiar", "nacer", "existir", o sea que simboliza la gran ley de la transformación, de la renovación constante de la existencia, y por ende, era el emblema de la vida humana y de las transformaciones del alma en el otro mundo.

El que en vida llevaba consigo una imagen del escarabajo se aseguraba en cierto modo su propia persistencia, y el que lo conservaba en la tumba estaba seguro de resucitar.

Esto explica la gran abundancia de escarabeos, porque era el amuleto preferido de vivos y muertos, y se le encuentra por doquier, en el nombre de numerosos faraones, en las paredes de las tumbas reales y en las de los particulares, en los templos, en los obeliscos y estelas, con todos los detalles anatómicos fielmente reproducidos: cuerpo grande, poco abultado, la cabeza en forma de media luna, el

prescudo ancho, las patas anteriores sin tarsos y con el borde externo de las tibias dentado, las patas posteriores prolongadas, con las tibias delgadas y los tarsos casi filamentosos, los élitros escotados, los ojos muy apartados. Por todo el ancho mundo se encuentran esparcidos innumerables escarabeos egipcios de carácter talismánico o supersticioso, destinados a dijes, pendientes, ensartados en collares de vivos y muertos o como chatones de sortijas en dedos que los siglos convirtieron en polvo. Solamente en los museos existen más de diez mil de esteatita, piedra esmaltada verdosa que el tiempo ha vuelto gris clara.

Escarabeos colosales de piedra como el que se levanta en un zócalo que tiene la altura de un hombre a orillas del lago sagrado del templo de Karnak, representaban al dios solar Khepri, aun cuando no se le hiciera objeto de culto especial alguno. Los iconoclastas destruyeron este hermoso monumento practicando en él grietas en las que introdujeron tarugos de madera que, al hincharlos el agua, hacían estallar la roca. Este hermoso monumento ha podido ser reconstruido casi en su totalidad, partiendo de los trozos hallados. En las colecciones de París y Londres se guardan ejemplares más modestos. Seguramente se trata de exvotos que ofrecían las reinas o los altos personajes.

No es menos impresionante y decorativa la gran imagen pintada del Khepri-Ra-Atum en una de las paredes de la tumba de Nefertari — esposa principal de Ramsés II — en Tebas. Tiene forma humana y ocupa un sillón ricamente adornado con el signo de la unión de las dos partes del país. Del respaldo cuelga un almohadón ancho y liso. Sostiene en la diestra el cetro, en la siniestra el símbolo de la vida, y por entre sus piernas aparece, a la altura de las rodillas, la cola sagrada que casi llega al suelo. Como distintivo del dios, y característica de la magnífica despreocupación por la lógica anatómica del personaje, el artista ha colocado un escarabeo entero en el lugar reservado normalmente a la cabeza. Es una pieza de gran efecto pictórico que pone de manifiesto que a este nivel de estilización, y a pesar del realismo que inspira toda esta obra, la pintura figurativa egipcia tendía a la escritura jeroglífica.

También es magnífico el relieve de un gran escarabeo que en compañía del dios solar nocturno con cabeza de carnero del averno acoge al visitante a la entrada de la tumba de Setos I en el Valle de los Reyes. Aquí las proporciones y las curvas del cuerpo del

escarabeo han sido equilibradas con delicadeza caligráfica.

Los escarabeos de piedra y de cerámica destinados a los muertos se distinguían porque estaban provistos de anillos y orificios. Hacía finales de la Época Tardía se esculpía a menudo con el mayor realismo su parte inferior. Son los últimos representantes del conocido género de escarabeos-corazones, o escarabeos funerarios. Se trata de reproducciones grandes como la mano, de piedra dura verde o gris que solían ir revestidos de una laminilla de bronce, adoptando de preferencia la forma del jeroglífico del corazón, y con ellos se reemplazaba el corazón en el pecho de los muertos, grabándoles en su base una fórmula místico-mágica tomada del "Libro de los Muertos". Son, por decirlo así, corazones de recambio, de naturaleza mágica y no hay duda que representa una evolución de la primitiva ofrenda del tosco guijarro oval o del símbolo de piedra en forma de urna. No solamente eran los hombres objeto de semejante merced, pues también se han encontrado estos sustitutos del corazón en tumbas de animales sagrados. Como hacían con la mayor parte de las cosas naturales o abstractas, también personificaron los egipcios con el tiempo el escarabeo funerario y lo humanizaron hasta el punto que a veces recibe una cabeza humana que el coleóptero mantiene incluso levantada.

A menudo el escarabeo está incrustado en oro y piedras semipreciosas dentro de un marco rectangular fijado sobre el pecho de la momia. Sabemos que tales pectorales, verdaderas filigranas del arte de la época, eran el orgullo de las damas de la corte del Imperio Medio, y hasta las postrimerías de la hegemonía mundial los mismos monarcas los llevaron o los cedieron a sus favoritos en prueba de dilección real. Pero, con todo, no aparece bien claro qué papel desempeñaban en el ajuar funerario. En algunos pectorales de cerámica vemos a veces pintado el perro Anubis en su féretro, y a menudo encuadran Isis y Neftis el escarabeo-corazón por lo visto identificado con Osiris. Otras veces se coloca el escarabeo en un navío que correspondería a la barca sagrada. De esta manera se pretende representar que Khepri, el dios-sol de levante, también resurge cada mañana y que lo mismo que el difunto humano, precisa del escarabeo sagrado para resucitar.

El texto ritual que aparece grabado en el vientre del escarabeo corazón nos da una idea del mundo magnífico en el que este símbolo tomó carta de naturaleza:

Fórmula para que el corazón de un hombre
no declare en contra suyo en el cementerio:
Corazón mío, que procedes de mi madre,
¡lo más íntimo de mi ser!
¡Que tu testimonio no me sea adverso
y no te enfrentes conmigo en el tribunal divino.

No me abrumes ante el pescador de las almas,
pues eres mi dios que habitas en mi cuerpo,
el escultor que forma mis miembros.

De tu buen proceder todos saldremos ganando.

No manches nuestra reputación
ante el tribunal que a los hombres juzga.

Que nuestro nombre sea bello,
suene bien a quien lo oiga
y que agrade al juez!
No profieras mentira alguna contra mí en presencia de los dioses.

¡Ante Osiris, el dios magnífico y dueño de Occidente!
¡Serás ensalzado si ante él sales airoso de la terrible prueba!

El significado de estas líneas es harto claro. Ante el tribunal del infierno los difuntos de uno y otro sexo deben prestar declaración en
la que afirmen no haber cometido ninguno de los pecados y faltas que citan. Para reforzar la sensación de veracidad de esta confesión, se coloca en uno de los platillos de la balanza su corazón, y en el otro el símbolo de la verdad, una pluma de avestruz como la que Maat, diosa de la verdad, lleva en la *cabeza.*

A fin de precaverse contra la posibilidad de cualquier testimonio desfavorable del verdadero corazón y por ende de una sentencia fatal, se *reemplaza* éste por un símbolo de piedra en forma de escarabeo, asegurándose el feliz resultado de la causa mediante la inscripción de la fórmula transcrita cuyo poder mágico no admite duda.

No puede decirse que el procedimiento, muy humano, sea total-

mente irreprochable. Pero es que, además, con un ardid se aspiraba también a liberarse de las tareas campestres que a todos esperaban en la otra vida para subvenir a las necesidades propias y a las de los dioses. Este detalle demuestra hasta qué punto el ciudadano egipcio, a partir del Imperio Nuevo, se desentendía de la vida rústica. A cada día del año corresponde una de aquellas estatuitas funerarias de piedra, madera o tierra esmaltada que conocemos bajo el nombre egipcio de *ushebtis* (respondientes), las cuales asumían los trabajos de laboreo que normalmente incumbían al difunto. Por eso se provee a esas figuritas momiformes con azadones y bolsas de semillas. Solamente las que reemplazan a un soberano llevan las insignias reales tradicionales. La inscripción que generalmente se grababa en la base del torso es una invocación que les dirige el difunto:

¡Oh Ushebti! Cuando llegue mi turno y se me designe para las tareas que se llevan a cabo en los infiernos... y sea convocado en cualquier momento para sembrar los campos, para regar la llanura, para transportar arena de la orilla oriental a la orilla occidental, tú dirás en mi lugar: ¡Heme aquí!

Otro grupo de objetos a menudo preciosamente labrados en oro, hialita, cornalina, lapislázuli y otras materias suntuosas, servían de amuletos que daban suerte a los vivos de alta alcurnia, según *parece* desprenderse de los magníficos hallazgos realizados en la tumba de Tutankamon. En la mayoría de las hermosas alhajas de este tesoro deslumbrante, en anillos, brazaletes y adornos de todas clases, se reproducen escarabeos maravillosamente cincelados, inmóviles los unos, volando los otros, y algunos en actitud de empujar ante sí el disco solar o el disco lunar. Muy especialmente, los que se llevaban solos en dijes o ensartados en collares entusiasman al visitante que los contempla expuestos en las vitrinas del museo cairota.

Lámina color III

Nos parece casi salida de la mente de un moderno ministro de propaganda la idea que tuvo el rey Amenofis III. padre de Ecnaton, de esparcir por el reino las noticias de la corte haciéndolas grabar en grandes escarabeos de piedra, algo bastos por cierto.

En uno de ellos podemos leer el anuncio de la boda del joven monarca con Teya, muchacha discreta e inteligente, pero que no era de linaje real. A los nombres de la real pareja siguen, sin comentario ni título alguno, los de los padres de la futura reina:

Amenofis III Nebmaré y su alteza la reina Teya
— ¡que muchos años viva! —
El nombre de su padre es Juya,
y el de su madre Tuya.

Es la esposa de un poderoso rey
cuya frontera sur hasta Kari llega
y por septentrión con Mitani-Naharina linda.

En otro escarabeo se celebra la entrada de una princesa mitani en el harén real al cumplir el rey los diez años:

Le han ofrecido al rey una maravilla.

Gilukepa, hija del príncipe de Naharina-Suttarna,
reina del harén,
tres cientos diez y siete mujeres la rodearán,
entre sirvientas y cortesanas.

Mandó construir su majestad un lago
para su real esposa Teya— ¡que muchos años viva!
en su propiedad "Disipador de las Tinieblas".

3.700 codos de largo y 700 de ancho.

Su majestad celebró el 16-111
la inauguración solemne del lago.

Su majestad lo surcó
en el navío real "Atón ilumina".

Como esta inscripción lleva fecha del primer día del III mes del undécimo año de su reinado, parece que los grandiosos trabajos para la creación de este lago artificial de recreo se realizaron en el corto espacio de 16 días.

Unos escarabeos-mensajeros puestos en circulación por este faraón entusiasta de la caza y de la buena vida, relatan las peripecias de una batida organizada en el segundo año de su reinado, durante la cual se cobraron 76 toros salvajes; y otros mencionan la muerte de 102 leones "de mirada furiosa" en el curso del primer decenio solamente. Es de creer que estas gacetas palaciegas de piedra debían de "editarse" muy rápidamente y tirarse en un gran número de ejemplares para que las noticias llegasen a conocimiento de todo el país. Probablemente se preparaba un molde cuyo texto podía reproducirse en gran escala en légamo y arcilla.

La gran mayoría de los escarabeos que han llegado hasta nosotros son tallados, como hemos dicho, en esteatita gris-blanca, recubiertos primitivamente con un *barniz o* esmalte y, a semejanza de nuestros sigilos, en su parte inferior, de forma pulida y llana, se grababan signos diversos, imágenes u ornamentos. Seguramente se utilizaban como sellos.

Estos escarabeos eran taladrados en el sentido de su eje mayor, lo que hace suponer que habitualmente se llevaban suspendidos de un cordón o que podían hacerse girar en la sortija en la que se montaban como chatones. Todavía se conservan algunos ejemplares. A veces el anillo lo constituye un alambre que atraviesa la piedra, y las dos extremidades se detienen en espiral a la entrada de los dos orificios.

Se conocen sellos egipcios todavía más antiguos, que no tenían la forma de escarabeo.

En la Época Arcaica y durante el Imperio Antiguo se utilizaba de preferencia el sello giratorio constituido por un pequeño cilindro de hueso, marfil, madera o piedra, que actuaba como un minúsculo rodillo compresor imprimiendo sobre la materia blanda, légamo o arcilla, las inscripciones grabadas en su superficie.

Los sellos giratorios fueron conocidos desde muy antiguo en Babilonia, de donde se difundieron poco a poco por todo el Próximo

Oriente. Su glíptica alcanzó tal perfección en el período de la civilización sumerio-acadia que ni Egipto, con toda su maestría y superioridad artística, jamás consiguió, ni con mucho, igualarla, en el curso de todas sus transformaciones históricas. Se cree, por consiguiente, que debe buscarse en Mesopotamia el origen del sello giratorio, tanto más cuanto que algunos animales fabulosos de cuello largo, con cabeza de bestias de presa, representados en algunas paletas de pizarras de tocador pertenecientes a reyes de las primeras dinastías egipcias, corresponden exactamente a los que figuran en los sellos giratorios mesopotámicos del período anterior llamado Djemdet-Nasr. Sin embargo, parece por otra parte que puede seguirse fácilmente en el arte egipcio la evolución del cilindro-sello a partir de eslabones tubulares que tenían el carácter de amuletos.

Esta clase de cilindros-sello se mantuvieron en Egipto hasta el fin del Imperio Medio y se han encontrado modelos parecidos que se remontan al año mil a. d. J.

A últimos del tercer milenio empezó a utilizarse también el sello-botón redondo, generalmente de esteatita o de marfil, rematado por un asidero horadado. Esta forma orbicular era desconocida hasta entonces en el Valle de los Reyes. Los signos y las imágenes grabadas en la superficie inferior en su gran mayoría nada tienen de egipcio. En cambio, esta forma de sello es típica de la cultura cretense de la misma época, y con toda seguridad pasó de Creta a Egipto.

Pero las características exóticas no solían durar en el Valle del Nilo, y poco a poco este sello redondo se convirtió en oval; durante cierto tiempo aparece un tipo de cauri y hacía las postrimerías del Imperio Antiguo algunos surcos sugieren ya los lineamentos del insecto sagrado, el asa desaparece y la perforación se sitúa en el mismo cuerpo del sello.

Esta característica persiste a lo largo del Imperio Medio hasta el apogeo del Imperio Nuevo, cuando ya predomina una forma más realista del escarabeo. La cabeza es relativamente pequeña, los élitros al principio apenas insinuados, igual que las patas. Esta fórmula somera tiene por lo menos sobre la reproducción más refinadamente exacta en boga a partir de la época de Sesostris I, la ventaja de ser más adecuada a su función. En efecto, la arcilla

sobrante tiene menos tendencia a desvanecer el trazo del entalle, evitándose así la forma de una costra pétrea difícilmente eliminable.

No ha podido aclararse satisfactoriamente por qué motivo en el primer período intermedio, poco antes de la restauración del estado llevada a cabo por Mentuhotep y los poderosos faraones de la XII dinastía, la media perla oval de la parte superior del sello evoluciona hasta reproducir con gran fidelidad el escarabajo sagrado, pero es probable que en esta transformación debieron de intervenir razones mágico-religiosas. Y sin embargo, no puede asegurarse que el dios-solar Khepri en forma de escarabajo desempeñara por entonces un papel importante en el panteón egipcio, pues se le encuentra raramente aún en los monumentos y en los sellos aparece casi exclusivamente como jeroglífico. Puede que en el fondo se deba más que nada a la homonimia, va mencionada, entre el nombre del dios y la palabra que significaba 'cambiar", "nacer", "existir", "formar". Quizá la forma del sello-escarabeo responda, pues, más al sentido literal que a un símbolo religioso. Tal vez debamos atribuir su difusión al hecho extraordinario de que con una simple presión se obtenía una imagen estupenda. También pudo ponerlo Sesostris I en circulación al hacerlo figurar en su nombre de entronización. En todo caso no tengo noticia de ningún escarabeo real anterior reproducido con tanta fidelidad.

Mientras el tipo de sello de transición correspondiente a las dinastías VII hasta la IX presentan ornamentos laberínticos así como dibujos geométricos sencillos y formas poco delicadas, los verdaderos escarabeos primitivos se caracterizan por una línea media que divide en dos su parte inferior a la que dan un aspecto heráldico los jeroglíficos que la cubren dispuestos simétricamente.

A menudo son signos de buen agüero.

A estas imágenes se añaden motivos meramente ornamentales, en los que espirales, trenzas y anillos concéntricos llevan la parte principal, en combinación a veces con vegetales y animales simbólicos. El adorno espiral confiere un hálito egeo en la estética egipcia, y se encuentra a menudo en las joyas más preciosas del Imperio Medio. "Las islas que están en medio del mar" y el tesoro temático de su orfebrería ejercieron sobre el arte egipcio hasta muy entrada la época tutmosida una influencia considerable, que incluso los

egiptólogos no siempre valoran como es debido. En un escarabeo encontré una reproducción exacta de la figura geométrica de las cícladas. Por más que el espiral aislado figure ya en la ornamentación de tarros de terracota predinásticos de la segunda civilización de Negada, los arabescos artísticamente entrelazados de los sellos escarabeiformes del Imperio Medio no parecen ser de origen egipcio. Por otra parte, los nombres de particulares inscritos en escarabeos de la XII dinastía a menudo están rodeados de espirales. Este adorno aparece de nuevo en la XXV dinastía núbica durante la cual estuvieron por algún tiempo de moda ciertos motivos artísticos arcaicos.

Sabido es que el decadente Imperio Medio conoció un final prematuro a manos de los invasores asiáticos, los cuales a su vez dejaron un gran número de escarabeos, tanto en forma de sello como de amuleto, fácilmente reconoscibles.

La característica principal de estos llamados "escarabeos-hicsos" radica en su adorno en forma de hoja de palmera y tienen su equivalente en los sellos cilíndricos asiáticos — particularmente en los de las primitivas formaciones de Sendjirli — los cuales solamente fueron conocidos durante esta época en Egipto. Los nombres de los príncipes Hicsos, entre ellos Khian, Chendjer, Jacob-her o Jacob-el, Anat-her y 3 Apofis, solamente han llegado hasta nosotros en los sellos escarabeiformes. Algunas veces están rodeados de adornos que aparecen también en otros sellos anónimos.

Los sellos provistos de "hojas de palma" muestran generalmente grabadas en la base combinaciones de figuras enlazadas con jeroglíficos egipcios sueltos, no siempre fáciles de descifrar. Se nota que existía cierta preferencia por los leones terminados en cola de serpiente agachados o caminando, que nada tenían de egipcio. A veces eran seres humanos dispuestos sin orden o prelación, como si se tratase de llenar el espacio, como fuere. Estos motivos que ninguna relación parecen tener con los de la época precedente del Imperio Medio, muestran tendencias de origen asiático, mientras que los escarabeiformes siguen, en parte, la tradición egipcia, de la que a veces se apartan para vulgarizarse.

¿Quién fabricó en Egipto tan considerable número de sellos hicsos y quién los utilizaba?

Como se trataba de una tradición egipcia, es de creer que al principio por lo menos los producían los egipcios pero adaptándolos al gusto de los asiáticos; puede que se suministrasen sólo los escarabeos para que los extranjeros estampasen en los sellos sus propias inscripciones. En todo caso, su zona de expansión parece limitarse del Delta hasta Menfis, o sea que corresponde casi al territorio ocupado por los invasores. Si se tiene en cuenta que todo el arte hicso era tributario de la tradición egipcia, y que carecieron de un estilo artístico propio, las deformaciones que ellos aportaron al sello escarabeiforme tradicional son los únicos ejemplos que poseemos de su originalidad, y en esto radica precisamente su interés histórico. Algunas de sus tendencias religiosas y culturales resurgieron durante la XIX dinastía, en particular bajo Ramsés II, la cual según parece era originaria de la región de la antigua residencia hicsa de Avaris-Tanis. Esta misma XIX dinastía mantuvo el culto al dios Set-Suteck adorado por los "reyes-pastores" y favoreció abiertamente las influencias asiáticas en la moda egipcia de la época.

Mientras que, por lo general, los sellos-cilindro llevan solamente el título oficial de su dueño, en el curso del Imperio Medio, y más aún en el Imperio Nuevo, salen a relucir sellos escarabeiformes marcados con los nombres más diversos, acompañados a veces del signo distintivo del escriba lo que induce a creer que eran utilizados en las secretarías. Como es natural, aparecen cada vez con más frecuencia los nombres de los faraones a partir de los prodigiosos hechos de armas que aseguraron a los reyes de Tebas la hegemonía mundial.

A ningún soberano se cita más a menudo y en contextos más variables en los entalles de los sellos escarabeiformes que al gran Tutmosis III, guerrero enérgico y clarividente organizador.

Estos escarabeos reales no son en realidad sellos imperiales, ni siquiera propiedad de la realeza; son simplemente un signo de la popularidad de ciertos faraones y de las casas reinantes; la prueba de la
unión espiritual entre el soberano y sus súbditos. Como la fantasía popular rodeaba pronto los nombres de los monarcas poderosos de una aureola mágica y bienhechora, los sellos que llevaban grabados sus nombres se convirtieron muy pronto en amuletos.

Bajo el reinado de los Tutmosis la reproducción anatómica del escarabeo gana en exactitud. Las patas ya no están pegadas al cuerpo del animal, que así parece más alto y apoyado en ellas. La cabeza y el orificio anal se refuerzan para evitar que se resquebrajen los extremos frágiles de la pieza. Se inicia la costumbre de entallar el principio de los élitros, ahora ya claramente dibujados, de modo que en los bordes exterior y superior resulten pequeños triángulos con la punta hacia abajo. Este tipo subsiste, con alguna que otra ligera alteración impuesta por las modas y los gustos imperantes en las distintas épocas, hasta llegar al ocaso de la civilización egipcia.

Los objetos del apogeo del Imperio Nuevo son a menudo de singular belleza y perfección, destacando por la armonía con que se combinan en ellos imágenes e inscripciones. De ahora en adelante los signos jeroglíficos ya no se graban como antes simplemente sin más ni más, sino que ya se cincelan en relieve. Aparecen en primer término los reyes y sus familias, luego las divinidades bienhechoras y por fin los símbolos del culto. Vemos al faraón tocado habitualmente con la corona azul en forma de casco en su carro de combate, en su litera o en su balcón de audiencia, en todo su esplendor, aplastando con su maza a los enemigos hereditarios de Egipto, luchando, *cazando* u orando, con frecuencia situado ante un obelisco o un cinocéfalo consagrado al dios Thot. No es ninguna rareza el que su nombre sea adorado por animales divinos o le acompañen símbolos sagrados. Algunas veces se le representa entre dioses solares que le ofrecen manojos de palmas, que son el emblema de innumerables años de reinado.

Así vemos cómo el material hallado nos ilustra sobre la mentalidad de un período que en muchos aspectos cuenta entre los más diversos y fecundos de la historia del país, y percibimos reflejos del gusto artístico y delicado de una época que llenó palacios y templos de bajorrelieves de grandiosidad y audacia nunca vistas hasta entonces.

Al término de la XVIII dinastía la cerámica va adquiriendo cada vez más importancia y la capa reluciente de esmalte coloreado que la recubre es uno de los grandes progresos de aquellos tiempos. No abundan los escarabeos de Amenofis IV - Ecnaton y sus sucesores inmediatos adictos a la herejía de Atón. Sin duda Haremheb,

restaurador del antiguo orden político, religioso y militar, los mandaría destruir, o puede también que el pueblo se deshiciera de ellos espontáneamente por considerarlos maléficos al reanudarse el culto de los antiguos dioses.

El acabado de los escarabeos pétreos de la XIV dinastía es ya más realista y va pareciéndose más a su modelo original. Su cuerpo hasta entonces relativamente liso se abomba. Las patas que a menudo presentan finísimas estrías alcanzan mayor longitud y los miembros quedan generalmente, a partir de la base, radicalmente separados, de modo que soportan solos el cuerpo del insecto. Se introducen nuevas variedades, por ejemplo, sellos de piedra que tienen el aspecto de un pequeño escarabeo con asa, montado en vigorosas patas encorvadas hacia fuera y que en definitiva constituyen una regresión al modelo antiguo. En un texto literario de la época de Ramsés II hallamos una precisión interesante. En un gran informe conocido con el nombre de *Papyrus Harris,* de Londres, dice el rey que ha mandado distribuir millares de sellos y todo hace suponer que se trata de sellos escarabeiformes.

Luego disminuye visiblemente el número de escarabeos, pero sólo para recibir nuevo impulso bajo los soberanos etíopes de la XXV dinastía, que así quieren aparecer ante sus súbditos como continuadores de la antigua tradición imperial. Como buenos provincianos que eran, en su empeño por *alcanzar:* el título glorioso de restauradores de la antigua *grandeza,* graban los reyes núbicos sus nombres al lado de los de los más famosos faraones de la época clásica en amuletos de cabeza de carnero y en enormes escarabeos tallados sin refinamiento y a menudo de proporciones bastas por no decir bárbaras, llegando incluso a idear escarabeos de tipo arcaico para inscribir en ellos el nombre de los reyes constructores de las pirámides, siendo así que éstos no llegaron a conocer los sellos escarabeiformes.

Los escasos escarabeos de la época saita son generalmente pequeños, de hechura delicada y de extrema claridad, con inscripciones limpiamente cinceladas. Las piernas son cada vez tratadas con mayor soltura y el abdomen es a veces de apariencia ligeramente bulbosa.

Después de la XXVI dinastía va disminuyendo poco a poco el número de sellos de esteatita esmaltada y en su lugar se producen

cada vez más los sellos de bronce y escarabeos-amuletos de piedras preciosas. Los escarabeos de las épocas persa y griega parecen haber sido usados casi exclusivamente en las tumbas. Se prescinde de la función que como sello tenía la parte inferior, y en cambio el vientre del escarabeo se modela con un realismo sorprendente. Al suprimirse la perforación longitudinal, estos pequeños escarabeos de granito, basalto y también de cornalina pueden considerarse como los últimos representantes de la larga sucesión de los escarabeos-corazón.

Estos diminutos símbolos, tan característicos de la cultura del Antiguo Egipto, eran ya conocidos en la cuenca del Mediterráneo bajo la XII dinastía. Durante la época minoica tardía los escarabeos de esteatita del Imperio Nuevo, particularmente los de Amenofis II y los de su esposa Teya, estuvieron muy en boga en Creta y en las islas del Mar Egeo, y es de suponer que mientras no existió contacto directo fueron introducidos por los comerciantes sirios y fenicios.

Reinando los faraones helenizantes de la XXVI dinastía, la factoría milesia de Naucratis, no lejos de la desembocadura del Nilo, no solamente exportaba lindos escarabeos azul-pálidos sino que producía también una gran variedad de cerámicas al gusto helénico, cuyo distintivo era a menudo un pequeño cuño circular. La superficie del sello llevaba grabados temas griegos, tales como hipogrifos y esfinges de tipo helénico. Durante el siglo VII y a principios del VI antes de Jesucristo la importación de imitaciones naucratenses cubría por lo visto las necesidades del mercado griego, pero posteriormente en la Helada estricta, así como en toda Grecia, empezaron a producir sus propios escarabeos tallados generalmente en cornalina y adornados con dibujos de temas del país.

Ya hemos mencionado que los etruscos, que desde muy antiguo estaban en buenas relaciones con los egipcios, habían imitado asiduamente el escarabeo sagrado. Con las últimas y a menudo bastardeadas reproducciones etruscas fue extinguiéndose la especie para no reaparecer ya hasta muchos siglos más tarde al conjuro de los falsificadores de antigüedades.

En verdad puede afirmarse que no abundan los insectos que hayan hecho una carrera tan notable como nuestro escarabajo pelotero

Ateuchus sacer.

Todavía se arrastra por las dunas de arena rojo-amarilla del desierto egipcio, o por las noches, cuando están en celo, rebota ruidosamente por la cubierta de los barcos de la agencia Cook que surcan el Nilo, haciendo estremecer a los felices turistas de uno y otro sexo.

El esplendor de la civilización faraónica pertenece ya al pasado y sólo las ruinas de sus antiguos templos, las estatuas mudas de sus monarcas, y las gigantescas pirámides proclaman aún su extinguida grandeza...

Pero el escarabajo continúa idéntico a sí mismo, como tampoco ha variado el halcón que se balancea en el azul profundo del cielo de Egipto, o la cosecha que surge del riego del Nilo sagrado y el eterno *fellah* que cultiva sus campos, impasible e indiferente al paso de las civilizaciones que nacen y desaparecen a su alrededor.

Imagen 41

Imagen 42

Imagen 43

Imagen 44

Desde entonces en nada ha variado la forma del escarabajo sagrado y tal como nosotros lo vemos ahora ante nosotros, con afilados dientes de quitina y delgadas patas delanteras, así hubiera podido servir de modelo al escultor oficial que unos mil trescientos años antes de Jesucristo lo inmortalizó al cincelar su imagen en la pared a la entrada de la tumba del faraón Setos I.

MARAVILLAS TÉCNICAS DEL ANTIGUO EGIPTO

EL término *técnico* solamente puede emplearse con ciertas precauciones cuando se trata de las obras de los pueblos de la antigüedad.

La sensibilidad de los hombres primitivos, sus realizaciones, su manera de pensar no puede compararse a las nuestras sin más ni más. Su nivel cultural no es el nuestro, el ideal que se propusieron inmortalizar en sus gigantescos monumentos nos es difícilmente asequible, y si en el fondo no parece que el hombre se haya transformado esencialmente en el transcurso de los pocos milenios que abarcan nuestros conocimientos de la historia, no por eso el movimiento de constante evolución que su propio genio imprimió al universo que le rodea dejó de *ejercer* profunda influencia sobre todas sus categorías mentales.

Este fenómeno no es exclusivo de los pueblos del Antiguo Oriente, sino que es también válido en el caso de los griegos, cuya civilización, no lo olvidemos, constituye el fundamento de nuestra existencia espiritual. Basta releer textos de Heródoto o de Aristóteles para cerciorarnos de la distancia que de ello nos separa, a pesar de las efusivas afinidades que a su pasado nos unen, pues ellos perciben, argumentan y formulan basándose en normas que son las nuestras pero que por otra parte ya no lo son. Al lado de rasgos que nos son familiares, que adoptamos porque representan valores humanos eternos, nos encontramos a cada paso con lo extraño, insólito, inconcebible...

El hombre primitivo era intuitivo y perpetuaba su personalidad sobre todo en obras plásticas. En muchos aspectos sus sentidos eran más despiertos que los nuestros, y más que nosotros sentía el impulso de ocuparse de cosas tangibles y concretas. Para nosotros la imagen y la escultura son productos derivados de nuestro pensamiento, de los que podernos prescindir perfectamente. Para el griego, en cambio, la reproducción era más importante que su efímero modelo.

El itinerario del hombre moderno, deslumbrado por el centelleo de incesantes reflexiones, conduce a la abstracción. La vida de los antiguos— según certera expresión de Jacob Burckhardt — puede resumirse en una palabra: *ser,* mientras que para la nuestra debemos

echar mano de otra más prosaica: *hacer,* y esto en el mejor de los casos, pues no excluye que a menudo nuestra actividad se reduzca a un simple experimento sin la menor probabilidad de éxito.

El hombre antiguo era ante todo un artesano en el mejor sentido de la palabra, y ahí radica el secreto de su valor y de su felicidad. Con los siglos su llamémosla actividad orgánica ha ido cediendo paso a otro tipo de actividad: la mecánica. La máquina antihumana ha reemplazado a la mano y no es otro el origen de la crisis de la cultura moderna y de la gran neurosis colectiva que hace estragos en todo el mundo.

También la Antigüedad poseía sus máquinas, aun cuando tal vez fuera más adecuado hablar de herramientas combinadas, las cuales no estaban desprovistas de ingenio y eficacia. El hombre paleolítico disponía ya de una serie de instrumentos para ahorrarse tiempo y esfuerzo en su trabajo, pero todos se basaban en la simple aplicación de leyes naturales evidentes. La palanca, el torno y la garrucha se ofrecen en cierto modo a la experiencia alerta. El hecho innegable que todos los inventos antiguos fueran fruto del azar y del empirismo y que fuesen aprovechados empíricamente, no rebaja un ápice su mérito. Al fin y al cabo no tienen otro origen la mayoría de las grandes realizaciones que son el orgullo de nuestra época.

Pero entre el barreno del carpintero prehistórico y la perforadora mecánica del obrero moderno media un abismo, y este abismo deja sentir su influencia en las relaciones entre el hombre y la máquina. Sería no sólo vano sino también harto injusto el querer comparar los inventos de una y otra época para hacer resaltar la gran superioridad de los nuestros. Existe entre todos un misterioso equilibrio que no debemos hacer objeto de nuestras críticas, sino que, como Goethe, debemos venerarlo como una de las evidentes revelaciones del ideal más elevado.

Las vasijas de tierra cocida del Egipto arcaico son perfectas, como también lo eran los arcos de los antiguos pueblos del Asia, la cacharrería y las lacas del Extremo Oriente, las gemas y camafeos de Grecia, los acueductos y las carreteras de Roma. Ahora seríamos en todos los aspectos más exigentes, pero esto nada tiene que ver, pues en sus respectivas épocas todas esas realizaciones pudieron ser consideradas como obras maestras, y lo fueron merecidamente.

Ahora no nos detenemos a considerar que el logro de un metal a partir de una materia sin la menor apariencia metálica, sobre todo de la malaquita, que es el mineral del cobre, es uno de los acontecimientos más trascendentales del genio inventivo del hombre primitivo, pues prácticamente puso un término a la edad de piedra. La principal reserva de cobre la poseían los antiguos egipcios en la región del Sinaí, y el relieve rupestre más antiguo que menciona las expediciones egipcias a dicha montaña para extraer tan importante materia prima, fue erigido a la memoria del rey Semempses, penúltimo soberano de la I dinastía. Las necrópolis prehistóricas del Alto Egipto no nos permiten dudar de que el habitante del Valle del Nilo utilizaba ya objetos de cobre en la época de la primera civilización de Negada, o sea unos 5.000 años antes de J. C. Si se tiene en cuenta que el mineral de cobre no se funde hasta los 1.083 grados, el que se atreva a producir semejante temperatura utilizando para ello un simple fuelle de herrero se descubrirá seguramente ante este resultado que abrió una nueva era en la historia de la humanidad: la calcolítica.

Ningún escultor moderno será capaz de sacar provecho de todas las cualidades latentes en la piedra como lo hacía un simple obrero lítico nacido en el Delta del Nilo muchos siglos antes de J. C. Lo cierto es que un larguísimo contacto con la materia prima, la piedra, había familiarizado al hombre primitivo con ella hasta un punto difícilmente imaginable para nosotros. Llegó a conocer la piedra mejor de lo que ningún cirujano moderno conoce la anatomía y la fisiología del cuerpo humano. ¿Cuántos habrá, entre los escultores modernos, que escojan directamente el material en la propia cantera y acometan, mazo y cincel en mano el basalto, la diorita, la obsidiana o el esquisto metamórfico duro como el hierro? ¿Quién logra actualmente dar a los diminutos objetos de cerámica la capa de *barniz* inalterable de los egipcios, cuya perfección continúa siendo un enigma para nuestros especialistas? Éstos no han podido todavía ponerse de acuerdo sobre la composición de la pasta de los pequeños utensilios de loza de los egipcios. Y difícilmente encontraríamos un orfebre, en este siglo XX, capaz de competir en habilidad con los del siglo XX antes de J. C. que labraron las magníficas alhajas para las princesas de la XXII dinastía.

La construcción de las dos formidables pirámides de Keops y de

Kefrén, cerca de Gizeh, y la colocación de los millones de bloques de piedra de sillería enteramente lisos, de más de un metro de lado, que las recubren, no lo consideramos ya como una de las más destacadas maravillas de la técnica egipcia.

El intrincado proyecto de disponer a través de las grandiosas moles toda clase de pozos, cámaras y galerías destinadas a facilitar las evoluciones del alma del dios-rey alrededor de las estrellas circumpolares, todavía ocasionaría muchos quebraderos de cabeza a los arquitectos modernos, pero basándonos en las descripciones de observadores contemporáneos de dichas obras y en el resultado de investigaciones recientes, podemos en cierto modo hacernos una idea de cómo pudieron realizarse.

El enigma de la gran esfinge tampoco radica en el inmenso esfuerzo que supone la construcción de su imponente figura. Su tallado del bloque gigantesco de una cantera calcárea constituye una obra colectiva imponente, pero nada más. En todos los casos los constructores de aquellos tiempos tenían a su disposición cantidades ilimitadas, fabulosas, de brazos humanos, de braceros animados a no dudar de místico entusiasmo. Por otra parte es evidente que el clima egipcio no es muy favorable a los trabajos físicos duros y esta circunstancia realza nuestro respeto por la capacidad y la habilidad de los antiguos peones egipcios, aun cuando entre en lo posible que el Antiguo Egipto disfrutara realmente de mejores condiciones climáticas que el actual. Tenemos demasiada tendencia a imaginarnos a los orientales con el narguilé y la caña de azúcar, dominados por la abulia más absoluta. No olvidemos, sin ir más lejos, las gigantescas construcciones de los canales de Mohammed Ali y de Suez y el enorme esfuerzo físico que supone para el *fellah* el cultivo de sus parcelas regadas artificialmente, cuya cosecha sólo en parte le pertenece.

Los problemas que plantean las maravillas de la técnica egipcia son otros.

Hacia las postrimerías del neolítico se disponía en el Valle del Nilo, donde se conocía ya el cobre, de una serie de procedimientos y de tradiciones artesanas que sobrepasan, y con mucho, las de los países nórdicos europeos de la misma época. Así por ejemplo, son únicos en el mundo los cuchillos planos de sílex de la necrópolis del Egipto Medio de Abusir el-Melek.

Podemos admitir sin mengua de su mérito, que sus procedimientos de fabricación eran ya más industriales que artesanos, pero tanto si los dispositivos por ellos ideados eran de madera, de piedra, de cobre o de hueso, como formados por un tendón, todos eran de una eficacia que hoy todavía nos causa asombro. De todos modos, como actualmente en la vida práctica bien raramente debemos enfrentarnos con la piedra, tenemos tendencia a exagerar las dificultades inherentes a su manipulación y a su trabajo. Algo que a primera vista nos parece poco menos que imposible, la perforación de un pedernal, no era entonces ningún problema insoluble para el obrero lítico. Los métodos de tallado, retocado y pulimentado eran muy perfeccionados para la época remota que nos ocupa. Ya he mencionado que el cazador primitivo de las estepas era muy hábil en la reproducción en sílex de siluetas de hombres y de animales. Pero todavía era capaz de algo más sorprendente, según demuestran los hallazgos que se guardan en la colección egipcia de los museos de Berlín; su obra maestra eran unos pequeños brazaletes de sílex tan bien bruñidos que parecen de metal.

No podemos sino descubrirnos ante estas reliquias enigmáticas de un arte desaparecido.

Ensayos realizados recientemente han puesto de manifiesto que para los trabajos líticos podía sacarse un gran partido de perforadoras rudimentarias de materia orgánica. Un buen ejemplo lo tenemos en el uso que de ellas hacen las tribus primitivas, sobre todo en Australia y en las Islas del Pacífico. El museo Antiguo de Berlín posee un modelo de perforadora prehistórica, cuya punta de ataque consiste en un bastón hueco de madera al que una cuerda de arco imprimía un movimiento de rotación. Con el esmeril que producía dicha rotación, se conseguía taladrar una placa de piedra dura situada debajo y luego se retiraba fácilmente de dentro de la herramienta el cilindro de piedra que constituía el centro del orificio. La perforadora de uso corriente en el Antiguo Egipto, que encontramos representada en muchos relieves y en el signo jeroglífico *hm,* es una vara con manilla, *cargada* con bloques de piedra y que en su parte interior termina en forma de dos dientes que con seguridad debían de encajar en una barrena de piedra cónica o semiesférica. Al borde de muchas de las barrenas que se han encontrado suelen existir dos entalles para sujetarlas. Como medio de ataque adicional se utilizaban polvo húmedo de cuarzo y

otros abrasivos. Las imágenes de la época nos permiten hacernos una idea de cuál era su funcionamiento: la piedra mantenía el aparato en continuo movimiento giratorio y taladraba un canal, cuya curvatura al final debía corresponder al hueco del abombamiento del taladro. En algunos vasos tratados simplemente puede observarse este procedimiento, pero ya es mucho más difícil imaginarse cómo se las componían para producir el vaciado panzudo en vasos de piedra dura y de gollete angosto. Algunas de las vasijas de basalto más antiguas que se han encontrado presentan en el interior trazas de anillos concéntricos desproporcionados. Si en un principio las estrías eran algo toscas y estaban trazadas a distancias irregulares, en las vasijas de la segunda civilización negadiense se regularizan las proporciones y el acabado interior es perfecto. ¿Cómo lograban que la fresa se ensanchara para dar al interior la forma exterior redondeada? ¿Se introducía la fresa verticalmente y poseía un juego suficiente para permitir que el obrero dirigiese el ataque a la piedra en cualquier dirección deseada? En un gran jarrón inacabado de granito, tal vez prehistórico, que se conserva en Berlín, y en el fragmento de otro de una colección privada cairota, existen una serie de perforaciones transversales en la superficie interna. Las partes intermedias se eliminaban cortándolas con el cincel y luego se pulimentaba la superficie interior. Los numerosos orificios que se practicaban en muchos objetos, tales como en las paletas de afeites de pizarra en forma de animales, particularmente para introducir un cordón o un ojal de hueso, demuestran el gran dominio que del taladro poseían los artesanos de la civilización egipcia prehistórica.

Todas estas manifestaciones de la industria humana representan un trabajo inmenso, quien lo duda, y también mucho tiempo.

Pero, a mi entender, todo ello entra en lo posible y puede repetirse. En cambio, debo confesar que aquellas maravillosas copas grandes de diorita, de los albores del Antiguo Imperio, escapan a mi comprensión, pues no acierto a explicarme el procedimiento empleado en su elaboración.

En diversos museos de Europa y América se guardan ejemplares de estas piezas magníficas. Yo mismo exhumé una serie de fragmentos importantes bajo las arenas y entre los escombros de la necrópolis arcaica cerca de la tumba de Djoser en Sakara, y cuanto más los examino tanto más crece mí admiración hacia sus

creadores.

Esta materia noble y traslúcida es de una dureza extraordinaria y *gozaba* de especial predilección precisamente en aquella época memorable para la que ningún proyecto resultaba bastante *audaz* ni demasiado grandioso, y que acumuló un patrimonio artístico de formas arquitectónicas, alhajas y símbolos de los que vivieron tres milenios de tradición figurativa. Es de color verde pálido, unas veces blancuzca y otras oscura, casi negra, y más o menos salpicada de manchas de negro *azabache.* Su pasta es muy homogénea, densa, lisa y vítrea.

Es en este magnífico material que está esculpido el rey Kefrén, el constructor de la segunda pirámide de Gizeh, sentado en el trono, al amparo del halcón de Horus. Esta joya, conservada actualmente en el Museo de Antigüedades de El Cairo, es la representación más majestuosa que poseemos de un monarca egipcio.

Por otra parte, esta piedra, que tiene una dureza metálica y es de un valor artístico excepcional, procedía de muy lejos.

¿Quién podría explicarnos cómo se fabricaban con ella aquellos platos, copas y bandejas que se llevan la palma entre los más bellos utensilios de piedra de todas las épocas?

Infinidad de surcos microscópicos y concéntricos cubren la superficie interior con la precisión de un torno ultra moderno. Son tan regular y exactamente rayados, y la distancia entre uno y otro es tan ínfima, que solamente pueden reconocerse con lupa y aún con una iluminación apropiada y si pueden distinguirse es porque el bruñido de la cara interna no ha sido realizado con la misma intensidad que en la exterior, la cual no presenta la menor huella de filigrana artesanal. Todo hace suponer que se *trataba* de un torno... Sí, pero ¿con qué se *atacaba* la diorita, que a pesar de tener la dureza del hierro, en este caso parece haberse manipulado con la misma facilidad que si tuviera la blandura del jabón? Para ello, los egipcios de entonces disponían únicamente de piedra, cobre y arena abrasiva. El bronce apareció mucho más tarde y el hierro era todavía una rareza exótica quince siglos más tarde.

En cuanto al torno con el que podían fabricarse potes redondos de arcilla, todavía no se conocía o bien acababa de inventarse, y por

consiguiente es poco menos que imposible que este entonces novísimo procedimiento fuera ya utilizado en la fabricación de estas copas de piedra que son las más artísticamente perfectas, duras y frágiles que se conocen en el mundo.

Ni tan siquiera los escultores de la Época Tardía saíta, cuya habilidad está fuera de duda, y que no retrocedían ante ninguna dificultad, se atrevieron jamás a trabajar la diorita.

Para el adorno de los templos de las grandes ciudades del Antiguo Egipto existían dos clases de monumentos clásicos, ambos tallados en un bloque monolítico: los obeliscos y las estatuas de los reyes.

El obelisco era considerado como el trono del dios-sol que atravesaba diariamente el cielo. Es un gigantesco pilar cuadrangular cuyo volumen va reduciéndose ligeramente hacia la parte superior y acaba en punta piramidal. Antiguamente su extremidad se cubría generalmente con un casquete resplandeciente de metal bruñido, como plata dorada, cobre o una aleación cúprica. Por una base de 3 a 4 metros, los obeliscos suelen tener una altura de 30 a 40 metros, o sea que su altura es unas 10 veces superior a la anchura de la base. Solíase pulimentar toda la superficie, la cual se cubría luego de inscripciones en honor del soberano que lo había mandado erigir y del dios de la ciudad.

El nombre que damos a este trono del sol es una palabra griega de origen muy curioso, pues *obeliskos* significa ni más ni menos que asadorcillo". El dinero helénico primitivo, antes de la introducción de las monedas, circulaba a menudo en forma de barras, segures, hoces y lanzas, y mucho tiempo más tarde existía todavía una pequeña moneda redonda de cierto valor, el *óbolos,* que proviene de *obelos,* o sea "asador". El gramático Orion (hacia el año 360 después de Jesucristo) cuenta que el tirano Faidón, que reinó en Argos en el siglo VII antes de J. C, después de haber implantado el uso de la moneda redonda, hizo depositar, como recuerdo, en el templo de Hera en Argólida las monedas lanciformes que habían sido retiradas de la circulación, y, efectivamente, cuando se realizaron siglos más tarde excavaciones en el santuario del templo, aparecieron unas cuantas lanzas de 1,20 metros de longitud. Son tan delgadas que pueden asirse seis con una sola mano, y esto nos recuerda otra leyenda de la época clásica, según la cual la moneda helénica *dracma,* cuyo nombre significa "lo que

llena la mano", se llama así porque en una mano cabían seis óbolos, que era el valor de la dracma. Los egipcios designaban el obelisco con *mnw* y la pirámide pequeña en que remataban un obelisco con la palabra *benben,* que recuerda la antiquísima piedra erecta sagrada del templo del sol de Heliópolis, sobre la que el sol apareció por primera vez en el mundo.

Estos gigantescos monolitos proceden casi todos de las canteras de granito rosado de Asuán, de las que también se han extraído los bloques para construir los grandes diques modernos que regularizan el curso del Nilo. Allí quedó uno abandonado, sin terminar, unido todavía a la montaña, y el lugar se ve muy concurrido por los turistas, pues a pesar de yacer en el suelo, este gigante, ya casi acabado, invita a la reflexión. Un foso de 75 cm de ancho por cada lado lo aísla del resto del terreno.

Sabemos como se las agenciaban para separar enteramente de la cantera estos bloques inmensos. A cortos intervalos se introducían grandes estacas que al mojarse se hinchaban y los quebraban. En muchos grandes monumentos de piedra pueden observarse hileras de orificios semejantes en los que se introducían las estacas. Son cavidades profundas abiertas por pueblos enemigos o extranjeros, sin tradición artística alguna, que intentaban así aprovecharse del material labrado para utilizar los fragmentos en sus propios monumentos. De este modo se destruyeron templos y edificaciones grandiosas, pero los bárbaros que los derribaron se cansaron a veces mucho más que los maestros que los habían levantado.

Pero, ¿cómo lograban levantar de su profundo lecho esta ingente mole indivisible cuyo peso se calcula que *alcanza* las 1.200 toneladas? El problema se planteó y tuvo que ser resuelto satisfactoriamente innumerables veces, pues por no hablar más que de Ramsés II, este faraón hizo levantar, durante su largo reinado, bosques enteros de obeliscos. ¿Cómo conseguían trasladar hasta el Nilo estas enormes vigas de granito, a través de un paisaje escabroso e intransitable? Había que proteger a toda costa la punta y las aristas, pues todo hace suponer que para no transportar ni un quintal de peso superfluo, la piedra se trabajaba enteramente en la misma cantera.

Pero luego ¿cómo se alzaba y se depositaba en las barcazas especiales sin que éstas perdieran el equilibrio y se fuera todo a pique?

El Nilo discurre por un cauce extremadamente llano y sujeto a frecuentes cambios, con profusión de bajíos y bancos de arena, en los que a menudo encallan los barcos modernos a pesar de haber sido construidos para este recorrido. Estas gigantescas agujas de piedra eran transportadas centenares de kilómetros hacia el Norte, corriente abajo, por un río que en parte alguna acusa un calado considerable.

En un bajorrelieve del templo de la reina Hatsepsut, que ha fijado para la posteridad el procedimiento de tales transportes, vemos dos obeliscos uno al lado de otro en el puente de un mismo gran bajel. O sea que se embarcaban dos a la vez.

Las dificultades empezaban de nuevo con la descarga y la conducción a su destino definitivo.

Y ahora cabe preguntar: ¿Cómo lograban plantar, porque esta es la palabra, la aguja solar exactamente en el lugar del templo al cual estaba destinada, sin deteriorar para nada la fachada del torreón que de ordinario se alzaba inmediatamente detrás, sobre todo si se tiene en cuenta que los obeliscos se erigían por parejas, a intervalos rigurosamente regulares, pues los egipcios eran muy exigentes en cuestiones de armonías matemáticas?
Incluso admitiendo que se construían al efecto grandes rampas de ladrillos y que se elevara el obelisco por la parte baja hasta que su base, al llegar al final de la rampa, se hiciera tambalear para enderezarlo, ¿cómo les era posible situarlos en el sitio exacto previsto?

La erección de un obelisco debió de constituir cada vez un acontecimiento que ponía seguramente a prueba el temple y los nervios del o de los responsables. Como para burlarse de la posteridad, en un relieve del templo de Karnak se nos presenta la operación como un simple juego de niños. Vemos, en efecto, cómo el faraón Ramsés II consagra al dios solar Amón-Ra un par de obeliscos que iza su misma majestad sirviéndose de una simple cuerda sujetada a media altura.

La mayoría de la capitales adquirieron obeliscos egipcios mientras el tráfico estuvo permitido. Únicamente Berlín dejó escapar tan buena oportunidad. La antigua Roma poseía 13, uno de los cuales

tomo más tarde camino de Constantinopla. En los tiempos modernos, París, Londres y Nueva York ostentan con orgullo sus propios obeliscos. El de la plaza de la Concordia y el de Victoria Embankment, algo menoscabados por el humo y las heladas, contemplan a sus pies una época que les es extraña. El transporte y la erección de estos monumentos, tanto en la antigüedad clásica como recientemente, ha exigido esfuerzos considerables. Sólo los gastos del traslado del obelisco de Londres se calcula que se elevaron a unos dos millones de pesetas.

Las estatuas monumentales de los monarcas egipcios se erigían asimismo por parejas, e incluso en hileras ante los templos principales, a los dos lados del propileo. Otras se levantaban ante los mismos muros o entre las columnas del patio interior del templo.

Se sabe de muchas que tienen, o tenían, entre diez y veinte metros de altura, y ciertos fragmentos que de ellas se han encontrado, nos permiten creer en la existencia de estatuas de faraones todavía mucho mayores. En el patio del Rameseum — el inmenso templo divino y funerario del gran Ramsés, situado en la necrópolis de la orilla oeste de Tebas — existen la parte superior del cuerpo y restos de la *cabeza. de* una estatua colosal de este soberano, cuyas dimensiones apenas podemos imaginar. Debió de constituir un admirable bloque de granito graneado, de casi 18 metros de altura, con la anchura correspondiente, y probablemente estaba situada ante el segundo pilono del santuario. Los trozos que conocemos — el pecho, los brazos, un pie y otros vestigios — prueban una vez más con qué esmero había sido tallado y pulimentado este monumento a pesar de su gran tamaño. Véase sino las dimensiones de ciertas partes de su cuerpo:

Altura de la oreja	1,05 metros
Anchura de la cara	2,08
Anchura del pecho de hombro a hombro	7,11
Circunferencia del brazo a la altura del codo	5,33
Diámetro del brazo entre el codo y el hombro Longitud del dedo índice	1,46 1
Longitud de la uña	0,19
Anchura del pie entre los dos dedos extremos	1,40

Se calcula que este monolito debió de pesar, por lo menos, unas mil toneladas, y tal vez nos quedemos cortos.

Y no se crea que este coloso fuera único en su clase. Solamente en Tanis, la antigua ciudad del Delta, cuyo nombre era Avaris cuando en ella residían los Hicsos, y que más tarde se convirtió en la ciudad de Ramsés, existía toda una serie de estatuas monumentales, una de las cuales debió de alcanzar la altura *record de 27* metros. En Menfis, pero sobre todo en Karnak y en Tebas, existían verdaderos bosques de tales gigantes, todos construidos en piedra escogida, cada uno de ellos cuidadosamente esculpido hasta el último detalle, y pulimentado hasta sacarles brillo metálico. El acabado era tan perfecto que el ojo no percibía huella alguna del contacto de la mano creadora, y como si fuese un producto de la naturaleza, su misma perfección parece desmentir su origen humano. Hay que haberlo visto con los propios ojos para creerlo, pues nada en él recuerda ya el esfuerzo inmenso realizado para desprender el enorme bloque de la cantera y para transportarlo: el sudor, la fatiga, las lágrimas sin duda, y el rechinar de dientes, hasta colocarlo en el sitio elegido, amén de la interminable labor de cincelado y bruñido. Diríase que esas estatuas salieron así, ya terminadas, del dedo del creador, con el desierto, el cielo y las estrellas. Los egipcios tenían en mucho un acabado absoluto y perfecto.

En el palmar de Mít-Rahina, cerca de Sakara, sorprenden al viajero que visita la necrópolis de Menfis, y le producen una impresión inolvidable, dos estatuas caídas del gran Ramsés. Una de ellas, de granito, yace al aire libre y parece contemplar eternamente el cielo azul turquí a través del enrejado móvil que forman las ramas de las palmeras extendidas en abanico. Fue descubierto en 1888 y tiene ocho metros de largo, sin contar la corona que tiene dos; ésta se desprendió de la cabeza y se dejó algo apartada. Como de costumbre, los nombres y los títulos del soberano están grabados en los hombros, el pecho, el cinto y el brazalete; en el flanco izquierdo de la estatua un bajorrelieve presenta a la noble y altiva princesa Bint-Anat. El otro coloso, descubierto por Caviglia y Sloane, está bajo cubierto y para verlo se sube por una escalera de madera hasta una galería circular. Está esculpido en un magnífico bloque calcáreo de grano fino y de gran dureza. Antes de que desaparecieran sus piernas, su altura debía exceder los 13 metros. El rostro sonriente, suavemente modelado con su característica

nariz larga y ligeramente torcida, había contemplado a sus pies a Heródoto, si hemos de creer la descripción que de su visita nos ha legado el "padre de la historia". En el amplio cinto que rodea el desnudo cuerpo, está hundido un puñal adornado con dos cabezas.

Es muy posible que se refiera a la extracción de la hermosa piedra y a la fabricación de la estatua un texto de la época que ha llegado hasta nosotros.

Todos estos imponentes monumentos encarnan la potencia divina personificada por el soberano. A quien los ha contemplado una vez le es imposible olvidar a los famosos colosos de Memnón en el Alto Egipto, cuyas siluetas solitarias y mutiladas se recortan en la fértil campiña tebana sobre el fondo de la montaña de los muertos. Se trata de sendas estatuas de Amenofis III, faraón de la XVII dinastía padre del piadoso Ecnaton. Miden dieciséis metros de altura y debieron de estar adosadas frente a una puerta de su templo funerario, hoy completamente destruido, el cual, por lo que ha llegado hasta nosotros, debió de ser una de las construcciones más maravillosas del Imperio Nuevo.

Una de estas dos estatuas sedentes, la del lado Norte, se hizo famosa entre los griegos y los romanos porque *cantaba* al salir el sol, o sea que producía un sonido especial, ya debido a la corriente de aire que penetraba por una hendedura que tenía la estatua, o al enrarecimiento de aquél con el calor rápido de las mañanas. Según la leyenda griega, era la imagen de Memnón, hijo de Eos y de Titón, muerto por Aquiles en la guerra de Troya, y saludaba con un gemido sonoro la aparición de su madre, la luz. Muchas inscripciones de la época clásica confirman este singular fenómeno, que cesó cuando, después del desmoronamiento de la estatua, el emperador Septimio Severo la hizo objeto de una restauración parcial y basta, que consistió en apuntalar el busto con cinco series de bloques de arenisca. El emperador Adriano, romántico y enamorado de la antigüedad, visitó al coloso, con gran pompa y acompañamiento de numeroso séquito, en ocasión de su viaje a Egipto, y si hemos de dar crédito a un extenso texto contemporáneo suyo, el coloso saludó al emperador con repetidos gritos estridentes, a los que el cesar correspondió respetuosamente. Los augures vieron en el prodigio un signo excepcionalmente favorable para el entonces dueño del mundo.

Si se tienen en cuenta las coronas que han desaparecido con el tiempo, estos monumentos debían de tener unos 21 metros de altura. Son de arenisca durísima procedente de una cantera situada a unos cien kilómetros más al Sur, en la región de Edfú.

Estos gigantes — sus pies miden 3,20 m de longitud y el dedo mayor 1,40 m —, igual que los obeliscos, también tuvieron que ser acarreados desde la cantera al Nilo, cargados en una embarcación y transportados río abajo hacia Tebas, descargados en la orilla occidental y arrastrados luego, por una pista preparada de antemano, hasta su actual emplazamiento.

Entonces eran desconocidas las calzadas modernas con sus revestimientos duros y resistentes.

Por si esto no fuese bastante, los entendidos opinan que ni siquiera los cilindros de acero modernos podrían resistir una carga tan formidable e indivisible.

Y, sin embargo, no cabe la menor duda de que ambos colosos fueron efectivamente trasladados a su destino y erigidos, uno al lado del otro, en el lugar donde se encuentran ahora, de cara a Oriente.

He aquí otro problema de primera magnitud; aun admitiendo que se hubiera podido disponer de un número ilimitado de braceros, ¿cómo se consiguió aunar sus esfuerzos simultáneamente en uno solo, fenomenal y eficazmente dirigido?

¿Gracias a qué métodos y con qué medios pudo llegar a ser un hecho semejante milagro de la organización faraónica?

Todo esto, bien entendido, se desarrollaba sobre tierra blanda de la fértil campiña tebana y no sobre el desierto rocoso del viejo cementerio real de Gizeh, en la región de las Pirámides.

Poseemos una descripción — que se remonta a la XII dinastía — de cómo se llevaba a cabo un transporte de esta clase, aun cuando en este caso concreto se tratara de una estatua de alabastro que tenía sólo unos 6,50 metros de altura y el recorrido era sobre terreno pétreo. La estatua representa a Tuthotep, príncipe de Bershe, y las diversas operaciones fueron fijadas gráficamente y con todo detalle en una pared de su tumba.

La estatua sedente debía ser trasladada a la tumba o al templo del príncipe. Claramente se observa todavía que está colocada sobre una especie de trineo grande de madera, amarrada con gruesas cuerdas. A través o por debajo de éstas se hacen correr grandes palos para estirarlas a fin de que no se deslicen. Unas colchonetas de cuero evitaban a las aristas del monumento el roce de las cuerdas. Ciento setenta y dos hombres tiran de la pesada carga por medio de cuatro cuerdas, de manera que cada dos hombres las cogen por el mismo sitio, y el que va delante lleva la extremidad de la cuerda al hombro. Entre los arrastradores — y éste es un detalle cuyo significado psicológico y sociológico tiene su importancia — se encuentran soldados y sacerdotes de la región, y de píe sobre las rodillas del coloso un hombre, en funciones de capataz, dirige visiblemente la operación con gestos y palmoteo, mientras otro, situado entre los pies de la estatua riega continuamente, desde el zócalo, el camino delante de los patines del trineo, sin duda para prevenir el recalentamiento excesivo debido al intenso frote. Un tercero, caminando a reculones, sahuma la imagen del príncipe. A ambos lados del cortejo avanzan numerosos personajes cuya misión es proveer el agua necesaria y llevar una viga para utilizarla como palanca. Entre ellos van los celadores con el bastón levantado. Una escolta de honor, compuesta de la familia del príncipe, cierra la marcha. Frente a la estatua, grupos de doce hombres cada uno, agitan palmas. Se trata probablemente de súbditos del finado que saludan alegremente la imagen del monarca difunto.

En las inscripciones de este bajorrelieve se comentan circunstancia-damente las dificultades, pero también el entusiasmo de la multitud que colabora en una empresa que se aparta de lo corriente.

"El camino por el que rindió viaje la estatua era más difícil de lo que uno imaginarse pueda, y los impedimentos que a causa del terreno rocoso tuvieron que afrontar los hombres que tiraban de la preciosa carga son incontables. Hice venir varios grupos de jóvenes para preparar de antemano el camino, así como equipos de picapedreros, y con ellos los capataces que saben sacarles rendimiento. Yo mismo fui a su encuentro. Mi corazón estaba en sus glorias. Todos los habitantes de la ciudad daban gritos de júbilo. El espectáculo era de una belleza extraordinaria..."

Hasta los ancianos y los niños, asegura el texto, rendían homenaje al soberano amado y unieron sus esfuerzos a los de los demás hombres.

"... sus brazos se fortalecieron, cada uno tenía la fuerza de mil..."

Era así, en un clima patriarcal de exaltación mística, que se ejecutaban las grandes obras en el antiguo Egipto, o dicho en otras palabras, nada más lejos de la realidad que la leyenda según la cual los gigantescos monumentos fueron fruto de la explotación indigna de un ejército de esclavos.

La dureza del granito egipcio permitía su utilización en monolitos gigantescos.

Un bloque del templo funerario del rey Kefrén mide 5,45 metros de largo y pesa 42 toneladas. Entre los arquitrabes que cubren el santuario del dios-cocodrilo Sobek, en el templo que le hizo erigir Amenemhet III en Fayum, dos bloques tienen una longitud superior a 8 metros. Cierto que en este caso, como en otros análogos, se trata del granito rosa pálido graneado de Asuán, cuyas canteras no están muy lejos de las márgenes del Nilo. Los granitos negros, cuya enorme resistencia hubiese permitido la construcción de arquitrabes más largos y de obeliscos más altos y delgados, fueron solamente utilizados en piezas relativamente pequeñas, sin duda por razón de las dificultades inherentes al transporte, pues las canteras se encuentran muy lejos, en pleno desierto. A este respecto he aquí lo que escribe Erman: "Esta piedra magnífica se extraía del Valle de Rehenu — cuyo nombre moderno es Wadi Hammamát — en la pista de Coptos al Mar Rojo. De estas canteras proceden casi todas las estatuas y todos los féretros de piedra oscura que admiramos en los museos egipcios, y la explotación debe de haber sido extremadamente pesada y laboriosa, pues Hammamát dista tres días de camino del Valle del Nilo y el avituallamiento de la legión de trabajadores indispensables para el transporte de los bloques no era empresa fácil. Se precisaba un número considerable de bestias de carga para asegurar el suministro de agua y víveres desde la patria. Se calcula que para abastecer a 2.250 hombres eran menester 200 acémilas y 50 bueyes, los cuales a su vez también comían y bebían, y esto creaba un serio problema en pleno desierto. Debido a estos inconvenientes era por supuesto más meritorio el trabajo en Hammamât y el traslado del granito

desde aquellas canteras, que desde las de Asuán o de Tura."

En Nubia los tallistas y los escultores de Ramsés II lograron no solamente vaciar en las montañas la mitad posterior de ciertos santuarios, sino que, en Abu Simbel, por ejemplo, tallaron directamente en la roca un templo grandioso entero, cuya fachada está adornada con cuatro estatuas sedentes, de 20 metros de altura cada una, de su dueño y señor. El eje mayor está exactamente orientado de Este a Oeste, de manera que el sol naciente proyecta sus rayos directamente dentro del santuario. Por una primera gran cámara hipóstila — también tallada en la montaña, con ocho estatuas colosales del faraón, de casi diez metros de altura, cámara que corresponde al patio de los templos erigidos de nueva planta —, se pasa a otra sala cuyo techo está sostenido por numerosas columnas y por un corredor se penetra en el santuario y a otras diez cámaras laterales. El templo mide, desde el umbral hasta el final de la última estancia, cincuenta y cinco metros.

Este esfuerzo inmenso sólo puede comprenderse si se atribuye al afán, al orgullo y a la satisfacción que sentían los egipcios de ver convertidos sus sueños en realidad, de ver realizadas las tareas de titanes que se habían impuesto como ideal, pues el espacio no faltaba lejos de allí, a orillas del río, donde hubieran podido edificar templos semejantes por los métodos habituales.

Debemos una vez por todas intentar imaginarnos, aunque ello resulte materialmente imposible, lo que en la historia de Egipto significó el patrimonio artístico, arquitectónico y plástico, legado a la posteridad por los contemporáneos del segundo Ramsés, a pesar de haberse acumulado en una época culturalmente inestable e influenciada por ideas disolventes extranjeras. En vano buscaríamos uno sólo de los innumerables lugares sagrados, grandes o pequeños, del Valle del Nilo, desde el Mediterráneo hasta la segunda catarata, en donde, además de sus propias grandiosas realizaciones no hubieran seguido construyendo y añadido, aquí un antetemplo, allí un antepatio, un grupo de estatuas, o por lo menos dejado huella de su paso en forma de adornos en relieve. Sin olvidar los bosques de obeliscos en los recintos de los templos, las numerosas construcciones de estilo asiático en las provincias periféricas, las estatuas de los dioses, amén de incontables estelas y de la gran cantidad de columnas, muchas de ellas de tamaño

ciclópeo.

Si bien se considera, se llega a la conclusión de que la fiebre y la potencia creadora de la XII dinastía eclipsan las de la IV, a pesar de tener ésta en su haber nada menos que la construcción de las pirámides.

Jamás en parte alguna del mundo ha realizado la humanidad nada semejante, en el espacio de dos o tres generaciones, dentro de unos límites geográficos tan reducidos.

Ningún pueblo, ni siquiera los mismos griegos, ha vivido tan intensamente obsesionado en la intimidad de la piedra viva y divina, en la que su genio en continua tensión sobrehumana halló la materia adecuada y digna de él para asegurarse la supervivencia en la historia.

A quien le haya sido dado el poder contemplar en sus emplazamientos originales estos vestigios gigantescos de su pasado glorioso, le interesarán en lo sucesivo todas cuantas cuestiones a ellos se refieran. Como hemos apuntado, no todos los enigmas han podido aún ser completamente elucidados, ni en nuestra época de tan inmensos progresos técnicos.

Imagen 45

Imagen 46

Imágenes 47, 48

CON LOS FALSIFICADORES DE DIRÁ ABU'N-NAGA

SOLAMENTE los iniciados logran dar con ellos y no siempre les resulta fácil la empresa.

Moran en las fallas rocosas en la parte alta de la necrópolis de la XVIII dinastía, por encima de la carretera que conduce al Valle de los Reyes. Imposible imaginar una guarida de ladrones más inhóspita y menos poética.

Desde lo alto de su nido de águilas colgado de un farallón agreste y solitario, contemplan de lejos cómo se van acercando sudorosos los turistas procedentes de todos los países del mundo, extenuados y medio muertos de sed, dirigidos por dragomanes políglotas y burreros. ¡Pobres esclavos del "anticuarismo" moderno que si fueran sinceros en aquellos momentos darían cualquier cosa por un refresco y enviarían al diablo Egipto con todas sus antigüedades! Son personajes enigmáticos con los bolsillos inmensamente llenos, y todas las relaciones posibles entre ellos y sus guías sólo pueden terminar de una manera lógica: que el dinero cambie de bolsillo cuanto antes mejor.

Las caravanas ganan la pendiente escarpada, avanzan penosamente por un sendero de cabras, no siempre claramente trazado; algunas veces rebordeado por montones de cascajos. El viajero sube jadeante, atravesando escombros y basuras, pisando huesos blancos, jirones oscuros de fajas de momias antiguas (o modernas) e inmundicias muy recientes y malolientes; restos de esteras y latas abolladas e inservibles.

Y, dominándolo todo con su sublime presencia, el poderoso sol de Tebas, sin velo alguno que aminore su claridad intensa, abrasa el espacio en el que sólo pueden atreverse las moscas con su monótono zumbido.

Mucho antes de que se llegue al campamento propiamente dicho, se percibe el gruñido de unos perros lejanos que en nada se parecen a los ladridos, por decirlo así familiares, que durante nuestras excursiones veraniegas nos acogen cuando atravesamos de noche alguna aldea desconocida. Aquí nada de eso. Son gañidos peligrosos, breves y salvajes, que se adivinan saliendo de colmillos de lobo, colmillos que no

abandonan fácilmente la presa caída en sus garras. La intensidad del concierto aumenta a medida que se asciende, hasta que de pronto se descubre ya la jauría erizada y amenazadora, y con el susto se recoge instintivamente un puñado de piedras para hacer frente al peligro.

Pero en el momento preciso en que la situación parece más crítica, y cuando uno cree que cierta parte está a punto de ser presa de las mandíbulas de las furias, resuenan unos gritos apaciguadores y los terribles canes inician de mala gana la retirada.

Gallinas montaraces y hambrientas picotean en vano entre los guijarros; una oveja vuelve la cabeza hacia nosotros y en algún lugar muy cercano estalla, desgarrador y desconcertante, la serie de rebuznos de un asno invisible, que no podemos llegar a saber si ruge de alegría o de dolor.

Chiquillos atezados surgen de pronto del polvo, alborotando, apretando contra el pecho algo así como un hato de trapos que les sirve de muñeca, y contemplan, con los ojos llenos de moscas, cómo se acercan los insólitos visitantes, a los que reciben con su cantinela habitual. *Bakchich ja kauaga, ana meskin...* Pero parecen ignorar que para pedir limosna hay que alargar la mano... De repente llena el ambiente el olor indefinible e inolvidable de la miseria egipcia, mezcla sutil de sebo de carnero, de ajo, de heno descompuesto, de excrementos quemados, de especias y de carroña. El pasado sombrío y el presente despreocupado, bajo el inmutable cielo de este paisaje muerto, que es el reverso de la medalla de la vida, se unen a este tufo tan natural e indisolublemente como al alma de este despiadado y antirromántico paisaje de altura, que presenta la lobreguez de los huecos de las tumbas y el blanco de sus formaciones calcáreas y de sus senderos carentes de vegetación.

¡Y pensar que no lejos de aquí descubrió Mariette, en los montones de arena de la antigua necrópolis, junto al magnífico féretro, el deslumbrante tesoro de la reina Ahhotep, madre de los famosos vencedores de los hicsos: Kamosis y Amosis! Este suelo, sin cesar revuelto, saqueado y profanado, está saturado de historia y ¿quién sabe las sorpresas que nos reserva todavía?

Es precisamente aquí, en un retraimiento espectacular, donde han

tenido la buena idea de instalarse los carinegros trogloditas fabricantes de las pseudo-antigüedades que abastecen a los anticuarios de Luxor.

Se alojan acá y acullá, en las vastas antecámaras de los misteriosos hipogeos que se han apropiado y habilitado como vivienda. Con sus mujeres, sus hijos y el ganado se instalan de día en las solanas donde cae implacable todo el rigor de Febo, y envueltos en su típico y cómodo indumento, con el casquete de fieltro sobre el cráneo, se dedican impasibles a un oficio que ellos consideran tan digno como otro cualquiera. Sentados sobre una llamativa estera, tienen a su lado una jarra de agua y un capacho con las herramientas apropiadas, y en medio de más gallinas igualmente famélicas y corderos alheñados y colilargos, van reproduciendo a destajo, con sus cinceles y afiladas cuchillas, máscaras faraónicas que nada tienen que envidiar a las auténticas. No demuestran ni timidez ni apocamiento, ni menos aparentan traer algo en la manga; al contrario, la primera impresión no puede ser mejor, pues son la gente más franca, vivaracha y acogedora del mundo. ¡Pues claro que nos han reconocido!... o así lo parece, pues incluso lo dicen a quien jamás ha puesto los pies en sus antros, y se alegran extraordinariamente de volvernos a ver, y de la prueba de amistad que con ello se les demuestra. Puesto que las mujeres — que lucen como en todas partes largos crespones negros que les hacen semejar envoltorios de momias en cuclillas, o les dan el aspecto, cuando andan, de viudas inconsolables —, no alternan jamás con los forasteros, es el dueño quien hace los honores de la "casa", nos ofrece asiento y nos hace degustar el inevitable *akua, café* fuerte y espeso, muy azucarado, que se sirve a la moda turca, en minúsculas jícaras. Poco a poco se acostumbra uno a la penumbra de la caverna que hace las veces de taller y a su fantástico mobiliario, el cual a nuestros ojos puede no ser más que un conjunto de trastos viejos, pero que para ellos constituye lo esencial de un hogar a la antigua usanza. Probablemente el ajuar de Sócrates no era mucho más completo.

Es un secreto a voces que la inmensa mayoría de la existencias de las tiendas de antigüedades egipcias son de origen moderno y se fabrican únicamente para satisfacer la inagotable demanda de los turistas. En El Cairo y en Luxor existen tiendas en las que hay que saber buscar para encontrar alguna pieza auténtica, pero cuando en el montón anónimo de imitaciones más o menos groseras se

tropieza realmente con una reliquia contemporánea de los faraones, aparece casi siempre lastimosamente mutilada y de aspecto insignificante. Los pequeños amuletos y los escarabeos grisáceos, sin atractivo alguno para el profano, suelen ser auténticos, y los hay en abundancia por doquier. Pero los hombres son así: a los turistas no les tienta tanta modestia y desprecian estos objetos cargados de historia que sólo revelan su secreto a los especialistas. El vulgo prefiere causar sensación en casa con objetos vistosos, aunque falsos, adquiridos en lejanas tierras.

El aficionado al que interese realmente adquirir algún objeto antiguo, de cuya autenticidad no quepa la menor duda, tiene ocasión de hacerlo mientras no se equivoque de puerta. En todos los grandes centros turísticos han existido siempre anticuarios competentes y honrados a carta cabal, en los cuales pueden confiar los clientes serios. Siempre recordaré con agrado a un simpático traficante y coleccionista de El Cairo, que en su sala de exposición con techumbre de vidrio imperaba y evolucionaba entre monumentos grandes y pequeños, tal un mago en su caverna maravillosa. Era una primerísima figura en su profesión y su certera visión y honradez eran reconocidas por todos los entendidos. Daba gusto verlo apasionarse por cada objeto y comunicar a los demás su propia admiración por las piezas raras y antiguas. Los siglos parecían haberse dado cita en su casa. En la inmensa y clara estancia, cuyas paredes aparecían cubiertas de fragmentos arquitectónicos, estelas, bajorrelieves y estatuas mutiladas, topábamos con Amenemhet y Ecnaton, con Alejandro Magno, Antinoos y los Césares; y sobre todo ¡qué preciosidades contenían aquellas vitrinas! Naturalmente, las piezas más raras y las más bellas no estaban a la vista del público, sino que se guardaban, fuera del alcance de los profanos y de los curiosos, en una sala aparte, de la que se extraían en las grandes ocasiones, como de un santuario, después de pensarlo mucho. Es indiscutible que con el tiempo va reduciéndose el número de tales especialistas enamorados del oficio y conscientes de su alta misión, los cuales han tenido la oportunidad de formarse en contacto con objetos raros, auténticos y bellos de verdad. Sus sucesores ya no son tan afortunados, pues el número de tales objetos disminuye de día en día. El cliente no abandonaba la tienda solamente con una maravilla bajo el brazo, sino provistos además de sus preciosos consejos y se enorgullecía de que el maestro indiscutible hubiera condescendido en desprenderse de una pieza antigua tras la cual se iba aún su

corazón de coleccionista inteligente.

Pero es lógico que no pueda hablarse de baratura cuando se trate de algo precioso, antiguo y auténtico por añadidura. Así, por ejemplo, una cabeza de estatua en bastante buen estado, o un animal de bronce patinado por los siglos, cuestan mucho más de lo que el turista adocenado está dispuesto a satisfacer, incluso cuando cree sentir la llamada del arte y no necesita escatimar en el precio.

A los occidentales que frecuentan los mercados de antigüedades egipcias, no les cabe en la cabeza cómo el fraude al aire libre, el engaño deliberado con el propósito de enriquecerse, puedan desarrollarse con tanta impunidad. En principio, y hasta prueba de lo contrario, debe presuponerse ruindad y maulería en aquellos mercaderes, pues la mentira es uno de los rasgos fundamentales y característicos de la psicología oriental.

"¡Mucho ojo, muchachos, que ahora doblamos el cabo de la granujería!"— con estas palabras nos puso en guardia el capitán hamburgués del barco que nos conducía a Egipto, cuando cruzamos el estrecho de Gibraltar.

Pero con su granujería pasa algo raro. El oriental parece a veces un superviviente del hombre primitivo precristiano, ignorante de la relación que pueda existir entre crimen y castigo, como sí el valor moral de la honradez, que se desarrolló muy lentamente a través de los siglos, no formara parte integrante de la civilización humana.

La verdadera ingenuidad, aquella inocencia original, especie de paraíso perdido en el que el hombre moderno sueña en secreto, no solamente admira el robo y la hipocresía mendaz, sino que en el fondo los venera y los considera tanto más de alabar cuando el embaucado es a su vez un pillo redomado.

Piénsese si no en la poco comprensible — y valga el eufemismo — historia de Jacob y Raquel, y habremos de reconocer que el culto a la astucia no puede considerarse como patrimonio de ninguna raza ni de ninguna latitud. Es una condición humana y la expresión natural de una cierta fase de la civilización. En todos los países, tanto en el Norte como en el Sur, se tuvo siempre en mucho la zorrería sin escrúpulo, solapada y audaz, y tuvieron que pasar muchos siglos antes de que lo que llamamos civilización pudiera

llegar a frenar los instintos y lograra inculcar al *homo sapiens* por lo menos la idea de que cierta sensación de culpabilidad es la compañera inseparable de toda mala acción que ocasione perjuicio al prójimo. Sin remontarnos muy lejos en la historia, los Eddas y los Nibelungos están muy lejos de satisfacernos desde un punto de vista rigurosamente moral, pues en las leyendas nórdicas se ensalzan a menudo como gestas heroicas estratagemas que repugnan a nuestro espíritu cristiano; y si a Loki, por ejemplo, no le remuerde la conciencia por los métodos que utiliza, nada tienen tampoco de honroso los empleados por Gunther y Sigfrido para subyugar a Brunhilda.

Más al Sur, el ilustre Ulises en persona, no es más que un pícaro de siete suelas, y es característico de la idiosincrasia del pueblo clásico por excelencia el hecho que en su patria no solamente no le echaran, en cara sus malas artes, sino que, por el contrario, se las celebrasen como hazañas admirables. El entusiasmo que despiertan los múltiples trucos que pone en juego, tanto frente a la divinidad, como para ridiculizar a monstruos demoníacos y a los mortales incautos, resuena por toda la antigüedad como una inmensa carcajada cuyo eco no se ha extinguido todavía. Seamos francos. La radiante aureola inseparable del hijo divino de Laertes, está tejida de astucia y de engaño, y le valió el odio y la envidia de los inmortales. En la Odisea de Homero vemos que primeramente oculta su identidad a la hija de Zeus, Atenea, la de los ojos azules, y luego hace lo propio en el suelo patrio de Itaca con el valiente porquero Eumeo. Les miente con descaro y a cada uno le cuenta una fábula diferente. Se percibe la satisfacción de los lectores de la epopeya ante la inagotable fantasía del héroe, pues es difícil imaginar un episodio más divertido que el del chasco que se llevó el gigante Polifemo.

Recordemos de paso que los griegos adoraban en el ingenioso Hermes al dios y patrón de los ladrones.

En su interesante "Diccionario de la Antigüedad", hace observar Lamer que si bien la Ley Mosaica prohibe el robo en el séptimo mandamiento, en cambio en el octavo no condena categóricamente la mentira, sino que limita la prohibición a los faltos testimonios ante la justicia.

Posteriormente, la noción del pecado se extendió a la mentira en

todas sus formas. Según el mismo Lamer, "bien poco significaba la honradez en la ética de los filósofos griegos más famosos". Y en nuestros días no existe unanimidad en censurar las estratagemas bélicas, ni tan siquiera el contrabando.

Lo que nosotros demasiado a la ligera calificamos de estafa, en el clima peculiar de los bazares levantinos a menudo no es sino una especie de convención social sometida a reglas de juego implícitas, pero minuciosamente elaboradas; un pasatiempo elevado, en el que la sutilidad comercial obtiene al final su recompensa y la aprobación a los ojos de todos los orientales. La observación estricta de estas reglas de juego es un signo de distinción, de educación, como entre nosotros lo es un buen dominio del lenguaje. El que pusiere el grito en el cielo porque en una tienda intentan darle gato por liebre como vulgarmente se dice, éste es un bárbaro.

De modo que lo que nosotros conocemos con el nombre de regateo es el arte, la esencia misma del *suk,* este maravilloso conjunto típico de callejuelas alfombradas y entoldadas, verdaderos emporios del comercio en todas sus formas con sus tiendas siempre abiertas, en cuya penumbra brillan joyas, bronces y azulejos. Tiendas que desprenden penetrante olor a mejorana, a esencia de rosas, y en las que en un santiamén se improvisa al posible cliente un *akua* turco: un sorbo de moka con dos dedos de poso.

El que se aventura por aquel laberinto, *empieza,* por no comprar nada, ni en su primera visita ni en la segunda, e incluso se guarda muy bien de mostrar que tenga intención de hacerlo. La calma allí es otro signo de distinción, y nada demuestra mejor la incompatibilidad entre su mentalidad y la nuestra, y el abismo que separa Oriente de Occidente. ¿Qué verdadero europeo o americano tiene jamás tiempo para todo? Y, por el contrario, ¿a qué auténtico oriental no le sobra siempre tiempo para todo, si es que hace algo? Bien pocas cosas hay a las que el oriental no sea *capaz* de renunciar de buen grado, con un resignado *imalesch!* (no importa). Con nuestros pavorosos problemas debemos de parecerles unos bichos raros. Claro que de ellos sacamos dinero, pero también acaban con nosotros.

Aunque nuestra primera impresión sea que los mercaderes del Valle del Nilo intentan tomarnos el pelo con sus exageradas pretensiones, mirándolo mejor, y por raro que parezca, no existe propósito

deliberado de estafa, pues el precio inicial que se *lanza* al presunto comprador es un tanteo, una simple entrada en materia, y jamás se presupone que el cliente lo acepte sin discusión. Si, contra toda suposición así lo hiciere y pagare el precio solicitado, se falsea el juego, y el éxito no es más que un lance afortunado, sin el menor aliciente, que no hará aumentar en un ápice la reputación del vendedor entre sus compañeros de profesión. Al contrario, pasará por un loco, por un advenedizo que gana su dinero demasiado fácilmente. Claro que en el fondo se trata siempre de hacer pasar el dinero de un bolsillo a otro, pero, repetimos, debe jugarse limpio; llegar a la meta después de un diálogo largo y tortuoso y después de un trabajo psicológico agotador por ambas partes, para saborear mejor el resultado final.

Cuando se trata realmente de objetos de reconocido valor el regateo puede durar indefinidamente, y a menudo se *amenaza* con interrumpir no sólo las discusiones sino también las relaciones personales. Los adversarios se observan, se sonríen, se lamentan, se sondean, como los luchadores profesionales en la arena o en el ring, antes de *lanzarse* a fondo, de venir a las manos, por decirlo así. Disimuladamente preparan sus armas, hasta las más secretas, mueven una pieza tras otra, como peones de *ajedrez, se* cubren mutuamente de elogios envueltos en la humareda densa de excelentes cigarrillos, orientales también, ¿cómo no?. El desenlace no se vislumbra aún.

No siempre es posible llegar a un acuerdo, y en tal caso los contrincantes se separan resignados, con las mayores demostraciones de cortesía.

Un día, harto ya de tanta infructuosa visita para adquirir un determinado objeto, rompí las negociaciones con una contraoferta muy baja. Tenía prisa y a mí, europeo impaciente, me dolía el tiempo tontamente perdido. Al mercader le daba igual, porque para ellos el tiempo no cuenta.

Mi última palabra fue una cifra tan ridículamente barata, que ni remotamente estaba en relación con el valor de la preciosa pieza antigua en litigio, y jamás sospeché que aceptaran mi proposición. Y así abandoné la tienda, decidido a no pensar más en el asunto, pero apenas me había alejado un poco, cuando una mano se posó

en mi hombro y al volverme sorprendido vi ante mí el objeto codiciado que durante tanto tiempo había en vano pretendido adquirir, y oí que el tendero me decía lacónicamente: "Tómelo".

Las mismas escenas, poco más o menos, se repiten cuando se trata de falsificaciones.

Solo o en compañía de amigos he huroneado en infinidad de tiendas egipcias de antigüedades, algunas instaladas en establecimientos imponentes y otras en inmundas barracas en el campo, en donde más de una vez me vi obligado a tragar, muy a pesar mío, limonadas que sabían a petróleo, y a soplar hasta perder el aliento para quitar la espesa capa de polvo que cubría los "tesoros" en venta.

Muchas veces los tales tesoros no pasaban de ser horribles falsificaciones, pero faltaría a la verdad si afirmara que mis interlocutores se enojaban conmigo cuando me oían llamar las cosas por su nombre. Algunas veces admitían que yo estaba en lo cierto, otras escuchaban agradecidos mis explicaciones sobre las características de una pieza determinada que yo consideraba como auténtica. Y se comprende, pues los anticuarios de vía estrecha no siempre conocen el valor de lo que tienen entre manos, ni saben si el que se lo vendió iba o no de buena fe. Si lo han engañado miserablemente — y ello no es raro — el perjudicado no se altera. Él ofrece "honradamente" su mercancía, y si se ha llevado un chasco, ¿qué le vamos a hacer? Deplora, naturalmente, el dinero perdido, y se trata a sí mismo de imbécil por no haberse dado cuenta a tiempo.

Pero la víctima no pone el grito en el cielo, ni clama contra el impostor. Se consuela pensando que el otro ha sido más astuto que él. ¿Y desde cuándo en Oriente sería un crimen la astucia? La astucia forma parte del negocio y sería ridículo indignarse.

A los del gremio de falsificadores que yo conocí en Dira Abu'n-Haga no les temblaban las barbas; antes bien, se dedicaban con toda tranquilidad y con un celo digno de mejor causa a sus extraños quehaceres. Siempre les he tratado con respeto profesional, pues su tarea es tanto más de admirar si se tiene en cuenta que con tan escasos medios producen objetos muy apreciables. Utilizan de preferencia un granito gris negro durísimo, un gris pardo y una

materia brillante y saponácea, relativamente fácil de trabajar, parecida a la esteatita.

Estos artistas, que a su manera lo son, eran esbeltos y bien proporcionados, de cuello largo y maravilloso, las pestañas alargadas y arqueadas, la tez aterciopelada de color café con leche, y me llamó la atención su extraordinario parecido físico con los personajes de los tiempos faraónicos, cuyas imágenes, inmortalizadas por los artistas en las paredes de las tumbas reales, todavía deleitan la vista de los visitantes modernos por su gracia de movimiento y su nobleza hierática. Cuando veis a una rapazuela de frente noble y alta, de rasgos finos, labios sinuosos, cejas muy negras y alargadas, el rostro encuadrado en luengas trenzas espiando desde un rincón del taller de su padre, es imposible no evocar a las encantadoras princesitas de la XVIII dinastía. Los habitantes del Alto Egipto y de Nubia apenas han cambiado físicamente en el curso de los últimos 3.500 años.

El artesano tiene ya a su lado un montón de figuritas de piedra y de mascarillas de sarcófago, todo ello destinado a los anticuarios de Luxor, pequeños y grandes, en cuyas tiendas no penetra cualquiera como no esté provisto de una buena recomendación. La calidad varía sensiblemente de unos objetos a otros, pero en la mayoría de los casos no existe el menor peligro de que nadie pueda llamarse a engaño.

De vez en cuando, con el fin de ambientarse, el artista interrumpe su trabajo para echar un vistazo a un viejo catálogo ilustrado del Museo de El Cairo, y como los monumentos que le sirven de modelo se hallan en hojas sueltas, y nuestro hombre es incapaz de distinguir las fronteras invisibles de las distintas épocas, su producción resulta casi siempre una confusa mezcla de estilos, lo que al ojo del conocedor basta para denotar su origen reciente. En una misma máscara hallamos a veces los labios de Amarna, los ojos de Tutmosis, la nariz de Ramsés y el cráneo bombeado de la Época Tardía, o sea un conjunto híbrido de escaso sabor artístico, que sólo puede confundir a quien no posea la menor noción de lo que busca y compra.

Y, sin embargo, di una vez con una pequeña cabeza de gres al *parecer* tan estupenda, que por ella me desprendí nada menos que de 20 piastras. Honradamente creí que sólo podía haber salido de

las manos de los artistas de la XXX dinastía… pero una pequeña grieta en el cuello hubiera debido advertirme de mi error. Para que se vea que no andaría yo muy equivocado, diré que el director de un museo alemán me aseguró más tarde que si él la hubiera encontrado en alguna colección, no habría dudado un momento en exponerla en una vitrina de honor.

Es característico de estos falsarios el que no pretenden acentuar la apariencia antigua de sus producciones imitando la pátina o los ultrajes del tiempo. A su manera son artesanos honrados que trabajan todo el santo día por una miserable remuneración. Los traficantes de la ciudad que los explotan ganan en estos objetos tantas libras como piastras pagan por ellos.

Estas falsificaciones que se ven a la legua, no son peligrosas. Son incluso necesarias porque satisfacen una demanda real, pero que disminuye poco a poco en la misma proporción que se extiende por todo el mundo el conocimiento de los verdaderos tesoros artísticos del Antiguo Egipto, gracias a los innumerables libros ilustrados que se lanzan sin cesar al mercado. Por otra parte, las nuevas generaciones, que la guerra ha endurecido, no se abandonan ya tan fácilmente a la ilusión romántica de un exotismo de relumbrón. ¿Qué trotamundos se *dejaría,* engañar hoy tan fácilmente?

Pero al lado de éstas, que son inofensivas, existe otra clase de falsificaciones de mayor categoría, y aquí sí que es preciso abrir bien los ojos.

Como consecuencia de los sensacionales descubrimientos arqueológicos realizados en los últimos años en el Valle del Nilo, descubrimientos que pusieron de moda todo lo relativo a Egipto, empezaron a ofrecernos a los anticuarios occidentales falsificaciones de un acabado tan perfecto, que los mismos especialistas andaban de cabeza. Especialmente cuando fueron hallados los talleres de escultura en la residencia del rey Ecnaton, con la *cámara* de modelos del escultor real Tutmosis y su tesoro de maravillosas esculturas, y más tarde el sepulcro de oro macizo del rey Tutankamón, el negocio de las falsificaciones fue viento en popa. Los conservadores de los principales museos de Europa y América, así como la mayoría de los coleccionistas importantes de todo el mundo, ardían en deseos de poseer alguna reliquia de aquella época, lo que no es de extrañar, y fue entonces cuando hicieron su

aparición los ases geniales de la falsificación, los cuales no omitieron esfuerzo alguno para encandilar a sus víctimas, entre las que se contaba la plana mayor de los especialistas. Con una picardía que sólo el profesional puede aquilatar, se utilizó material viejo Y auténtico, y partiendo de ejemplares antiguos, de dinastías menos codiciadas, se hacían desaparecer discretamente toda huella de imperceptibles modificaciones recientes, se pulían y se les daba la pátina apropiada en cada caso. Los museos quedaron literalmente infestados de imitaciones, y algunos de los más famosos especialistas fueron objeto de mixtificaciones que dieron la vuelta al mundo. La capacidad que tiene nuestra época, incapaz por otra parte de crearse un estilo propio, de copiarlo todo con fidelidad mecánica e impersonal, contribuyó a dificultar la tarea de los especialistas, los cuales tuvieron que dar su opinión en casos de falsificaciones salidas de habilísimos falsarios que utilizaron procedimientos físico-químicos gracias a los cuales se consiguen efectos sorprendentes.

No estaría bien echarles en cara a los egiptólogos el que algunas veces se dejasen ridiculizar a los ojos de los profanos, pues ante la nueva situación creada por los falsarios y los cuantiosos medios puestos a su disposición, los especialistas tuvieron que improvisar una "experiencia". Como consecuencia de la ímproba labor realizada en estos últimos años, poco a poco han ido desapareciendo de los museos y de las colecciones particulares serias los últimos vestigios bastardos, los cuales desde su bien merecido retiro ya no turbarán más el sueño de los entendidos. En algunos casos no ha sido posible ponerse todavía de acuerdo y a tanto llegó el exagerado afán por depurar los museos, que durante años han puesto en cuarentena piezas raras cuya autenticidad podía demostrarse documentalmente.

¿Cómo se traicionan los falsificadores?

Me guardaré muy bien de pregonarlo a son de trompeta divulgando los métodos de que actualmente dispone la crítica arqueológica. Gracias a la circunstancia de haberse dado muy raramente el caso que un sabio versado en escritura jeroglífica hiciera causa común con los falsarios, a los egiptólogos les basta generalmente con ir a la caza de las faltas gramaticales, u otras, de las inscripciones que figuran en los objetos en litigio, para poder pronunciarse sobre la autenticidad de éstos.

Durante una larga temporada llegó a tal extremo la confusión que los medios egiptológicos decidieron no tomar en consideración más que los objetos procedentes de excavaciones bien conocidas y mejor catalogadas, y se inhibieron completamente de todo trato con los traficantes de antigüedades. Pero a la larga esta medida resultó contraproducente, pues tenía su equivalente en la política del avestruz, y hubiera acabado por ser perniciosa para la egiptología en general. En efecto, ¡cuántos hallazgos trascendentales, desde el punto de vista histórico y artístico, realizados durante los últimos cuarenta años por los ladrones de tumbas han sido salvados para la ciencia gracias a los buenos oficios de intermediarios griegos o coptos!

Es notorio que muchos objetos considerados como falsificaciones son en realidad antiguos y auténticos, pero el ligero retoque de que han sido objeto para embellecerlos a los ojos de la galería, les ha conferido un cierto aspecto moderno que les cierra muchas puertas.

Una vez me mostró un traficante de objetos de ocasión en la capital de la provincia de Fayum una magnífica cabeza de estatua del Imperio Medio. Puede que se remontara al reinado de Sesostris III o al de su hijo Amenemhet, y me causó honda impresión la gravedad de la expresión y la vitalidad que el artista había logrado captar del modelo. ¡Lástima de retoque que la echó a perder! Probablemente, siglos atrás el lomo de la nariz recibió un tajo y al intentar restaurarlo un artista "moderno" no encontró nada mejor que rascar y pulir la nariz hasta darle una forma que nunca había tenido, pero gracias a la cual se hacía desaparecer el desperfecto. El resultado no podía ser más lamentable. El restaurador había logrado su propósito, no hay duda, del desperfecto original no quedaba ni rastro, pero después del "atentado", con una nariz que no era la suya, la cabeza daba pena de ver.

Una de las primeras falsificaciones realmente importantes a las que tuve ocasión de estar mezclado en El Cairo, la trajo a mi casa un anticuario griego, de cuya integridad creía poder fiarme, pues vino acompañado de un colega mío de toda confianza. Se trataba de un gato de bronce, algo mayor del tamaño natural, muy delgado, de excelente apariencia y recubierto de una pátina uniforme.

Entonces mi experiencia egiptológica era todavía relativamente

escasa y me obstiné como un chiquillo en adquirir el gato sagrado. Por suerte para mí, su precio era mucho más elevado de lo que yo podía pensar en pagar: el equivalente de 12.000 marcos de la época, o sea una pequeña fortuna, y con la gran decepción de no poder salirme con la mía di en pensar si realmente sería sensato aventurar tal dispendio por un objeto de cuya autenticidad ninguna prueba concluyente poseía. Pedí 24 horas para reflexionar y aproveché este plazo para examinar el gato a mis anchas y asesorarme cerca de buenos colegas míos que antes que yo habían pagado bien caro el aprendizaje. La bestia, intacta y alta de patas, tenía el hocico singularmente alargado como solamente los había visto en los admirables ejemplares del museo del Louvre. Sin duda debía atravesarlo un anillo de oro, como era el caso de ciertos gatos de bronce consagrados a la diosa de la alegría Bastet de Bubastis.

Me infundió sospechas el interior hueco del animal. Era evidente que el cuerpo de éste estaba compuesto de dos partes soldadas entre sí. La cabeza, el tórax y los miembros delanteros habían sido fundidos en una *pieza,* formando la otra el lomo y las extremidades posteriores.

Sin duda alguna se había tomado como base de la superchería un bloque de bronce antiguo muy bien conservado, cuyo núcleo de fundición había sido extraído, como sucedía a menudo, mediante una apertura en el flanco, cuando no era posible hacerlo a través de la parte inferior abierta. En ningún caso se dejaban dentro, ya que estas grandes piezas de bronce eran utilizadas luego como féretros para las momias de gatos.

Esta apertura lateral, que después se hacía desaparecer, había sido tapada con una lámina de metal soldada y recubierta con una pátina uniforme, pero la lupa permitió descubrir huellas de una cavidad y de varias cicatrices. El revestimiento oxidado había sido colocado con suma habilidad, probablemente sometiéndolo alternativamente a los efectos de vapores de ácido y de amoníaco, pero era de un color gris verdoso y de una textura demasiado uniforme y carecía incluso de aquellas pequeñas imperfecciones — rugosidades — que se encuentran normalmente en objetos de esta naturaleza. Además, en el interior no aparecía traza alguna de las oxidaciones azulada y encarnada que se observan tan a menudo en los antiguos bronces egipcios.

Posteriormente logré descubrir el original en el museo cairota, donde por poco dinero podía adquirirse el vaciado de yeso que había servido de modelo para la falsificación que me había quitado el sueño.

En las tumbas egipcias existe una tal abundancia de urnas, jarras y vasijas de todas clases y formas, que, habida cuenta además que la afición del público por las piezas figurativas no disminuye, muy al contrario, parece un contrasentido que los falsificadores de jarros de alabastro puedan seguir medrando. Pero es un hecho que se fabrican en gran escala y no sólo en materia de escaso valor artístico, parecido a la galactita, sino también en verdadera calcita. También es cierto que en parte alguna se observa ni el más leve rastro de aquel cariño inteligente con que los antiguos artistas sabían escoger la piedra que sus manos inmortalizarían. Las copias que se lanzan al mercado son apagadas, sin vida, y carecen además de la tenue red de líneas horizontales que constituye uno de los principales encantos de las antiguas piezas auténticas del país de los faraones.

Instintivamente la mano rehusa acariciar el objeto que se le ofrece como auténtico, pero poco convencida, como si no hubiera motivos suficientes en qué basar la sospecha de que intentan hacerle víctima de un engaño, entre otras razones porque en las bien acabadas superficies internas de los vasos, jarros y urnas no faltan los microscópicos surcos concéntricos, típicos del maravilloso trabajo de fresa anteriormente mencionado. Las falsificaciones vulgares de esta clase se reconocen gracias a las huellas dejadas por el ácido utilizado en el ahuecado de la vasija.

Es evidente que la más pequeña traza de lima en un objeto plástico antiguo basta para que no se lo tome en serio, pues, que yo sepa, los egipcios del período pregriego no conocieron dicha herramienta. Por contra, las figurillas emblemáticas, llamadas de los difuntos, porque se colocaban en las tumbas para que apechugaran con los trabajos agrícolas que aguardaban a los muertos en el otro mundo, son bien falsificadas, y tienen bastante éxito, a pesar del gran número de piezas auténticas que amenazan con saturar el mercado. Añadiremos que se trata casi siempre de las pequeñas estatuas de *ushabtis* talladas en piedra calcárea o en madera, que son las más raras en su género. Hay demasiadas *ushabtis* auténticas en tierra cocida para que valga la pena falsificarlas. Los

auténticos *ushabtis* son difíciles de imitar porque llevan siempre la consabida fórmula mágica en la que debía indicarse el nombre, el título y el empleo del muerto, y contra esta exigencia se estrella la habilidad de los mejores falsarios cuando debe someterse su producción al examen de algún entendido en escritura jeroglífica.

En ocasión de mi visita a los falsarios de Dirá Abu'n-Naga me di cuenta de que lo verdaderamente curioso e interesante no constituía tanto en descubrir sus "trucos" — que no los hay — como no fuere el de un melancólico fabricante de amuletos falsos que producía objetos nuevos con moldes de piezas antiguas, sino la circunstancia, nada banal, que en esos talleres rústicos en pleno siglo XX continúe entre el artesano egipcio moderno y la piedra, la antigua relación intima y el diálogo inciados en los albores de la civilización egipcia.

No es que mis falsarios tuvieran el aspecto de mozalbetes y hombres del Imperio Nuevo. *¡Eran los mismos!*

El cristianismo primitivo los había ignorado y el islamismo no los influenció sino muy superficialmente. Cuando llega el día consagrado al santo local — Yusuf Abu l'Haggag — los hombres de Luxor se cargan todavía una barca a cuestas y un grupo de sacerdotes, de bailarines, de músicos y de cantantes les dan escolta triunfal ni más ni menos que en tiempos del rey de los cielos Amón. En las aldeas situadas en las colinas sepulcrales de Tebas resuena en los entierros el *sagarit,* el estridente y tremebundo llanto fúnebre de las lloronas, exactamente como siglos atrás bajo los Tutmosidas.

Tengo para mí que los ciudadanos de las grandes aglomeraciones urbanas occidentales damos demasiada importancia a la hipótesis de la evolución continua y en cierto modo substancial de la naturaleza humana, y nos olvidamos de la tierra y del campesino que de ella vive.

Los siglos apenas han modificado su apariencia exterior, cualquiera que sea el color de su piel. Así le vemos, perpetuo siervo de la gleba, que ordeña las vacas, lleva a pacer el ganado, ara la tierra, y con el mismo gesto milenario e indiferente siembra y siega, sudando impasible y echando de vez en cuando algún trago aliviador bajo el esplendor del sol eterno como él.

Ante este espectáculo ¿cómo es posible hacer caso todavía de los que quieren hacernos creer que el hombre moderno es una realidad y que sólo él tiene derecho a la vida?

En realidad se trata del mismo hombre eterno, con los mismos deseos y las mismas necesidades del hombre de antaño que tildamos de salvaje. El de ahora respira, trabaja, procrea y muere como el hombre primitivo, y sus hijos no vienen al mundo de otro modo que los de los picapedreros que en los tiempos prehistóricos hacían acopio de hachas de piedra en las alturas de Tebas. Desconfiemos de los que andan con la boca llena de elogios del progreso y no nos hagamos ilusiones de que el hombre haya variado radicalmente sólo porque sea *capaz* de teledirigir aviones y de utilizar en provecho propio la energía atómica. Basta abrir los ojos para convencernos de que, a nuestro alrededor, subsiste aún el héroe mitológico, el *cazador* nómada de las estepas, el zagal y el rehalero, el agricultor, el hombre total de la antigüedad y el hombre piadoso de la Edad Media que sobrevive a las ciudades, a sus ciudades que surgen y fenecen y de las cuales no queda sino una escara sobre la inmensa faz de la tierra, reflejo efímero en la superficie de la humanidad eterna.

La pequeña población de Dirá Abu'n-Naga vive sólo de, por y para la piedra, como sus antepasados, cuyos restos mortales, profanados y esparcidos entre las arenas de las necrópolis se pudrieron bajo los rayos inexorables de Ra. Se acabaron los dioses y los reyes que exigían que la piedra inmortalizara sus caprichos. Sólo les quedan los anticuarios.

A pesar de la prosa moderna que les rodea, son los únicos depositarios de la antigua y venerable tradición del viejo Egipto.

Al despedirnos quisieron que me llevase, en recuerdo de mi estancia entre ellos, un objeto antiguo auténtico. No les quedaba ya gran cosa y tuve que renunciar a mi secreta esperanza de poder penetrar, gracias a ellos, en los arcanos de los sagrados cementerios rupestres. Viven al día y el pasado de su morada les tiene sin cuidado.

El surtido era ya más bien escaso. Podía escoger entre la pata, en forma de cabeza de león, de una silla de madera de la XVIII dinastía, unos cuantos fragmentos de bajorrelieves sin importancia,

cuatro collares de perlas de porcelana y un trozo, ligeramente pintado, del sarcófago de una momia.

Me decidí, no sin vacilar un poco, por este último, en el que se representaba al bueno y fiel Anubis, protector de la ciudad de los muertos, en su simpático cometido de velar a una momia.

Desde entonces, muy a menudo tomo en mis manos este modesto fragmento y lo acaricio lentamente, porque a pesar de su aparente insignificancia, su contemplación me llena de optimismo y me inspira confianza en nuestro destino... Vería con gusto que reposara a mi lado en mi última morada como un talismán y como prenda de protección tierna y desinteresada.

Pero ya no quedan moradas definitivas.

¡Ni siquiera en las temporales estamos seguros...!

ROSTROS DE FARAONES

TRANSCURRIDOS unos 50 años después de haber sido rescatados por los egiptólogos, los faraones de la hegemonía mundial fueron instalados en el Museo de Antigüedades de El Cairo, en donde desde entonces tienen su corte.

Los hábiles ladrones de tumbas de Tebas, familiarizados desde el siglo XIII antes de J. C. con su macabra profesión y fieles de generación en generación a una según ellos respetable tradición, habían descubierto las momias reales en sus escondrijos rocosos seis años antes, y periódicamente, a medida de sus necesidades, ponían en circulación alguna pieza del tesoro cuyo secreto guardaban celosamente, hasta que los arqueólogos se alarmaron y el Servicio de Antigüedades logró poner coto a sus fructuosas actividades.

Sin la sagacidad de los profanadores profesionales de tumbas es muy posible que los nobles difuntos expuestos actualmente a la admiración de nuestros contemporáneos, reposarían todavía olvidados en las entrañas del Valle famoso.

La historia de los hallazgos maravillosos que asombraron al mundo entero es demasiado conocida para que sea necesario relatarla de nuevo en estas páginas. Howard Carter le ha consagrado todo el primer volumen de su libro "*Tutankamon*", que se lee de un tirón como la más intrigante de las novelas policíacas. En una tumba de fortuna, perdida en plena montaña, excavada en las abruptas rocas de Der-el-Bahri, fuera del alcance de los ladrones de tumbas de la antigüedad, allí donde seguramente fueron trasladados a toda prisa al amparo de la oscuridad de la noche por un grupo de sacerdotes fieles y de funcionarios incorruptibles, yacían hacinados en sus féretros, como una traílla de perros, los más poderosos monarcas del imperio del Nilo. "Reyes cuyos nombres todo el mundo conocía, pero cuyos rostros ni en los más fantásticos sueños nadie esperó jamás poder contemplar."

Algunos habían cambiado de féretro, otros yacían juntos, a veces hasta tres en sarcófagos que reproducían la forma de Osiris. Por lo regular no se trataba de los sarcófagos originales, los cuales seguramente fueron destruidos y vendidos por los profanadores de sepulcros, sino de cajas más modestas, cuya construcción se remontaba a la época de la última operación de salvamento de las

momias, pero que presentaban, no obstante, las insignias sagradas y las armas reales. Para el traslado a esta morada algunas momias habían sido envueltas en nuevas vendas y provistas de inscripciones claras en caracteres hieráticos que describían minuciosamente las etapas sucesivas recorridas por el cadáver hasta alcanzar asilo definitivo en el desierto de piedra de Der-el-Bahri.

Cuando la embarcación del museo, después de 48 horas de febriles preparativos, empezó a deslizarse lentamente Nilo abajo con su preciosa carga de cadáveres reales, se desarrolló el espectáculo más inesperado y emocionante que imaginarse pueda. Los habitantes de las aldeas ribereñas disparaban sus armas de fuego en honor de los faraones, como hacen todavía en los entierros modernos, mientras las mujeres, vestidas de negro, hacían acto de presencia en ambas orillas, cubiertas de polvo, la cabellera desgreñada, y lanzando estridentes lamentos fúnebres que se oían de muy lejos y eran seguramente heredados del tiempo de los faraones que desfilaban ante ellas. La grandeza imponente e insospechada del acontecimiento que presenciaban había despertado en aquella humilde gente la conciencia de su prestigioso pasado.

Fue realmente un espectáculo memorable y fantástico para los que eran sensibles a la llamada de la historia, el poder contemplar en el primer piso del inmenso Museo de Antigüedades de la capital egipcia, yaciendo en sus sarcófagos abiertos, los rostros descubiertos de los antiguos faraones.

Las momias reales descansan ahora en un mausoleo construido ex profeso para ellas. Debemos estar agradecidos a la piedad de los que supieron sustraerlas a la vulgaridad de los turistas para los cuales no tenían más interés que los animales disecados del Museo de Historia Natural. Es cierto que un simple museo tampoco era un lugar adecuado ni muy a propósito para su reposo eterno. Sin embargo, los verdaderos amigos de la antigua cultura egipcia añoran aquellos plácidos primeros momentos cuando les era dable poder contemplar a sus anchas aquellos rostros venerables e interrogarles sobre los misterios del pasado que habían contribuido a forjar y del que habían sido actores destacados.

Aunque sólo fuese porque se ofrecía la oportunidad única de poder

ver juntos los restos embalsamados de los faraones al lado de las estatuas que han perpetuado durante siglos el recuerdo de sus modelos coronados.

Se comprende que la muerte, el embalsamamiento, la desecación de los tejidos y los ultrajes del tiempo poca cosa hayan dejado de la antigua *lozanía* de aquellos rostros un día famosos. La mayoría de los cadáveres presentaban un aspecto tan lamentable que tuvo que renunciarse a exponerlos en el museo, e incluso cuando se trataba de momias reales relativamente bien conservadas, no era siempre empresa fácil imaginar que la vida existió un día detrás del horror que ahora inspiraban algunas de aquellas envaradas máscaras de ultratumba.

Pero también podía darse el caso, y ello a menudo sucedía, que a copia de imaginación, como se consigue identificar poco a poco la imagen conocida de una vieja estampa descolorida, se lograra hacer resurgir ante nosotros la recia personalidad viva del antiguo soberano. Y es entonces cuando nos apercibimos de que estas figuras de piedra, estas estatuas sagradas y estilizadas en extremo, sujetas a un hieratismo riguroso, son, por lo común, mucho más fieles al original de lo que pudiera suponerse en principio.

El rostro más antiguo de rey visible en el silencio imponente de las grandes salas en las que se han extremado las medidas contra posibles incendios, está todavía bañada por la magia misteriosa de la era de las pirámides. Es el del rey Mernerá, hijo de Pepi I (Phiops) cuya momia, a pesar de todas las bandas de saqueadores y profanadores de tumbas fue hallada intacta en su pirámide en ruinas. Fue Mernerá un faraón de la VI dinastía, cuando el esplendor del Imperio Antiguo empezaba a declinar, para acabar luego eclipsándose brusca y trágicamente. No es para descrita la sorpresa que se llevó el sabio delegado del Servicio de Antigüedades cuando, al abrir la tumba, encontró la momia en el mismo lugar donde había sido colocada a la muerte del faraón, pues lo cierto es que, después de las numerosas decepciones sufridas a raíz de los descubrimientos de Sakara y de Gizeh, no era de esperar que pudiera encontrarse cara a cara, en la tumba original, no hollada, con uno de los reyes-dioses de aquella antigua época prestigiosa y constructiva.

Durante el traslado de la momia al museo de Gizeh — traslado que

tuvo lugar en un coche de punto el año 1881 y del cual nos ha dejado Georg Ebers una reseña humorística digna de leerse — quiso la mala suerte que el cadáver de su majestad se quebrara en varios trozos, precisamente cuando pasaban por sobre el gran puente del Nilo. A la cara del soberano, prematuramente fallecido sin descendencia, le falta la mandíbula inferior. El resto, excepto la ternilla de la nariz algo aplastada, está bastante bien conservado: se distingue claramente aún el aspecto doliente de su delicada y alargada faz, delgada a pesar de los pómulos salientes, la frente alta y los párpados cansados sobre unos ojos apenas hundidos.

La serie de momias reales del Imperio Nuevo halladas en el refugio de Der-el-Bahri y en la tumba de Amenofis II pertenecen a una época memorable de la historia egipcia que es imposible evocar sin emoción y simpatía.

He aquí en primer lugar la momia del valiente Sekenen-Ra-Tao, reyezuelo de Tebas en las postrimerías de la dominación hicsa. Se echa de ver claramente que el esforzado príncipe sucumbió víctima de alevoso crimen o luchando en batalla campal, contra los opresores o quien sabe si contra sus propios compatriotas a sueldo del extranjero.

Por lo que de él sabemos, debió de ser un personaje de una fortaleza de ánimo y de un espíritu de independencia poco corrientes. Pero ¡ay! en qué lamentable estado le dejaron las armas de los contrarios. El drama de su muerte se lee todavía en la *cabeza* de este indómito guerrero que apenas alcanzó los 40 años. Presenta tres heridas graves, cualquiera de las cuales hubiera bastado para ponerlo fuera de combate para siempre. Un hacha o tal vez una maza le deshizo la mitad izquierda de la mandíbula inferior, y todo lleva a creer que fue éste el primer golpe que le asestaron, y con la violencia se mordió la lengua de parte a parte. Las otras dos heridas, también mortales de necesidad, debieron de seguir inmediatamente. Un golpe le partió el hueso frontal encima del ojo derecho y otro le hundió el cráneo tan violentamente, que le saltaron los sesos por la tremenda herida.

Así cayó en el campo de batalla el iniciador de la revuelta liberadora y allí debió de quedar abandonado de sus propias huestes hasta que las hienas y los chacales dieron comienzo a su repugnante labor. Cuando, por fin, se puso el cadáver en lugar

seguro, había empezado ya la descomposición y como no era posible embalsamarlo, lo envolvieron apresuradamente en tiras de lienzo y lo colocaron en un féretro de madera dorada. Según parece, una simple pirámide de ladrillos indicaba la situación de su tumba al pie de la colina de Dirá Abu'n-Naga. El gran féretro que contiene sus restos es de aspecto macizo y austero y, siguiendo la tradición, la parte superior está esculpida en forma de cabeza, tocada con un gorro muy alto y ancho.

Sekenen-Ra-Tao era grande y esbelto, y todavía se nota que su nariz era recta y bastante ancha de base. Los pómulos salientes, la boca pequeña, los labios estrechos y ligeramente abultados, los cabellos muy finos, y negros. Lleva afeitada la barba y el bigote, lo cual significa que en la misma mañana del día de su muerte violenta se había puesto en manos del barbero de palacio.

El final trágico del rebelde que encarnaba a los ojos de su pueblo el disconformismo de los oprimidos, no se echó en olvido en el Antiguo Egipto, según atestiguan multitud de documentos. Su nombre pasó a ser el estandarte de la guerra de liberación, enarbolado por un pueblo sedentario y meticuloso hasta la pedantería, compuesto de campesinos y de funcionarios, pero que, como por arte de magia, se convirtió bajo su influencia directa en un ejército de fanáticos soldados que lucharon denodadamente hasta que casi todo el mundo entonces conocido pasara bajo el dominio de los reyes de Tebas.

El más poderoso de estos reyes, y también el más hábil, Tutmosis III, fue hombre de talla mediana, pero vigoroso, y cuenta entre los personajes más importantes del Antiguo Oriente.

En vano trataríamos de dar aquí una idea de su obra colosal de consolidación del imperio egipcio a lo largo de los 32 años de reinado autoritario, veinte de los cuales estuvo ocupado en nada menos que en 17 expediciones guerreras. Su sagacidad era tan penetrante como su criterio, y su espíritu ofensivo tan irresistible como su talento de organizador. Se le ha comparado a Napoleón, pero, en mí opinión, es con César con quien tiene más en común. Una única referencia a sus actividades nos ahorrará largas enumeraciones. En los muros del templo de Karnak mandó cincelar la narración de sus campañas, y este texto, único en la historia mundial y muy bien conservado, está redactado en estilo sobrio,

desprovisto de patetismo de toda clase, sin las exageraciones entonces tan corrientes, y es de una concisión que recuerda la de los partes de guerra modernos.

Desgraciadamente, su momia no tuvo la misma suerte, y ha llegado a nosotros en un estado lamentable, y todo lo que de ella queda es un informe paquete de telas, reventado en el lugar del corazón, despojado de sus ornamentos, roto en tres trozos y toda ella entablillada desde muy antiguo por los sacerdotes que la pusieron a buen recaudo, para que el cadáver tuviera por lo menos la apariencia de un cuerpo entero.

El poderoso faraón, cuyo solo nombre hacía temblar a los demás soberanos del Próximo Oriente, y cuyo título de entronización, Menkheperre, siguió grabándose durante muchos años, como conjuro, en los amuletos y en los escarabeos sagrados, tenía el aspecto de un auténtico *fellah,* en el mejor sentido de la palabra.

La región occipital del cráneo es muy alargada. La frente baja se abomba sobre unos ojos hundidos y penetrantes, tiene los pómulos salientes y la boca ancha. La barbilla denota una energía poco común. La nariz grande y aquilina, como las que se ven en los magníficos retratos de la época, y como también lo era la de la reina Hatsepsut, no ha podido resistir en su parte inferior la presión de las vendas y los ultrajes del tiempo. La cabeza lisa, con el pelo cortado al rape... Es la impresionante ruina mutilada de un personaje íntegro que la historia admira... Resumiendo: una cara cuya expresión no han podido borrar las profanaciones ni los siglos.

Ningún otro rostro real — y eso que los envoltorios contenían momias de faraones muy famosos — puede compararse al suyo. Pero este rostro revela algo inquietante por la ausencia total de ilusiones sobre su grandeza. Vemos que era una grandeza que no precisaba de ostentación de ninguna clase.

Todavía hoy su presencia abruma al visitante. Parece pedir que le rindan cuentas; está al acecho, lo ve y lo escudriña todo, incluso con los ojos cerrados, en su celosa exigencia de la verdad. Su boca fina, en la que todavía queda algún diente, parece condenar inexorablemente con un rictus sarcástico.

Por más que las estatuas tiendan a ofrecernos un Tutmosis III algo

regordete y de cuello corto hundido en los hombros, lo cierto es que no debió de estar desprovisto de una cierta elegancia y de flexibilidad en sus años mozos y en la edad viril. La famosa estatua de esquisto de Karnak, de tamaño natural, con la imponente corona del Imperio del Sur, nos muestra a un príncipe hermoso y distinguido que camina con paso seguro y decidido como de quien sabe dónde va y para qué. Precisamente esta obra maestra de la escultura egipcia es de un realismo sorprendente que no deja lugar a dudas sobre su fidelidad a los rasgos más característicos del original. La nariz exageradamente curva, la barba autoritaria, exactamente como la de su momia, la nuca corta y vigorosa, y la oreja bien formada, es de un naturalismo al que la tradición hierática egipcia no nos tiene acostumbrados. A pesar de que los ojos son tratados de modo más convencional, demasiado alargados hacia las sienes, siguiendo el rastro de colorete del modelo, reflejan sin embargo una facultad de observación y una lucidez poco comunes. Una sonrisa complaciente anima unos labios que se adivinan rojos y tiernos. Su paso tiene algo de la ligereza de quien se dirige a una fiesta o a un baile. En todo caso en modo alguno da la sensación de hollar el símbolo de los pueblos uncidos a su carro triunfal después de una de sus innumerables y sangrientas batallas. Un ademán de ingeniosa vivacidad aparece en el semblante de otra estatua suya, existente en el museo de El Cairo, muy poco reproducida por

cierto, rota a la altura de las rodillas y con la cabeza tocada con la cofia trapezoidal rayada. Si su nombre famoso no estuviera grabado en la parte anterior de la cintura y no nos fuera ya tan conocido su rostro, imposible de confundir, creeríamos tener ante nosotros a un príncipe pacífico que consagró su vida al culto de las artes y de las letras.

El perfil de Tutmosis IV, uno de los nietos del gran conquistador, es de una finura única, y este rostro es para nosotros una reliquia más preciosa cuanto que no se conoce ningún retrato completamente satisfactorio del original. Murió muy joven, antes de cumplir los treinta años, y su apariencia es la de un hombre inteligente y cultivado, de linaje regio, que incluso muerto alza la barba con gesto aristocrático y altanero. Tanto el cráneo como la nuca están completamente recubiertos de pelo, acentuando y completando la impresión general de refinamiento. A pesar de ser hijo del robusto y deportista Amenofis II, nuestro hombre tiene el aspecto de haber sido antes bien un personaje delicado y lábil, lo cual no fue óbice

para que, desde muy joven, a raíz de la desaparición inesperada y prematura de su padre, tuviera que apechugar, como hombre de estado y como soldado, con las agotadoras obligaciones inherentes a la realeza de entonces. Tiene los párpados cerrados y es su expresión apacible, reposada y distinguida, como si durmiera, y se contempla sin repugnancia. Los arqueólogos deberían elegirlo por patrón, pues con su iniciativa de despejar la gran esfinge de Gizeh sentó un precedente y dio al mundo un ejemplo — aunque tal no fuera su intención — que no ha cesado de tener imitadores.

Es una delicia establecer el paralelo entre el perfil de la momia y el de los bajorrelieves que tanto abundan en los muros del templo del santuario de Abidos, en los bloques de Kurna y en los murallones de su gigantesca tumba que penetra hasta el corazón de las cumbres rocosas de Tebas. La coincidencia es sorprendente y en ningún otro caso se demuestra de un modo tan visible la fidelidad al original de los retratos de la antigüedad egipcia.

Además, por su admirable estado de conservación, el rostro del real difunto raya en lo maravilloso.

Los embalsamadores han logrado, en efecto, respetando escrupulosamente sus rasgos característicos, elevar su efigie a la categoría de obra de arte, una obra maestra que incluso nos hace olvidar que nos hallamos ante un cadáver adobado y desecado que ha sufrido la dura prueba del tiempo.

El espíritu ha vencido a la misma muerte y la sublimidad del principio real y divino — objeto de especulación del que por última vez echó mano una sociedad refinada hasta la exageración, pero que ya se acercaba lentamente a su decadencia — convirtió la faz del soberano en un símbolo escultural.

Nos parece verle todavía hierático a la par que cortés y distinguido en actitud de ungir, dar colorete, vestir y tocar con la corona tradicional, alta y doble, la estatua del dios, como en los inolvidables muros blancos de Abidos. Vemos al hijo de Ra en ademán de presentar manjares y ofrendas a los que con toda su divinidad son sus iguales en la jerarquía celestial, a los inmortales que le abrazan fraternalmente, como también él los abraza al poner por obra tan sublime misión. Atum y Ptah, Harakhti y Nut, Osiris y Horus, Isis y Hathor, aguardan que sus ojos vuelvan a la luz. No

hace falta ver en su frente, y en las sienes denegridas por los ungüentos, las señales dejadas por las insignias reales para saber que esta cabeza ha llevado por derecho propio la diadema y la corona, alrededor de la cual se enroscaba, amenazadora, vomitando fuego y aniquilación a la faz de los súbditos perjuros, el áspid protector, emblema del dios solar.

Tanto el sublime cometido como su consumación ritual están inscritos en la grandeza de sus facciones.

La nariz — con el ligero defecto tan familiar al escultor como un signo jeroglífico — se ha conservado casi íntegramente. Es elocuente el silencio de una boca cuyos labios avanzan dominadores, y una energía indomable se lee en su frente abultada. Únicamente los párpados, casi enteramente cerrados, parecen saber del agotamiento que sólo conocen los fuertes después de incesante lucha.

No hay la menor duda de que también fue un luchador fuerte y aguerrido ante los dioses y ante los hombres Setos Menmaatre, el valiente y legendario padre de un tétrico anciano, el gran Ramsés, que reposaba a su lado. Desde tiempos inmemoriales jamás había ocupado el trono de Horus faraón alguno más poderoso. Pacificó Khabiru y después de reconquistar Canaán, en una embestida irresistible logró tomar las ciudades de la llanura siempre en litigio de Jesreel, atravesó el valle del Jordán y avanzó victorioso hasta los confines del lejano Haurán. Los príncipes de las vertientes meridionales del Líbano se apresuraron a ponerse de su parte y todo hace suponer que dirigiéndose hacia el Norte, llegó hasta Simyra y sometió al príncipe de Chipre, igual que ya habían hecho anteriormente los poderosos reyes guerreros de la dinastía XVIII. El mismo año de su ascensión al trono inició la primera campaña militar desde la plaza fuerte fronteriza de Zaru y logró reconquistar las provincias perdidas para la corona egipcia por el indolente Ecnaton, el desdichado rey hereje.

Tiene también a su haber el florecimiento tardío, pero sublime, a pesar de su innegable academismo y amaneramiento, que durante su reinado conocieron las artes del Imperio Nuevo.

Aunque no tuviera otros méritos ante la historia, éste sólo le haría acreedor y digno de que una obra de arte perpetuara su recuerdo

en la posteridad.

En la muerte se convirtió en su propio monumento, tan inmortal como la fama de su dinastía que tuvo que habérselas con la presión cada vez mayor e insostenible de los pueblos nómadas del Norte, y que ya vio declinar el sol de la hegemonía mundial egipcia.

Cuando de su féretro pasamos al de su hijo, no es nada fácil acostumbrarse a la idea que este anciano decrépito, el nonagenario Ramsés Miamun, sea hijo de aquel gallardo monarca que falleció en la flor de su vida.

¡Ramsés Miamun, Ramsés II, el gran Ramsés!

Ramsés el Grande, creador de un mundo de piedra, padre de todo un pueblo de soberanos y de sacerdotes, tuvo que arrostrar la dura prueba de la batalla de Kadés, firmó con el imperio hitita un tratado — el documento más antiguo que se conoce de este género — gracias al cual durante muchísimos años reinó la paz en las zonas de influencia de ambos países en el Oriente próximo y turbulento.

Puede que en ingenio y en carácter le vaya a la zaga al gran Tutmosis. Era, a su manera, presumido y ambicioso, vano y de una exigencia política tan inflexible, que casi hubiera acabado con las fuerzas de un pueblo todavía genial y creador. Cual azote implacable su voluntad se impuso en el mundo del Nilo. Su avidez por los monumentos de piedra era insaciable. No contento con arrasar montañas enteras para convertir sus entrañas en colosos, obeliscos, arquitrabes y columnas de dimensiones extraordinarias, se apropió además los monumentos y las estatuas gigantescas de sus antepasados, en las que hizo grabar profundamente su propio nombre. No, su grandeza no se distinguió por la inteligente llaneza de su glorioso padre, quien recomendaba a su visir que al administrar justicia no tuviera ninguna clase de miramientos con los favoritos del faraón.

Pero a pesar de su presunción, su personalidad ha dejado asombrosa impronta en la historia, y aunque ya ninguna prueba hubiese quedado, nos bastaría contemplar este rostro para convencernos de ello.

El sello de su personalidad quedó totalmente grabado en el sub-

consciente de su pueblo, al que durante más de ciento cincuenta años después de su muerte pareció inconcebible que un faraón no fuese al propio tiempo un Ramsés.

Pero con toda su grandeza ¡cuan extraño y trágico fue su destino!

Este hombre, que de sus innumerables matrimonios tuvo nada menos que 79 hijos y 59 hijas, estuvo condenado a una existencia tan larga, que no solamente sobrevivió a casi toda su descendencia — pues antes que él murieron los hijos mayores en los que se cifraba la esperanza de la dinastía — sino que finalmente se sobrevivió a sí mismo, en interminable agonía, perdido el uso del intelecto, el cuerpo convertido en un verdadero andrajo.

Sin embargo, su rostro demacrado por la extenuación, con la frente calva y retraída, la nariz arqueada en forma de pico de ave de rapiña, y la boca dominadora, denotan todavía irresistible autoridad. Tiene el ojo derecho cerrado, el izquierdo entreabierto y el visitante no puede sustraerse a esta mirada sin vida, pues en los rasgos atormentados de este vejestorio queda algo todavía del noble atractivo y de la magia mística que emana de los mejores retratos que de él conocemos, los cuales se caracterizan por el donaire majestuoso y la sonrisa olímpica como la que se digna dispensar un príncipe de la iglesia ante un pacífico grupo de devotos.

No es de extrañar que la momia de una personalidad tan extraordinaria conociera a través de los siglos aventuras más raras y variadas que las de los demás faraones que han llegado hasta nosotros.

Cuando los saqueos en el Valle de los Reyes se generalizaron de tal modo y los ladrones se volvieron tan audaces que ya no quedó ninguna tumba segura, como primera providencia la momia fue trasladada a la sepultura de Setos I, más fácil de vigilar. Así, padre e hijo se reunieron en la morada ultraterrena.

Pero muy pronto también la tumba de Setos fue violada a su vez, y resultó evidente que no había ya autoridad alguna capaz de impedir tales profanaciones. Entonces se ocultó al gran Ramsés en la tumba *de* la reina Inihapu; no se sabe por cuanto tiempo.

Los sacerdotes y los soldados a cuyo cargo corrieron estos traslados nos han dejado de ellos una relación circunstanciada escrita en las vendas de las momias respectivas.

El último viaje de Ramsés el Grande tuvo lugar bajo Herihor, rey-sacerdote, el cual, en representación de la casta de los servidores de Amón, se adueñó del poder después de haber expulsado del trono de Egipto al último, aunque no inepto, representante de la dinastía. Ignoramos las razones que motivaron el traslado, que debía ser definitivo, pero todo hace suponer que se debió a la manifiesta impotencia de las autoridades ante la osadía de los saqueadores de tumbas.

En un lugar apartado, no lejos del imponente circo rocoso donde el rey Mentuhotep y la genial reina Hatsepsut hicieron construir sus templos funerarios, se cavó en la roca blanda y de escasa calidad, el escondrijo varias veces mencionado ya: un pozo de 12 metros de profundidad que comunica con un corredor de 6o metros de largo, y éste a su vez con una cámara mortuoria lisa y tosca de unos 8 metros de lado. Allí fueron reunidas las tan traídas y llevadas momias que, a pesar de tanta humillación y envilecimiento, constituían la auténtica representación de lo que podríamos llamar el "antiguo régimen" del Imperio Nuevo. Y allí permanecieron hasta que el año 1875 su buen ganado reposo fue de nuevo y definitivamente turbado.

Como es natural, el descubrimiento de la momia de Ramsés fue un acontecimiento de considerable importancia.

Tuvo lugar, como es costumbre en nuestros días, ante un areópago de arqueólogos, de sabios, de historiadores y de políticos, y cuando apareció aquella faz apergaminada y corroída por el tiempo, pero todavía con la impronta intacta de su personalidad sobrehumana, ante la cual se había tal vez postrado Moisés, fue tan grande la emoción de todos los presentes, que por poco se les cae la momia al suelo.

Las peripecias o desventuras del gran Ramsés no habían terminado aún. Más tarde, ya en el museo, hizo presa de su cabellera una extraña fauna que en los vivos produce desagradable comezón, y con toda su majestad tuvo que someterse a un baño de mercurio.

Y luego sucedió algo macabro e inesperado, que hizo poner los pelos de punta a los vigilantes del museo. En efecto, ante la estupefacción de los presentes, que salieron de estampía, la momia milenaria de Ramsés el Grande levantó bruscamente el antebrazo.

La acción prolongada de los rayos solares en un determinado lugar del codo del rey fue seguramente causa de que se soltara una articulación y que la contracción repentina del tejido seco provocara aquel gesto insólito.

¿Qué aspecto tiene hoy día el rostro del Ramsés Miamun? ¿Cómo le ha sentado el solemne traslado, bajo las estrellas, en la noche silenciosa de las calles de El Cairo? ¿Le pone su flamante mausoleo a cubierto de nuevas profanaciones? ¿Quién sabe si sus ya menguados restos mortales acabarán de consumirse lentamente y pronto ya no quedará del gran Ramsés más que una pobre sombra de lo que fue una auténtica majestad!

He aquí el testimonio de la Biblia: "Después entraron Moisés y Aaron a ver al faraón y le dijeron:

Jehová, el Dios de Israel, dice así: Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto.

"Y el faraón respondió: ¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré a Israel.

"Dijo también el faraón: Ese pueblo es ya más numeroso que el de la región y vosotros les hacéis cesar en sus cargos .

"Agrávase la servidumbre sobre ellos, para que se ocupen en ella y no atiendan a palabras de mentira.

"Entonces el pueblo se derramó por toda la tierra de Egipto a coger rastrojo en lugar de paja.

"Y los cuadrilleros los apremiaban diciendo: Acabad vuestra obra la tarea del día en su día, como cuando se os daba paja.

"Así habló el faraón: Estaos ociosos, sí, ociosos, y por eso decís: Vamos y sacrifiquemos a Jehová."

Así habla la Biblia.

Ya ningún dragomán tabalea sobre la tapa de vidrio que antaño cubría su rostro, para atraer hacia esta máxima atracción el rebaño disperso de los turistas.

El gran faraón duerme, por fin, en paz.

Y, sin embargo, ¡cómo desearíamos ver otra vez, poco antes del cierre del museo, en la sala ahora vacía, aquella cara soberana que contemplaron Moisés y Aarón!

Existe un reducido número de inolvidables rostros faraónicos esculpidos en piedra, que jamás podremos comparar con las máscaras momificadas de sus correspondientes modelos, por más que el azadón de los excavadores no se dé punto de reposo. Las depredaciones efectuadas por los ladrones de tumbas, el azar y también el odio se combinaron para impedir que los originales lograran salvar el escollo de los siglos. Solamente los conocemos por sus estatuas, pero aún así ¡cómo nos sobrecoge su mensaje!

No hace mucho hizo su aparición en la sala que alberga los monumentos del Imperio Antiguo una estatua sedente, de tamaño natural, en caliza coloreada, cuya expresión de potencia enigmática y fantástica supera la de todas las demás estatuas de soberanos egipcios. Diríase que de ella emana auténtica magia, algo que nos hace creer en visiones, pues al contemplarla creemos que la escultura se ha hecho voz, que resuenan en nuestros oídos las antiquísimas plegarias inscritas en el corazón de las pirámides, y nos sentimos transportados de repente en el seno de un universo espiritual en el que nuestras pobres realidades materiales no tienen curso.

Nos referimos a la estatua del rey Djoser, durante cuyo reinado se edificaron los primeros grandes monumentos de cantería egipcios, estatua que fue encontrada en una cripta calcárea al noroeste de su gigantesca tumba de gradas.

Mediante dos agujeros abiertos en la espesa muralla delantera comunicaba el faraón de piedra con el mundo exterior, y a través de ellos podía vigilar sin cesar, con los ojos de cuarzo de los que pronto iban a despojarle los profanadores de tumbas, el recinto del

templo consagrado a su memoria y el conjunto monumental pétreo de su capital que tanto en el cielo como en la tierra eterniza el recuerdo perenne de su glorioso reinado.

La toca real y la peluca tienen una forma rara que ya no ha de aparecer en ningún otro retrato faraónico posterior, y la falsa barba de ceremonia, de longitud inusitada, acrece la impresión de grandeza hierática y arcaica del rostro. Los miembros apenas se separan de la masa del cuerpo.

En este rostro de piedra poseemos un verdadero retrato tallado en los albores de la III dinastía, y a pesar de que está bastante mutilado, todo en él, los ojos hundidos, vacíos pero aún así fascinadores, los pómulos salientes y los labios abultados, nos habla de un personaje de fuerza concentrada poco común. A este soberano legendario le cabe la gloria de haber tenido como primer ministro, o funcionario principal de la nación, al gran Imhotep, arquitecto, médico, juez y administrador todo de una pieza, y puede que a sus muchos méritos tengamos que añadir el de haber inventado el calendario en el que se basa el nuestro. Después de su muerte los escribas lo tomaron por patrón y los egipcios de la época de los Ptolomeos hicieron de él un dios.

Comparada a la aspereza inaccesible de la fisionomía de Djoser, la de Kefrén es casi la de un rostro sencillo y afable, pero ello no significa que el que contempla, en la colección de monumentos del museo de El Cairo, su estatua de diorita no tenga la oportunidad de establecer contacto inolvidable con una de los personajes más importantes del Antiguo Egipto. Algo mayor que de tamaño natural, imponente por su bella factura que realza la magnífica y durísima materia prima empleada en su construcción, la ennoblece la imagen, única en su género, del dios halcón protector que desde el respaldo del sitial extiende las alas cubriendo la nuca del soberano.

La tremenda impresión que en nosotros producen las pirámides y los templos parecía excluir la posibilidad de que esculturas de esta categoría completaran un día en la lejanía de los tiempos la fabulosa tríada egipcia. Estas esculturas demuestran inmediatamente que la noción de la belleza clásica no se limitó a los períodos griego y greco-romano.

¿Qué puede haber de más auténtico y universal que esta repre-

sentación plástica de la majestad? En vano buscaríamos otra época y otra cultura cuya estatuaria pueda rivalizar en fuerza de persuasión con la grandiosa simplicidad de los sentimientos expresados.

Sin mucho aparato tenemos ante nosotros a un hombre bien desarrollado, de tronco algo corto tal vez, sentado en un bloque cúbico discretamente adornado de derecha a izquierda por dos largos pies de león. Está envuelto únicamente en una especie de delantal y lleva en la cabeza la toca cuya hechura será tradicional a partir de entonces, la cual parece convertir en parientes de la esfinge a todos los rostros que encuadra.

Pero en esta estatua no se trata, como en el caso de la esfinge, de una prodigiosa manifestación de temas zoológicos, teológicos y arquitecturales.

Es una estatua que nos habla de cordura, de equilibrio y de salud, y eso lo hace con toda la elocuencia de que es capaz una faz humana, con la mirada alerta y serena fija en el infinito. Es el rostro de un hermano de los hombres, consciente de su misión, arrogante y despótico cual correspondía a un monarca de entonces, pero hermano en fin. Algunas características individuales se mezclan a la serenidad clásica de la fisionomía: el arco ligeramente acentuado del lomo de la nariz, una insinuada depresión en la mejilla carnosa a la altura del labio superior, bastan para conferir una pincelada personal al ritmo clásico de la imagen. Y nada más. Todo arcaísmo ha desaparecido. Sin retraimiento, sin violencias, perdura el rey en toda su majestad, en el equilibrio sereno de la estatua que ha fijado sus rasgos para la posteridad.

Luego nos encontramos ante los retratos de Sesostrís III y de su hijo Amenemhet III que nos deparan la oportunidad de trabar conocimiento con otros personajes antiguos de clase muy distinta, pero que no por esto dejan en nosotros un recuerdo menos profundo.

Por el estudio de sus vidas y hechos nos compenetramos con el destino impersonal de una nueva concepción del estado determinada por la historia, pero que debemos de considerar como inseparable del esfuerzo y de la competencia de estas dos figuras magnas de la historia de Egipto, a pesar de que en su grandiosa

empresa de consolidación del nuevo estado únicamente pudieron contar con los recursos de su genio solitario.

La bizarría de almas sin ilusiones se refleja en estos rostros sin engaño y sin mentira; rostros inflexibles, a la par que conscientes, pero también apagados porque ya nada esperan, y sólo parecen atender al eco lejano de un pasado quimérico. ¿En qué parte del mundo se han modelado jamás facciones más patéticas? Conocemos a estos hombres, así como su inmensa tarea fruto de la más exigente abnegación, y los documentos demuestran que nuestra intuición no nos engaña cuando en nuestra interpretación de su historia nos emocionamos al contemplar esas imágenes. Sesostris III, guerrero y organizador excepcional, como su sucesor Tutmosis III que lo proclamó dios nacional de Nubia, porfió con tesón para reforzar las fronteras meridionales y conseguir quebrantar el excesivo poderío de los príncipes autóctonos que hacían alarde de antiguos privilegios — incompatibles con el nuevo estado — logrados a lo largo de los siglos gracias a sus íntimas relaciones con las familias de los faraones que se habían sucedido en el trono. Posiblemente se viera a menudo precisado, por razones de estado, a luchar contra sus propios sentimientos y esto puede que explique esa expresión de pesadumbre, compañera inseparable de la serenidad castrense que caracterizan todas sus estatuas de granito, grandes y pequeñas. Por lo visto cuando Amenemhet III tomó las riendas del gobierno, la situación era mucho más clara, pues el régimen había superado ya la profunda crisis que pusiera en peligro su existencia. Y con todo, este soberano prudente, humano y amante de la paz, tampoco tiene motivos para mostrarse satisfecho de su obra. A pesar de la sublime serenidad que baña su rostro, sus retratos translucen una renunciación solemne y resignada, sin pizca de ilusiones. Tal vez porque no ignoraba que pertenecía a una dinastía que ya no podía dar más de sí, y que ya declinaban las estrellas que habían presidido la fabulosa ascensión y las gloriosas gestas de sus predecesores que arrancaron del caos al Imperio Medio.

El último rostro que verdaderamente nos impresiona y nos turba incluso en esta larga galería de retratos, es el de Ecnatón, en el que se adivina al revolucionario de un universo espiritual, al herético que para poder adorar tuvo que crearse su propio dios.

Monstruosa por el fanatismo de su misión religiosa, reliquia y or-

namento grotesco de la autarquía real y sacerdotal que intentó hacer prevalecer, la cabeza del "rey hereje" remata el cuello delgado e inmenso de las columnas del santuario solar de Karnak.

Cierto que escarneció la tradición y las costumbres, y esto a los ojos de la casta sacerdotal era un crimen, pero ha dejado el ejemplo de un hombre tenaz, dispuesto a todo y fiel a sí mismo hasta el fin, indiferente a cuantos peligros acechan a los innovadores de su temple.

Como adoraba sólo a su propio dios, así sólo obedecía sus propias leyes.

Con buena provisión de argumentos históricos, repetidas veces han venido intentando los egiptólogos quitar importancia al experimento de Ecnatón. No puede en modo alguno ponerse en tela de juicio su fracaso ante los problemas que planteaba la realidad política de su reinado, pero, por otra parte, debemos reconocer, y en ello tampoco nos faltan razones de peso, que la sensibilidad occidental del siglo XX se identifica más con él que con cualquier otro faraón.

Su paso por el trono de Egipto marcó el fin de una época. El traslado de la corte significó el ocaso de la hegemonía de Tebas, y aún cuando la capital del Sur, la ciudad de las cien puertas, conoció aún días de esplendor bajo Tutankamon, Eje y Haremheb y muchos otros faraones que les sucedieron, la verdad es que de entonces en adelante el destino del Valle del Nilo se decidió ya cada vez más en Menfis y en las residencias que, bajo la presión de las circunstancias, los soberanos egipcios erigieron en el Delta, cerca del Mediterráneo.

Imágenes 49, 50

Imágenes 51, 52

Imagenes 53, 54

Imagenes 55,56

Imagenes 57, 58

Imágenes 59, 60

LAS GRANDES REINAS

AL cabo de ciento cincuenta años de investigaciones egiptológicas conocemos al dedillo los nombres de muchas reinas egipcias, lo cual no es óbice que solamente muy pocas hayan emergido del olvido del pasado y nos sean lo bastante familiares para que a la luz de la historia podamos tener una idea precisa de su personalidad.

La mayoría de estas grandes esposas o concubinas reales, cuyos nombres se mencionan en documentos históricos o en papiros, no son sino tenues fantasmas por más que podamos contemplarlas en los innumerables retratos que de ellas poseemos. Las madres de los dos faraones más célebres y poderosos — hemos nombrado a Sesostris III y a Tutmosis III — podemos apreciarlas en imágenes a su manera admirables, y seguramente muy fieles al original, pero en vano interrogaríamos a la historia para que nos revelara algo de su carácter y de la vida de la reina Nofretete o de la reina Isis, pues de su modo de ser nos dicen bien poco o nada las estatuas que las representan. Sabemos de una soberana legendaria de Nit-Aqer — que los griegos convirtieron en Nitocris — y de la reina Sebeknefrure, hija de Amenemhet III, la cual sucedió durante cuatro años, de 1792 a 1788 antes de J. C. a su hermano Amenemhet IV en el trono de Horus. Con ella termina la XII dinastía, y su persona nos interesa no sólo como soberana autócrata, sí que también como hija que era de padre eminente. El fragmento de una estatuita de esquisto que se guarda en Berlín y la diminuta cabeza de una pequeña esfinge de diorita de la Biblioteca Nacional de París, reflejan a buen seguro algo de lo que fueron sus rasgos en vida, pero eso es todo lo que de ella sabemos y sin duda ignoraremos siempre qué clase de mujer fue y de qué manera hizo frente a la situación durante su corto reinado.

Algunas reinas no atraen nuestra atención únicamente a causa del relieve histórico de los que fueron sus esposos o sus hijos, sino también debido al palpitante interés que despiertan las circunstancias en que fueron halladas sus estatuas. Así, por ejemplo, la de la reina Ahhotep, madre de Amosis y Kamosis, vencedores de los hicsos, Ahhmés-Nofertari, que junto con su hijo Amenofis I fue venerada más tarde como santa tutelar de la ciudad tebana de los muertos, y también la reina Hetep-Heres, cuyo doble entierro referiremos más adelante. Pero nuestra curiosidad va sobre todo en pos de recuerdos de aquellas soberanas autócratas, de temperamento

fuerte e independiente, que reinaron solas durante mucho tiempo y que a su modo prestaron grandes servicios al estado. De estas reinas nos agradaría saber mucho más.

Entre todas las mujeres del faraón solamente una está reconocida oficialmente como esposa y reina. Desciende de familia real o pertenece a la alta nobleza, cuando no se trata simplemente de la hija del soberano fallecido, o sea de la propia hermana del marido.

Desde tiempos inmemoriales le son propios una serie de títulos que ponen de manifiesto su jerarquía. En el Imperio Antiguo, el de los constructores de las Pirámides, ella es la que:

Contempla a Horus y a Seth,
por su hechizo es grande
y grande por sus mercedes...

Amiga de Horus
la mujer del rey a la que éste ama.

Los títulos varían con los tiempos y en el Imperio Medio se dice de ella que:
Es la esposa de dios.

la madre de dios,
la gran esposa del rey
y la soberana de las "Dos-Tierras".

Se llega incluso a equipararla con el faraón, pues como éste tiene ella el privilegio de que su nombre figure en el marco oval generalmente llamado cartela y también "cartucho".

Desgraciadamente no disponemos de documento alguno que pueda ilustrarnos la vida íntima de estas grandes "esposas reales". Podemos, eso sí, imaginarnos fácilmente que no les faltarían distracciones y pasatiempos y que su residencia sería por lo menos un compendio de todo cuanto en lujo y comodidad podía brindar la época. Pero eso es todo. No es que escaseen los textos que a las reinas se refieren, al contrario, pero en su gran mayoría se trata de ditirambos, pues el elogiar los atractivos y los méritos de las mujeres de alta alcurnia se convirtió con el tiempo en un verdadero género literario. La enumeración de los títulos oficiales termina

tradicionalmente con votos estereotipados para que la soberana *viva, y se conserve siempre y eternamente joven. La reina es un dechado de gracia y de hermosura, grande por sus encantos, y es tal su dominio sobre nosotros, que hacemos cuanto nos dice. Tiene labios dulces como la miel y nunca pronuncia una palabra de más.*

Mutemuya, esposa de Tutmosis IV, y madre del fastuoso Amenofis III, con su *voz hace feliz al mismo Dios.* Ciertas inscripciones aseguran de la hermosa reina Nofretete que *lanza gritos de júbilo quien la oye hablar.* En una estela consagrada a la diosa Mut, de Karnak, un rey etíope ensalza a la princesa su hija con expresiones que recuerdan las del "Cantar de los Cantares" de Salomón:

La dulce sacerdotisa de Hathor Muterdas, dulce de amor
la dulce, dulce en el amor, dice el rey Menkheperre;
La dulce, dulce en el amor, dicen los hombres.

Soberana del amor, dicen las mujeres.

La hija del rey, dulce en el amor,
la más bella entre todas las mujeres.

Jamás se dio otra virgen como ella.

Su cabellera es más negra que la misma noche,
más negra que las uvas y que los higos.

Tiene los dientes dispuestos en admirable hilera,
más perfecta que la obra de un cuchillo de sílex.

Y en el pecho luce firmes senos.

La noche solemne y delirante en que Amón honró con su presencia el templo de Luxor — el harén de Ramsés II el Grande — la esposa de éste, Nefertari-mí-en-Mut, apareció como:

La princesa rebosante de encomios, hechicera del amor
dulce en el amor, soberana de las "Dos-Tierras"
en sus bellas manos sostiene el sistro
con que agracia a su padre Amón.

La muy querida, la reina coronada,

cantante de bello rostro, que adornan plumas magníficas;
la que domina en el harén de los dueños de palacio;
aquella cuya palabra es oráculo.

Se le obedece en todo cuanto quiere,
todo lo bello que desea,
Todas sus palabras alegran y conmueven nuestra faz
y vivimos sólo pendientes de oír su voz...

Tales son las alabanzas a las esposas reales del Antiguo Egipto, alabanzas que todavía resuenan en nuestros oídos a través de siglos y milenios, y las imágenes de los templos y de las tumbas ilustran maravillosa y fielmente estas estrofas hiperbólicas.

Y con todo, la vida privada de las grandes reinas continuaría siendo para nosotros un enigma a no ser por los interesantes, aunque fragmentarios hallazgos realizados recientemente en los talleres de estatuaria de Amarna.

Muchas reinas continuaron desempeñando papeles destacados en la corte aún después de la muerte del marido. Por regla general, la "reina madre" poseía extensas propiedades que administraba directamente. Además, si al fallecer el faraón el heredero, príncipe o princesa, era todavía demasiado pequeño para reinar, ellas asumían el gobierno asegurando el interregno. Sabemos que tal fue el caso de Teya, madre de Ecnatón. A ciertas reinas, como las esposas de los fundadores de la XVIII dinastía, se les atribuyeron méritos bastantes para venerarlas luego como diosas.

Forma parte de nuestra estampa histórica del antiguo Oriente que el rey de Egipto poseía, amén de la reina o esposa principal y de las concubinas oficiales, un verdadero harén para solaz y distracción del monarca que supervisaba una favorita nombrada al efecto.

Parecía que al austero reformador Ecnatón sólo podíamos imaginárnoslo monógamo. Pues bien, a pesar de que en su juramento de la coronación incluyera estas palabras: "... Tan verdad como que mi corazón es feliz y adicto a la reina Nofretete y a sus hijos", no fue ninguna excepción en este aspecto. Las pinturas murales de la tumba del cementerio del desierto de su residencia nos muestran las estancias de sus mujeres y a éstas peinándose unas a otras, aprendiendo nuevos pasos de danza o tañendo algún instrumento.

Según parece, una de las principales ocupaciones de estas hembras "retiradas de la circulación" consistía precisamente en distraer al real esposo con entretenimientos musicales. Guardaban las puertas celadoras de confianza que no dejaban acercar a los intrusos y eran responsables de que "las favoritas no sostuvieran relaciones inútiles con el mundo exterior". Uno de los principales dignatarios de la corte ostentaba el título de "intendente de los aposentos del harén real", "secretario del harén" o "representante del harén". En una inscripción funeraria del Imperio Medio se cita a un gran príncipe como "jefe de las estancias reales de las mujeres, el que encierra a las concubinas, presenta el harén al rey y al que se le permite verle bailar".

Como caso muy excepcional, un capricho de Ramsés III, el rico Rhampsinitos de los griegos, permite dar un vistazo en las diversiones habituales del gineceo. Así le vemos como se hizo pintar entre sus favoritas en los salones de la torre llamada de la "gran puerta", especie de baluarte de tipo asiático situado en la margen occidental de Tebas, cerca del gran templo de Medinet Habu. Tanto el faraón como sus mancebas aparecen completamente desnudos. Ellas lucen primoroso tocado, calzan sandalias de fantasía y llevan cadenitas al cuello. Eso es todo. El faraón lleva puesta la corona azul, y las esbeltas y graciosas criaturas, predecesoras de las odaliscas, le rodean y contienden con él en el juego de damas, y le hacen oler ramos de flores aromáticas. En una imagen le vemos cómo se deleita acariciando la barbilla a su bella contrincante de juego, y el contemplar estas escenas idílicas recordamos inevitablemente que este mismo soberano acabó siendo víctima de una intriga del harén y que precisamente los altos funcionarios encargados del sumario y de sancionar a los culpables, no se recataron de organizar una escandalosa bacanal, que por cierto acabó mal para todos.

Se comprende que las concubinas fueran escogidas por sus atractivos personales femeninos, sin que para nada se tuviera en cuenta el árbol genealógico, de modo que no solamente tomaban el camino del harén hijas de sacerdotes y de funcionarios modestos, sino que más de una vez muchachas de baja extracción lograron alcanzar el primer puesto en el amor del monarca. Pinturas murales nos muestran a estas favoritas no sólo tocadas con el primoroso peinado propio de las princesas reales, sino que podían incluso pretender a un atributo tan exclusivamente faraónico como era el

áspid frontal protector. Según Erman, algunas de estas inquilinas recibieron nombres pomposos, tales como "la bella soberana", "la emperatriz del Delta", "la dueña de las Dos Tierras", o "la emperatriz de todo el país".

Cuando el faraón quería demostrar la gran estima que sentía por algún personaje amigo, le regalaba alguna beldad de su harén. Ignoramos durante cuánto tiempo vivían las "pensionistas" en el gineceo a expensas del soberano. Lo que sí sabemos es que algunas de ellas, cuyos nombres conocemos, hicieron carrera y después de la muerte de su primer dueño gozaron de gran predicamento en el de su sucesor.

Naturalmente, junto a las hijas del país, también bellezas exóticas estaban representadas en el harén, pues bajo el Imperio Nuevo se usó y abusó de los casamientos políticos. Algunas princesas asiáticas llegaron al Valle del Nilo con un ajuar de novia fabuloso y con gran séquito de esclavas para casarse con el hijo del sol, estrechando así las relaciones entre los países respectivos.

No es difícil imaginarse en qué estado de ánimo llegarían, con el corazón oprimido, aquellas muchachas a quien nadie había consultado. Después de unos pocos días de fiesta en su honor, durante los cuales pudieron hacerse la ilusión de que eran el principal atractivo de la corte del faraón, las recién llegadas desaparecían silenciosamente para siempre jamás, detrás de las doradas rejas del harén. El libro de la historia se cierra definitivamente sobre su recuerdo y olvida incluso sus nombres. Sólo consta que se les reservaba una tumba en algún lugar al oeste de Tebas, y por lo que sabemos de la psicología de aquellos tiempos, fácilmente podemos suponer que el exotismo de los ritos fúnebres egipcios y la perspectiva de ser enterradas fuera de la tumba de sus mayores, lejos de su querida patria, debió de amargar la existencia de aquellas desgraciadas princesas y llenar de inquietud y de angustia sus tiernos corazones.

Con tantas mujeres a su disposición, no cabe extrañarnos de que la descendencia de los monarcas del Valle del Nilo alcanzara proporciones elevadas, lo cual a su vez planteaba delicados problemas de sucesión con su secuela de celos, rivalidades y cábalas. En numerosos papiros se mencionan interrogatorios, juicios secretos, asesinatos o ejecuciones sumarias a raíz de la muerte del soberano,

pero es característico del alto sentido de justicia del Antiguo Egipto el hecho que el faraón jamás intervenía directamente en el proceso judicial, sino que confiaba las investigaciones a personajes sin tacha, competentes e imparciales. Puede que el óbito prematuro y violento de más de un príncipe, enterrado en el anónimo, y cuyo cuerpo desfigurado presenta trazas de veneno, fuera debida a su condición de candidato imprudente e impaciente del poder, y que fuera víctima de sus propias intrigas con algún grupo del harén, con cuya colaboración esperaba poder ceñir la corona antes de que le llegara el turno, saltándose algunos aspirantes mejor situados que él en la línea de sucesión. Como vemos, la historia de la sucesión real en las cortes orientales se escribía a menudo con sangre.

Desde tiempos inmemoriales se destinaba el producto de ciertas propiedades de la corona al sostenimiento de los innumerables príncipes reales, los cuales empero no permanecían en la ociosidad, sino que debían someterse a duras tareas, ya sea en la administración del estado, en el culto o en el ejército. Si hemos de dar crédito a la serie de frescos de los pórticos del tiempo de Ramsés II, los hijos de éste tomaron parte activa en el ejército de su padre, como generales.

Bien poco sabríamos de las esposas de los grandes constructores de las pirámides (IV dinastía) si un hallazgo inopinado y sorprendente de los restos de Snofru, padre de Keops, no hubiera convertido la leyenda en realidad.

Las mastabas de los altos funcionarios ocupan la mayor parte del cementerio situado al oeste de la pirámide de Gizeh.

Excavaciones realizadas gracias a la liberalidad americana en el sector oriental de las gigantescas construcciones, por G. Reisner, por cuenta de la Universidad de Harward y del museo de Boston, pusieron un buen día al descubierto una necrópolis que comprendía toda una serie de tumbas que resultaron pertenecer a miembros de la familia real. Con su disposición simétrica de construcciones tumulares cúbicas, las calzadas estaban cubiertas con baldosas calcáreas. En su prurito de escrupulosidad científica el equipo investigador no titubeó en alzar esos bloques y en 1928 dieron por fin con una capa de yeso que a no dudar cerraba el paso a un escondite subterráneo.

En efecto, a poco de hurgar en el subsuelo, encontraron una losa cuidadosamente tapiada, tras la cual aparecieron una serie de peldaños que conducían a un pozo vertical horadado en la roca, lleno de piedras y escombros. La limpieza de la cavidad fue cuestión de días y de mucha paciencia, pues hasta los 25 metros de profundidad no se alcanzó la entrada de la verdadera cámara mortuoria, cuyo contenido a primera vista les desconcertó.

En un rincón de la cámara relativamente pequeña se dibujaba la silueta de un gran sarcófago de alabastro. Sobre la tapa, al lado y por el suelo, estaban esparcidos en la mayor confusión astillas de madera, chapas de oro, instrumentos de cobre, pedazos de cerámica, etc.

Las minuciosas investigaciones iniciadas por Reisner el mes de enero siguiente asombraron a los egiptólogos, pues el aparente desorden en que fueron encontrados los objetos y los fragmentos mencionados, desorden que parecía denotar el paso de profanadores sin escrúpulos, era en realidad fruto de la obra lenta de desintegración del tiempo a través de los milenios. La tumba no había sido saqueada, aunque tal fuese la primera impresión, de modo que utilizando los fragmentos de madera, bastante encogidos por cierto, fue posible reconstruir íntegramente todos los objetos hallados. Un trabajo inmenso que exigió de los egiptólogos una paciencia, una meticulosidad y unos conocimientos de los que el profano no puede formarse idea. La ingente tarea duró muchos meses y los que en ella intervinieron escribieron una página de gloria en los anales de la egiptología. Baste decir que durante 305 días se llenaron nada menos que 1.701 hojas de dibujos y se tomaron más de 1.000 fotografías.

Pudo comprobarse, sin lugar a dudas, que la tumba había sido construida para la reina Hetepheres, esposa de Snofru y madre del sucesor de éste, Keops. Se logró restaurar los muebles reales de la IV dinastía, cuya sobria elegancia, a pesar de la casi total ausencia de lujo, causan todavía verdadera impresión. Entre ellos una cómoda litera, una silla, una cama, un cofre que contenía argollas para los pies y la armadura de un sencillo baldaquín, todo con admirables decoraciones jeroglíficos y de otro tipo.

Imagens 61, 62

Imagen 63

Imágenes 64, 65

Imagen 66

Imagen 67

Imagen 68

Se esperaba con impaciencia el momento solemne de la apertura del sarcófago. El acto tuvo lugar en presencia de selecta concurrencia, el 3 de marzo de 1927, después de haber terminado la limpieza de la cámara mortuoria. Todos contuvieron la respiración cuando llegó el momento de levantar la tapa, y...

¡El sarcófago estaba vacío!...

¿Cómo era ello posible? ¿Qué explicación cabía dar al misterio?

Sólo quedaba una hipótesis plausible. Al morir la reina en vida de su esposo Snofru, fue enterrada en la tumba de éste en Dashur, circunstancia de la que se aprovecharon seguramente los ladrones de tumbas. Llegó el día en que ya no pudo ocultarse al nuevo faraón Keops que el sueño eterno de su augusta madre había sido turbado por los bandidos, y entonces decidió Keops que el cadáver fuese encerrado en otro sarcófago y colocado en un escondrijo de su propia pirámide. Nuevas ceremonias y nuevo entierro.

Seguramente nadie se atreviera a confesar nunca al poderoso monarca toda la verdad. La momia de su madre había sido no sólo profanada en la primitiva tumba y despojada de sus joyas, sino también robada, y seguramente destruida. En todo caso se ignoraba su paradero.

El faraón nunca llegó a enterarse de la magnitud del desastre.

Los nuevos funerales se desarrollaron, pues, alrededor de un sarcófago vacío, y la tumba de Gizeh no era en realidad ninguna tumba, sino un cenotafio, y transcurrieron casi cinco mil años hasta que la ciencia diera con la clave del enigma.

Las investigaciones realizadas durante el presente siglo han completado también hasta tal punto el último capítulo de la novela vivida por la reina Hatsepsut, que con lo que de ella sabemos habría materia bastante para llenar un voluminoso libro.

Esta reina, interesante, atractiva y dotada de altas prendas — venida al mundo en los comienzos difíciles de la hegemonía mundial, o sea durante un período que se señaló precisamente por las continuas y sangrientas disensiones entre los miembros de la

familia real — era, como es sabido, la única descendiente legítima de Tutmosis I y de su esposa Ahhmes. Su padre la adoraba, y como presunta heredera pronto participó en la corregencia del reino; casó con su hermanastro Tutmosis II — hijo de una favorita de su padre —, pero su marido, el príncipe consorte, era hombre de poca salud que no tardó en dejarla viuda, no sin antes tener un hijo de una de sus mancebas. Este hijo, el gran Tutmosis III, joven ambicioso y realista, resultó un rival de cuidado, lo que vulgarmente se dice un hueso para la reina. Durante mucho tiempo se creyó que ambos eran hermanos, pero como los estudios de Edgerton pusieron no ha mucho de manifiesto, Tutmosis III pertenecía a la siguiente generación, o sea que era mucho más joven que su madrastra, y esto hizo mucho más despiadada la lucha por el poder entre ambos.

La reina, heredera natural, consciente de su propio valer y aferrada a sus prerrogativas de soberana autócrata, no cejó hasta disponer de todos los privilegios de los faraones. Las estatuas y los bajorrelieves nos la muestran ataviada con la corona, las insignias reales y hasta con la falsa barba ritual, como si fuera un hombre, y sus títulos son los del faraón masculino, Sólo renunció, por motivos muy comprensibles, al título de "toro fecundo". Raramente se hace alusión a su sexo en los textos. Una de sus más bellas representaciones es una estatua sedente, de tamaño natural, en piedra calcárea, que decoraba su templo funerario, y que ahora se encuentra en el Metropolitan Museum of Art, de Nueva York. Es la imagen de una muchacha esbelta, de pechos incipientes, y de rostro enérgico y arrogante, bajo la diadema faraónica. Su padre había cuidado personalmente de inculcar a su pueblo la idea de la vocación divina de su hija. Según él, fue el mismo Amón, rey de los dioses de Tebas, quien, conducido por el dios de la sabiduría Thot, se había unido a su madre para engendrar a su celestial hija. Las inscripciones que comentan la figuración del nacimiento milagroso de la princesa Hatsepsut en las paredes del templo de Der-el-Bahri dan detalles del suceso:

Apareció el dios magnífico,
vino en persona, el señor de los tronos de las "Dos-T'ierras"
Amón, como si fuera el marido
y la encontró reposando en el esplendor de palacio.

La divina aroma despertóla
y ella sonrió a su majestad el dios.

Él se acercó, se enardeció de amor por ella
y le dio su corazón.

Ella tuvo la dicha de verle
bajo su aspecto divino
y después de haber sido amada
contempló entusiasmada su beldad.

Su amor la hizo suya
mientras nubes de aroma celestial
invadían el palacio.

Todos los perfumes procedían de Punt, país del incienso.

Su divina majestad,
obró con ella a su antojo,
y ella se deleitó con su amor
y le besó.

Con tal precedente, la princesa no podía por menos de resultar la perfección en persona. Según rezan las inscripciones, la princesa creció "... más y mejor que ninguna, superando en belleza a todas las demás. Su majestad la princesa se convirtió en una hermosa muchacha radiante de *lozanía* y juventud. Se real padre la contempla admirado de las cualidades divinas de su cuerpo y de su inteligencia. Y su majestad le dice: Ven, ¡oh tú! llena de gracia; te he tomado en brazos para que veas cómo se administra el palacio en el que desde ahora ocuparás el elevado lugar que mereces y te corresponde, y asumirás las nobles funciones propias de tu rango, tú la magnífica, encantadora y poderosa, para que puedas extender tu dominación a las Dos-Tierras, reducir a los rebeldes y aparecer aureolada de gloria en palacio, la *fíente* adornada con la doble diadema; a fin de que seas dichosa como heredera mía, hija de la blanca corona, ¡oh tú, la bien *amada* de la diosa Uto!"

Es imposible imaginarnos hasta qué punto debió de desarrollarse, con semejante letanía de elogios el orgullo y el espíritu de dominación de la heredera del trono. En aquel mundo joven y fabuloso, de supersticiones, de maravillosas construcciones artísticas y gigantescas, en el cual se rendía pleitesía a la *belleza, el* mito se *mezclaba* indisolublemente a los eventos más prosaicos

de la vida cotidiana, ejerciendo poderosa influencia sobre todos los acontecimientos.

Harto conocida es la obra de esta reina. Baste decir la memorable expedición marítima al país del incienso (probablemente en la actual Somalia) y la construcción del maravilloso templo de terrazas de Der-el-Bahrí, que sabios americanos han dejado al descubierto y restaurado con grandes esfuerzos y sin reparar en gastos. Su reinado se caracterizó, entre otras cosas también notables, en que no hubo guerra alguna.

La política y la estrategia de sus predecesores habían logrado pacificar, o por lo menos estabilizar en cierto modo la situación en las provincias asiáticas y en los estados vasallos; pero no por eso *dejaba* de ser muy peligroso ese abandonarse temerariamente a los placeres de las artes de la paz y ofrecer a su padre místico — Amón — "un Punt en sus jardines tebanos, como él había ordenado, lo bastante grande para que la divinidad pudiera explayarse en él..." precisamente en una época cuando aparecían ya los primeros brotes de nuevas fuerzas que con dinamismo revolucionario e irresistible iban a modificar inexorablemente el orden mundial establecido.

Como la mayoría de las grandes soberanas de la historia, también esta mujer extraordinaria tuvo su favorito, al que entregó toda su confianza y muy posiblemente algo más. Se trataba de un hombre llamado Senmut o Senenmut, de origen modesto, hermano menor de su preceptor. Le confió no sólo la dirección de sus mayores empresas y el cargo de primer ministro, sino también la educación de su única hija, Nefrure, y ha pasado a la posteridad como genial constructor del santuario funerario de la reina en el grandioso circo rocoso situado al oeste de Tebas. Nada tendría de extraño que Senmut acariciara la esperanza de llegar a convertirse en príncipe consorte, e incluso de sentarse un día en el trono de Horus. ¿Por qué no?

Con mal disimulado rencor contemplaría Tutmosis — al cual se mantenía en jaque ocupado en tareas administrativas y religiosas subalternas — cómo se aprovechaban de su preponderante situación en la corte de la Catalina egipcia el propio favorito y su camarilla. Durante mucho tiempo debió de durar la lucha sorda, en la que se utilizarían todos los medios imaginables, entre ambos

bandos, hasta que por fin puso colofón a tal estado de cosas la explosión elemental y destructora de las fuerzas acumuladas en la sombra por el león encadenado, cuyas garras no dejaron títere con cabeza.

Las huellas de la hecatombe de la que iban a ser víctimas la reina y sus partidarios, Senmut y toda su familia, con la servidumbre y los animales domésticos, así como la inocente hija de Hatsepsut, son todavía visibles a los que viajan por Egipto. Por doquier las estatuas y los monumentos de la soberana fueron sistemáticamente mutilados, sus inscripciones rascadas o simplemente destruidas. En Karnak se ocultaron con grandes construcciones sus obeliscos para que el pueblo los olvidara. En las estancias de su magnífico templo, metódicamente profanado, quedaron para siempre trazas de la saña destructora de los vencedores, los cuales parecen no haber tenido más objetivo que borrar para siempre de la memoria de sus ex-súbditos hasta el recuerdo de la reina, como si jamás hubiera existido. Esta explosión de odio debió de descargarse con la furia de un ciclón asolador sobre la aterrada corte.

En el invierno de 1927-1928, en el curso de las investigaciones realizadas en gran escala en la margen occidental de Tebas, en la región de Der-el-Bahri, bajo el patrocinio del Metropolitan Museum de Nueva York, el jefe de la expedición y egiptólogo eminente, Winlock, descubrió una cantera llena de admirables fragmentos de estatuas de granito rosa y caliza de la reina Hatsepsut. Habían formado antiguamente el adorno monumental del templo funerario de la reina y el irascible Tutmosis los había abandonado en este cementerio después de haberlos hecho estallar sistemáticamente por la acción alterna del fuego y del agua. A los artífices de esta ingente tarea de restauración, completada gracias a la colaboración de los conservadores del museo de Berlín, debemos un número considerable de estatuas que nos muestran a la reina de pie, sentada o de rodillas, algunas veces ofreciendo a los dioses un vaso sagrado, y también en forma de esfinge de granito rosa, de admirable hechura, siempre llena de energía y majestad.

Pero esto no fue todo, sino que otro descubrimiento más emocionante desde el punto de vista humano iba a recompensar los esfuerzos de los investigadores, los cuales encontraron también los cadáveres de la familia y de los servidores de Senmut.

Debajo del templo funerario de la reina dieron por fin con una cripta secreta destinada al hombre de su confianza y al que sin duda perteneció también su corazón.

Tiempos atrás había llamado la atención el hecho que su efigie se encontrase en los lugares sagrados habitualmente reservados a los príncipes de sangre real. Así, por ejemplo, en una capilla del santuario de Der-el-Bahri se le ve orando por su soberana y tampoco se le olvida en la conocida serie de imágenes de la expedición de Punt.

Ahora pudo comprobarse que llegó a poder aspirar a un lugar en el magnífico mausoleo destinado a la salud ultraterrena del alma de la reina, a fin de que uniendo para la eternidad su fuerza vital a la de ella, pudiera tener derecho a una parte de las preces y de los sacrificios ofrecidos a la soberana. Es de suponer que ella diera su consentimiento, pero el destino dispuso otra cosa.

El enojo de Tutmosis no permitió la terminación de la tumba que le estaba reservada al final de un largo corredor secreto.

Sus sarcófagos están destrozados y todo hace suponer que el cadáver ni fue embalsamado.

Hatsepsut se había hecho construir para ella dos tumbas en las montañas del Valle de los Reyes. Una de ellas fue descubierta el año 1916 por Howard Cárter al fondo de una hendedura formada por las aguas en la roca. Pero los ladrones de tumbas se le habían adelantado. Excavada a 43 metros de la cima de la montaña y a 73 metros de la vaguada, a media altura del murallón calcáreo, era prácticamente invisible. Arrancaba de la misma entrada un pasillo, obstruido por los escombros, que a los 18 metros terminaba en ángulo recto, y desde allí por un pozo poco profundo se alcanzaba una gran cámara mortuoria de 6 metros de lado, en la que encontraron un gran féretro de gres cristalino sin terminar, cuyas inscripciones indicaban que estaba destinado a la reina Hatsepsut. El nombre de ésta significaba "Cumbre de las mujeres nobles" y se le añadía el de entronización: "Makare" que puede traducirse por "Veracidad del rey solar". Probablemente hiciera construir esta tumba cuando todavía era la esposa de Tutmosis II, pero más tarde, convertida ya en dueña absoluta y única de Egipto, encargó otra mejor, que hizo excavar, como los demás faraones a partir de

Tutmosis I, en el fondo del Valle de los Reyes, precisamente en un recodo del camino que conduce a su santuario de terrazas, al otro lado de las montañas. Cárter descubrió también esta tumba, pero, como la anterior, la encontró vacía.

¿A dónde había ido a parar la momia?

En el templo funerario apareció tan sólo un cofre que contenía el hígado embalsamado de la reina. Tal vez la suya sea una de las momias femeninas inidentificadas, que en el transcurso de los turbulentos años de la XXI dinastía fueron secretamente llevadas, casi diríamos a granel, y apresuradamente emparedadas en una cámara de la tumba de Amenofis II. Entra también en lo posible que su cadáver fuera víctima de la venganza del gran rey y guerrero excelente, el cual, una vez libre de su rival, y con el camino expedito a sus grandes ambiciones, emprendió las campañas triunfales con las que conquistó para Tebas la hegemonía mundial.

En mi libro "El rey Ecnaton y la época de Amarna" ya he dejado constancia de lo que se sabe con certeza de la noble e inteligente reina Teya — madre de Ecnaton — y de la bella reina Nofretete, que iba a convertirse en favorita de todos los públicos. Si poseyéramos más detalles de la vida de la esposa principal de Amenofis III nos parecería todavía más fascinadora aquella época cumbre de la historia cultural egipcia. A pesar de que no era de sangre real, ni mucho menos, Teya supo no solamente ocupar dignamente el lugar que le correspondía por su matrimonio con el monarca, haciendo oír su voz en los asuntos dinásticos y del estado, sino que logró captarse la simpatía y el respeto de los grandes soberanos del Próximo Oriente. Sería por demás interesante conocer cuál fue su actitud ante las reformas religiosas propugnadas y finalmente impuestas por la fuerza por su hijo. Mucho se ha especulado sobre su visita a la nueva residencia creada por éste en Akhet-Atón (Amarna), sin que los historiadores hayan podido ponerse de acuerdo ni menos llegar a ninguna conclusión definitiva, a pesar de que, según Sharff, "la madre fue ardiente partidaria de la nueva fe preconizada por el hijo". Es muy posible que esta visita respondiera más que nada a consideraciones de amor maternal hacia el soberano cuya situación precaria conocería. Ecnaton, que ya no podía confiar en sus propios súbditos, se veía obligado a rodearse, para su seguridad personal, de mercenarios extranjeros, y puede que con su visita la reina madre quisiera dar una prueba ostensible

de que estaba al lado de su hijo y de que le apoyaba con toda su autoridad en aquellos momentos difíciles. Hasta qué punto estaba Teya acostumbrada a producirse con entera independencia, incluso dentro del matrimonio, dando rienda suelta a sus sentimientos y con qué carencia de prejuicios se desarrollaba la vida íntima de la familia real en casa de los padres de Ecnaton, se desprende claramente de una estela que dedicó a su esposo a la muerte de éste. En ella se representa al rey y a la reina tiernamente enlazados y ella misma precisa en la inscripción del monumento "que lo ha hecho erigir a la memoria de su querido hermano". Sabido es que en el Antiguo Egipto los amigos o los esposos gustaban de darse mutuamente el título de hermano o hermana, sin que ello deba considerarse como prueba de parentesco.

Si hemos de dar crédito a las inscripciones grabadas en las estelas y en los altares contemporáneos de Nofretete, esta simpática reina rindió culto especial a la intimidad del hogar, pero, con todo, debemos tener presente que esta ponderación pública de la felicidad de la vida familiar respondía entonces, por decirlo así, al ideal oficial, dictado desde arriba y pronto se convirtió en una convención estereotipada. O sea que sobre el carácter y la vida personal de la esposa del enigmático reformador debemos contentarnos con suposiciones. Pasó, como otras madres antes que ella, por el trance de perder a un hijo y todo hace creer que debió de conocer horas difíciles causadas por el rigor con que Ecnaton sacaba consecuencias prácticas de sus principios religiosos. De ser cierto que fue ella — y no su hija casada con Tutankamon — la que al quedar viuda solicitó del rey de los hititas que le enviase a su hijo por segundo marido, tal gestión demostraría no sólo que nos hallamos ante una personalidad de carácter independiente y de entereza poco comunes, sino que corroboraría la tesis de los que creen que Nofretete no era egipcia. La deformación de la parte infero-posterior de la cabeza de sus hijas ha dejado de ser un enigma, pues ahora sabemos ya que durante el segundo milenio antes de Jesucristo era práctica corriente en Chipre la deformación artificial del occipucio de las criaturas. Pero con razón escribe Scharff que esto no es un indicio suficiente para inferir el origen de Nofretete.

En todas las imágenes que de ella poseemos, la esposa favorita de Ramsés II, Nefertari — la Naptera de los textos cuneiformes — nos seduce por su gracia femenina inimitable. Tanto si ella rodea tierna-

mente las piernas de las colosales estatuas sedentes de su marido, como si aparece en toda su majestad en las paredes de los templos, o pintada rogando a los dioses en las cámaras magníficamente decoradas de su tumba, el visitante se siente atraído por la nobleza digna y agradable que le es propia. Los artistas de la época realzaron sus atractivos coloreando ligeramente sus mejillas. Viste discreta y elegantemente. Como otras soberanas del Imperio Nuevo, intervino repetidas veces en los asuntos de estado y al firmarse la paz con los hititas, sostuvo amistosa correspondencia con la reina Hattusas. A su muerte, Ramsés el Grande, que contaba a la sazón 34 años, caso con la hija del rey hitita Hattusil. Hizo de ella su esposa principal y le dio el nombre egipcio de Maatnefruré.

La última, y al propio tiempo la más célebre de las reinas de Egipto — hemos nombrado a Cleopatra —, a la que nos complacemos en imaginarnos como una oriental carinegra, y a la que su célebre amante trata de "egipcia" y de "cíngara" en la obra de Shakespeare, era en realidad oriunda de Macedonia. El curioso perfil de la nariz en todos sus retratos parece denotar que procedía de Siria, tal vez de ascendencia seléucida. En todo caso, por tratarse de una griega podría quedar al margen de nuestro estudio.

Y, sin embargo, *quizá* le fuera indispensable el sol africano y el paisaje de las márgenes del Nilo para poder desplegar en todo su esplendor, y ponerlos al servicio de sus ambiciones políticas, sus encantos femeninos, servidos por una insaciable fuerza amatoria y por un innegable talento, todo lo cual contribuyó a convertirla en un trascendental fenómeno histórico.

De esta mujer extraordinaria, que logró seducir a César y a Marco Antonio, no poseemos ningún retrato fidedigno que ni por asomo refleje su hechizo irresistible.

El genio de Shakespeare la evocó en estos versos, en los que nos parece oír los elogios de aquellos bardos que con tanta elocuencia ensalzaban los encantos de sus soberanas:

La edad no puede marchitarla
ni la costumbre debilitar
la infinita variedad que hay en ella...

Las demás mujeres
sacian los apetitos a que dan pasto,
pero ella,
más despierta el hambre
cuanto más la satisface.

Y a las cosas viles tal atractivo infunde
que incluso en su lascivia
los sacerdotes la bendicen...

CARTAS ETERNAS

PARA quien de la historia prefiera conocer los más íntimos sentimientos de la naturaleza humana y para lograrlo va a la zaga del detalle histórico o de la anécdota de interés, que complementan la gran historia del mundo, ninguna fuente mejor de información que las cartas que a través de los siglos fueron escritas espontáneamente, o sea sin la más leve sospecha de que algún día serían del dominio público y pasarían a otras manos que a las de su destinatario. Lo de menos es que sea éste un pariente o un amigo, un amante que corresponde o no a los sentimientos del que escribe, o simplemente un desconocido cualquiera. Cuando el carácter del autor se refleja en frases apasionadas y sinceras, la carta se convierte en un documento único y directo del alma y del espíritu del individuo, va a engrosar el archivo de la pequeña historia, y es, por ende, fiel exponente de su época. Las personas sensibles al encanto del pasado quedan tan fascinadas por la naturalidad de las confesiones escritas, que en la lectura de la correspondencia de las grandes personalidades encuentran la obra maestra de sus autores, pues allí late un corazón auténtico, se ponen al descubierto sentimientos con toda la vehemencia de que se es capaz y se exponen las opiniones sin limitaciones ni trabas de ningún género, sin esas limitaciones que falsean generalmente las relaciones de cara al público.

Cuando más grande es la personalidad del que utiliza este medio de expresión, tanto más genuino y precioso aparece a nuestros ojos su testimonio libre de toda preocupación literaria y artística, expuesto con fidelidad incomparable. Aun cuando se trate en ellas de asuntos de la vida corriente, las cartas de los grandes hombres reflejan inevitablemente algo del ambiente público en que se mueven los que las han escrito, pues al intentar explicar aspectos de su vida ponen al mismo tiempo en evidencia la mentalidad de todo un ambiente.

Es siempre un timbre de gloria para la situación interior de una determinada época el haber producido y legado a la posteridad esas cartas que tienen en el libro de la historia el merecido título de documentos auténticos.

Pero no se crea que todas las cartas tengan derecho a este título. Los memorándums oficiales de funcionarios, más que cartas son

piezas de expediente, y no mucho más interesantes desde nuestro punto de vista son las simples comunicaciones que se dirigen los particulares para cambiar simples saludos o parabienes. Para que verdaderamente pueda hablarse de cartas, en el sentido que le damos aquí, debe presuponerse no sólo la presencia inmediata de un acontecimiento concreto, sí que también la capacidad de su autor de asegurar a sus líneas una perspectiva general.

También las cartas comerciales y las comunicaciones oficiales, a pesar de su carácter impersonal, pueden a veces ser de interés para nosotros, pero sólo en la medida en que amplíen nuestros conocimientos sobre las relaciones humanas de alguna época lejana. Pueden asimismo tener más o menos interés los escritos dictados por motivos ínfimos porque llevan a veces, como prendidos, detalles importantes que de otro modo nadie hubiera pensado en revelarnos, y que nos ayudan a redondear la imagen que ya poseemos de culturas extrañas sepultadas en el olvido de los siglos, culturas que no sólo tienen relación con nosotros, sino que nos atañen muy directamente, puesto que la nuestra siguió sus huellas.

Aquí vamos a tratar de otra clase de cartas, de documentos humanos enterrados en el grandioso archivo formado bajo los escombros de las ruinas de ciudades que fueron, con sus palacios, templos y tumbas; tesoros que por haber sido copiados indefinidamente han sobrevivido edades que sin su testimonio serían ya olvidadas y libran su secreto a nuestro mundo tan diverso gracias a la conquista más espiritual de toda civilización: la escritura. El tema es siempre el hombre eterno, que en sus temores y apetencias, en sus debilidades y sus virtudes, en una palabra, en su estructura interna tan poco ha variado a través de las revoluciones y de los cataclismos de la historia, pues encontramos el reflejo de nuestra propia naturaleza moderna en estos escritos que salieron de manos convertidas en polvo hace ya miles de años.

A las arenas de Egipto que todo lo preservan debemos también esos montones de cartas de todas clases. Así como han conservado para la posteridad, en un cascote de barro cocido o en un fragmento de caliza, el apunte tomado por un secretario o un director de empresa, la factura de un zapatero o el inventario de un granero, o la tablilla de madera, actualmente en Berlín, en la que un alumno perezoso, castigado por un severo maestro, copió varias

veces: "Sé aplicado o te zurraré...", les debemos asimismo innumerables documentos que se refieren a la vida diaria de las épocas faraónica, griega y romana, y nos familiarizan con destinos extraños y con las cuestiones más íntimas de los habitantes de entonces.

En su gran mayoría las cartas provienen de gentes sencillas que generalmente se preocupan por detalles nimios, y van dirigidas a parientes, amigos, a superiores o a subordinados. Alguna vez, pero ¡cuan raramente! la traducción de alguna carta revela la presencia de un espíritu superior. Las preguntas de una madre inquieta y la demanda de instrucciones de un obrero concienzudo y modesto, torpemente trazadas al dorso de una hoja de papiro ya utilizada, son también testimonios interesantes de un determinado período de la historia y de la civilización. En estas cartas apenas se alude a problemas internos como los tan minuciosamente analizados en los epistolarios modernos. Aquí no se divaga, sino que se va al grano, preocupándose solamente por cosas naturales y exteriores. Ni siquiera los enamorados se andan por las ramas. Se vive de cara a tierra y no se siente la necesidad de emplear palabras altisonantes para expresar una sublimidad a la que son más que indiferentes, totalmente ajenos. Todo es hablar de pescado, de frutas, de especias, de vestiduras y de bestias de carga; de cómo se debe tratar a los grandes personajes y de la manera de soslayar alguna dificultad, lo cual no es óbice para que semejante correspondencia sea a veces para nosotros, nacidos tantos siglos más tarde, de una divertida actualidad.

Es del dominio público el gracioso incidente que provocó el descubrimiento de los archivos oficiales de la residencia faraónica de Amarna y puso en manos de los investigadores la correspondencia diplomática de Amenofis III y de su hijo Ecnaton con los príncipes orientales del segundo milenio antes de J. C., con los soberanos de Babel, de Asur, de Mitani y de los Hititas.

Los ladrones de tumbas indígenas que hurgaban en las ruinas enarenadas del palacio de Amarna tropezaron con innumerables tablillas de barro cocido en las que estaba grabada en caracteres acadios cuneiformes la correspondencia dirigida por los reyes del Antiguo Oriente y por numerosos vasallos a los Hijos del Sol. Una campesina hostil a la curiosidad europea lanzó un día, a guisa de proyectil, una de aquellas tablillas a la cabeza de un visitante que

resultó ser precisamente un egiptólogo, el cual gracias a un chichón se encontró de golpe y porrazo sobre la pista de un verdadero tesoro arqueológico.

Debemos convenir en que ni el desinterés ni la dignidad son las cualidades que campean en las cartas de los potentados asiáticos, y sólo el hecho de estar escritas la mayoría de ellas con una ingenuidad que desarma, hace olvidar que, en el fondo, todo es pura pedigüeñería. A menudo se trata en ellas de oro y de telas raras y preciosas, otras también de bodas con las cuales el faraón entiende afianzar el poderío y la influencia de Egipto allende las fronteras, pero advirtiendo al propio tiempo a los destinatarios que no hay que pensar en reciprocidad, puesto que no entra en sus cálculos el enviar a una princesa egipcia a ninguna de las cortes orientales. La retórica se pone al servicio de la política y se exageran continuamente las pruebas de amistad para ocultar en lo posible los verdaderos motivos de tal o cual gestión, objetivo que no siempre se consigue, pues más de una vez olvidando los magnates su dignidad no vacilan en regatear descaradamente.

He aquí en qué términos se dirigía una vez Burnaburiash, rey de Babilonia, al faraón Amenofis III:

"Se dice que en el país de mi hermano hay abundancia de todo y que él de nada carece. Lo mismo sucede aquí, pues tenemos de todo, y yo nada preciso. Sin embargo, te envío cuatro minas de lapislázuli y unos pares de caballos. No sería razonable aumentar la expedición, pues hace demasiado calor. Cuando el tiempo mejore algo, te enviaré otro mensajero con más presentes, y mientras tanto el rey puede ir pensando si deseare algo..."

Pero a poco descubre Burnaburiash sus verdaderas intenciones, pues de sus palabras se desprende que, en su opinión, se trata de un simple trueque en el que espera hacer un buen negocio. Para atender ciertos compromisos, sigue diciendo, necesita con urgencia "mucho oro y del bueno". Pero para precaverse de posibles engaños y desengaños añade prudente:
"Aconsejo a mi amigo que cuando me remita el oro (!) no confíe en ninguno de sus funcionarios, sino antes bien que cuide por sí mismo de pesarlo, sellarlo y expedirlo, pues el oro que mi hermano envió tiempo atrás y que mi hermano no selló ni expidió personalmente, era de calidad inferior. Cuando fue llevado a la hornaza nos aperci-

bimos de que no era de ley..."

Este mismo babilonio se queja amargamente en otro lugar de lo que él considera como un ultraje inferido a su persona. Según parece, durante su enfermedad no se recibió de la corte egipcia ninguna muestra de simpatía. El texto es interesante para el conocimiento de la etiqueta cortesana.

"Cuando llegó el propio de mi hermano, yo ya no me encontraba bien, y por eso a su enviado no se le permitió tomar alimento alguno ni beber vino en mi presencia. Todo eso podrá confirmártelo tu mensajero."

"Cuando vi que a pesar de continuar enfermo, a mi hermano no se le ocurría consolarme, me enojé mucho con él y me dije: ¿Quizá ignore mi hermano mis achaques? Y si los conoce ¿por qué no trata de consolarme? Pero he aquí que el mensajero de mi hermano me dice entonces: El camino hasta Egipto no es corto, es decir: entre los dos países el trecho es largo, y si tu hermano hubiera sabido cómo te encuentras a no dudar te habría enviado sus respetos. ¿Cómo puedes suponer que tu hermano dejaría de enviarte un mensajero para interesarse por ti si conociera tu situación?"

El propio enviado del faraón confirma que Egipto está muy lejos, y esto parece calmar un poco a Burnaburiash, pero sólo un poco, pues claramente dice luego que los regalos que ofrece a Nofretete no son sino una mínima parte de los que le hubiera destinado si la reina se hubiera preocupado de preguntar por su estado de salud.

El estado enclave de Mitani-Naharina, situado en el Eufrates superior, desempeñaba a la sazón un gran papel en la política extranjera de Egipto. Su rey, que emparentó con la corte egipcia al ceder una de sus hermanas por esposa de Tutmosís IV, escribió a la muerte de Amenofis III una sentida carta de pésame a su sucesor Amenofis IV todavía en la infancia.

"Cuando me dijeron que mi hermano Nimuriya (Amenofis III) ya no era de este mundo, lloré amargamente día y noche; me quedé durante mucho tiempo afligido e inconsolable y exclamé: ¡Ojalá hubiera yo muerto en su lugar! Pero al enterarme de que Napkhururiya (Amenofis IV) hijo insigne de Nimuriya y de su ilustre esposa Teya le había sucedido en el trono, me dije: Nimuriya no ha

muerto si Napkhururiya, hijo insigne suyo y de su gran esposa Teya ocupa su lugar ahora. No se apartará un ápice de lo dispuesto en vida por su padre. No, me dijo una voz dentro de lo más profundo de mi ser, Napkhururiya es mi hermano. Cuanto nos queríamos, su padre y yo, él lo sabrá bien, pues Teya, su madre, que era la esposa principal y la más querida de Nimuriya, vive todavía y le contará a su hijo cuan amigos éramos su esposo y yo."

Es sumamente divertida la lectura de otra carta en la que el rey de Babilonia aborda sin rodeos el tema de la boda de una de sus hijas con el faraón, y se asombra de que se le niegue en cambio la mano de una princesa egipcia:
"Por lo que hace a la muchacha, mi hija, a la que quieres tomar en matrimonio, puedes mandar por ella cuando quieras, pues se ha desarrollado bien y ya es nubil. Pero me asombro de que cuando luego te escribí que deseaba yo también casarme con una de tus hijas, me respondieras negándomela con la excusa que jamás se había cedido a nadie una princesa egipcia.

" ¿Por qué dices esto? Tú que eres el rey puedes hacer lo que te guste, y si tú me la das ¿quién lo verá con malos ojos? Por otra parte, como en tu país abundan las muchachas nubiles y las mujeres hermosas, envíame una que sea de tu gusto... Y una vez aquí ¿quién podrá saber que no sea una verdadera princesa?"

Sigue a esta ingenua exposición de sus propósitos esponsalicios la inevitable demanda de grandes cantidades de oro—¡y del bueno!—Son tan numerosas las solicitudes dirigidas al faraón de este precioso metal, que no parece sino que el oro constituyera otro de los monopolios de Egipto.

Entre las epístolas más interesantes del Imperio Nuevo, bajo el punto de vista psicológico, mencionaremos una súplica de carácter privado que hacia el año 1300 antes de J. C. dejó un desgraciado viudo en la tumba de su esposa, convencido de que el espíritu de su irascible ex cónyuge le perseguía con sus maleficios. Colocó en la cripta la figurilla de madera de una sirvienta y de ella prendió un pequeño rollo de papiro en el que inscribió su patética queja. Su intención es apaciguar a la muerta, pero, por si acaso, de paso la amenaza:

"Al noble espíritu de Ankh-iri."

"¿Qué te has propuesto contra mí que me encuentro en tan triste estado, en tan apurada situación? ¿Qué puedes achacarme? ¿Qué te he hecho yo para que levantes la mano sobre mí, sin que yo haya hecho nada malo contra ti? Desde el día de nuestra boda hasta hoy nada hice contra ti de lo que deba avergonzarme. ¡Ah, ya que me tratas de esta manera, vas a oírme! ¿Qué te he hecho? Intentaré un proceso ante los dioses de Occidente (los dioses de los muertos). Te pregunto otra vez: ¿Qué puedes echarme en cara? Me casé contigo cuando era joven y siempre permanecí a tu lado mientras desempeñé los altos cargos cerca del faraón — que los dioses guarden —. Jamás te repudié ni causé pena a tu corazón. Todo cuanto ganaba era para ti, y bien sabes que nunca guardé nada para mí. ¿No es verdad que yo te decía siempre: Haz con el dinero lo que quieras? Y he aquí que ahora por tu culpa languidece mi corazón. Por buenas o malas tendré que querellarme contigo para que se me haga justicia. Recuerda que cuando yo era oficial del ejército del faraón— ¡que dios guarde! —entre sus guerreros de los carros, hice que los jinetes se echasen a tus pies y te trajeran buenas cosas. Jamás te oculté nada mientras viviste ni nunca puedes decir que te engañara como el campesino que de noche se desliza en casa ajena... Y si debía ausentarme, antes te preparaba, como tenía por costumbre de hacer en casa, el aceite, el pan y tus vestidos... Nunca te fui infiel. Pero veo que tú no reconoces todo el bien que te he hecho. Y eso me mueve a escribirte para denunciar tu conducta. Durante tu enfermedad mandé por el mejor médico, quien te preparó buenos remedios y te obedeció en todo cada vez que le decías: Haz esto o lo otro.

"Y cuando encontrándome en las provincias del sur en el séquito del faraón—¡que dios guarde!—me enteré de tu última enfermedad y de tu subsiguiente muerte, estuve por lo menos ocho meses sin casi comer ni beber. Tan pronto obtuve permiso regresé a Menfis y me harté de llorar con los vecinos ante tu casa. He dado vestidos y telas para *fajarte* y no *reparé* en gastos por tu memoria.

"Mira como estos tres años he vivido solo sin casarme de nuevo, ni "he entrado en una casa". Pero lo hice por ti, por ti que no sabes distinguir el bien del mal. Desde arriba nos juzgarán.

"Y otra cosa; no me he acercado desde entonces a ninguna de las mujeres de casa..."

Otra carta, también particular, que se remonta a la misma época y que ha sido comunicada recientemente por Schott, contiene una declaración amorosa aun cuando aparentemente sea otro el motivo de su autor:

"El escriba Mehi saluda al escriba Eje el joven y le desea vida, felicidad y salud, con la bendición de Amón-Ra, rey de reyes.

"¿Qué es de tu vida? ¿Cómo te encuentras? Deseo que estés tan bien como yo. Imploro a Amón, a Ptah, a Ra-Harakhti y a todos los dioses de la casa de Thot: ¡Velad por su salud! ¡Que vivas muchos años bajo la protección de Ptah, tu dueño y señor! Y les digo: Haced que sea bien dichoso, que la suerte le acompañe y que todos sus actos sean otros tantos motivos de alabanza.

"Otra cosa: Atiende al señor Merimés. Lo he enviado al príncipe para que tome el mando de los dos barcos que le ha confiado el faraón, ¡que dios guarde! Cuida de él mientras esté a tu lado, a fin de que no le suceda lo que a mí durante mi estancia en Menfis. ¿Recuerdas cómo arramblaste con la mitad de las vituallas para enriquecerte?

"Otra cosa: La cantante de Anión, Iset-Nofret ("La Bella Isis") dice: ¿Cómo te va? ¡Cómo añoro verte de nuevo! ¡Tengo tantas ganas de verte que mis ojos son tan grandes como Menfis! Y pido a Thot y a todos los dioses de la casa de Thot que vivas en buena salud Y que todos tus actos sean dignos de *alabanza.*

Otra cosa: Te recomiendo de nuevo a Merimés. ¿Has comprendido bien las instrucciones que se ha dignado cursarte el jefe? Escribe cómo sigues y cómo va esa salud, que te deseo buena.

"Todavía algo más del escriba Mehi: Haz el favor de enviarme por conducto de Merimés rollos de papiro y tinta muy buena. Que no sea de mala calidad. Consérvate bien y no olvides de darme noticias de tu salud."

En sus rasgos esenciales, el estilo epistolar del Imperio Nuevo y de la Época Tardía egipcia son similares al de los períodos ptolomaico y romano; sólo que durante el milenio comprendido entre la conquista de Egipto por Alejandro Magno y la victoria del Islam, la

lengua griega suplanta gradualmente a la indígena en los millares de cartas y documentos que han aparecido entre los escombros de las ciudades antiguas. No se trata, ni mucho menos, del griego depurado de la literatura helénica clásica, sino de un griego vulgar, familiar, enriquecido y deformado a la vez por las exigencias de la vida práctica diaria, habiendo resultado un lenguaje más apto para la conversación que para la escritura, aun cuando haya terminado por tener acceso a los libros populares. Este dialecto internacional, este *koine,* se nos hace comprensible gracias a las cartas y documentos de procedencia egipcia redactados en griego, y es precisamente en ellos donde mejor podemos seguir su evolución a lo largo de diez siglos.

Las cartas escritas durante este período en el Valle del Nilo, y que por casualidad han llegado hasta nosotros — cartas de reyes, de funcionarios de todas las categorías, de generales, de sacerdotes, de comerciantes, de artesanos y de campesinos, en fin de todas las clases sociales — nos permiten hacernos una idea bastante cabal de la mezcla de razas que en aquella época poblaba no solamente Alejandría, el París de la antigüedad helénica, sino también las ciudades de provincias, particularmente del Egipto Medio e Inferior. Así vemos cómo se expresaba el arrogante macedonio, el griego cultivado, el romano y el italiano, y el semita junto al griego-egipcio representante de una comunidad abigarrada e indefinible, de costumbres y creencias heteróclitas.

Encabeza casi todas las cartas el nombre del expedidor, que va seguido del de su corresponsal, y luego el deseo "*alegría*" que corresponde a la fórmula tradicional griega de "*alégrate*". Como en las cartas que ya hemos mencionado de la época faraónica, se empieza por pedir noticias de la salud del destinatario, y se termina con una fórmula estereotipada por la que se desea salud y larga vida. Al final se pone la fecha: primero el año del reino del rey o del emperador y luego el mes.

He aquí los nombres de los meses egipcios con sus correspondencias con el calendario moderno:

Thot	del 29 de agosto al 27 de septiembre
Paofi	del 28 de septiembre al 27 de octubre
Atir	del 28 de octubre al 26 de noviembre
Choiak	del 27 de noviembre al 26 de diciembre

Tibi	del	27	de diciembre al 25 de enero
Mechir	del	26	de enero al 24 de febrero
Famenot	del	25	de febrero al 26 de marzo
Farmuti	del	27	de marzo al 25 de abril
Pachons	del	26	de abril al 25 *de* mayo
Payni	del	26	de mayo al 24 de junio
Epifi	del	25	de junio al 24 de julio
Mesori	del	25	de julio al 23 de agosto

5 días suplementarios (epagómenos) del 24 de agosto al 28 de agosto.

Se encargaba de distribuir la correspondencia cualquier demandadero disponible al emprender algún viaje por el país. Parientes, amigos, conocidos, o sus respectivos servidores tomaban consigo las hojas dobladas de papiro sobre las cuales se había escrito la dirección más o menos larga y clara — a veces un simple apodo — y la entregaba al destinatario cuando se les presentaba ocasión para ello. Como se ve no se trataba de ningún servicio urgente. A menudo un mismo mensajero llevaba una gran cantidad de cartas y regresaba ya con las respuestas. Unicamente la administración estatal disponía de una especie de correo regular para comunicar sin demora a los servicios interesados de provincias las disposiciones oficiales.

Empezaremos la relación de algunas cartas características del período greco-romano con una dirigida por el rey Ptolomeo Filadelfo, hacia el año 250 antes de J. C., al alto funcionario Antioco. Esta carta lleva el sello de la dicción original y nos parece aún estar viendo al monarca, gran protector de las artes y de las letras, hijo y sucesor del fundador de la dinastía, paseando por su despacho mientras la dictaba al escriba.

"El rey Ptolomeo a Antioco: ¡alégrate!

"Respecto al acantonamiento de la tropa, nos hemos enterado de que se han producido disturbios y violencias, pues, según parece, los soldados no están conformes con los alojamientos que les han asignado sus jefes, penetran en las casas y se instalan en ellas después de haber arrojado de ellas a sus moradores.

"No quiero que esto vuelva a suceder y por lo tanto ordeno que en lo sucesivo las mismas tropas cuiden de preparar sus cuarteles. Y en el caso de que los intendentes deban asignarles viviendas, debéis cuidar de que éstas no sean en mayor número de las que necesiten. Cuando abandonen sus alojamientos éstos deben quedar en buen estado y abiertos hasta su regreso. Que no hagan como ahora que los alquilan, pero los sellan y se van. Sobre todo que los soldados que se dirijan hacia Apolinópolis respeten la colonia griega de Arsinoe y pasen de largo, sin detenerse hasta Apolinópolis, en donde podrán pernoctar e instalarse.

"Si les es indispensable detenerse en Arsinoe, que se construyan sus diversas barracas, igual que los que les precedieron. Salud."

Diversos memoriales hallados se refieren a las gestiones realizadas por un homónimo del rey macedonio Ptolomeo, que tomó bajo su protección a las hijas de un militar griego amigo suyo residente en Egipto. El padre de las dos muchachas, a las que había dado nombres del país — Thaues y Taus — casó con una mujer egipcia llamada Nephoris, y habiendo sido amenazado por el amante de ésta, se tiró de cabeza al río muriendo más tarde. Como la esposa desleal y madre intrigante las había desposeído de la herencia, las muchachas se acogieron bajo la protección del amigo de su padre en el templo de Serapis, de Menfis, donde se les atribuyó el cargo religioso subalterno llamado de "las gemelas", que principalmente tenía que ver con los bueyes Apis muertos. Pero incluso en aquel refugio las persiguió la envidia y la infamia de la madre desnaturalizada, y para ponerlas definitivamente a salvo de las persecuciones de que eran objeto, he aquí lo que escribió el amigo del muerto directamente al soberano egipcio que reinó de 181 a 146 antes de J. C.:

"Al rey Ptolomeo y a la reina Cleopatra, su hermana, a los dioses amantes, ¡alegría!

"Thaues y Taus, las hermanas gemelas que cuidan en el gran Serapeum de Menfis del culto de Osorapis (o sea: el buey Apis convertido en Osiris a su muerte), disponen las libaciones para vosotros y para vuestros hijos.

"Como repetidamente hemos sido objeto de malos tratos por parte de Nephoris y de su hijo, nos dirigimos a vosotros en demanda de

protección. La llamada Nephoris vivía maritalmente con un tal Philipos de Menfis, al cual instigó para que preparase una emboscada a nuestro padre en la puerta misma de nuestra morada a orillas del río en el mercado egipcio. Nuestro padre adivinó al salir que se estaba tramando algo y se tiró de *cabeza,* al río, alcanzó con grandes esfuerzos una isla y fue recogido por un barco. No atreviéndose a regresar a casa donde su vida corría peligro, se instaló en la provincia de Heracleópolis, pero no pudiéndonos tener a su lado bien pronto sucumbió de pena.

"Sus hermanos recogieron el cadáver para enterrarlo por su cuenta en la necrópolis, y hasta este momento nada ha hecho Nephoris para asegurar al alma de su marido una tumba decente. Y no sólo eso: dilapidó la hacienda que nos corresponde por mitad a ella y a nosotras y vendió la casa por 7 talentos de cobre. Heredó además otros 60 talentos de cobre y cada mes cobra 1.400 dracmas de cobre de alquiler. Por si todo ello fuera poco, nos ha echado de casa y a punto estuvimos de morirnos de hambre. Entonces recurrimos a un buen amigo de nuestro padre... un tal Ptolomeo, quien se apiadó de nosotras y nos condujo al Serapeum donde nos encontramos ahora. Cuando falleció el buey Apis nos llevaron al santuario para honrar su memoria. Desgraciadamente, unos amigos de nuestra madre nos persuadieron para que acogiéramos con nosotras a su hijo que estaba deseando ayudarnos, según decía. Lo que hizo fue permanecer cierto tiempo con nosotras espiándonos, y luego escapó un buen día llevándose la orden de asignación de la cantidad de aceite que nos atribuyen a los servidores de dios; se lo hizo entregar y nos despojó además de las monedas de cobre que poseíamos, hecho todo lo cual regresó a la casa de su madre.

"Venimos a rogaros que tengáis a bien hacer llegar nuestra súplica al estratega Dionisios que tiene influencia cerca del rey, a fin de que ordene por escrito al administrador Apolonio y al secretario Dorion que en ningún caso entreguen a esa mujer el aceite ni nada de lo que nos corresponde y pertenece, y que se la obligue además a restituir los bienes de nuestro padre que retiene arbitrariamente. Sed felices."

Una carta muy corta, escrita en estilo algo desgarbado y con ortografía muy poco segura, pero toda ella muy cariñosa, el 17 de junio del año uno antes de J. C., por un hombre llamado Hilarión a su esposa Alis, es un reflejo interesante de la psicología de la gente

simple de la época. El marido tranquiliza a la esposa por si no regresa de Alejandría con sus compañeros de trabajo.

"Hilarión a su hermana Alis; mucha alegría, a mi ama Berus y a Apolinaris:
"Debes saber que todavía nos hallamos en Alejandría. No te inquietes si todos los demás regresan. Yo me quedo. Te exhorto a que cuides bien de la criatura. Tan pronto nos paguen te enviaré algo.

"Cuando, con la bendición de dios, des a luz, si es un niño, guárdalo; pero si es niña deshazte de ella. Me has mandado decir por Afrodisias: ¡No me olvides! ¿Cómo podría olvidarte? Así, pues, te niego que no te preocupes. Año 29 de César (Augusto), Payni 23."

Hilarión por lo visto es de posición humilde y carece de recursos. No debemos, por consiguiente, ser demasiado severos con él si, probablemente de acuerdo con su mujer, no se muestra dispuesto a criar a la niña que pueda nacerle, pues seguramente nadie hubiera pensado en reprochárselo entonces, cuando tan arraigada estaba la costumbre de exponer a las muchachas.

En una carta muy graciosa escrita en el año dos de nuestra era por un sacerdote a uno de sus colegas, su autor procura persuadir al destinatario — quien, según se desprende, no tiene muy limpia la conciencia — de que no debe preocuparle la investigación que en breve realizará en su templo un administrador romano. El expedidor subraya que ha ganado la confianza del terrible funcionario imperial y da bien claramente a entender que no desairará a su amigo si éste cree que su recomendación merece adecuada recompensa:

"Ya te escribí otras cartas para solicitar de ti que me enviases los seis vestidos de Pyrros y los dos mantos, indicándome su precio y ahora vuelvo a escribirte a escape para que no pases cuidado, pues yo procuraré que no te suceda nada.

"Debes saber que ha llegado un administrador para proceder al inventario de los bienes del culto y pronto emprenderá el viaje a ésa para inspeccionar tu templo. Pero no te preocupes, que yo te sacaré de apuros. Si tienes tiempo pon tus libros al corriente y en debida regla, y ven a verme. Es un funcionario muy exigente, pero si vieres que puede complicarte la existencia, envíame las actas y

te sacaré del atolladero. Me he granjeado su amistad y no creo que me rehuse nada. Si estás mal de dinero dímelo y veré de ayudarte como otras veces.

"Me apresuro a escribirte para que no te arriesgues presentándote en persona delante de él, pues antes de que llegue haré que te deje escapar. Debemos ir con tiento pues está autorizado a llevarse por la violencia ante el arcipreste a cualquiera que no esté en regla con la ley del culto. Mientras tanto habrás tenido tiempo de pensar en lo que te escribí que debías comprarme. Si ya tienes algo a mano, envíamelo en seguida; siempre será algo. ¡Que tu salud sea buena, queridísimo amigo!"

En una breve carta del año 118 después de J. C. redactada algo torpemente, pero con ternura, habla una egipcia a su dueño ausente de la nostalgia de los que se quedaron y esperan su regreso. Con toda seguridad pertenece a la casa del dueño, tal vez como aya o mujer de confianza. En todo caso no parece tratarse de una simple sirvienta:

"Tays a su amo, al estratega Apolonio, deseándole alegría.

"Ante todo, te saludo, señor mío y ruego siempre por tu salud. Mucho me sobresalté al enterarme de que habías estado enfermo y doy gracias a los dioses que te han conservado para nosotros. Por favor, dueño mío, cuando te venga bien te ruego que pienses en escribirnos también a nosotros, pues nos morimos de no poder contemplarte todos los días. ¡Quién tuviera alas para reunirse contigo! Tu ausencia nos preocupa continuamente. ¡Ea!, sé bueno con nosotros y escríbenos. Consérvate bien, señor. Aquí no hay novedad. Epifi 24."

No es menos cariñosa la carta que por las mismas fechas dirigía una tal Alina a su marido. Lástima que el deplorable estado de conservación en que se halla la segunda mitad no permita su traducción. El estratega Apolonio, cuyo nombre ha llegado a sernos familiar debido a las innumerables cartas que le dirigieron los suyos, tuvo que hacer frente a un serio levantamiento judío y se vio precisado a intervenir con medidas drásticas más propias de un general que de un administrador civil. Los disturbios fueron ahogados en sangre por las tropas romanas. Según se desprende, el tal Apolonio era ambicioso y decidido. Su esposa le escribe desde

su propiedad situada en la provincia de Hermópolis:

"Alina a su hermano Apolonio ¡que se alegre!

"Preocupada por tu suerte por los rumores que circulan y por que te ausentaste bruscamente, he perdido el gusto a la comida y a la bebida y paso las noches en blanco. Únicamente la solicitud de mi padre consigue volverme a la realidad. El primer día del año, pensando en ti, me hubiera acostado sin probar bocado si mi padre no me hubiera visitado y obligado a tomar algo. Te lo ruego, sé prudente y no te expongas sin escolta a los peligros, antes bien, sigue el ejemplo del estratega de nuestra ciudad que siempre halla la manera de que los altos funcionarios municipales le hagan todo el trabajo.

¡Toma ejemplo!"

Una carta breve de Penpamonthes a su hermano Pamonthes menciona los usos funerarios egipcios de la época. La vía fluvial fue utilizada desde siempre por vivos y muertos, y por el Nilo eran trasladadas las momias hacia las necrópolis y los santuarios. Así, los muertos ilustres del Imperio Medio y del Imperio Nuevo ya bogaban hacia Abidos para encomendarse especialmente a Osiris, juez de los muertos, "en su escalera". Como las barcas transportaban a menudo varias momias a la vez y los sacerdotes y los funcionarios de los santuarios y de los cementerios necesitaban ciertas precisiones, se suspendía al cuello de las momias una tablilla de madera en la que se inscribía el nombre y el lugar de destino, y a veces también otras indicaciones. Completaban estos datos el colorido y el tocado del envoltorio de la momia y se acostumbraba a rodear con guirnaldas las máscaras faciales, a menudo maravillosamente esculpidas, de las muchachas y de las mujeres.

"Penpamonthes a su hermano Pamonthes, ¡alégrate!

"Por conducto de Gales — del padre Hierax — quien lo ha embarcado en su propio bote, te he enviado el cadáver embalsamado de mi madre Senyiris con una tablilla prendida al cuello. Ya he liquidado el precio del barcaje. Conocerás a la momia porque va envuelta en fajas de lienzo, por la corona de rosas y por el nombre inscrito sobre el vientre. Te deseo buena salud, hermano mío. Año 3, Thot 11."

Pero casi aseguraríamos que ninguna carta de la antigüedad ha despertado tanto interés y ha sido tantas veces mencionada y traducida como la que en el siglo II o III después de J. C. dirigió un indignado rapaz griego llamado Theón, natural de Egipto, a su padre y homónimo. Las circunstancias del suceso son fáciles de reconstruir. El padre se llevó al hijo hasta la primera etapa de su viaje, pero ocultándole su intención de abandonarlo allí para continuar solo el camino hasta la capital. Para consolarlo se limitó a dejar a su vástago un puñado de vulgares golosinas.

Nos imaginamos cual sería la sorpresa del padre al recibir en la próxima etapa la sarta de reproches del pequeño Theón y ver cómo éste le amenazaba, si no regresaba inmediatamente a buscarlo, con romper con él toda relación, privándole en lo sucesivo y por todos los días de su vida del cariño y de los servicios que un buen padre tiene derecho a exigir de su hijo.

He aquí el texto que casi veinte siglos más tarde todavía tiene la virtud de llegarnos al corazón:

"Theón a su padre Theón. ¡Alegría!

"Estarás contento porque te has salido con la tuya abandonándome aquí en vez de llevarme contigo a la capital ¿verdad? Si no vienes a buscarme no volveré a escribirte en mi vida, ni jamás volveré a hablarte ni te desearé que tu salud sea buena. Sí te vas a Alejandría sin mi, jamás volveré a poner mi mano en la tuya, ni haré votos por tu felicidad. He aquí lo que sucederá si no me llevas contigo.

"Mamá dijo a Arquelao refiriéndose a mí: Este muchacho me revienta; ¡llévatelo! Tú te has encargado de ello, y para hacerme callar me has obsequiado a tu manera. Vaya regalos los tuyos; ¡un puñado de golosinas! Todos me mintieron cuando te hiciste a la vela el 12. Así es que o envías por mí, o de lo contrario ni como ni bebo más. Lo dicho, Consérvate bien. 18 Tibi."
¡Vaya con el pequeño Theón! Aunque no conste en ninguno de los documentos hallados, es de suponer que las amenazas de éste *enfant terrible* no dejarían de surtir efecto en el ánimo del autor de sus días.

Imagenes 69, 70

Imagen 71

Imagenes 72, 73

LA TUMBA DE ALEJANDRO MAGNO

EL suelo de Egipto no sólo produjo poderosos soberanos propios, sino que desde siempre ejerció un gran poder de atracción sobre los grandes personajes del mundo. El historiador moderno no puede recorrer el país sin que le salgan al paso las sombras de Cambises y el gran Darío, Julio César, Marco Antonio, Octavio y el último emperador europeo: Napoleón I.

En muchos aspectos la huella dejada por Alejandro Magno es la más profunda y prestigiosa, pues, en realidad, los Césares no hicieron más que seguirla, mientras que Alejandro señaló el camino a la expansión exterior del helenismo que trasciende y desemboca en el orden mundial de Roma hasta confundirse con él.

Tiene para nosotros un encanto extraordinario el seguir el rastro del león por estas tierras, pues su época intentó convertir en realidad el magnífico y fabuloso sueño de la historia que consistía nada menos que en la maravillosa unión de Oriente con Occidente.

Su influencia fue ciertamente mucho menor que la de los grandes faraones de las dinastías que durante milenios forjaron la historia del país mismo. En algunos lugares parece incluso haber desaparecido su recuerdo, pero de pronto surge bruscamente en forma de una moneda, de un documento escrito o de un fragmento de estatua.

Alejandro tenía 24 años cuando, el año 332 antes de J. C., empeñado ya en la conquista del mundo entonces conocido, se adueñó de Egipto después de las victorias de Gránico e Isos y de la rendición de Tiro y Gaza, antes de que cayera Gaugamela y todo el territorio allende del Indus.

Egipto no se defendió.

Fue tan grande la impresión que le causó este país que quiso ser enterrado en uno de sus santuarios.

El historiador Arriano, en cuya fidelidad y realismo podemos confiar, dejó constancia de los hechos memorables reseñados por Ptolomeo Lagidas y Aristóbulo y suyas son las líneas siguientes:

"Alejandro se dirigió hacia Egipto, cuya campaña proyectaba hacía tiempo, y siete días después de haber abandonado Gaza llegó a Pelusio donde ya le esperaba la flota que al mismo tiempo que él se había hecho a la vela desde las costas de Fenicia. El persa Mazakes, que gobernaba Egipto en nombre de Darío, conocía ya el resultado de la batalla de Isos, la vergonzosa huida de Darío y la ocupación de Fenicia y Siria y de la mayor parte de Arabia, y no disponiendo de tropas persas prefirió hacer al mal tiempo buena cara y acogió al conquistador con todos los honores. Alejandro estableció una guarnición en Pelusio y ordenó a la flota que remontara el curso del río hasta Menfis, mientras él tomaba a pie el camino de Heliópolis, y dejando el río a la derecha, alcanzó la ciudad después de atravesar el desierto, no sin apoderarse de las ciudades que encontró a su paso. Desde allí atravesó el río hasta Menfis, donde ofreció sacrificios a los dioses, sin olvidarse de Apis, y organizó competiciones gimnásticas y concursos artísticos, en los que participaron los atletas y los literatos griegos de su séquito. En Menfis embarcó con sus portaestandartes, arqueros y jinetes y mandó hacerse a la vela río abajo.

"En Canope dobló el lago María y luego desembarcó en el lugar donde hoy se levanta la ciudad que lleva su nombre. La situación le pareció muy apropiada para fundar allí una ciudad a la que auguró un brillante porvenir. Puso manos a la obra lleno de ilusión, trazando él mismo los planos de la ciudad, indicó el emplazamiento del mercado y fijó incluso el número de los templos dedicados a los dioses griegos así como el de la diosa egipcia Isis, completando la obra con el plano de las murallas."

Después de mencionar una leyenda relativa a la fundación de la ciudad y luego de una digresión sobre la situación militar en las costas, prosigue Arriano:

"Luego se le antojó visitar Amonio, en Libia. Por una parte deseaba postrarse ante el dios cuyo oráculo — que se consideraba infalible —, había sido ya consultado por Perseo y Hércules; el primero cuando Polidecto le envió a combatir a las Gorgonas, y el segundo cuando se dirigió a Libia para luchar contra Anteo y Busiris, respectivamente. La ambición de Alejandro le llevó a considerarse descendiente de Perseo y de Hércules, al propio tiempo que hacía figurar a Amón entre sus antepasados, como la leyenda hace

descender de Zeus a Hércules y Perseo. Así, pues, emprendió la marcha con su ejército hacia el Oasis de Amón para esclarecer su propio origen o por lo menos para poder decir luego que dios le había iluminado a este respecto."

La marcha siguió hasta Paratonium, por un desierto no enteramente desprovisto de agua potable, a lo largo de un litoral de 1.600 estadios, si hemos de creer a Aristóbulo, y luego penetró hacia el interior hasta llegar al santuario de Amón.

"El camino atraviesa desiertos de arena sin agua. No obstante el cielo se mostró clemente y le envió lluvia en abundancia, lo cual se atribuyó, naturalmente, a la benevolencia divina. También se vio la mano de dios en el milagro siguiente: Cuando en aquellas regiones sopla el viento del Sur, las arenas cubren en seguida el camino tan completa y rápidamente, que el viajero no puede orientarse, pues no solamente desaparece todo rastro de las pistas, sino que cual si se caminara sobre el mar inmenso y llano, en parte alguna se divisa ni una montaña, una colina o un simple árbol que pudiera guiar al viajero como las estrellas del mar al navegante. El ejército de Alejandro tuvo que enfrentarse con una tempestad de arena y avanzar a la ventura durante cierto trecho, pues sus generales no estaban muy seguros de no haberse apartado de su ruta. Entonces, según nos cuenta Ptolomeo Lagidas, aparecieron dos dragones que rugieron avanzando a la cabeza de la tropa. Alejandro ordenó que se confiara en estos guías improvisados, sin duda enviados por la providencia, y gracias a ellos cubrieron rápida y seguramente el resto del camino hasta el oráculo, y del mismo modo regresaron luego. Por contra, según Aristóbulo y la mayoría de los demás historiadores, fueron dos cuervos los que guiaron a Alejandro volando a la vanguardia de su ejército. Está fuera de duda que la providencia se puso decididamente de su lado. Sólo queda por dilucidar el medio escogido por ella, pues las noticias, como vemos, son contradictorias."

Si realmente hubo milagro, la versión de Ptolomeo es, según mi experiencia personal, la que más podría ajustarse a la realidad de los hechos, pues en el desierto de Mareotis y en sus aledaños tuve ocasión de ver repetidas veces grandes lagartos que, cuando se intenta capturarlos, se echan a correr lanzando gritos aterradores. Como no puede ponerse en tela de juicio la buena fe del realista e íntegro Lagidas ¡quién sabe si el fantástico fenómeno por él

reseñado descansa sobre un hecho real, que pudiera muy bien ser la aparición de un par de saurios que se echaron a correr ante la tropa, cual si desearan mostrarles el camino del templo de Amón!

Pero volvamos a Arriano.

"El templo de Amón está emplazado en un desierto árido y sin agua. El santuario se alza en un oasis húmedo y fresco donde crecen en abundancia palmeras y olivares. El oasis alcanza, como máximo, una anchura de 40 estadios, y en ningún otro lugar se puede encontrar agua, con la particularidad de poseer un manantial único en el mundo. Véase sino: a eso de mediodía brota el agua tan fría que apenas puede beberse y menos inmergir en ella la mano, pero a medida que el sol va hacia su ocaso, va calentándose el líquido paulatinamente hasta alcanzar su temperatura máxima al filo de medianoche. Luego vuelve a enfriarse y este proceso se repite invariablemente todos los días. El subsuelo de la región contiene sal en grandes cantidades y los sacerdotes de Amón la envían a Egipto en cestas de hojas de palmera trenzadas para ofrecerla al rey y a los grandes personajes. Esta sal es de grano alargado, que a veces alcanza una longitud de tres dedos y más todavía, y además es transparente como el cristal. Los egipcios, así como los otros pueblos que dan importancia a los en apariencia más mínimos detalles del culto divino, se sirven preferentemente de esta sal gema en sus sacrificios, porque es más pura que la sal marina.

"Alejandro quedó asombrado del paisaje que se ofreció a sus ojos, consultó al oráculo y una vez hubo recibido las respuestas que esperaba, regresó a Egipto por la misma ruta. Pero Ptolomeo discrepa y asegura que se siguió otro itinerario.

"En Menfis le esperaban muchos enviados de Grecia y no despidió a ninguno de ellos sin haber accedido a sus demandas... Ofreció sacrificios a Zeus, y organizó un gran desfile de tropas, que fue seguido de manifestaciones deportivas y literarias. También sentó las bases de la nueva administración egipcia..."

Arriano despacha la narración del acontecimiento primordial del viaje al oasis de Amonio (hoy Siwah), las preguntas dirigidas al oráculo, así como las respuestas de éste, tan lacónicamente, que da la impresión de no querer profundizar en el asunto.

Encontramos muchos más detalles en Curtius Rufus, pero éste no somete sus referencias — cuando las cita — a ningún examen crítico. Sus fuentes de información son, a no dudar, las mismas de Diodoro de Sicilia, pues sus relatos se parecen como dos gotas de agua, incluso en los errores en que incurren ambos. Jamás parece haber parado mientes en investigar sistemáticamente el material histórico que tuvo a su disposición, antes bien "su intención era solamente divulgar para la posteridad con toda la extensión posible, las leyendas y las maravillas que le habían sido contadas sobre Alejandro y sus campañas, dejando todo lo demás al criterio del que leyere ..."

El estilo del cronista delata la formación retórica del autor:

"Hacía tiempo que los egipcios, hostiles al poderío persa, cuya dominación arrogante y ávida soportaban de muy mala gana, habían puesto sus esperanzas en la llegada de Alejandro, hasta el punto que acogieron gustosos al tránsfuga Amintas a pesar de haber usurpado el mando supremo. Una gran multitud se congregó en Pelusio por donde se suponía que llegaría Alejandro.

"Siete días después de haber abandonado Gaza, llegó Alejandro con su ejército al lugar de Egipto donde se levanta ahora la ciudad que lleva su nombre. Allí ordenó a su ejército que se dirigiera a Pelusio, mientras él remontaría el curso del Nilo acompañado solamente de un pequeño séquito de soldados aguerridos. Pero los persas, a los que las deserciones habían desmoralizado, no esperaron su llegada para poner tierra por medio. Alejandro ya se acercaba a Menfis cuando Mazakes, general de Darío encargado de proteger la retirada de las tropas persas, atravesó el río en Kerkasorus y le hizo entrega de 800 talentos y de todo el tesoro de la casa real. Desde Menfis Alejandro siguió avanzando, también por el Nilo, hacia el interior de Egipto, y después de haber ordenado los asuntos egipcios sin variar en nada las viejas costumbres indígenas, decidió ir a consultar el oráculo de Júpiter-Amón.

"Ardua empresa la de abrirse camino entre dificultades sin cuenta, incluso para una pequeña tropa sin pertrechos de ninguna clase, en un país sin agua, pues no la había ni en el cielo ni en la tierra. Por doquier espacios desérticos inmensos donde el sol abrasaba el suelo y en medio de un calor insoportable, los pies se hundían en la

arena ardiente que les quemaba las suelas y les impedía avanzar. Los egipcios les describieron la situación todavía peor de lo que en realidad era, pero nada pudo hacer desistir al monarca de su visita y se mostró inflexible en su decisión de consultar a Júpiter, pues no bastándole su condición humana, Alejandro aspiraba a indagar sus orígenes para asegurarse de que descendía de este antepasado inmortal.

"Por fin llegaron al lugar consagrado al dios. Aunque parezca increíble y por más que el santuario se encuentre en medio de un verdadero desierto, se halla completamente rodeado de tupidos árboles que no dejan penetrar los rayos del sol, y posee manantiales de agua dulce que brotan en muchos lugares y fecundan la tierra.

"Los habitantes del oasis, que se llaman amonitas, viven en tiendas aisladas y dispersas, y el centro del oasis, que está rodeado por una triple muralla, les sirve de refugio en caso de peligro exterior. El primer recinto defensivo rodeaba el antiguo palacio de los soberanos y en los demás vivían sus hijos, esposas y concubinas, y también el oráculo del dios...

"El objeto que allí se venera no tiene el aspecto que los escultores generalmente prestan a la divinidad, sino que se parece a un objeto de culto (omphalos) formado por esmeraldas y piedras preciosas.

"Cuando debe consultarse al oráculo, los sacerdotes lo llevan dentro de un navío de oro de cuyos lados cuelgan platillos de plata. Se les unen mujeres y muchachas que cantan una melopea sencilla y sin arte alguno, con la cual pretenden persuadir a Júpiter a que dé acertada respuesta.

"El más venerable de los sacerdotes entonces presente, acogió al macedonio llamándole "hijo mío", y le aseguró que su padre Júpiter-Amón no le llamaba de otro modo. Y entonces Alejandro, sin acordarse de su personalidad mortal, replicó que con mucho gusto aceptaba el tratamiento. Preguntó luego si en el Libro del Destino había dispuesto su divino padre que él, Alejandro, como hijo suyo, reinaría sobre todos los países del universo. La respuesta fue afirmativa. Inquirió todavía si todos los asesinos de su padre habían expiado su crimen, a lo que el sacerdote respondió que ninguna mano criminal podía perjudicar a su padre y que los asesinos de

Filipo habían sufrido todos el castigo; y añadió, para terminar, que Alejandro permanecería invencible hasta que fuese a reunirse con los dioses. Después que hubo ofrecido un sacrificio, distribuyó Alejandro preciosos regalos al dios y a sus servidores los sacerdotes, y permitió que también consultasen al oráculo sus acompañantes, los cuales se limitaron a preguntar si dios les aconsejaba que rindieran honores divinos a su rey y señor. "Esto también — dijo el sacerdote — será del agrado de dios..."

Y nosotros nos preguntamos ahora: ¿Acudió Alejandro al oráculo como creyente respetuoso o antes bien quiso solamente redondear ante los ojos del mundo su reputación divina y su gloria terrestre? Según otra tradición, el sacerdote que recibió al soberano en el atrio del templo penetró a solas con Alejandro en el interior del santuario, mientras que los demás tuvieron que permanecer fuera. Al cabo de poco salía Alejandro radiante y contó a los suyos que las respuestas del oráculo le habían satisfecho plenamente. Así se lo comunicó por carta a su madre, añadiendo que a su regreso le daría más detalles de su visita.

De Johann Gustav Droysen, al que debemos una magnífica *Historia de Alejandro Magno,* son los siguientes comentarios sobre este suceso memorable:
"Ésta y otras narraciones, que Alejandro ni confirmaba ni desmentía, sirvieron para rodear a su persona de un misterio y de un halo mágico que reforzaba la fe de los pueblos en su misión. A los helenos ilustrados y libres de prejuicios no iba a ofuscarles más este milagro que las palabras de Heráclito, según el cual "los dioses son hombres inmortales, y los hombres son dioses mortales", pues en el fondo no era diferente del culto a los "héroes" rendido a los fundadores de colonias, o a los altares que dos generaciones antes habían sido dedicados al espartano Lisandro (¡e incluso entonces al Zeus Filipo!). ¿Cuál fue el motivo secreto que le impulsó a emprender la peregrinación a Amonio y cuál era su opinión sobre los acontecimientos secretos que tuvieron por escenario el templo? ¿Quiso gastarles una broma a sus contemporáneos o estaba convencido de lo que quería hacer creer al mundo?

" ¿Debemos admitir que Alejandro, cuyo genio era de ordinario claro y libre, que era siempre dueño de su voluntad, y que estaba siempre tan seguro de su poderío, conociera en su intimidad momentos de inquietud que le impulsaron a buscar a su espíritu un

punto de apoyo y una confirmación sobrenatural a su misión terrena? Como vemos, se trata nada menos que de los supuestos previos, religiosos y morales, que presidían la actuación de su temperamento apasionado, es decir: de lo más recóndito que había en su grandiosa personalidad; podría decirse incluso de su conciencia misma.

"Para comprenderle bien sería preciso podernos situar en el interior del mismo Alejandro, siendo así que ahora debemos contentarnos con los fragmentos superficiales que de su vida y hechos nos han legado la historia y la tradición.

"Corresponde al poeta describir de tal modo los personajes por él creados, que a través de sus acciones y sufrimientos, como en una tela de fondo, se descubra la historia en la que se movieron. La investigación histórica sigue un proceso inverso. También trata de obtener una idea todo lo más clara posible y apoyada en textos irrefutables siempre que pueda haberlos, de las figuras a las que se concede una importancia histórica capital; observa en cuanto se lo permita el material de que dispone y fija las actividades, aptitudes, tendencias de dichas figuras señeras, pero jamás está en condiciones de poder penetrar hasta el lugar donde estos factores tienen su origen profundo, y de donde reciben su impulso.

"Pero para acceder hasta los arcanos del alma, y gracias a ello poder aquilatar la valía personal de determinados individuos, la investigación histórica carece de medios, de métodos y de competencia.

"¿Cuáles habrían sido las consecuencias para el mundo si Alejandro se hubiera encontrado repentinamente en Amón en presencia de una teología, de un simbolismo, capaz de realizar la Unión entre la certeza del más allá, de su tribunal y de su poder de transfiguración por un lado, y por el otro con la organización de la vida terrestre, con sus deberes y sus derechos, en una palabra: si hubiera sido una realidad la fusión del sacerdocio divino con la realeza humana?

"Monumentos de la más remota antigüedad faraónica nos hablan ya del "dios que se hizo dios a sí mismo, que existe por sí mismo, el único creador increado en el cielo y en la tierra, dueño del ser y del no ser". Si hemos de dar crédito a una inscripción de la época de Darío II y a él dedicada, esta doctrina estuvo en boga durante

muchísimo tiempo. En dicha inscripción se menciona a Amón-Ra como al dios que se engendró a sí mismo, que se manifiesta en todo lo que existe, que fue desde el principio de la eternidad y que continúa presente en todo cuanto persiste en el ser. Los demás dioses no son sino sus atributos, manifestaciones suyas. "Los dioses están en tus manos y los hombres están a tus pies; tú eres el cielo y eres el abismo; los hombres te alaban y ensalzan como al principio incansable e inagotable que se preocupa por el bien de todos, y ellos te dedican sus acciones." Sigue luego la oración para el rey: "Haz que sea feliz ese hijo tuyo, el que está sentado en tu trono, y que se te parezca, y que reine como rey en todo el esplendor de tu gloria; y a semejanza de ti que difundes tus bendiciones cuando apareces como Ra, así hace el bien por doquier tu hijo Darío, que eternamente viva. Que el temor, el respeto y la gloria que te son debidos llenen el corazón de los hombres y de los dioses."

Cuando los sacerdotes de Amón saludaron al Conquistador llamándole "Hijo de Amón-Ra", por su boca hablaba todo el realismo de sus convicciones religiosas y el simbolismo profundo con que concebían su doctrina. Dícese que Alejandro escuchó atentamente las explicaciones del sacerdote Psammon, "el filósofo", según el cual cada hombre es animado y dirigido por un dios, pues todo lo que en el hombre significa dominio y poderío es una cualidad divina. "Es cierto — respondió Alejandro — que dios es el padre común a todos los hombres, pero es igualmente cierto que dios ha escogido a sus hijos predilectos entre los mejores."

Hasta aquí Droysen.

No puede haber duda alguna que la antiquísima denominación de "Hijo de Ra" con la que el gran sacerdote de Amón acogió al monarca en la puerta del templo era un título real aplicado tradicionalmente a todos los soberanos del Alto y Bajo Egipto, y por ende Alejandro tenía perfecto derecho a él, puesto que era dueño, por derecho de conquista, del trono de faraón, y como tal habíase dirigido al santuario de Amonio, filial del templo imperial de Amón, en Tebas. Se supone que el primer templo de Amón tuvo por fundador a Sesostris, y el macedonio fue acogido en todo Egipto como el nuevo Sesostris-Sesonkhosis, dueño del mundo.

Su filiación con los dioses del país fue solemnemente establecida y

reconocida al sentarse Alejandro en Menfis en el trono sagrado de Ptah-Hefesto, revestido de las insignias y atributos de soberano egipcio: "el predilecto de Amón y amado por Ra", así reza su nombre de entronización.

Puede que en Menfis se le ocurriera por primera vez la idea de querer asegurar a sus restos mortales el descanso eterno en la paz idílica de Amonio.

Ocho años más tarde, un cortejo solemne salía de Babilonia en dirección a Occidente, llevando el cadáver del amo del mundo.

Tiraban del magnífico carro funerario, profusamente adornado con pinturas y esculturas, 46 mulos en filas de a 4. En todas partes, a lo largo del trayecto, la gente llenaba las carreteras y todos contemplaban fascinados el imponente espectáculo.

El cadáver de Alejandro permaneció insepulto durante un mes en la antigua residencia babilónica, entonces persa, pues el inesperado y dramático fin del soberano sumió en tan horrendo desconcierto a su familia, a sus capitanes y a todo el ejército, que nadie pensó en darle sepultura. Asia, Egipto, el mundo griego de la cuenca mediterránea oriental, todo el imperio vaciló en sus cimientos, sacudido por los signos precursores de una tormenta sin precedentes que amenazaba destruir el orden creado por la espada del macedonio. Apoderóse de todos una desconfianza terrible. Los arsenales se vaciaron y por doquier estallaban o se temían motines y desafueros.

He aquí cómo pinta la situación Curtius Rufus, en el capítulo XXXI de los "Actos de Alejandro":

"Hacía una semana que el cadáver del rey yacía en su féretro, pero preocupada la corte por las repercusiones de su desaparición, nadie había pensado en rendirle los honores propios de su rango. En parte alguna se deja sentir el calor con tanta intensidad como en Mesopotamia, hasta el punto que a menudo los animales que se exponen a los rayos del sol caen muertos al suelo, como tocados por el rayo; tan riguroso es el calor del sol y del aire que todo parece quemado por el fuego .

"Y con todo, cuando por fin llegó el momento para sus amigos de

poder ocuparse de Alejandro muerto, se sorprendieron al ver su cadáver no solamente sin el menor asomo de descomposición, sino que no presentaba ni la más mínima señal de decoloración. Incluso su cara conservaba la misma expresión que en vida denotaba su grandeza de espíritu. De aquí que los egipcios y caldeos, a los que se encargó la preparación del cuerpo según los ritos de sus países respectivos, quedaron tan sorprendidos que empezaron por negarse... pues les parecía que el cuerpo respiraba aún. Acabaron cediendo, pero no sin antes rogar a los dioses que no les fuera tenido en cuenta, a ellos míseros mortales, lo que a sus ojos parecía un sacrilegio, y luego pusieron manos a la obra y purificaron el cuerpo, llenaron de perfumes el féretro de oro y colocaron sobre la cabeza del difunto el emblema de la dignidad real."

De acuerdo con los deseos expresados en su testamento, de que quería ser enterrado al lado de su divino padre Amón, en su santuario de Libia, ya en la ciudad de Babel fue embalsamado Alejandro a la usanza egipcia y probablemente el emblema de la dignidad real de que nos habla el citado historiador no sea otro que la corona faraónica de Osiris. También la utilización de un sarcófago de oro recuerda los ritos fúnebres del antiguo Egipto.

Sea lo que fuere, la elección del lugar en el que iban a descansar los restos de Alejandro Magno era un problema de importancia capital, que como procelosa nube *empezaba* a cernerse, hundiéndolo en la oscuridad, sobre el destino mismo de todo el mundo helénico-oríental.

Quienquiera que tuviere la custodia de su cadáver legitimaba por este hecho no sólo sus pretensiones dinásticas de una manera incontestable, sino que ligaba la protección divina a sus empresas por audaces y remotas que fueren. Ningún amuleto podría compararse jamás al sarcófago que contenía el cuerpo del que Amón había reconocido por hijo suyo.

Parece ser que cuando todavía estaba Alejandro de cuerpo presente, Ptolomeo, el más activo e inteligente de todos los amigos y capitanes del gran macedonio, ya reclamó para sí el país del Nilo. Este general perspicaz conocía las ventajas incalculables de este país rico y tan fácil de defender. Era notorio que Alejandro había querido ser enterrado en el oasis de Amonio, y Ptolomeo aspiraba a ser su albacea y al propio tiempo el guardián del sarcófago de oro

con la momia del soberano.

Pero el regente Perdicas debía tener buenos motivos al proponer por sepultura de Alejandro su Macedonia natal, más lógica y políticamente más segura. Fácil es suponer que las discusiones en el consejo de los dirigentes macedónicos debieron de ser violentas, de una virulencia desacostumbrada. Lo único que sabemos es que el consejo acabó por ordenar que el cadáver del soberano fuese trasladado al país de sus mayores y enterrado, según los ritos locales, en Aigai, capital de los soberanos macedonios.

Ptolomeo, que tenía de su parte el testamento de su jefe, se propuso cumplirlo a rajatabla, y a medio camino en el litoral mediterráneo atajó el cortejo y en su calidad de sátrapa de Egipto, con la complicidad o aquiescencia del alelado Filipo Arrideo, hermanastro de Alejandro, lo hizo dirigirse hacia el Valle del Nilo. La tendencia de los diadocos empezaba a prevalecer sobre el espíritu de unanimidad que hasta entonces había presidido todas las decisiones de la asamblea de generales y había perpetuado la unidad y el éxito de la política imperial. Ahora, las autoridades autónomas empezaron a querellarse entre ellas para atribuirse las mejores tajadas del inmenso imperio que se resquebrajaba.

Dice Arriano, citando a Photios:
"Arrideo, a quien había sido confiada la custodia del cadáver de su hermanastro, se dirigió desde Babilonia, pasando por Damasco, hacia Egipto, y a pesar de la oposición de Polemon, hombre de confianza de Perdicas, se reunió contra la voluntad de éste con Ptolomeo en el Valle del Nilo."
Una inmensa emoción conmovió todo el imperio. Ptolomeo disponía del tesoro y era evidente que jamás lo soltaría ya. Séanos permitido dejar aquí la palabra a Ernst von Niebelschütz, quien ha tratado magistralmente el destino de Alejandro muerto:

"Sorprendidos nos preguntamos: ¿Qué significaba todo aquello? ¿Cómo explicarse que un cadáver, aun teniendo en cuenta la veneración de que había sido objeto el personaje en vida, pudiera dar lugar a tan terribles complicaciones bélicas? Bien mirado, la respuesta es sencilla si empezamos por admitir que aquel cadáver no era tal cadáver a los ojos de sus contemporáneos, ya que se le atribuían poderes mágicos sobre los que el proceso natural de descomposición había sido impotente. Recordemos que en ocasión

de su famosa visita al oasis de Amonio, Alejandro se hizo rendir honores divinos por los sacerdotes de Zeus-Amón, los cuales le reconocieron y consagraron como representante en la tierra del dios supremo de la teogonía egipcia. En realidad, pues, el culto que ahora se rendía al cadáver real se explica solamente en función del carácter profundamente religioso de su campaña de Oriente. Cierto que nuestro doctrinarismo moderno no cree en este carácter de la campaña asiática, y se ciñe únicamente a las fechas de las batallas libradas, que de Gránico al Indo nos sabemos al dedillo, y en cambio hacemos caso omiso, o casi, de un fenómeno sin comparación mucho más importante: las frecuentes y a todas luces sistematicas peregrinaciones de Alejandro a todos los santuarios y oráculos del Oriente Medio. Diríase que la preocupación de Alejandro en su empresa contra los persas, no era otra que la de insuflar nueva vida a los dioses y a los hueros mitos griegos mediante su fusión con las antiquísimas fuentes de la sabiduría asiática. De ahí el endiosamiento, en apariencia carente de finalidad política, en el santuario de Amonio, y de ahí también la lucha encarnizada de sus capitanes para hacerse con el cadáver real. Era, en efecto, una verdadera cuestión de prestigio político-religioso, pues en este cuerpo, aparentemente sin vida, moraba ¡nada menos que un dios! He aquí la razón por la cual a los poderosos de entonces no podía serles indiferentes quien lo poseyera.

"Esta suposición nuestra se ve reforzada por un documento literario del siglo III de nuestra era, del escritor romano Claudius Aelianus, el cual en sus "Narraciones históricas" — que se han conservado intactas— cuenta lo que sigue:

"En todas sus campañas se hacía acompañar Alejandro por un *mantis* griego, por nombre Aristandro de Telmesos. Nuestro vocablo "mago" nos da sólo imperfectamente el significado de la palabra griega *mantis;* era antes bien una mezcla de adivino y de filósofo de primera magnitud, profundamente versado en todos los misterios y las ciencias místicas de la antigüedad, y que parece que después de la muerte de Alejandro pronosticó que los dioses bendecirían indefinidamente el país en cuyo suelo reposara el cadáver del héroe."

¿Cómo no evocar a este respecto la antigua leyenda ática de Edipo, según la cual sería dichoso entre todos los países aquél que

poseyera el cadáver del hombre de tal modo marcado por la voluntad de los dioses? Un oráculo, que el genio poético de Sófocles trató magistralmente en la tragedia "Edipo", enaltece el bosquecillo de Colona como lugar colocado bajo la protección divina. Sea lo que fuere, la tumba de Alejandro era considerada por la mentalidad mítica de la época como sagrada y bienhechora, y Ptolomeo sabía bien lo que hacía cuando en Damasco se apoderó del sarcófago por la violencia y ordenó que el cortejo, modificando el itinerario, se dirigiera a Egipto.

Por de pronto Alejandro fue solemnemente enterrado en Menfis, donde más tarde se encontraron innumerables vestigios de su culto: estatuas incompletas, fragmentos de bajorrelieves, cerámicas pintadas, etcétera, que gracias a la estrecha colaboración entre ladrones de tumbas y anticuarios, han ido a parar a los museos y a las colecciones particulares. En Menfis permaneció el gran macedonio durante el reinado de Ptolomeo I, y es de suponer que dado el culto que se rendía al dios-rey se acumularía en aquel lugar un imponente tesoro arqueológico. Creemos que ya sería hora de que se investigara sistemáticamente lo que aún queda esparcido e ignorado. Muy posiblemente fuera Filipo Arrideo quien, entre otros templos, construyera, en colaboración con Ptolomeo — el cual entonces no era más que el sátrapa de Egipto, país que gobernaba en nombre de Filipo y del hijo póstumo de Alejandro con Rojana, princesa bactriana — el santuario de Hermópolis en el Egipto Central, donde fueron halladas grandes cantidades de estatuas de mármol muy idealizadas de Alejandro.

El rey Ptolomeo II Filadelfo, de la dinastía de los Lagidas, que sucedió a su padre en 305 antes de J. C., hizo trasladar a Alejandría — ciudad que más que ninguna otra ha inmortalizado su nombre — el cadáver idolatrado de Alejandro, que penetró con todos los honores en la ciudad por él fundada y a la sazón en pleno florecimiento económico y cultural.

En lo que atañe a los deseos expresados por el macedonio, de ser enterrado en el oasis de Amonio, ya no volvió a hablarse más del asunto. Era un tesoro demasiado precioso para abandonarlo así como así en pleno desierto. En Alejandría, límite divisorio entre Oriente y Occidente, se depositó el sarcófago en el mausoleo de un templo gigantesco "digno de la gloria y de la grandeza de Alejandro", templo que era atendido por una comunidad religiosa

dotada de privilegios y medios extraordinarios.

El año 215, durante el reinado de Ptolomeo Filopatos, empezó a construirse un nuevo y suntuoso templo en el que Alejandro reposaría definitivamente entre los miembros de la familia real. En el transcurso del tiempo fueron añadiéndose otras construcciones al mausoleo primitivo, hasta que esta imponente necrópolis de la casa reinante llegó a ocupar todo un barrio de la ciudad. Bajo este barrio se extendía un verdadero e interminable laberinto de galerías y cámaras secretas excavadas, a usanza egipcia, en una cadena de colinas para evitar las infiltraciones de agua, y peraltado el conjunto por un cono de tierra, que tal vez sirviera de modelo para el mausoleo romano de Augusto y su familia.

En lo sucesivo, durante varios siglos, la tumba de Alejandro constituyó, junto con el Serapeum, el centro religioso de aquel floreciente centro comercial. El aniversario de la muerte del conquistador siguió celebrándose solemnemente hasta bien entrado el siglo IV de nuestra era, cuando había caído ya en el olvido el culto a los difuntos de los Ptolomeos. La gloria del héroe griego había entrado a formar parte del patrimonio romano.

Siguiendo el ejemplo de Julio César, todos los emperadores que visitaron Egipto fueron a postrarse ante la tumba de Alejandro.

He aquí lo que cuenta Suetonio de la visita de Octavio — el futuro Augusto — una vez vencidos Marco Antonio y Cleopatra:

"Por aquel entonces contempló el sarcófago y el cadáver de Alejandro Magno que había hecho retirar expreso de la cripta, y le tributó homenaje colocándole en las sienes una corona de oro y cubriéndolo de flores. Al preguntarle luego sus acompañantes si no desearía también ver el Ptolomeum, respondió con desdén: Yo he venido a ver a un rey, y no cadáveres." Del mismo biógrafo imperial son también las líneas siguientes sobre las excentricidades del vesánico Calígula:

"Se acostumbró a endosar los ornamentos triunfales incluso antes de iniciar la expedición y de vez en cuando también la coraza de Alejandro que había mandado retirar del sepulcro de éste..."

En ocasión de hallarse de paso por Alejandría, el astuto Caracalla,

ferviente admirador e imitador irrisorio de tan grandioso modelo, pero que a pesar de sus extravagancias sin cuento fue uno de los últimos grandes cesares antiguos, dejó como ofrenda sagrada en la tumba de Alejandro todas las riquezas que llevaba consigo, incluso su propia túnica imperial.

Por cierto que los habitantes de la ciudad no se lo tomaron muy en serio que digamos.

Pero el sarcófago ya no era entonces el original de oro, pues encontrándose en apuros económicos, Ptolomeo XI lo había convertido en monedas de oro el año 80 antes de J. C. y había hecho colocar la divina momia en un féretro de cristal, de modo que ni a César ni a sus sucesores les fue dado poder contemplar el sepulcro del gran Alejandro en todo su primitivo esplendor.

Según la tradición, el africano Septimio Severo, que fue el único del continente negro que ocupó el trono de los cesares, hizo acumular libros de magia y papiros cubiertos de fórmulas esotéricas en la tumba "para que en lo sucesivo nadie pudiera ver la momia real ni leer aquellos textos .."

"Cuando en las postrimerías del siglo III después de J. C. — escribe G. Weicker — en un intento desesperado e inútil se sublevó Alejandría contra la dominación romana, las construcciones de las necrópolis reales sucumbieron víctimas de la estrategia. Todas las entradas y las galerías de las criptas fueron cegadas y llegó a perderse de tal manera el conocimiento del lugar de su emplazamiento, que hacia el año 400 se preguntaba San Juan Crisóstomo con ironía:

"¿Dónde está la famosa tumba de Alejandro Magno? ¿Por qué no me la enseñáis?"

Pero en el pueblo perduró el recuerdo del valor religioso de aquel lugar que durante tantísimos años había sido objeto de culto, y se sabe que a principios del siglo V se edificó en aquellos lugares una capilla sepulcral para custodiar en ella las reliquias de los santos profetas Elias, Eliseo y Juan. El Islam veneraba allí en el siglo XVI la tumba del "profeta Iskander" y levantó a la memoria del gran Alejandro — que en la tradición islámica se confunde con el profeta Daniel — una mezquita grandiosa. No ya sólo bien entrado el siglo XVI

sino incluso hasta nuestros días venera el Islam a su manera al poderoso "Iskander-el-Kebir".

Es muy probable que el sepulcro de Alejandro y los de los Ptolomeos se encuentren debajo de la mezquita Nebi-Daniel, en el interior de una cadena de colinas, al sur de la calle Fuad 1.° que lleva por nombre "Kom-ed-Demas", o "Colina de los espacios ocultos".

El 1850 corrió la voz que en el curso de sus investigaciones arqueológicas por las tumbas subterráneas de la citada mezquita, el griego Ambrosios Schilizzi, funcionario del consulado general ruso, había logrado ver, a través de una grieta de los espesos muros, el féretro de cristal de Alejandro con los papiros que cubren la momia, pero que no había podido confirmar el descubrimiento ni sacar del mismo ningún provecho porque los guardias lo habían echado inmediatamente fuera a empellones.

Es archisabido que las grandes figuras de la historia reaparecen periódicamente en la fantasía popular. De Tiberio, el grande, solitario y difamado emperador romano, dícese que fue visto montando en caballo de bronce en las ruinas de su quinta de Capri por un mozalbete de la isla; y nada digamos de la leyenda de Barbarroja, cuya barba atraviesa la mesa de mármol de su sepulcro en las montañas de Kyffhäuser.

El afortunado arqueólogo Howard Carter, y más recientemente aún el sabio egiptólogo Dr. Ibrahim es Dessouki, intentaron repetidas veces conseguir licencia oficial para realizar excavaciones sistemáticas en Komes-Demas, pero la obstinada, y hasta cierto punto comprensible negativa del sector religioso islámico, unida a los inconvenientes de toda clase puestos por el Ministerio egipcio de la guerra, han sido causa de que hasta hora no pudieran salirse con la suya.

¿A quién le cabrá el honor de descubrir la tumba de Alejandro Magno?

Difícilmente podría concebirse que su cadáver se haya mantenido en relativamente buen estado al cabo de más de dos milenios. Pero para los alejandrinos la presencia del fundador bajo las ruinas de la ciudad milenaria tiene un valor espiritual mucho más alto que la posesión de unos restos que en nada podrían evocar la majestad del

original.

Como ya dijo siglos ha Pericles en un discurso pronunciado en honor de los atenienses caídos por la patria:

"Los grandes hombres tienen por tumba la tierra entera..."

EL TESORO INAGOTABLE

DURANTE cíen generaciones enriquecieron los antiguos egipcios el suelo del Valle del Nilo y las roquedas adyacentes con los vestigios de su maravillosa eficiencia.

Donde no dejaron huella indeleble y terrible la rapacidad o el afán destructor de los hombres, o la violencia de los elementos, sus monumentos inmortales siguen aún en pie, y ningún otro país del mundo ha conseguido conservar tan fielmente y en tanta abundancia, como es el caso de Egipto, esos testigos mudos, a la par que tan elocuentes, de su pasada grandeza.

Por lo que sabemos, desde que el mundo es mundo se ha identificado el concepto de tesoro con la imagen física del oro, de la plata y de las piedras preciosas. Quien recorra alguna de las salas de los tesoros del inmenso Museo de El Cairo, jamás podrá olvidar el lujo y el fulgor de los deslumbrantes féretros, máscaras, vasijas y amuletos allí expuestos. También la antigua Micenas había acumulado fabulosas cantidades de oro, y más ricas eran todavía en oro las civilizaciones Maya y Azteca, y sobre todo el mundo fabuloso de los Incas. Sin embargo, a pesar del encanto innegable de las obras que de ellas poseemos modeladas en materia noble e imperecedera, no se nos escapa su procedencia más o menos bárbara. En Egipto, por contra, incluso las obras más antiguas se caracterizan por su dignidad, gracia y módulo humano incomparables.

Pero en este último capítulo no vamos a tratar del valor intrínseco de la herencia artística del antiguo Egipto.

En efecto, ¿qué significa el valor intrínseco — aunque frise en los diez millones de nuestras actuales pesetas — del último de los tres sarcófagos interiores de Tutankamon, al lado del valor artístico de esta obra sin par de la orfebrería antigua, y no digamos como manifestación de valor religioso y mitológico?

El valor auténtico del tesoro de la herencia del antiguo Egipto reside, más que en la suntuosidad expresable en dinero, en los conocimientos y en la visión con que nos enriquece desde el punto de vista espiritual y humano. En parte ni en período alguno de la historia del mundo puede abarcarse, con la perspectiva

simplificadora de los milenios transcurridos, el panorama tan amplio de una gran civilización con sus altos y bajos, sus promesas y sus realizaciones. Además, esta civilización nos atañe de cerca, pues somos sus herederos espirituales directos. No en vano la historia de Egipto constituye el primer capítulo de nuestra civilización occidental.

Hasta qué punto el país eterno del Nilo continúa escribiendo en el libro de la cultura del mundo, lo demuestra una ojeada al caudal de los descubrimientos de las últimas décadas y a los de los últimos años en particular.

Cuando en enero de 1929 se encontraba la expedición patrocinada por el Metropolitan Museum, de Nueva York, dirigida por Winlock, despejando el exterior norte de la muralla del templo de Der-el-Barhi hasta las peñas subyacentes, descubrieron uno de aquellos pequeños pozos, cegados con rocalla y escombros, que generalmente conducen a las sepulturas reales. Al cabo de unos 15 metros, el pasillo estrecho por el que penetraron los excavadores forma ángulo recto y se prolonga otros 6 metros hasta alcanzar un profundo foso destinado a servir de trampa y obstáculo a los eventuales ladrones de tumbas. Se tardaron varias horas en franquear el abismo y luego la galería continuaba por varias cámaras funerarias, en la última de las cuales hallaron un inmenso sarcófago en forma de mujer.

Era en verdad una obra artística admirable, de 3 metros de longitud, tallada en el más precioso cedro de Siria y en un principio debió de estar recubierta de hojas de oro. Los innumerables surcos que en la cabeza representaban la cabellera del difunto y las escamas de la parte de la túnica que cubría el busto, aparecían rellenadas de una pasta azulada. Parece ser que en ocasión de una restauración posterior se había sustituido por un material barato el primitivo que seguramente era de gran valor.

¿A quién estaba destinado el sarcófago y quién lo había hecho restaurar?

A la primera de estas preguntas responde la inscripción funeraria según la cual descansa allí nada menos que la princesa Merit-Amón, hija del gran Tutmosis III y esposa principal de Amenofis III. Su rostro encuadrado en exuberante peluca es uno de los más nobles y

distinguidos que nos ha legado el antiguo Egipto.

La cabeza esculpida del sarcófago ha conservado a través de los milenios un asombroso aspecto de vida. Alrededor de la nariz, de la boca y del mentón se insinúa una mezcla de secreta altivez y de resignación que realzan sus reales encantos femeninos. Los ojos formados de obsidiana y engarzados en bronce, confieren a todo el rostro una expresión de melancólica serenidad.

Ningún otro retrato femenino del antiguo Egipto, a pesar de que tanto abundan, y muy bellos, impresiona tanto como éste.

Los brazos, cruzados sobre el pecho, sostienen cetros de papiro: símbolos de reina y de diosa, que como amuletos mágicos significan juventud eterna, frescor perenne, reverdecimiento y fecundidad.

La respuesta a la segunda pregunta la facilitan las vendas que envuelven a la momia.

En efecto, por las inscripciones que ellas contienen venimos en conocimiento de que la tumba fue restaurada el año 1049 antes de Jesucristo por mandato expreso del rey Painozem, pues habiéndose advertido entonces que había sido profanada y desvalijada, se procedió a repararla provisionalmente tapiándose luego otra vez.

Pero una minuciosa investigación realizada en la boca del foro reveló que la tumba en realidad había sido abierta dos veces y otras tantas vuelta a cerrar cuidadosamente.

¿Pero quién, después de la primera restauración, la abrió de nuevo y volvió a cerrarla por última vez?

Los arqueólogos lograron dar con la clave de este viejo enigma. En un pasillo hallaron al borde del foso un sarcófago con el correspondiente féretro interior que contenía la momia. Las tapas estaban arrimadas a la pared y todo en el lugar daba la sensación de desorden y de perplejidad. Era evidente que aquella momia estaba destinada a recibir sepultura junto a la otra, pero tampoco cabía la menor duda de que los encargados de la operación no se habían atrevido a franquear el ancho foso con su preciosa carga, y al desistir de la empresa que se les había encomendado, dejaron la

momia abandonada ante el obstáculo que se interpuso en su camino, o sea al borde mismo del abismo. Este segundo sepelio resultó ser el de la hija del mismo rey Painozem de la XXI dinastía que había ordenado los trabajos de la restauración que hemos mencionado. La princesa llevaba un ejemplar del "Libro de los Muertos" estupendamente ilustrado.

El arqueólogo inglés Walter S. Emery exhumó en las inagotables necrópolis de Menfis, cerca de la actual aldea de Sakara, al suroeste del Cairo, un enclave de tumbas reales de la I dinastía que se remontan al tercer milenio antes de J. C. y contienen toda una serie de documentos fascinadores, pero que sitúan a los egiptólogos ante nuevos enigmas. Sabido es que las tumbas simples de estos antiguos reyes fueron localizadas en Abidos, en la frontera desértica de Egipto superior, siendo exploradas y descritas por Amélineau y Sir Flinders Petrie.

Con todo, sigue siendo un misterio el verdadero emplazamiento de la necrópolis de estos primeros soberanos del reino del Nilo, cuya civilización, a juzgar por los objetos encontrados en las tumbas era relativamente avanzada. Parece abrirse paso la creencia que las tumbas de Sakara son las únicas verdaderas, en cuyo caso las de Abidos no serían sino cenotafios. Pero tanto en un lugar como en otro, carecemos del elemento esencial de la demostración — los cadáveres de los soberanos — los cuales puede que en tiempos muy remotos fueran ya víctimas de los primitivos ladrones de tumbas. Sin embargo, no queremos dejar de mencionar, a este respecto, que en una de las criptas de Abidos se encontró el brazo de una reina, desecado y adornado con magníficos anillos. Por otra parte, la proximidad de la patria de estos príncipes tinitas y la presencia de grandes estelas funéreas al dios Horus en las que aparecen inscritos sus nombres, militan en favor de Abidos.

Eso, con ser ya mucho, no es todo, pues la famosa tríada compuesta por los arqueólogos Cecil Firth, W. B. Emery y Zaki Effendi Saad, del Departamento de Antigüedades, descubrieron también en Sakara la interesantísima tumba de un alto funcionario del período más remoto de la historia nacional egipcia.

Un minucioso examen de una vasta tumba descubierta por Firth, que se creía haber sido completamente saqueada, reveló que su infraestructura no era maciza como en un principio se había

supuesto, sino que se componía de toda una serie de cámaras de ladrillos. Exactamente cuarenta y dos cámaras funerarias intactas conteniendo un montón de objetos heteróclitos, algunos de los cuales resultaron ser únicos en su género.

Entre ellos, destaca la colección de discos de piedra, de metal, de madera y de marfil, como jamás se habían hallado en las tumbas egipcias anteriormente. Cada disco tiene un agujero en el medio que atraviesa un bastón de madera o de marfil, cuyo extremo afilado sobresale, por la parte superior, de tres a cinco centímetros, y el extremo inferior, que es achatado, tiene de seis a diez centímetros de longitud. En ciertos casos la superficie de los discos es abombada mientras que en otros es llana. El principal encanto de los objetos hallados son sus primorosas esculturas, siendo una de las más exquisitas el grupo formado por dos pájaros, tallados en alabastro, uno frente al otro, con las alas desplegadas y en actitud retadora, rodeando el conjunto multitud de motivos geométricos. En otro disco aparecen dos gacelas perseguidas por dos perros de caza representados por un mosaico de piedra de colores. Uno de los perros tiene ya su presa rendida al suelo y le hinca los colmillos al cuello. Se desconoce todavía el uso de tales discos. ¿Se trata quizás de retorteras de husos o bien simplemente de piezas de algún juego de la época que por no haberse reproducido posteriormente cayó en el olvido? Todavía no se ha dicho la última palabra. Todos esos discos yacían dentro de una caja tapados por un gran número de flechas de marfil.

También se encontraron muchísimas saetas, algunas simplemente afiladas y otras provistas de puntas de sílex o de hueso, unidas al palo de caña o de marfil por medio de un hilo retorcido. Todavía quedaban unas cuantas en una aljaba de cuero de vaca. Un gran cofre elaborado con varias clases de madera estaba tan carcomido que cuando un trabajador sopló cuidadosamente sobre él para quitarle el polvo, se desmoronó todo un lado, y tuvo que tratarse el resto con parafina para conservarlo. Se hallaron asimismo grandes mangos de hacha, hoces de madera con incrustraciones de dientes de sílex, cuchillos de sílex de belleza y tamaño sorprendentes, y sobre todo una tablilla de ébano con una inscripción en la que se menciona el nombre del rey Zer (o Zet) que se supone fue Kenkenes, el tercer rey de la I dinastía.

La tumba resultó pertenecer a un noble llamado Hemaka, que

ocupó el cargo de visir bajo Usapais (Wedimu), quinto soberano de la I dinastía. Para apagar la sed de tan gran señor en el otro mundo, se le había hecho ofrenda de más de dos mil jarras de vino, amén de considerable acopio de comestibles de todas clases. Como digno de mención citaré el hecho que las herramientas de sílex pertenecían a tipos considerados hasta entonces como característicos del desarrollo paleolítico que se extendió por un lapso de tiempo considerable. ¿Debemos suponer, por consiguiente, que en las postrimerías de la época prehistórica todos estos utensilios se producían y se utilizaban simultáneamente en Egipto? ¿O es que el tal Hemaka fue un precursor de los modernos coleccionistas?

El 22 de enero de 1938, en el curso de sus investigaciones en estas tumbas, Emery y su colaborador egipcio realizaron el sensacional hallazgo a que nos hemos referido someramente en el primer capítulo de este libro. Se trata de un caso tan asombroso que incluso sorprende en un país como Egipto en el que las posibilidades de conservación son poco menos que ilimitadas. Pusieron al descubierto la tumba de un gran personaje de la II dinastía (alrededor del año 2700 antes de J. C.) cuyas ofrendas estaban tan bien conservadas que llegó a encontrarse intacta la comida servida en fuentes y platos de tierra cocida. Es fácil imaginarse la sorpresa y la emoción de los dos arqueólogos ante el extraordinario espectáculo que suponía semejante festín cariñosamente aderezado para satisfacción de la momia del propietario de aquella tumba prehistórica, en cuyo pavimento podían observarse todavía,
al cabo de casi cinco mil años, huellas de pasos de los parientes y sirvientes que cumplimentaron por última vez al jefe de familia.

Entre los restos de lo que debió de ser una salsa apropiada, pudo fácilmente reconstruirse el menú que se componía de pichones asados, pescado, legumbres, frutas, galletitas redondas, panecillos triangulares y una chuleta de ternera. Los alimentos, con los siglos, se habían encogido algo, y algunas de las magníficas vasijas de esquisto y alabastro habían cedido a la presión interior resquebrajándose; algunas estaban en pedazos; pero por lo demás, nada había variado.

El desciframiento de las inscripciones de las pirámides nos puso en condiciones de oír hablar a los hombres de aquella remota época de

sus más íntimas creencias, o sea de su alimento espiritual, pero ahora se disponía por vez primera, más que de referencias, de vestigios auténticos de su alimento corporal.

El sarcófago del noble Hemaka, cuyo cadáver sus contemporáneos trataron a cuerpo de rey, se había desplomado, pero al revés de tantos otros, no había sido objeto de profanación. A sus pies estaban colocadas en buen orden vasijas y platos de piedra. Los huesos se hallaban en relativamente buen estado y pudieron ser conservados.

Frente a Sakara, en la margen oriental del Nilo, cerca de las universalmente renombradas termas de Heluán, la Administración de Antigüedades Egipcias emprendió recientemente excavaciones en la inmensa necrópolis de las primeras dinastías, y sólo en la campaña 1946-47 fueron puestas al descubierto nada menos que 825 tumbas, todas ellas por el estilo de las 4.000 ya conocidas, con su cripta subterránea dividida en dos cámaras, una de las cuales es la tumba propiamente dicha, en la que se encuentra el cadáver embalsamado de modo asaz rudimentario e incompleto dentro de un sarcófago de madera o de tierra cocida, y la otra la despensa del difunto.

En estas tumbas, las superestructuras de ladrillos de barro secados al sol, las cuales tal vez tengan relación con el culto legendario de la ciudad solar de Heliópolis, están casi siempre totalmente destruidas, pero por los restos encontrados se desprende que debieron de estar provistas de hornacinas, una de las cuales, la principal, quedaba siempre orientada al Este.

Todas estas tumbas han sido desde tiempos muy antiguos concienzudamente saqueadas, pero los innumerables vestigios hallados en ellas son otras tantas notables indicaciones que nos ilustran sobre los orígenes de la civilización material de esta región. En su gran mayoría se trata de objetos de marfil: instrumentos de caza, cucharillas para ungüentos, tarros de cosméticos y símbolos religiosos en forma de amuletos, como por ejemplo los símbolos de los dioses Isis y Osiris, cuya presencia en tan remota época constituyó una gran sorpresa y obligó a revisar viejos conceptos arqueológicos. Es curioso el uso ya generalizado de la piedra en estas tumbas. Muchas veces los pavimentos están enlosados y el hecho de que para cubrir el techo se utilizaran vigas de piedra,

demuestra la tendencia y la predilección de los arquitectos egipcios por la cantería como medio de expresión.

Es una lástima que la serie de sorprendentes hallazgos efectuados recientemente en estas tumbas no haya todavía trascendido al gran público. Así por ejemplo, el descubrimiento de la necrópolis real de los reyes de las XXI y XXII dinastías cerca del poblado actual de San-el-Hagar, en el emplazamiento de la antigua Tanis, en el Delta del Nilo, que casi de seguro podemos identificar con Avaris, residencia de los hicsos, y con la ciudad de Ramsés.

En este lugar, el afortunado arqueólogo y profesor de la Universidad de Estrasburgo, Pierre Montet, descubrió, durante el invierno de 1938-1939, la tumba del faraón Shoshenk I (el Sesac de la Biblia, 2.ª Crónica, cap. XII), el mismo que en el año quinto del reinado de Roboam — año 926 antes de J. C. — saqueó el templo de Jerusalén, del que se llevó los escudos de oro de Salomón. La campaña militar egipcia se relata también en el capítulo XIV del primer Libro de los Reyes, del Antiguo Testamento.

Desde hace mucho tiempo se guardaba ya en el Museo de Berlín la urna de alabastro que había contenido las vísceras del faraón, y entonces apareció también el sarcófago correspondiente del gran conquistador de origen líbico, sarcófago que resultó estar labrado en plata y adornado con una cabeza de halcón. De este modo quedaba ilustrado en los umbrales de la Época Tardía el famoso texto de Ipuver que se remonta al período del desmoronamiento del Imperio Antiguo, y en el que ya se habla de "reyes que eran enterrados como halcones".

Cubríase el rostro de las momias de los faraones tebanos con una maravillosa máscara de oro que era fiel retrato del original, y es curioso que la misma costumbre se observe también en las tumbas de los soberanos ilíricos y micénicos. El interior del sarcófago era de oro y cuero, y por el suelo de la tumba se esparcían bellas alhajas y piedras preciosas. Los arqueólogos no pudieron explicarse fácilmente la presencia de los dos esqueletos que yacían uno a cada lado del sarcófago. En los relieves policromados y las inscripciones que cubrían las paredes de la cámara mortuoria se leía el nombre del faraón Psusennes, el predecesor inmediato de Shoshenk I. Desgraciadamente, la humedad y las intemperies dejaron huellas devastadoras en la cripta.

¡Tal vez el oro de la máscara facial y radiante de juventud del faraón proviniera del tesoro del rey Salomón!

En el interior de un espeso muro del mismo conjunto descubrió luego el citado arqueólogo otra cámara mortuoria con el sarcófago, bien conservado éste, del general Unjeb-en-au-jedet. jefe de los arqueros y hombre de confianza del rey. Pertenecía al tesoro del difunto un cáliz de oro blanco repujado, ofrenda de honor del faraón Psusennes, tres copas para las libaciones religiosas, varias pulseras de oro y escarabeos de esmeralda, estatuillas de los dioses y asimismo una admirable máscara mortuoria de oro. La máscara de oro era generalmente atributo reservado exclusivamente a la realeza. Todos estos objetos, así como los de la tumba de Sesac, se caracterizan por su estilo sobrio y elegante, y ante tal perfección en este arte tardío, que todavía se inspira en modelos rameseidas, y digno por otra parte de las tradiciones del Imperio Nuevo, no creemos pueda hablarse aún de decadencia.

Es de desear que prosigan las investigaciones empezadas con tanto éxito y que sus resultados sean un día puestos al alcance de los numerosos interesados en una publicación ilustrada digna del valor arqueológico de los objetos exhumados. Aunque sólo fuera para poder admirar las vasijas de oro y los objetos de adorno, algunos de ellos únicos.

El tesoro inagotable de las colinas egipcias desérticas comprende también admirables ejemplares del arte griego más refinado.

El espíritu griego refulge acá y allá, a menudo donde menos se espera, sin que los escombros acumulados por los siglos hayan bastado para apagar sus destellos. Una escultura de mármol, un par de terracotas, alhajas halladas en el sarcófago de una mujer griega, algunas líneas poéticas de inmortal belleza...

Los egipcios de la Época Tardía fabricaban sus féretros con varios papiros de desecho pegados unos a otros por medio de una espesa capa de cola. Estos sarcófagos de cartón no se pudrían, sino que se conservaron como las hojas de papiro cortadas en la región del Nilo.

Los especialistas modernos, con paciencia de benedictinos, separan las diversas capas de papiro, recuperando así la vieja maculatura.

Casi siempre les quedan en las manos jirones, fragmentos insignificantes de los primitivos rollos. Pero estos trozos están siempre cubiertos de signos, los cuales permiten a veces reconstruir páginas enteras de lo más sagrado y elevado que produjo la inspiración poética del genio griego.

El Egipto eterno salvó también tales preciosidades para la posteridad.

He aquí un ejemplo:

Cuando el año 1937 la profesora de Florencia Medea Norst se hallaba examinando un montón de trozos de tierra cocida — no olvidemos que éste era antiguamente, junto con los cascos de caliza, el material de escribir más barato — tropezó con un fragmento en el que aparecía inscrito el "deber" de un estudiante.

Por supuesto, el texto en cuestión estaba plagado de faltas de ortografía y los caracteres eran, además, muy defectuosos. Pero, con todo, a este estudiante le debemos el fragmento emocionante de una poesía de la inmortal Safo, "la poetisa sombría como las violetas, sonriente y pura". Hasta entonces sólo se poseían vagas referencias de este poema gracias a cortas citas de Hermógenes y Ateneo.

He aquí su traducción, y aun cuando su traductor, Manfred Hausman, la califica de fragmentaria, pues le faltan las primeras estrofas y ciertos pasajes, por mal copiados, más que traducirlos hubo que interpretarlos, esta corta producción poética cuenta "entre las creaciones más encantadoras y optimistas de la literatura universal".

Ven a mí, por este lado... hacia el santuario,
allí donde florece el manzanar
y sobre los altares se elevan
nubes de incienso.

El agua fresca canta entre las ramas
de los manzanos. Sombrean los rosales
toda la ladera, y un sueño blanco
recorre sus temblorosas hojas.

Realzados con todas las flores de primavera
los prados, en donde los caballos pacen,
bajan en pos de la humedad del torrente, y la matalahúga
exhala su perfume al viento.

Ven pues, Kypris, señora del lugar,
y en el oro de las jarras mezcla con el néctar
el suave aroma de tu alegría...

Ahí está mi vaso. ¡Llénalo!...

El esplendor y el entusiasmo, la inocencia y la ternura de las primeras edades llegan hasta nosotros a través de estas líneas.

Y eso también se lo debemos a Egipto.

Es como una boda, en la que ambas civilizaciones se unen para transmitirnos lo mejor de cada una de ellas.

En una ciudad subterránea que se extiende por más de 15 hectáreas, un sabio está buscando, desde hace más de 20 años, "la época en que la religión se escribía sobre estelas".

Se trata de la ciudad del dios Thot, "el señor de Shum" patrón de la ciencia y del arte de escribir. El lugar cuenta entre los más venerados del Antiguo Egipto; los griegos lo llamaron Hermópolis e identificaron el dios ibiocéfalo con su propio Hermes, dios del comercio y de los ladrones.

Los antiguos adoraban a sus propios dioses en los dioses de los demás, pues en su humanidad elemental a la par que profunda sabían que el principio supremo es uno sólo y reina sobre *todo* el mundo. Y consecuentes con tal manera de pensar, se apropiaron y asimilaron unas a otras las más raras formas de la divinidad. Así vemos que Amón, Zeus y Júpiter eran un mismo y único dios, y lo propio sucedía con Afrodita y Venus, Horus y Apolo, Artemis y Bastet. la gata *cazadora.* La misma fe los une a todos y no les preocupaba el hecho de dar nombres distintos a unos mismos dioses.

La ciudad de los animales sagrados muertos, descubierta por el Dr. Sami Gabra, y en la que no sólo se enterraban ibis sino también el

cinocéfalo meditabundo que encarnaba el dios de la sabiduría, se extiende sobre un vasto territorio. Salieron a la luz los fundamentos de un templo que sin duda alguna les estaba consagrado. Detrás del santuario existe el lugar en el que se levantaba un cuerpo de edificio, donde, como en nuestros parques zoológicos modernos, moraban los animales sagrados. Se han puesto al descubierto raíces de las palmeras a cuya sombra cruzaban los monos, y también restos de un estanque, de la época greco-romana, construido a no dudar para el único solaz de los ibis. Interminables corredores subterráneos estaban destinados a servir de necrópolis de los cadáveres de animales procedentes de todos los rincones del país, e impresiona de verdad el recorrer este inmenso laberinto cuya entrada señalan vestigios de una construcción de ladrillos. Allí recaudaban los sacerdotes el dinero del culto, allí tenían sus archivos y en el mismo sitio — ¡curiosa y emocionante coincidencia! — se encuentra también la celda del primero de los ermitaños de la Tebaida.

A la derecha *empieza* la escalera monumental de ciento veinte peldaños. Por ella se penetra a una sala — que ha escapado a la destrucción — en la que tenían lugar los embalsamientos, y no parece sino que de las tinas de piedra con restos de ungüentos sube todavía penetrante olor a resina.

Cuando se desciende a las galerías subterráneas que debieron de ser excavadas por los contemporáneos de Tutmosis y de Amenofis, y luego ampliadas sin cesar, se corre el peligro de extraviarse en aquel dédalo de corredores oscuros que se cruzan y *alcanzan a* veces hasta 120 metros de longitud. En las paredes abundan las hornacinas destinadas a contener los sarcófagos de los animales sagrados. Nos acordamos de los "loculi" de las catacumbas. Esto también son catacumbas, y acusan la impronta de la fe del pueblo que las construyó a lo largo de varios siglos.

Cuando se descubrió este mundo tenebroso, cuyo vaciado y sabia distribución no hubiera desmerecido de los trabajos de Hércules, estaba literalmente atestado de ánforas todas ellas con su correspondiente momia de ibis. De allí se han extraído para ser investigados ¡nada menos que *cuatro millones* de estos sarcófagos! Imposible hallar en parte alguna del mundo una necrópolis tan numerosa. En las criptas todavía inexploradas de este oscuro laberinto debe de haberlas todavía a montones. En uno de los

corredores existen aún los altares dedicados al dios Thot por Ptolomeo y Alejandro IV, el infortunado hijo de Alejandro Magno y la hermosa princesa asiática Rojana.

De repente al visitante se le para el corazón al encontrarse inesperadamente cara a cara con un cinocéfalo gigante que fija en él la mirada desde un altar iluminado por un reflector invisible. Grandes ibis de madera dorada parecen guardar aquella misteriosa puerta por la que Sami Sandra penetró en la única tumba humana: la tumba del gran sacerdote Ankh-Hor, en toda la inmensa necrópolis de los animales.

Un día, a la hora en que las crestas orientales del desierto empezaban a ser acariciadas por las primeras pinceladas rosas de la aurora, los sabios arqueólogos y sus ayudantes levantaron la pesada losa que cerraba la tumba. La momia yacía en un sarcófago de plata dorada, rodeada de ánforas de alabastro y de las 365 estatuitas de cerámica azul que debían tomar para sí los trabajos que en el otro mundo incumbían al difunto.

Nunca se ensalzará bastante la tenacidad de los arqueólogos que emprendieron el desescombro de kilómetros y más kilómetros de túneles llenos de arena. ¿Y qué diremos de la empresa llevada también a buen fin de despejar y desobstruir los pozos de los baños romanos, que alcanzan profundidades de hasta 34 metros?

Es también interesante visitar la vecina necrópolis humana.

La arquitectura y la escultura egipcias y griegas se entrelazan en ella formando a menudo un estilo híbrido de gran valor decorativo. Sin lugar a dudas su más preciada joya es el famoso templo del sacerdote Petosiris, de la época ptolomaíca, que se levanta entre las dunas de la necrópolis. Sus adornos en relieve provienen de un verdadero artista que trató de conciliar la tradición egipcia con la impetuosa e incontenible vitalidad del arte griego. Adornan la fachada dos minúsculas ventanas enrejadas. Tal vez se trata de una edición primitiva de las *musharabienes* de las casas árabes, miradores con verjillas desde los cuales las mujeres siguen discretamente la vida callejera sin exponerse a las impertinentes miradas de los transeúntes. También se recuerda a Pompeya cuando se atraviesan estas callejuelas teniendo a cada lado casas de ladrillo a las que se accede por algunos peldaños de piedra. Por

lo demás, también las blancas columnas de la fachada del templo traen a la memoria las del santuario de Isis en la ciudad petrificada por el Vesubio.

¡Investigadores incansables y entusiastas! El dios Thot, cuya mirada alerta se posa propicia sobre los sabios y los escribas, sabrá apreciar dignamente vuestros esfuerzos y no os negará su ayuda. Egipto puede sentirse orgullosa de sus arqueólogos.

En el momento de enviar este original a la imprenta, todas las miradas de los egiptólogos se dirigen hacia Dashur.

Allí se levanta, adornada todavía con el primitivo revestimiento pétreo liso que antiguamente recubría todas las pirámides, la famosa pirámide truncada, la cual, según ha podido demostrarse recientemente, guardaba la tumba del rey Snofru.

Existe otra pirámide, de aspecto clásico ésta, que se yergue orgullosamente y sola en la inmensidad de la solitud del desierto. Tiene 213 metros de base por 100 de altura. También esta pirámide, conocida con el nombre de "pirámide roja", que con su templo funéreo sepultado en la arena promete muchas sorpresas, se atribuye al mismo Snofru.

Igualmente está dedicada a Snofru la imponente pirámide inacabada de Medun, cuyo aspecto, más que el de una verdadera pirámide es el de una torre escalonada.

¿Es posible que las tres pirámides fuesen construidas durante los 24 años que duró el reinado de Snofru? Cuesta creerlo, incluso tratándose de un rey de los albores de la IV dinastía, la más laboriosa y emprendedora del Antiguo Imperio. Y, sin embargo, debemos rendirnos a la evidencia, pues por lo que se ve tan arrolladura era la voluntad del gran Snofru, a cuyo hijo estaba reservada la construcción del monumento más gigantesco del mundo.

Parece mentira que hasta fecha muy reciente no hayan sido objeto de investigaciones serias los templos fúnebres de dichas tres pirámides de Dashur, y no sólo porque se hallan tan cerca de El Cairo, sino porque su estudio promete hacer mucha luz sobre los primeros capítulos de la historia de las construcciones egipcias de

piedra. No era dudosa la existencia de tales templos desde el momento que también los tienen las vecinas pirámides de Gizeh y Abusir.

Por fin se ha encontrado y despejado el primero de estos templos, el cual va descubriéndonos sus secretos día tras día. Y lo que es más.

por fin tenemos ya ante nosotros al poderoso Snofru del que hasta ahora no se poseía ningún retrato fidedigno. ¡Con qué expectación se esperaba el momento de conocer las verdaderas facciones del gran faraón fundador de la IV dinastía, iniciadora de las pirámides, la figura del cual compendia y domina toda una época!

El primero que logró contemplarlo fue el arqueólogo Dr. Achmed Fakhy en el curso de las metódicas investigaciones por él dirigidas, patrocinadas por la Administración Egipcia de Antigüedades.

Partiendo de la pirámide truncada y basándose en la estela descubierta el año 1947 por el Dr. Abd el Salam Husein, reconstituyó aquél el curso probable de la vía funeraria hasta un lugar donde aparecieron numerosos fragmentos arcaicos. Todo hacía creer que se había dado por fin con el emplazamiento del templo funerario en el lindero del valle, y allí se iniciaron las excavaciones el 16 de octubre de 1951. Al cabo de dos horas ya se tropezaba con las primeras piedras labradas. Las suposiciones habían resultado exactas.

Desde entonces se han descubierto, con los restos de los fundamentos, más de 1.200 fragmentos de bajorrelieves, entre los cuales se encuentran una serie de magníficas figuraciones de los antiguos dioses indígenas de Egipto. A medida que el azadón iba despejando aposento tras aposento, fueron saliendo a la luz restos de esculturas de gran belleza y de valor histórico incalculable, así como 15 estatuas de granito, y 2 cabezas espléndidas también de granito. Una estela de 6 metros de altura, con un texto muy interesante, representa al rey en tamaño natural sentado y tocado con la corona tradicional frente a la que se yergue amenazadora la serpiente sagrada, cuya existencia en una época tan remota no hubiéramos sospechado.

Otra obra plástica, en pleno relieve ésta, representa el torso

desnudo de Snofru, cuyo delantal retiene una preciosa hebilla en la que está grabado su nombre. La parte inferior del cuerpo se desprendió roto en pedazos, pero su reconstrucción no presentaría dificultades. Se halló también una gran columna cubierta de inscripciones, en la que se cita, con todos sus títulos, a un hijo de Snofru: Neterapheref.

No puede aquilatarse todavía la importancia y el significado que para la historia de la arquitectura de cantería tendrán las investigaciones que allí se están llevando a cabo actualmente. En todo caso es de esperar que esos primeros resultados estimulen a los egiptólogos a proseguir sin descanso la labor iniciada para que pronto se descorra definitivamente el velo que encubre aún el misterio de los santuarios de las pirámides, muchos de los cuales sepultados bajo las arenas del desierto, no han visto aún interrumpido su sueño milenario.

Como prodigioso monumento de los orígenes de nuestra civilización destaca Egipto de las páginas de la historia del mundo, y las raíces de su cultura, cuyas últimas manifestaciones se nos antojan tal vez de un orientalismo exótico, calan muy hondo hasta la prehistoria, mientras las cumbres se confunden con la aurora de nuestra propia civilización greco-romana.

Anima todas sus creaciones un destello del paraíso común a todos: la sorpresa creadora de Adán, y la complacencia de Dios ante la exuberancia del mundo salido de sus manos.

Pero Egipto no se contentó con admirar el fruto de su genio creador. Ideó, además, a un dios (Osiris) que sufrió, tuvo una muerte atroz y resucitó para luego juzgar el corazón de los muertos. En una época en que los pueblos asiáticos solamente imaginaban la vida futura como el lúgubre *scheol* poblado de sombras errantes, Egipto supo mostrar que la condición del alma en el otro mundo estaba subordinada al valor moral de la conducta de su cuerpo en éste, comportamiento que debía ser sometido a la aprobación suprema de Osiris. Varios mitos arcaicos, también de procedencia egipcia, se fundieron para finalmente dar forma a la tierna imagen de Isis, la divina madre que da el pecho al hijo de dios.

Desde los tiempos más remotos fue Egipto el país de las castas sacerdotales y de las alegorías sagradas. El báculo, el hisopo y la

triple corona eran insignias propias del faraón, lo mismo que el flabelo y el incienso.

Como si su misión precursora hubiera llegado a su fin natural con el advenimiento del Cristianismo, Egipto se eclipsó silenciosamente de la historia en los albores de nuestra era.

En las losas sepulcrales de las primitivas comunidades cristianas de Egipto se encuentra — como signo salutífero, acompañado de alpha y omega — la cruz ansada *ankh,* la misma que, como signo jeroglífico aparece tan a menudo en las esculturas dedicadas a los dioses con la significación de *vida.* Encuadrado en una capilla griega, se lee: "Yo soy la resurrección y la vida."

Una de las últimas voces que resonaron aún en el ámbito de las postrimerías de Egipto fue la de Hermes, el tres veces grande, quien así formuló sus lamentaciones apocalípticas:

"¡Oh Egipto, Egipto!... Tu religión ya no es sino una fábula en la que ni tus propios hijos creen. Solamente sobrevivirás en las palabras que, talladas en la piedra inmortal, hablarán de tus obras piadosas a la posteridad.

"El mundo dejará de ser pronto motivo de admiración y veneración para los hombres, los cuales en adelante preferirán las tinieblas a la luz, y la muerte a la vida.

"Se escinde dolorosamente la asociación de dios y los hombres. Sólo quedan los ángeles negros...

"Llegará un tiempo en que parecerá que los egipcios han perseverado en vano en el culto de sus dioses.

¿Se han realizado las profecías de Hermes Trismegisto?

No, y no creemos que llegue esta era que con tan sombríos colores pinta mientras el Occidente no olvide su deuda para con los precursores de nuestra civilización.

Y por los siglos de los siglos Egipto perdurará en la memoria humana como sus monumentos inmortales.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS NOMBRES QUE FIGURAN EN EL MAPA ADJUNTO

Abu Roash, 2
Abidos, 6
Abusir, 3
Ajmim, 6
Alejandría, 1
Amarna, 5
Asuán, 8
Bahariya, oasis de, 4
Bahr Jusuf, 3-5
Beni-Hasan, 5
Bershe, 5
Canal de Suez, 1-2
Catarata, primera, 8
Chocha, el, 7
Dashur, 3
Delta, 1, 2
Der el Medina, 7
Dira Abu'n Naga, 7
El Amarna, 5
El Cairo, 2, 3
El Chocha, 7
Fayum, 3
Gizeh, 3
Golfo de Suez, 3-4
Heliópolis, 2
Heracleópolis, 3
Hermópolis, 5
Hieracónpolis, 7
Jarga, oasís de, 7
Karnak, 7
Kom el Ahmar, 7
Kom Ombo, 8
Kurnet Murai, 7
Lisht, 3
Luxor, 7
Mar Mediterráneo, 1
Medun, 3
Menfis, 3
Mer, 3
Nakada (Negada), 7
Necrópolis de las Pirám., 2-3
Oasis de Bahariya, 4
Oasis de Jarga, 7
Port-Said, 1
Sais, 2
Sakara, 3
Schech Abd el Kurna, 7
Siut, 5
Suez, Canal de, 1-2
Tanis, 2
Tebas, 7
Tumbas de reyes (Tebas) , 7
Tumbas de reinas (Tebas) , 7

MAR MEDITERRÁNEO
DELTA
Alejandría
Port Saïd
Saïs
Tanis
Canal de Suez
LIBIA
Heliópolis
El Cairo
Menfis
PENINSULA DE SINAI
Pirámides y Necrópolis de
Abu Roash
Giteh
Abusir
Sakara
Dashur
Lisht
Medun
Fayum
Heracleópolis
Golfo de Suez
Oasis de Bahariya
Bahr Yusuf
DESIERTO
ARÁBIGO
Beni-Hasan
Hermópolis
Bershe
El Amarna
Mer
Siut
Mar Rojo
Ajmim
Abidos
Grupos de tumbas de
Dira Abu'n Naga
Schech Abd el Kurna
El Chocha
Der el Medina
Kurnet Murai
Tumbas de reyes
Necrópolis
Tumbas de reinas
Nakada
Karnak
Luxor
Tebas
Oasis de Farga
Kom el ahmar
(Hieracompolis)
Kom Ombo
Asuan
Primera Catarata

DIVINIDADES Y ANIMALES SAGRADOS DEL ANTIGUO EGIPTO

Lista de los nombres que aparecen con más frecuencia en monumentos y publicaciones.

AMÓN (griego: Ammon). Dios supremo de la teogonía de Tebas. Identificado como *Amón-Ra* con el dios solar. Símbolo de la energía divina, se confunde, sucesivamente, con otros dioses que no son sino el mismo bajo diferentes aspectos. Es el dios nacional durante la hegemonía mundial egipcia. Tiene forma humana en su manifestación itifálica; como *Amón-Kamutef* tiene la piel negra, y como señor del cielo la tiene azul. Esposo de *Mut* y padre de *Khonsu.* Animales sagrados: el carnero y el ganso.

AMSET (cabeza humana) con *Hapi* (cabeza de cinocéfalo), *Duamutef* (cabeza de perro) y *Kebehsenuf* (cabeza de halcón), son los cuatro genios funerarios de la mitología egipcia, hijos de *Osiris,* que preservan del hambre y de la sed a los muertos. Por eso se confiaban a su protección las vísceras las cuales se depositaban, al lado de los sarcófagos, en los vasos canopos, en cuyas tapas se esculpían las cuatro cabezas.

ANUBIS. Dios tutelar de varios nomos del Alto Egipto. Protector de los montes, las tumbas, los embalsamamientos y las momias. Era el acusador de las almas que comparecían en juicio final ante *Osiris.*

Representado con cuerpo de hombre y *cabeza* de chacal era el guardián de las momias y se le consideraba como hermano de *Osiris.* Animal sagrado: el perro (no debemos imaginárnoslo como chacal, sino como animal doméstico, puesto que lleva siempre collar).

ANUKÉ (Anulet) (griego *Anukis).* El fuego celeste. Diosa de la región de la primera catarata.

APIS. Toro sagrado, consagrado a Ptah. Era reverenciado en todo el país pero su templo radicaba en Menfis. En la escritura jeroglífica el toro expresa el *fecundador.* La duración de su vida solía ser de veinticinco años. Cuando excedía de esta edad era conducido al borde del Nilo y era muerto con las solemnidades prescritas. El color de Apis debía ser negro, con una mancha triangular blanca sobre la frente, la figura de un buitre o de un águila con las alas

desplegadas sobre las espaldas y el escarabajo en la lengua; los pelos de la cola debían ser negros.

ATÓN. El disco solar divinizado, al que Amenofis IV - Ecnaton empezó erigiendo un templo, para consagrarlo luego como dios único, creador y sustentador de todas las cosas.

ATUM. Dios primitivo de Heliópolis. En el culto de *Ra* es el Sol poniente, dios de la penitencia. Se representa con cabeza humana y lleva la doble corona de Egipto. Sus atributos eran: el león y la serpiente.

BASTET. Diosa de Bubastis, en cuyo honor se celebraban grandes fiestas populares. Se le representaba en cuerpo de mujer, pero con cabeza de gata y no siempre puede diferenciarse de ciertas diosas-leonas. Representa el calor bienhechor del sol. Animal sagrado: el gato.

BENBEN. La piedra erecta sagrada por excelencia, en forma de obelisco, en el recinto del santuario de Heliópolis, sobre la que, según la tradición, el sol apareció por primera vez.

BES. Dios de procedencia extranjera (tal vez de Fenicia o de Nubia) representado por un monstruo enano, protector de las alcobas conyugales; forma parte del mito familiar de *Osiris* y fue muy popular a partir del Imperio Nuevo. Estaba identificado con Seth y era el espíritu del mal.

BUTO (UTO). Diosa de la ciudad de Buto y protectora del Bajo Egipto. Una de las ocho divinidades de primer orden. Se la representa a veces con *cabeza* de león. Atributos: la serpiente, el icneumón y la musaraña.

DUAMUTEF. Véase *Amset.*

KHEPRI (Kheperer). El escarabajo pelotero sagrado, como manifestación del dios Sol.

KHNUM (griego *Chnuphis). Padre* de los demás dioses y creador de los hombres en diferentes comarcas del Alto Egipto y en la región de las cataratas. Se representa con cuerpo de hombre y *cabeza* de macho cabrío.

KHONSU. El juvenil dios-luna de Tebas, hijo de *Amón y* de *Mut.* Se representa con cuerpo de hombre, con el pelo suelto y el cetro. Atributo: el halcón.

GEB. Dios-tierra. padre de *Osiris* y esposo de *Nut,* la diosa del cielo.

GEMEHSU. Dios-halcón, representado en cuclillas sobre unas angarillas como ofrenda funeraria.

HAPI. Véase *Amset.* Hijo de *Osiris.* Genio funerario, nombre también del Nilo y del dios-Nilo.

HARAKHTI. Manifestación especial del *dios-sol Horus,* identificado también con *Ra-Harakhti,* díos-sol de Heliópolis. Atributo: el halcón.

HATHOR (= *Morada de Horus). Llamada* también "El oro" o "La dorada", diosa del cielo y al propio tiempo diosa del amor y de la alegría. Divinidad tebana de los vivos que ella alimentó con su seno fecundo y de los muertos a los cuales ofrece el pan y el agua salidos de nuestro mundo. Se representa en cuerpo de mujer con cuernos de vaca, y también con *cabeza de vaca,* o incluso en forma de la vaca — que le está consagrada — símbolo de la maternidad y de la lactancia. Madre del sol renaciente, recibía el nombre de *Señora de Occidente.* Se confunde muchas veces con *Isis, y* los griegos la identificaron con *Afrodita.* Se venera principalmente en Dendera.

HORUS. Comúnmente adorado como dios-Sol, que en un principio personificó el cielo o la bóveda celeste y luego el sol. Divinidad local de Edfú, donde se le representaba en forma de disco solar alado. En el mito de *Osiris pasa* por ser hijo de éste y de *Isis*, y también como hijo de *Ra* y hermano de *Seth.* Posteriormente se le conocía bajo formas diversas, tales como: *Har-netjotf (Harendotes) = Horus,* el que protege a su padre; *Harpokrates* = el niño *Horus; Harsemtaui* = Horus, el unificador de las Dos-Tierras y *Harsiesis* = Horus, hijo de Isis, etc. Con *Isis* y *Osiris* forma la más perfecta tríada de la religión egipcia. Emprendió la guerra contra Seth para arrancarle el imperio del mundo. Logró vengar a su padre venciendo a su asesino. Atributo: el halcón.

IHI. Dios de la música, hijo de *Hathor.* Se representa en forma humana, radiante de juventud y con el sistro.

IMHOTEP. Primer ministro del rey *Djoser* (III dinastía), arquitecto, sacerdote y médico, elevado a la categoría de dios y asimilado por los griegos a Esculapio. Lo representaban sentado, desenrollando sobre sus rodillas un volumen de papiro, la cabeza cubierta con un gorro ajustado, el cuerpo ceñido por una túnica, y calzado con sandalias.

ISIS. Esposa y hermana de *Osiris y* madre de *Horus,* con los que forma la tríada más célebre de la religión egipcia. Sobre todo en la Época tardía fue objeto de gran veneración como diosa del amor, generalmente identificada con la mayor parte de las diosas madres.

KANUTEF (== El toro de su madre). Dios tebano de la fecundidad, itifálico en figura humana, que se distingue por su casquete con dos grandes plumas estilizadas. Generalmente equiparado a *Amón.*

KEBEHSENUF. Véase *Amset.*

MAAT. Divinidad egipcia — hija del Sol — esposa de *Thot,* y una de las más importantes del panteón. Su nombre equivalía a la justicia, a la verdad y a la ley. El símbolo de *Maat* era una pluma. Esa pluma que el día del juicio puede hacer que uno de los platillos de la balanza se incline.

MENKERET. Diosa del averno, representada en la tumba de Tutankamon.

MENTU *(Montu).* Rey de la guerra de Tebas, Medamut y Hermontis, al que se representa sentado en figura de grifo o con cabeza de halcón.

MIN. Dios-desierto, protector de las cosechas, de los caminos y de los que viajan por el desierto; divinidad local de Ajmim-Panópolis y Coptos. Como Kamutef, durante el Imperio Nuevo fue reiteradamente equiparado al dios *Amón,* y como éste lleva el gorro de altas plumas. Se le representa casi siempre bajo forma humana momificada e itifálica. Con la mano derecha levanta unos zorros, mientras con la izquierda sostiene el falo.

MNEVIS. Toro blanco sagrado del Sol, que en Heliópolis personificaba una encarnación del dios Ra, a la manera que *Apis,* en Menfis,

personificaba una encarnación de *Ptah.*

MUT. = *la madre,* esposa de *Amón* de Tebas y madre de *Khonsu.* Atributo: el buitre.

NECHBET (NECHBEJET) . Diosa de Elkab, deidad tutelar del Alto Egipto. Atributo: el buitre.

NEFERTEM. Dios de Loto, hijo de *Ptah* de Menfis y de *Sekhmet.*

NEIT (NIT). Divinidad tutelar de Sais (cuya fundación le era atribuida), de Esna y de otros lugares. Junto a *Isis, Neftis* y *Selk* figuraba en las tapas de los sarcófagos. La oveja era su emblema.

NEFTIS. Originariamente diosa de los muertos, venerada como hermana de *Osiris,* de *Isis y* de *Seth.* Este último era también su esposo. Tuvo con *Osiris* un comercio incestuoso del que nació *Anubis.*

NUT. Divinidad que en la mitología egipcia representaba el cielo (la bóveda celeste) y sostenía con sus robustos brazos los astros que lo poblaban. Se la representa inclinada sobre su esposo *Geb,* dios-tierra, y también extendida sobre los difuntos en el interior de los sarcófagos. Atributo: el sicómoro *(Ficus Sycomorus).*

OSIRIS. En un principio venerado en Busiris como dios que enseñó a los hombres la agricultura; identificado primero con otro dios *Anetjti,* pronto lo fue también con el dios de los muertos de Abidos — "El señor de Occidente" — y en general era adorado como señor de ultratumba y dios del bien y de las almas. Con su esposa *Isis,* su hijo *Horus,* su hermana *Neftis* y otras divinidades forma un círculo familiar característico dentro del mito de Osiris. Tiene figura humana, lleva las insignias reales y su corona peculiar, conocida por corona *atef,* con las plumas de avestruz de *Maat* a los dos lados. Su símbolo es el *zed.*

PTAH. Uno de los grandes dioses egipcios, patrón de las artes y personificación del fuego y el calor. Adorado especialmente en Menfis, donde era considerado como el ser creador y supremo. Se le representa en forma humana y a menudo ante una escalera. Forma una tríada con la diosa de la guerra *Sekhmet* (de *cabeza* de león) y *Nefertem,* apareciendo también en la manifestación de *Tatenem.*

Animal sagrado: el toro Apis.

RA. Personificación del Sol y nombre de este astro entre los egipcios, los cuales representaban a este demiurgo bajo la figura de un hombre con el disco solar sobre su cabeza de halcón. En Heliópolis empezó por equiparársele con Harakhti. En sus correrías nocturnas por el averno aparece con *cabeza* de macho cabrío.

RENENUTET. Dios de las cosechas, generalmente se le representa en forma de serpiente, o como mujer con *cabeza* de serpiente, dando de mamar a un niño. Su misión era la defensa de los muertos ante el tribunal divino. Se le dedicaron capillas y altares en las alquerías y en los viñedos.

SAFEKTHT. Diosa de la escritura.

SEKHMET. Diosa de la guerra de Menfis, se la representa con *cabeza* de león, coronada generalmente con el disco solar. Esposa de *Ptah* y madre de *Nefertem.* Durante algún tiempo se la equiparó en Tebas con *Mut.*

SEBEK. Dios con *cabeza* de cocodrilo y cuerpo humano, venerado sobre todo en Fayum y en Ombos durante la XII dinastía y la Época Tardía. El *Laberinto* se construyó en su honor por Amenofis III, y en él se reservó un lugar especial en el que eran enterrados los cocodrilos sagrados.

SELK. Divinidad protectora que se representa con un escorpión sobre la *cabeza.* Véase *Neit.*

SETH. Dios de Avaris (Sutekh), Tanis y Ombos, hermano de *Osiris,* a quien asesinó. Como dios tutelar del Bajo Egipto se le considera hermano de *Horus.* Según la mitología egipcia, le fue asignada la "tierra roja", o sea el desierto, y a *Osiris* la "tierra negra", o sea la tierra fértil del Valle del Nilo. Se le representa en forma humana, pero con la cabeza de su animal sagrado, de hocico largo y orejas derechas y puntiagudas, en el que se ha querido ver, entre otros, un asno, un jabalí, una jirafa o un okapi. Por una parte adorado a veces como divinidad del país, y por otra, acusado de haber asesinado a *Osiris,* fue arrojado del panteón egipcio; desempeña *Seth* en la religión egipcia un papel discordante.

SHU. "El vacío aéreo" dios del aire de Leontópolis. Portador de la bóveda celeste (*Nut*). Animal sagrado: el león.

SOKER (SOKARIS). Un dios de los muertos, con cabeza de halcón, adorado sobre todo en la región de la gran necrópolis de Menfis.

SOPDU. Dios del desierto oriental, posteriormente divinidad con cabeza del halcón, representado en cuclillas sobre unas angarillas, y como tal es semejante al dios-halcón *Gemehsu.*

TEFNUT (TEFNET). Diosa del vacío y de la humedad, hermana y esposa del dios del aire *Shu,* adorada también con éste como leona.

THOT. Dios tutelar de la ciudad de Hermópolis. Divinidad que parece provenir de la confusión de dos deidades lunares: un dios ibis y un dios cinocéfalo. Era adorado en todo Egipto como dios-luna, señor de las letras y de las ciencias y de la sabiduría, portavoz y archivero de los dioses. Los griegos lo identificaron con Hermes. Se le representa en figura de hombre con la cabeza de ibis que a veces lleva sobre ella el disco lunar. Animales sagrados: el ibis y el cinocéfalo.

TOERIS *(Taurt-Epet, Epet).* Divinidad originaria de Tebas, donde era muy popular, protectora de los nacimientos, representada a veces en figura de hipopótamo preñada y a menudo con formas híbridas pertenecientes a diversos animales.

UPAUT *(Wep-Wawet).* Protector de la ciudad de Asiut y dios de los difuntos, a los que introduce en el averno. Animal sagrado: el lobo.

WEN-NOFRE = (Bello ser, en griego *Onnophris,* que todavía perdura en el nombre de *Onofrio)* sobrenombre de *Osiris.* Entre otros nombres se le da también los de "el dios con el corazón que no late" o "el dios que ama el silencio".

WERT-HEKEW. Diosa con cabeza de leona que se supone casó con *Ra-Harakhti.*

TABLA CRONOLÓGICA DE LA HISTORIA DE EGIPTO

Según se desprende de los estudios realizados por A. Charff y A. Moortgat

La cronología egipcia se basa en la duración de los reinados de los reyes (faraones) o dinastías, y éstas pueden resumirse en unas 30, si es que realmente sus inicios se remontan aproximadamente al año 2850 antes de J. C. Solamente se mencionan los nombres de los reyes más importantes.

PREHISTORIA . . . hasta aproximadamente 2850 antes de J. C. Conocemos los períodos más remotos de la prehistoria egipcia casi exclusivamente por sus construcciones de piedra, y los posteriores por los restos de los poblados y de las necrópolis pertenecientes a varias culturas en parte simultáneas.

IMPERIO ANTIGUO
(I-VIII Dinastía) aproximadamente 2850-2190

a) *Época Arcaica* (I-II Dinastía) aproximadamente 2850-2650

Después de un largo período de luchas de desconocida duración, "Las Dos-Tierras", o sea: el bajo Egipto (la región del Delta) y el Alto Egipto (la falla longitudinal desde el sur de Menfis hasta las cataratas) se reunieron bajo una misma corona. Robustecimiento del poder real. Se establecen las bases de la administración faraónica y aparecen las formas sociales y artísticas egipcias propiamente dichas. Tumbas reales de Abisos y en parte también (¿cenotafios?) en Menfis.

(Asia Anterior: período de Djem-det-Nasr).

I Dinastía: aproximadamente 2850-2750 *Menes/Narmer; Atotis; Kenkenes (Zer) ; Uenephes (Zet) ; Usapais (Wedimu), Miebis (Anez-jeb, Anzib); Semempses (Semerkhet), Bieneches (Kaj-a).*

II Dinastía: aproximadamente 2750-2650 *Hetepsekhemui; Nebre; Neterimu-Neterem (Binothris); Peribsen; Sendi (Sethenes); Khasekhem; Khasekhmui.*

b) *Época de las pirámides*

(III-VIII Dinastías) aproximadamente 2650-2190

III Dinastía aproximadamente 2650-2600
Djoser; Hu (Huni). Traslado del centro político a la región de Menfis. Introducción del calendario; grandes progresos en las artes líticas. (Erección de la tumba de gradas del rey Djoser con las correspondientes construcciones de las residencias de Menfis).

IV Dinastía aproximadamente 2600-2480
Snofru, Keops, Dedefre, Kefrén, Micerino, Shepseskaf. Unión de todas las fuerzas del país bajo el poder del estado gobernado por el dios-rey. Construcción de las grandes pirámides con sus templos anexos y tumbas. (Asia Anterior: Primera época de Ur).

V Dinastía
Userkaf; Sahure; Neferkere; Neu-serre; Menkauhor; Unas. El culto de Ra, dios solar de Helió-polis, religión del estado. Pirámides y santuarios al dios Sol entre Gizeh y Menfis. Aumenta considerablemente la influencia de los grandes sacerdotes y de los altos funcionarios. Florecen las artes plásticas.

VI Dinastía aproximadamente 2350-2230
Teti (Othoes); Phiops (Pepi) I; *Mernerá; Phiops* II. Adquiere cada día más importancia el poder de los príncipes feudales, cuyas rivalidades acarrean la ruina de la dinastía.

(Asía anterior: época de Acad.)

VII-VIII Dinastías aproximadamente 2230-2190

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO (de Heracleópolis).

IX-X Dinastías
aproximadamente 2190-2052 Completamente paralizado el poder real, las revueltas y los levantamientos regionales aumentan en importancia, logrando constituir una monarquía autónoma los príncipes de Heracleópolis, al propio tiempo que se produce en todo el

país una transformación social radical. Carencia casi absoluta de monumentos arqueológicos, pero florecimiento local de las artes, sobre todo de la literatura, en la corte de Heracleópolis. (Lamentaciones sobre la gravedad de la situación actual y especulaciones sobre el valor y el significado de la vida).

IMPERIO MEDIO (XI y XII Dinastías) alrededor 2052-1778

XI Dinastía
alrededor 2052-1991 *Antefa (Inhotef)* I-IV; *Mentu-hotep.*

Preponderancia de los príncipes tebanos en las disputas con la poderosa casa real de Heracleópolis. *Mentuhotep III,* que reinó unos 46 años, logró mantener un gobierno estable y fuerte en todos los ámbitos del país. Su templo funerario de Der-el-Bahri marca el inicio de un nuevo esplendor en las construcciones líticas.

(Asia Anterior: Gudea, Ensi de Lagash).

XII Dinastía alrededor 1991-1778
Amenemhet I; Sesostris I; Amene-mhet II; Sesostris II, Sesostris III; Amenemhet III; Amenemhet IV; la reina *Sebeknefrure.* Estos reyes suprimen la anarquía que desoía el país, marcando los límites de cada *nomo* o provincia, y la paz favorece el nuevo florecimiento de la cultura. La literatura y las artes plásticas reflejan las preocupaciones de la época. En todas partes aparece el recuerdo de la revolución y sus horrores consiguientes, tema inagotable para la reflexión y la crítica. Dinastía que marca los tiempos clásicos del antiguo Egipto, evolucionando las artes hacia un mayor realismo que el demostrado durante el Imperio Antiguo. Se traslada la corte a Fayum; se levantan entre Fayum y Menfis, a orillas del desierto, las pirámides reales.

(Asia Anterior: Hamurabi de Babilonia 1728-1686).

SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO

XIII y XIV Dinastías 1778-1670
Muchísimos reyes que reinaron poco tiempo. Entre ellos varios que llevaron los nombres de *Sebekho-tep* y *Neferhotep.* Declina nuevamente el poder real. Luchas de los usurpadores por el poder. Finalmente decadencia del estado como consecuencia de las intrigas palaciegas.

DOMINACIÓN DE LOS HICSOS (XV y XVI Dinastías)
aproximadamente 1670-1570

Invasión de los hicsos procedentes de Asia. Los principales "reyes pastores" *(Apofis, Khian)* gobiernan el Valle del Nilo desde su residencia en el Delta. (Hicsos = soberanos de países extranjeros). Los príncipes tebanos continúan reinando — primeramente como vasallos de los conquistadores —, al igual que otros reyezuelos.

XVII Dinastía aproximadamente 1610-1570
Sekenen-ra I - III; Kamosis; Amasis.

Bajo los últimos soberanos de esta dinastía de Tebas empieza la guerra de liberación, que se termina con la expulsión de los hicsos.

IMPERIO NUEVO (XVIII-XXIV Dinastías) aproximadamente 1570 - 715

XVIII Dinastía aproximadamente 1570-1345
1.ª fase (aproximadamente 1570-1448).
Amasis 1570-1545
Amenofis I 1545-1524
Tutmosis I y *II* 1524 hasta alrededor de 1502
Reina Hatsepsut 1501-1480
Tutmosis III 1502-1448
(Batalla de Megido 1480)

Gloriosa dinastía nacional, guerrera, fuerte y emprendedora, con ejército permanente. Tebas se convierte en una gran urbe y en capital del país. Amón, identificado con Ra, es el dios del Imperio. *Tutmosis I* conquista Palestina, Siria y Nubia hasta el Sudán. Bajo la reina Hatsepsut, que gobierna como faraona autócrata, y su canciller *Senenmut,* se inicia una época de paz y de prosperidad, durante la cual se construyen grandes edificios, tales como el templo de Der-el-Bahri, y se emprende una importante expedición a Punt, "País del incienso" (Somalilandia). En 1480, libre ya de la

tutela de su esposa, empieza a reinar solo *Tutmosis III,* al que se considera como el más glorioso entre los monarcas egipcios. Derrota de la coalición de ciudades rivales. Colonización intensa de las provincias asiáticas y núbicas, las cuales se convierten en bastiones avanzados que aseguran la integridad del territorio egipcio. Victoriosas expediciones guerreras con riquísimos botines, que repercuten sensiblemente en la cultura.

2.ª fase (1448-1377)
Amenofis II 1448-1422
Tutmosis IV 1422-1413
Amenofis III 1413-1377

La evidente prosperidad que reina en el país influye de modo decisivo en las formas artísticas, que se depuran, perfeccionándose asimismo las formas exteriores de la vida social. Grandiosas construcciones y monumentos en las regiones de Tebas y Nubia Inferior. Templo de Luxor y colosos de Memnón.

3.ª fase (1377-1345)
Amenofis IV - Ecnatón ("Época de Amarna") 1377-1358
Tutankhamon 1358-1349
Eje 1349-1345

Aparición de una nueva tendencia espiritual y artística definida y fomentada por el rey. Establecimiento de un culto a un dios todopoderoso y único: el disco solar (Atón), rompiendo hasta tal punto con la religión tradicional, que no pudiendo soportar las pretensiones de los sacerdotes de Amón-Ra, *Ecnatón* abandona Tebas, eligiendo nueva residencia en Akhet-Atón, cerca de la actual Amarna. Después del fallecimiento de *Ecnatón,* su yerno *Tutankamon* vuelve al culto de las antiguas divinidades egipcias y traslada de nuevo la corte a Tebas. (Asia Anterior: Esplendor del reino de Mitani. Fortalecimiento creciente del imperio Hitita. Prospera la influencia de Asur).

XIX Dinastía 1345-1200
Haremheb 1345-1318
Ramsés I 1318-1317
Setos (Seti) I 1317-1301
Ramsés II 1301-1234
(Batalla de Kades 1296)

Menertah 1234-1220
Setos II y luego intrigas por el poder 1220-1200

Restauración completa de los antiguos cultos y templos. Drásticas reformas y depuración de la administración durante el reinado del general *Haremheb* primer faraón de la dinastía. Reconquista parcial de los territorios perdidos en Asia. Bajo *Ramsés II* el Grande, como anteriormente bajo su enérgico padre *Setos I,* guerras contra los Hititas, con el resultado que ambos contendientes acaban por hacer tablas, concertándose un pacto de no agresión que asegura durante muchos años la paz y la estabilidad política en el Próximo Oriente. Extraordinaria actividad constructora en todo el país. Aumenta la influencia asiática. En el último tercio del siglo XIII acaecen considerables migraciones en la cuenca del Mediterránea. "Los pueblos del Mar" amenazan a Egipto desde el Norte. A pesar de las victorias de *Meneptah,* no se consigue detener las infiltraciones de los libios en el Delta del Nilo.

XX Dinastía 1220-1085
Set-nekht 1200-1197
Ramsés *III* 1197-1165
Ramsés IV-XI 1165-1085

Ramsés III combate victoriosamente, por mar y por tierra, contra los ejércitos de los pueblos mediterráneos llamados "Pueblos del Mar". Construcción del gran templo de Medinet-Habú. Relieves de gran valor artístico. Durante el reinado de los otros *rameseidas* va disminuyendo el poder real manejado por los sacerdotes de Amón.

(Asia Anterior: Teglat-Falasar I de Asur 1112-1074).

XXI Dinastía 1085-950
Gobiernan los sacerdotes de Amón: *Hrihor; Smendes; Psusennes I; Painozem I; Amenemepet; Sia-mon; Psusennes II.* División del país: Tebas y Tanis.

XXII Dinastía 950-745
Shoshenk (Sesac) I-IV; Osorkon I y II; Takelotis I y II, entre otros. Ciñen la corona caudillos de ejércitos mercenarios líbicos. *Shoshenk I (Sesac),* que sienta sus reales en Bubastis, se apodera de Jerusalem (926). Tebas declina. Tumbas reales en Tanis.

(Asia Anterior: Entre 1000 y 950 David y Salomón; hacia 930 Roboam).

XXIII Dinastía 745-720
Petobastis; Osorkon III; Takelotis III.

(Asia Anterior: Teglat-Falasar III de Asur 745-727; Sargon II 721-705).

XXIV Dinastía aproximadamente 720-715
Bockoris de Sais

ÉPOCA TARDÍA 715-332
Reino independiente en Nubia (Etiopía), capital Napata, fundada por el rey *Kashta* hacia el año 750. Incursión del rey etíope *Piankhi* contra Egipto hacia el año 725.

XXV Dinastía 715-663
Monarcas etíopes: *Shabaka; Sha-bataka; Taharka (Tirhaka)* Retorno a las antiguas tradiciones. Invasión asiria capitaneada por Asarhadon (680 hasta 669), alrededor del año 670.

XXVI Dinastía 663-525
Saítas: *Psametico I-III; Neco; Apries; Amasis.*

Restablecimiento metódico del antiguo esplendor cultural. Florecimiento de la artesanía y renacimiento de las artes. Activo comercio con los grandes pueblos del Mediterráneo, particularmente con los griegos. Residencia: Sais, en el Delta.

(Asia Anterior: Asurbanipal 668-626).
Nabu-Kudurri-Usur II - Nabucodonosor de Babilonia 604-562) Batalla de Pelusio; conquista de Egipto por el rey persa *Cambises,* hijo de Ciro I. 525.

XXVII Dinastía 525-332
Reyes persas, siendo el más importante *Darío I* 521-486

GOBIERNOS LOCALES EGIPCIOS

XXVIII-XXX Dinastías
XXVIII Dinastía 404-439
Amirteo de Sais

XXIX Dinastía 398-379
Reyes de Mendes.

XXX Dinastía 378-341
Reyes de Sebenytos: entre otros: *Nectanebo* y *Nectanebe.*

Aun cuando Egipto se haya convertido en una provincia persa, de 404 a 341 consiguen mantenerse algunos reyes indígenas *(Nectanebo* y *Nectanebe)* que representan el patrotismo autóctono. Florecimiento tardío de las artes, Heródoto visita Egipto y escribe la relación de su viaje.

ALEJANDRO MAGNO
conquista Egipto..... 332

PTOLOMEO
Sátrapa de Egipto . . . 322-305
Rey..... 305-284

ÉPOCA PTOLOMAICA ... 305-30
Julio César ocupa Alejandría... 48
Octavio derrota en Actium a Marco Antonio y Cleopatra... 31

ÉPOCA ROMANA
Emperadores romanos . . . desde 30 antes de J. C. hasta 395 d. J. C.

DOMINACIÓN BIZANTINA
395-638 d. J. C.

DOMINACIÓN ÁRABE
a partir de 638 d. J. C.

BIBLIOGRAFÍA

GENERALIDADES

HISTORIA. *Historia de Egipto.*

Breasted, J. H.: Traducción alemana de Hermann Ranke, 1911; 1926.

Junker, Harmann: Die Agypter (en: Die Vólker des antiken Orients; Geschichte der führenden Vólker, tomo III). Friburgo, 1933.

Meyer, Eduard: Geschichte des Altertums. Tomos I, II 1, II 2, III. Berlín.

Scharff, Alexander, und Moortgat, Antón: Agypten und Vorderasien im Altertum (= Weltgeschichte in Einzeldarstellungen). Munich, 1950.

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN.

Erman, Adolf, y Ranke, Hermann: Agypten und ágyptischen Leben im Altertum. Tubinga, 1923.

Erman, Adolf: Die Welt am Nil. Leipzig, 1936.

Kees, Hermann: Agypten (Kulturgeschichte des Alten Orients). Munich, 1933,

RELIGIÓN.

Erman, Adolf: Die Religión der Agypter. Berlín y Leipzig. 1934.

Junker, Hermann: Pyramidenzeit. Das Wesen der altágyptischen Religión. Zurich y Colonia, 1949.

Kees, Hermann: Agypten (Religionsgeschichtliches Lesebuch 10). Tubinga, 1928.

Roeder, Günther: Volksglaube im Pharaonenreich. Stuttgart, 1952.

Wiedemann, Alfred: Die Amulette der alten Agypter. Leipzig, 1910.

Wiedemann, Alfred: Der Tierkult der alten Agypter. Leipzig, 1912.

HISTORIA DEL ARTE.

Curtius, Luwig: Agypten und Vorderasien (Die Antike Kunst I: Handbuch der Kunstwissenschaft). Berlín-Neubabelsberg, 1923.

Fechheimer, Hedwig: Die Plastik der Agypter. Berlín, 1923.

Scháfer, Heins.: Die Kunst Agyptens (Propyláen-Kunstgeschichte. tomo II, tercera edición). Berlín.

Scháfer, Heinrich: Von ágyptischer Kunst. 3.ª edición. Leipzig, 1930.

LITERATURA.

Erman, Adolf: Die Literatur der Agypter, Leipzig, 1923.

Schott, Siegfried: Altágyptische Liebeslieder. Mit Marchen und Liebes-geschichten. Zurich, 1950.

SOBRE LAS RESPECTIVAS ÉPOCAS

ÉPOCA ARCAICA.

Pfeiffer, L.: Die Werkzeuge des Steinzeitmenschen. Jena, 1920.

Reck, Hans: Oldoway, die Schlucht des Urmenschen. Leipzig, 1933.

Scharff, Alexander: Áltertümer der Vor- und Frühzeit. I, II. Berlín, 1931. Scharff, Alexandre: Gundzüge der ágyptischen Vorgeschichte. Leipzig, 1927.

Schuchhardt, Carl: Alteuropa. Berlín, 1944. Schuster, Erich: Die Altsteinzeit. Weimar, 1925.

IMPERIO ANTIGUO.

Junker, Hermann: Gizeh I y siguientes. Memorias de la Academia Vienesa de Ciencias. Hasta 1950 se publicaron 9 tomos. Viena, 1929.

Sethe, Kurt: Ubersetzungen und Kommentar zu den altágyptischen Pyramidentexten. Tomo I al IV. Glückstadt.

IMPERIO MEDIO.

Evers, Hans Gerhard: Staat aus dem Stein. I, II. Munich, 1929. Winlock, H. E.: The rise and fall of the Middle Kingdom in Thebes. Nueva York, 1947.

IMPERIO NUEVO.

Blackman, A. M.—Roeder, Günther: Das hunderttorige Theben. Leipzig, 1926.

Cárter, Howard, y Mace, A. C.: Tut-ench-Amun. Leipzig, 1926-27-34.

Kornemann, Ernst: Grobe Frauen des Altertums (Capítulo Hatsepsu). *Leipzig,* 1942.

Smith, Elliot: The royal Mummies (Catalogue General du Musée du Caire).

Steindorff, Georg: Die Blütezeit des Pharaonenreichs. Bielefeld y Leipzig, 1926.

Wegner, Max: Stilentwickelung der thebanischen Beamtengráber (= Comunicaciones del Instituto Egíptológico Alemán, El Cairo IV). 1933.

ÉPOCAS GRIEGA Y ROMANA.

Arrians Werke *(*= Biblioteca clásica Langenscheidt 27). Berlín-Schöneberg.

Curtius Rufus: Von den Taten Alexanders des Groben (= Biblioteca clásica Langenscheidt 95). Berlín-Schóneberg.

Diodors Geschichtsbibliothek (= Biblioteca clásica Langenscheidt 29). Berlín-Schöneberg.

Droysen, Johann Gustav: Das Weltreich Alexanders des Groben. Berlín-Leipzig-Viena-Alten, 1934. Forrer, R.: Mein Besuch in El-Achmim. Reisebriefe aus Ägypten. Estrasburgo, 1895.

Möller, G.: Das Mumienporträt (== Cuadernos artísticos Wasmuth). Berlín.

Schubart, Wilhelm: Ein Jahrtausend am Nil. Briefe aus dem Altertum.

Berlín, 1923. Wörterbuch der Antike. Stuttgart, 1933.

EL PAÍS Y SUS HABITANTES, MONUMENTOS Y COSTUMBRES.

Baedekers Ägypten. Leipzig, 1928.

Flaubert, Gustave: Agypten. Potsdam, 1922.

Herodotos, die Geschichten des. Hrsg. v. O. Güthling. Leipzig.

Meier-Graefe, Julius: Pyramide und Tempel. Berlín, 1927.

ARTÍCULOS APARECIDOS EN DIARIOS Y REVISTAS.

Assabghy, Minou: Voyage au pays du dieu Thot (Progrés-Dímanche).

Hausmann, Manfred: Frühe gríechische Gedichte (Antike und Abendland, tomo II, pág. 179, v.) Niebelschütz, Ernst: Das Grab des Welteroberers (Dusseldorfer Nachrichten, 1. 1. 1944).

Weicker, Georg: Geheimnisse um das Grab Alexanders (Deutsche Allg. Zeitung).

Wolf, Walther: Neue Ausgrabungen in Ágypten (Atlantis, año IV, página 54 y siguientes).

DESCRIPCIÓN DE LAS FIGURAS

Tras las huellas del hombre primitivo

1, 2, HACHA DE MANO Y CUCHILLA RASPADORA
Sílex. Procedentes del Alto Egipto. Propiedad del autor. El hacha de mano (a la izquierda) que mide 13 cm de largo, pertenece al tipo chelense y es un representante típico del paleolítico tebano inferior. La cuchilla, de corte y dorso cuidadosamente afilados (a la derecha) mide también 13 cm y pertenecer a la primera cultura de Negada (del 5.° al 4.° milenio antes de J. C.). Los grabados ponen de manifiesto cómo se usaban estas herramientas. Esta cuchilla es un escalplo ideal para raspar pieles y escamar peces. Fotografía del autor.

3. RESTOS DE COMIDA HALLADOS, CERCA DE SAKARA, EN LA TUMBA DE UN CORTESANO DE LA II DINASTÍA
En una tumba intacta, descubierta por un arqueólogo inglés, Walter Emery, se encontró servida la comida completa para el inquilino de la tumba, al lado de su sarcófago de madera. Los alimentos, servidos en platos de alabastro y en fuentes de cerámica, estaban tan bien conservados, que fue posible su identificación. Se trataba de codornices, pichones, pescado, chuletas de vaca, legumbres, fruta y pastelería. Las fuentes de cerámica hacen suponer que algunos alimentos se servían calientes. Hay también hermosos tarros de piedra. Según una fotografía publicada en el *Times* el 10 de enero de 1939.

4. VASIJA DE PIEDRA CON ASAS
Breccia. Procedente del Alto Egipto. Munich. Colección particular. Estas vasijas eran el orgullo de la segunda cultura de Negada, poco antes de la época dinástica; se encuentran todavía en las tumbas reales más antiguas. La piedra es amarillo ocre claro y la capa superpuesta es de color canela oscuro. Fotografía del autor.

5. VASIJA DE BARRO PINTADO
Altura 24 cm. Alto Egipto. Museo de Berlín (20304) Prehistoria; segunda cultura de Negada. Esta vasija tiene revestimiento

pardusco con una capa de pintura castaño claro apagado. En la parte superior presenta lineas onduladas y triángulos. En la parte inferior un barco del Nilo con adornos en la proa, superestructuras e innumerables remos (¿o tal vez olas?). En el campo una figura estilizada de mujer con los brazos en alto, una vela (?), una ave zancuda y bestias esteparias. Fotografía del autor.

6. HIPOPÓTAMO
De alabastro (reproducido muy a menudo en madera petrificada) Longitud: 30 cm. Copenhague; Ny Carlsberg Glyptothek. Postrimerías de la prehistoria o principios de la época arcaica dinástica. Figuró primeramente en el museo Scheurleer, de La Haya, procedente de la colección v. Bissing. Por su originalidad arcaica y fuerza de expresión puede compararse con el acabado de la "Serpiente" del famoso halcón sobre las estelas sepulcrales de los reyes. Fotografía cedida por el museo.

7. PALETA EN FORMA DE PEZ DEL NILO PARA UNGÜENTOS
Alabastro. Museo de Berlín.
Se remonta seguramente a los albores de la época dinástica. En la segunda cultura de Negada ya era costumbre el dar forma de pez a esas paletas. Ha desaparecido el incruste o la pasta que llenaba el hueco de los ojos. El delicado dibujo flameado opalino de la piedra se utiliza para imitar las escamas. Fo -tografía Marburg.

Hablan las pirámides

8. CAMPO DE PIRÁMIDES DE GIZEH, CERCA DE EL CAIRO
De derecha a izquierda: Pirámides de Keops, Kefrén y Micerino; IV dinastía. Cerca de la pirámide de Micerino pequeña pirámide sepulcral de los miembros de su familia, así como al este de la pirámide de Keops. A la derecha: tierra de labor frente al Nilo, en dirección a El Cairo. Fotografía de Charlotte v. Wedel.

9. PIRÁMIDE DE GRADAS DE SAKARA, TUMBA DEL REY DJOSER
III Dinastía. Se compone de seis pisos superpuestos, siendo su altura actual 60 metros. Su base es rectangular, pero no cuadrada. Existen en el interior innumerables pasillos y cámaras, que en parte amenazan ruina, pero que no se remontan a la época de la construcción del monumento. En un principio la pirámide contenía solamente un pozo transversal provisto de rampas laterales y una

cámara sepulcral única. Esta pirámide es considerada como el monumento conocido de mayor antigüedad, no sólo en Egipto, sino del mundo.

10. EL REY DJOSER
Piedra *caliza,* pintada. Procedente de la cámara sepulcral de su pirámide de gradas de Sakara. Museo de El Cairo. III Dinastía. El soberano aparece en el trono con su manto de ceremonia. La falsa barba exageradamente larga; la toca y la pesada peluca característica, así como el sitial, tienen carácter arcaico. Causa gran impresión el rostro de esta estatua real, la más antigua que se conoce de tamaño natural, pues avanza los labios como si fuera a hablar. La nariz, la barba y la toca están deterioradas, y los saqueadores de tumbas arrancaron las piedras preciosas que formaban los ojos. Fotografía Marburg.

11. LA GRAN PIRÁMIDE DE KEOPS IV Dinastía. El revestimiento liso externo de esta pirámide, que mide 137 metros de altura por 230 de lado, levantada sobre una superficie básica de uno 50.000 metros cuadrados, se ha desprendido. Se calcula que se emplearon en la construcción de esta pirámide 2.521.000 m^3 de piedra, de los que todavía quedan unos 2.352,000. Los sillares de piedra *caliza* tienen, por lo menos, un metro de altura. Los pasillos y las cámaras interiores acusan tres métodos distintos de construcción. Un corredor ascendente termina en un vestíbulo que precede a una sala llamada *Cámara del Rey o Cámara funeraria, la cual* está situada a 42 metros de altura.
Por las dos galerías que partiendo en dirección Norte y Sur atraviesan la mole, podía errar el alma del difunto, según dan a entender los "Textos de las Pirámides" de las V y VI dinastías. Fotografía del autor.

12. BUSTO DEL PRÍNCIPE ANKH-HAF
De piedra caliza pintada. Tamaño natural. Procedente de la tumba del príncipe en Gízeh. IV Dinastía. Se trata de una estatua extraordinaria que no tiene igual en el Imperio Antiguo. Representa al príncipe con las orejas cercenadas como en las "cabezas de repuesto" de las tumbas de los favoritos de la época. Se ignora por qué razón se adoptó en este caso la forma de busto, muy raramente utilizada entonces. Ankh-Haf era yerno de Keops, visir, arquitecto encargado de las obras de construcción de las pirámides y fue el tercer marido de la rubia princesa de ojos azules Hetep-

Heres II.

13. LA PIRÁMIDE DEL REY KEFRÉN.
EN GIZEH
IV Dinastía. Este monumento sepulcral difiere poco del de Keops en sus proporciones, pues tiene 210 metros de lado por 136 de alto. Para poder disponer de espacio suficiente hubo que desmontar gran cantidad de peñascos y levantar en frente, por el lado Este, una pequeña altiplanicie con gigantescos bloques de piedra. La parte superior conserva una parte considerable del revestimiento primitivo, lo que no acontece con la Gran Pirámide. Este revestimiento es de piedra caliza, excepto en los dos zócalos inferiores que era de granito. El trazado de los pasillos interiores denota dos fases distintas de edificación. En primer término el templo funerario inacabado, construido en parte con sillares de piedra dura, de la primera pirámide de Micerino, sucesor de Kefrén. Según una fotografía de Charlotte v. Wedel.

14. EL REY KEFRÉN
Diorita. Altura total de la estatua 1,68 m. Procedente de su templo funerario de Gizeh. Museo de El Cairo.

IV Dinastía. La toca de Kefrén deviene tradicional en lo sucesivo. El halcón Horus, encaramado en el respaldo del trono, más que proteger al rey parece inspirarle. Incluso en una época tan pródiga en realizaciones artísticas, destaca esta estupenda estatua del rey Kefrén. Al artista que la produjo debemos considerarlo como uno de los más grandes maestros del cincel que lograron perpetuar en la piedra el espíritu de su época. Según una fotografía de Marburg.

15. LA GRAN ESFINGE EN LA NECRÓPOLIS REAL DE GIZEH. DETRÁS LA GRAN PIRÁMIDE DE KEOPS IV
Dinastía. El león monumental, con la *cabeza* real tocada al estilo faraónico, está tallado en un bloque calcáreo procedente de una cantera de Keops, pero parte del pecho y de los miembros posteriores, así como la totalidad de las patas son de piedra de sillería. Actualmente mide unos 20 metros de altura, siendo su longitud, hasta el arranque de la cola, 57 metros. En segundo término la Gran Pirámide de Keops. Según una fotografía de Charlotte v. Wedel.

El enigma de la esfinge

16. LA GRAN ESFINGE DE GIZEH IV

Dinastía. El año 1927 tuvo que reforzarse el cuello con cemento, precaución indispensable para que no se desmoronase la cabeza, pues el viento cargado de arena del desierto había rebajado esta parte relativamente blanda y estrecha del monumento. En la cara y en el pecho se reconocen todavía las zonas horizontales de las distintas capas de roca, y la escultura debió de estar policromada, según se supone, pues las mejillas conservan todavía restos de colorido. Se guardan en el Museo de El Cairo y en el Museo Británico, de Londres, fragmentos desprendidos de la serpiente frontal y de la barba. Fotografía del autor.

17. ESFINGE DE GRANITO DEL REY AMENEMHET III

Altura 1 metro. Procedente de Ta-nis. Museo de El Cairo. XII Dinastía. El rostro idealizado del soberano parece incrustado en los mechones estilizados de la melena del león, pero sin embargo, destacan claramente la diadema y la especie de gorguera que sostiene la falsa barba. Las orejas están bien acabadas. Sobre el pecho hizo grabar su nombre, con los títulos correspondientes, un faraón de época posterior. Fotografía del autor.

18. ESFINGE DE ALABASTRO

Altura 4 metros. Longitud 8 metros. Menfis.

Albores de la XVIII dinastía. H. G. Evers demostró que, contrariamente a la opinión general, este monumento, que carece de inscripciones, no puede pertenecer a la XIX dinastía. Desenterrado el año 1912, fue erigido nuevamente en el lugar donde fue descubierto, en un bosquecillo de palmeras de Mit-Rahina, cerca de Sakara. Como otras muchas esfinges, también ésta adornaba el acceso al templo de Ptah, de Menfis. La piedra blanda sufrió algunos desperfectos a causa de la humedad del suelo. Fotografía del autor.

19. ESFINGE DE GRANITO DE LA REINA HATSEPSUT

Tebas. Actualmente en el Museo Nacional de Berlín. XVIII Dinastía. Estatua recompuesta con los fragmentos hallados en el templo funerario de la reina levantado sobre terrazas en el circo de Der-el-Bahri, contra la muralla del desierto líbico. Como las demás esculturas y monumentos de la reina Hatsepsut, también esta esfinge fue víctima del furor iconoclasta de Tutmosis, habiendo sido destrozada y los fragmentos abandonados en una cantera. Restos

de pintura en la barba y en la cartela. Se ha restaurado la nariz, partes de la barba y otros lugares. Fotografía del autor.

La tumba aposento de gala

20. LAS HIJAS DE DJESERKARE-SENEB
Pintura mural de la tumba de Dje-serkaré-Seneb, de Tebas. (Tumba número 38).

XVIII Dinastía; época de Tutmosis IV. La de la izquierda, ya casada, muestra un collar, mientras la otra sostiene en la mano una tacita con el brebaje embriagador. Detrás, una esclava toca el arpa, cuya caja está recubierta con piel de onza. Por encima de la arpista, sobre pedestales con adornos de enramada, una jarra de vino rodeada de sarmientos cargados de uvas. En las figuras bellos detalles que se distinguen de los corrientes, como, por ejemplo, la exposición completa de los dedos de los pies. Fotografía de Siegfried Schott.

21. INVITADOS EN UN FESTÍN
Relieve mural en la tumba (número 55) del visir Ramosa, Tebas.

XVIII Dinastía. Época de Amenofis III y IV. A pesar de la mala calidad de la piedra, el artista realizó una verdadera obra de arte. El hombre que aparece en primer término sostiene una vara florida. Las cejas, el borde de los párpados y las pupilas están pintados de negro. El resto es incoloro. Pared de entrada en la sala oblonga. Fotografía de H. Leichter, Luxor.

22. MUCHACHAS EGIPCIAS DISTINGUIDAS
Pintura mural en la tumba (número 51) de Userhet, Tebas. (Véase también la lámina III).

XIX Dinastía. Época de Setos I. Ambas mujeres, esposa e hija del dueño de la tumba, respectivamente, están sentadas bajo una higuera entre cuyas ramas revolotean paja-rillos. En vasos dorados recogen la bebida refrescante ofrecida por la diosa-árbol. Las dos mujeres llevan guirnaldas, y gorgueras adornadas con hileras de pétalos. Sobre el ápice del cráneo botes de ungüentos, y brazaletes en el antebrazo. Los rostros, primorosamente dibujados y cincelados. Sobre las mejillas un hálito rojo pálido.

Fotografía del autor.

23. ESPOSOS EN ESPERA DE LAS OFRENDAS A LOS DIFUNTOS
Relieve mural (fragmento) en la tumba de un funcionario de Menfis. Museo Nacional de Berlín (número 7.278).

Finales de la XVIII dinastía. El dueño de la tumba empuña el cetro, en la mano derecha, emblema de la autoridad, y su esposa le pone delicadamente la mano sobre el pecho. Ambos están sentados en sillones con píes de león, y sus pies reposan sobre escabeles. Sobre el cráneo los habituales botes de ungüento y, además, la mujer con flores de loto azul que echan renuevos. Atado a la pata del sillón su mono preferido, un macaco, que de pie aguarda también su ofrenda de comestibles. El nombre del hombre es Rii. Fotografía del museo.

El fabuloso pasado del Valle de los Reyes

24. TAPA DE UN SARCÓFAGO DE GRANITO QUE REPRODUCE LA IMAGEN DEL DIFUNTO
Longitud total del sarcófago: dos metros. Museo de El Cairo. XVIII y XIX Dinastías. En el mentón un diminuto portabarbas tradicional. Rostro aureolado por una peluca postiza. Joya escultórica fruto de la madurez artística del período de la hegemonía mundial. Fotografía del autor.

25. NECRÓPOLIS RUPESTRE DE TE-BAS EN LA MARGEN OCCIDENTAL DE LAS TIERRAS DE LABOR
Vista tomada desde el Este, hacia las terrazas diluviales coronadas por el picacho de "El-Qorn" (El cuerno), a cuyos pies se extienden los grupos de tumbas de los funcionarios.

26. EL VALLE DE LAS TUMBAS REALES DE TEBAS
Visto desde el extremo del valle, el picacho de "El-Qorn" semeja una pirámide natural. A la izquierda, en el suelo del valle, aparece el acceso a la tumba de Tutankamon; más allá otras dos entradas subterráneas. El paisaje sin vida ni vegetación está todo el día expuesto a los abrasadores rayos del sol. Fotografía del autor.

27. FÉRETRO EXTERIOR DE LOS TRES QUE SE ENCONTRARON DENTRO DEL SARCÓFAGO DE CUARCITA DE TUTANKAMON
De madera chapeada de oro. El sarcófago es de cuarcita amarilla. En la cámara sepulcral de la tumba del rey en Tebas. XVIII Dinastía.

El féretro externo, cuya parte superior es visible, mide 2,25 metros de largo, está construido de madera dura totalmente recubierta de oro con incrustaciones. El rostro y las manos son de oro macizo. Sobre la frente, con incrustaciones de vidrio opaco y de cerámica, rodeados por una guirnalda la cabeza de buitre y la serpiente, emblemas de la realeza. Las cejas y los párpados son de pasta de vidrio de tono azul vivo; el globo ocular de alabastro y las pupilas de obsidiana. El látigo y el cetro llevan incrustaciones coloreadas de vidrio y de cerámica.

Según Howard Cárter. Tut-ench-Amon. Leipzig. F/A. Brockhaus 1927. II tomo. Grabado 67.

28. TAPA DE ATAÚD EN LA TUMBA DEL REY MENEPTAH
Granito de Asuán. En la sala hipóstila de la tumba real. XIX Dinastía. Esta gran tapa, muy bien conservada, semeja un sello real.

El "Faraón del Éxodo", hijo y sucesor de Ramsés II, descansa, con los brazos cruzados sobre el pecho, empuñando las insignias del poder real, como medio hundido en un almohadón a cuyo alrededor se enrosca la serpiente del averno. Las paredes de la tumba han sufrido serios desperfectos debido a las infiltraciones. Fotografía del autor.

El misterio de las momias

29. PURIFICACIÓN DE LOS MUERTOS Y DESPEDIDA DE LA MOMIA INCORPORADA
Fresco de la tumba (N.° 181) de los escultores tebanos Ipuki y Nebanum.

XVIII Dinastía. Época de Ame-nofis III y IV. Mitad izquierda de la pared del fondo. El sacerdote de los muertos vierte el agua de purificación sobre la momia incorporada y sobre otra apenas visible a la derecha. Sobre los cráneos de las máscaras de las momias los botes de los ungüentos y una alta vara florida ante cada difunto. A los pies de las momias dos plañideras llorando, la mayor se arañó el pecho y se cubrió de polvo el pelo. Arriba, a la izquierda, otro sacerdote procede a la apertura ritual de la boca. Los lienzos que enfajan las momias imitan el color negro de los ungüentos. Fotografía del autor.

30. PARTE SUPERIOR DE LAS MOMIAS DE NESITANEBASHRU, SACERDOTISA DE AMÓN *(izquierda)*

31. ...Y DEL CORTESANO JUYA, SACERDOTE DE MIN Y PADRE DE LA REINA TEYA *(derecha)*
Ambas momias, que estaban expuestas en el Museo de El Cairo, se caracterizan por su excelente estado de conservación. Nesitanebashru, hija de un hombre llamado Nesi-Khonsu — tal vez Pinotem II, y por lo tanto princesa — vivió durante la XXI dinastía. El año 1905 descubrió Theodor M. Davis en el Valle de los Reyes su tumba intacta, en la que se encontraba enterrado junto a su esposa, rodeados ambos de riquísimas ofrendas. Según el "Catálogo General de las Momias Reales de El Cairo". Plancha 88 y "La tumba de Juya y Tuya" por Th. M. Davis-Maspe-ro, Newberry, Cárter. Londres, 1907. Plancha II.

32. PARTE SUPERIOR DE LA MOMIA DE RAMSÉS II
Procedente del gran hallazgo de momias reales realizado el año 1881 en Der-el-Bahri. XIX Dinastía. Ramsés II vivió hasta los 90 años, después *de 67 de* reinado. La extraordinaria influencia ejercida por este monarca, no sólo durante su vida, sino también después de su muerte, parece justificar la popularidad de que goza, aun cuando el juicio de la historia no le ha confirmado el título de "grande" que con más razón puede ser reivindicado por Tutmosis III. Sus manos sostenían antiguamente las insignias del poder real: el báculo y el látigo.

Del "Catálogo General de las Momias Reales de El Cairo". Plancha XXIX.

33. CABEZA DE LA MOMIA DE SETOS I
Hallada también en Del-el-Bahri el año 1881. Museo de El Cairo. XIX Dinastía. El proceso de momificación ennegreció la piel. Débil huella en la frente y en las sienes de la diadema de oro desaparecida. Los rasgos y la expresión del rostro denotan distinción, dignidad y *fuerza* masculina. Del "Catálogo General de las Momias Reales de El Cairo". Frontispicio.

34. PLAÑIDERAS ANTE EL RELICARIO DE LA TUMBA DE LOS ESCULTORES IPUKI Y NEBANUM, DE TEBAS
XVIII Dinastía. Época de Ameno-fis III y IV.

Ante el relicario funéreo en forma de capilla gimen dos mujeres. La más pequeña llora con la mano puesta sobre la cabeza, mientras la otra aprieta contra el relicario una planta florida de papiro. Las pestañas alargadas hasta la raíz de la nariz confieren expresión de dolor al rostro. Un hombre empuña la cuerda de tracción de las angarillas. Bajo el relicario, a la derecha, asoma parte de una barquita trenzada de cañas, en la que aparece de pie una estatuilla de la diosa Nef-tis. Fotografía del autor.

Amuletos y conjuros

35. URNA DE ALABASTRO EN FORMA DE CAPILLA QUE CONTENÍA LAS VÍSCERAS EMBALSAMADAS DE TU-TANKAMON

De la tumba de dicho rey en Te-bas. Museo de El Cairo. XVIII Dinastía. En los ángulos de la urna de alabastro jaspeado, maravillosamente labrada, las cuatro diosas protectoras Isis, Neftis, Neit y Selk. La urna descansa sobre una tarima dorada portátil provista de agarraderas. Fue hallada en la tumba cubierta con una mortaja dentro de otra urna de madera con friso de serpiente y figuras de las diosas en pleno relieve. Las inscripciones y las alas del disco solar están rellenadas con pasta de color.

El zócalo, con el sagrado símbolo de Osiris y de Isis es dorado. Fotografía de Lehnert & Landrock Suc. El Cairo.

36. TRES AMULETOS FÚNEBRES EN FORMA DE ANIMALES

Cerámica. Berlín-Lichterfelde. Propiedad particular. Época Tardía. A la izquierda el cinocéfalo consagrado a Thot, dios de la sabiduría. En el medio la diosa protectora de las mujeres encinta y de las parteras, el hipopótamo del Nilo, con el signo "protección" grabado sobre el vientre. A la derecha el halcón de Horus. Fotografía del autor.

37. AMULETOS PROTECTORES PARA USAR EN ULTRATUMBA

Imperio Nuevo o Época Tardía. Tales amuletos, de acuerdo con las fórmulas del "Libro de los Muertos" se colocaban colgados al cuello de los difuntos, o sobre el pecho, o colgados aparte, o alrededor de la cintura, o aun en bandas sobre el pecho, o en sortijas, brazaletes y pendientes. El amuleto-corazón es de piedra dura; el descanso de la cabeza de hematites, el cetro de papiro y el símbolo de Osiris de cerámica verde. Cada talismán tiene su propio simbolismo que se refiere al bienestar del difunto en la vida futura. Fotografía del

autor.

38. PECTORAL PROCEDENTE DEL TESORO FUNERARIO DE TUTANKAMON
Oro con incrustaciones de piedras semipreciosas y de pasta de vidrio. XVIII Dinastía. A partir del Imperio Nuevo ya se colocaban estos magníficos pectorales en las tumbas de los miembros de la familia real. Combinación de colores a base de lapislázuli, verde, azul turquí, carneolina y oro. A la izquierda la diosa Neftis y a la derecha Isis, ambas arrodilladas acariciando las alas del escarabeo-corazón. En la parte superior el sol alado entre serpientes erguidas en actitud amenazadora. Fotografía Lehnert & Landrock Suc. El Cairo.

39. AMULETO DE LUJO
Munich. Colección Egipcia del Estado.

Cornalina. Uno de los amuletos más difundidos en el Antiguo Egipto: el ojo de Horus con cejas y adornos fantásticos entremezclados con una diosa-buitre. Todo de gran efecto decorativo, aun cuando como obra de arte no sea de labra muy refinada.

Probablemente de la Época Tardía. Fotografía del autor.

40. TRES ESTATUAS FÚNEBRES DEL REY TUTANKAMON
De madera de ébano y otros materiales. De la tumba del rey en Tebas. Museo de El Cairo. XVIII Dinastía. Gorgueras doradas; las insignias de la figura de la derecha son de oro y los emblemas frontales de la del medio de bronce. Bajo los rizos de la cabellera pintada de negro se distinguen las diademas doradas. La parte inferior de las estatuas están cubiertas de largos textos fúnebres y las inscripciones fueron rellenadas con pasta coloreada. Las estatuillas de las *ushabtis,* cuyos rostros debían parecerse al del joven monarca fallecido, eran los sustitutos encargados de *responder* a su llamada y ejecutar para él toda labor pesada en el otro mundo. Fotografía Lehnert & Landrock, Suc. El Cairo.

De bestia a dios: el Escarabajo sagrado

41. ANILLO CON ESCARABEO Oro, lapislázuli y piedras semipreciosas. Procedente de la cámara del tesoro de la tumba de Tutanka-mon, de Tebas. Museo de El Cairo.

XVIII Dinastía. La cabeza, el coselete y los élitros del insecto son de lapislázuli tallado y encajado en el armazón dorado. Para las otras incrustaciones se utilizaron cornalina, amatista, esmeralda y también lapislázuli. Fotografía de Lehnert & Landrock Suc. El Cairo.

42. EL DIOS SOLAR KHEPRI EN FORMA DE ESCARABAJO
Relieve de caliza a la entrada de la tumba del rey Setos I en el valle de los Reyes, de Tebas.

XIX Dinastía. Representación realista, en medio del disco solar, del escarabajo pelotero sagrado, emblema del dios-sol. Con su colocación en este lugar se alude al sol naciente que reaparece diariamente después de su viaje nocturno por el mundo de los muertos. Fotografía del autor.

43. EL DIOS SOLAR KHEPRI EN su TRONO
Pintura mural con relieve estucado en la tumba de la reina Nefertari, en Tebas.

XIX Dinastía. Primera estancia de la tumba. El dios empuña el cetro y el emblema de la vida. A la altura de la rodilla aparece el resto de la cola de adorno. Fotografía G. Leichter, Luxor.

44. EL DIOS SOLAR KHEPRI EN FORMA DE ESCARABAJO
Granito gris. Altura total del monumento: 2 metros. En el recinto del templo de Karnak.

XVIII Dinastía. Este gran escarabeo colocado en un alto zócalo fue consagrado por Amenofis III. Posteriormente fue sistemáticamente destruido por medio de barrenos, pero ha sido casi enteramente restaurado aprovechándose los fragmentos hallados. Monumento situado en la orilla norte del gran estanque del templo.

Maravillas técnicas del antigo Egipto

45. LOS COLOSOS DE MEMNON, ESTATUAS GIGANTESCAS DE AMENOFIS III
Piedra arenisca silícea. Altura 20 metros.

Orilla occidental de Tebas. XVIII Dinastía. Estas grandiosas estatuas

sedentes, construidas cada una en un solo bloque de piedra, eran consideradas, durante la época imperial romana como imágenes de Memnón, hijo de Eos y de Ti-tón. Según la leyenda, enviado por su padre, rey de Etiopía, en socorro de Troya, sitiada por los griegos, pereció Memnón a manos de Aquiles. El coloso del lado del norte, a la derecha de la figura, saludaba por las mañanas a su madre Eos con un murmullo armonioso exhalado por su piedra que se estremecía bajo la caricia del sol. En tiempos muy remotos empezaron a desintegrarse y Septimio Severo mandó restaurar la parte superior con bloques de asperón y el sonido desapareció. En los lados de los tronos está inscrito el nombre de Amenofis III con el emblema habitual de los dioses de las Dos-Tierras, los cuales abrazan el blasón del Alto y del Bajo Egipto en el signo "reunir". El coloso norte tiene a la izquierda a su madre Mu-temuya, y a la derecha a su esposa Tuya. Está ya enteramente destruida una tercera figura que existió entre las piernas. No queda ni rastro del templo de Amenofis ante el cual fueron erigidos los dos colosos monolitos orientados hacia Levante. Fotografía del autor.

46. OBELISCO DE RAMSÉS II
Granito de Asuán. Situado frente al templo de Luxor.

XIX Dinastía. La pareja de este obelisco erigido con motivo del jubileo de Ramsés II se encuentra actualmente en la plaza de la Concordia, de París. La figura superior muestra a Ramsés de rodillas ante el trono de Amón. De arriba abajo, inscripciones profundamente cinceladas en la piedra ensalzan al faraón por el templo que en Opet mandó erigir en honor a Amón. El piramidión estaba recubierto antiguamente con una capa de metal precioso bruñido. Al fondo una parte de la torre oriental del pilono del templo, con el cual el mismo rey dio una entrada monumental al magnífico edificio de Amenofis III. Sobre la pared, obliteradas por el tiempo, escenas de la guerra contra los hititas. Fotografía del autor.

47. COLUMNAS CON CAPITEL DE LOTO CERRADO DEL GRAN TEMPLO DE AMENOFIS III, DE LUXOR
Arenisca.

XIX Dinastía. Columnata occidental del segundo patio, la cual sostiene los viejos y gigantescos arquitrabes. Fotografía del autor.

48. VISTA HACIA UNA VENTANA DE PIEDRA DE LA NAVE CENTRAL DE LA GRAN SALA HIPÓSTILA

DE KARNAK
Arenisca.

XIX Dinastía. Las doce grandes columnas de las dos hileras de la nave central tienen 21 metros de altura. Las columnas miden 3,57 metros de diámetro y más de 10 m. de circunferencia. El inmenso templo sólo recibía luz antiguamente a través de la reja de piedra de las altas ventanas laterales. Las grandes columnas de la nave central reproducen plantas de papiro con inflorescencias bien desarrolladas, y las más bajas de las naves laterales tallos de papiro con renuevos. Fotografía del autor.

Rostros de faraones

49. EL REY MICERINO CON LA CORONA DEL ALTO EGIPTO
Esquisto verdegrís. Altura total 80 cm. Procedente del templo funerario del rey en Gizeh. Museo de El Cairo.

IV Dinastía. Detalle de un grupo en el que aparece el rey entre la diosa Hathor y una deidad local. Entre las ruinas del templo inacabado y restaurado de un modo provisional con ladrillos de barro secado, se encuentran otras cuatro tríadas semejantes, amén de un grupo, sin terminar, del rey con la reina Khamerernebti. Fotografía Marburg.

50. SESOSTRIS III
Arenisca parda. Altura del fragmento: 16 cm.

Nueva York: Metropolitan Mu-seum of Art.

XII Dinastía. El rey mira hacia el suelo. Las arrugas de los ojos y el acabado realista de la boca comunican una sin par elocuencia a sus rasgos serios y serenos. Este fragmento, impresionante como documento artístico, se hallaba antes en poder de Lord Carnavon. Fotografía del museo.

51. SESOSTRIS III
Obsidiana: Altura del fragmento: 13 cm. Actualmente en Washington: National Gallery (Coll. C.S. Gulbenkían).

XII Dinastía. Esta extraordinaria obra maestra ha sido

repetidamente atribuida a la Época Tardía, pero por el material empleado en su construcción, tanto como por su estilo, sólo puede pertenecer a la edad de oro del Imperio Medio. El monarca que de tal modo supo modelar su época, por fuerza tuvo que ser una gran figura histórica, y es natural que haya despertado el interés de la posteridad. Antiguamente formaba parte de la colección Mac Gregor. Fotografía cedida por la National Gallery de Washington.

52. AMENEMHET III
Piedra caliza amarillenta. Altura de la estatua sedente: 1,60 metros. Procedente con toda seguridad del templo funerario del rey en Hawa-ra. Museo de El Cairo. XII Dinastía. Como los demás reyes, lleva colgada al cuello una ca-denita con un amuleto. Estatua reconstruida con los fragmentos hallados durante la construcción del Canal de Suez. Sorprende el gran tamaño de las orejas.

53. TUTMOSIS III
Esquisto metamórfico. Altura de la estatua: 2 metros. Procedente de Karnak. Museo de El Cairo. XVIII Dinastía. Se lee valor y decisión en los rasgos de esta cabeza juvenil tocada con la gran corona cónica del Alto Egipto. En comparación con los ojos lisos, las orejas y la nariz están muy bien acabadas. El autor de esta estatua hallada en el templo de Amón, ha logrado legar a la posteridad una imagen real y convincente de la personalidad elástica, perspicaz y enérgica del más poderoso de los faraones del antiguo Egipto. Fotografía del autor.

54. AMENOFIS IV (Ecnaton, el rey hereje)
Arenisca pardo rojiza. Altura de la estatua: 4 metros. Procedente del patio del santuario del rey en Karnak. Museo de El Cairo. XVIII Dinastía. El expresionismo revolucionario e impetuoso de la época llevado hasta el extremo en la tendencia artística del joven faraón, ha convertido los rasgos y la forma del cuerpo del monarca — el cual en las inscripciones de la estatua lleva su primitivo nombre de Amenofis — en un conjunto que tiene algo de barroco. Los es-cultores reproducen sinceramente la mandíbula saliente, el cráneo alargado e hinchado, aun cuando la enfermedad había seguramente exagerado las deformidades, y logran darnos una idea de cuales eran los rasgos fisionómicos del rey hereje, rasgos que tienen un cierto atractivo, pero en cuya ejecución apunta ya un principio de decadencia. Fotografía aparecida en "En Egyp-te" de C. Robichon y A. Varille (París, 1937), facilitada por el "Service des

Ántiquités d'Egypte".

55. PARTE SUPERIOR DEL FÉRETRO DE ORO DE TUTANKAMON Longitud 1,85 metros.

De la tumba del rey en Tebas. Actualmente en el Museo de El Cairo. XVIII Dinastía. Este féretro extraordinario, que pesa 225 kilos, es de oro macizo de un espesor de 2,5 a 3,5 mm., con incrustaciones de piedras de colores y esmalte azul-oscuro. En la frente la serpiente frontal protectora y la cabeza de
buitre. Lleva alrededor del cuello una cadena con miembros lenticulares de oro de diferentes matices. Han desaparecido las pupilas incrustadas. El rey empuña las insignias reales: el cayado y el látigo osiríanos. El puño de este último es una vara de bronce cuadrado. Barba de adorno primorosamente labrada. Fotografía del autor.

56. SETOS I PRESENTANDO OFRENDAS A UNA DEIDAD
Relieve de caliza en una pared de la capilla de Sokaris en el templo de Abidos.

XIX Dinastía. El rey lleva la corona azul. En la reproducción del delantal triangular se advierte la conocida ley "de la frontalidad". El rostro es un verdadero retrato y todo el relieve está muy bien, incluidos los jeroglíficos; es un trabajo sumamente delicado y pulido. Fotografía del autor.

57. SETOS I
Croquis de un relieve que no llegó a ejecutarse, sobre una columna en la tumba rupestre del rey en Tebas. XIX Dinastía. Tanto el croquis en sí como el trazado de las líneas denotan la maestría del autor. Según nuestro punto de vista crítico moderno, algunas pequeñas correcciones realzan el atractivo del conjunto. El monarca está ante una divinidad invisible. A pesar de que en la nobleza del estilo se echa de menos cierto vigor, se trata, sin embargo, de un magnífico testimonio del espíriu de la época. Existen varios croquis semejantes en las columnas del vestíbulo. Fotografía del autor.

58. RAMSÉS II

59. Granito. Altura 1,94 metros. Procedente de Karnak. Actualmente en el Museo di Antichitá. Turín.

XIX Dinastía. Esta famosa estatua sedente ha sido reconstruida de

trozos, siendo necesario suplir algún que otro fragmento que no pudo ser hallado. El faraón tercia el cayado y su ropaje es a la moda del tiempo.

Vista de frente, resulta un contorno asimétrico, pero curioso y completamente refractario a la tradición plástica del país. Ante el trono, a la izquierda, la esposa del rey, y a la derecha uno de sus hijos. Bajo las sandalias del faraón están representados los nueve arcos que simbolizan a los pueblos sometidos. Fotografías de Marburg.

60. ESTATUA DE RAMSÉS II TALLADA EN LA ROCA VIVA
Arenisca. Altura de cada una de las cuatro estatuas sedentes: 20 metros. Altura de la oreja: 1 metro. Situada ante la fachada del gran templo de Abu-Simbel.

XIX Dinastía. La cabeza pertenece a la estatua situada más al sur, que es también la mejor conservada. La toca del faraón está unida a la alta corona de los "Dos Egiptos". La fachada y el interior del templo están tallados en la roca viva. A pesar de su monumentalidad, los rasgos fisionómicos de Ramsés II nada tienen que desear. Fotografía Marburg.

Las grandes reinas

61. LA REINA HATSEPSUT
Arenisca. En una pared del templo de Karnak.

XVIII Dinastía. Esta imagen de la famosa reina autocrática tiene un valor excepcional si se tiene en cuenta que el exasperado Tutmo-sis III mandó destruir sistemáticamente todos los monumentos de su esposa. Fotografía Marburg.

62. LA REINA HATSEPSUT, ARRODILLADA, OFRECE UN VASO SAGRADO Granito de Asuán. Altura: 90 cm. Del templo de terrazas de la reina en Tebas. Museo Nacional de Berlín.

XVIII Dinastía. El vaso sagrado, con el símbolo (el fetiche *Zed)* de Osiris. Como faraón reinante, la reina está representada como hombre, con el faldellín corto, la falsa barba y el busto desnudo, mostrando un pecho correctamente masculino. Las cejas, las orejas y

las pupilas están pintadas de negro. Esta estatua, a la que se añadió la base, se halló incompleta en el curso de unas excavaciones efectuadas por la expedición del Metropolitan Museum, de Nueva York, siendo cedida más tarde en intercambio al museo berlinés. Fotografía Marburg.

63. PARTE SUPERIOR DEL SARCÓFAGO DE LA REINA MERIT-AMÓN Madera de cedro y otros materiales. Altura de la cara hasta el comienzo de la cabellera: 35 cm. Procedente de la tumba de la reina en Tebas. Museo de El Cairo.

XVIII dinastía. Época de Amenofis II. Forman los ojos piedras blancas y negras. Los bordes de los párpados, las cejas y las líneas de maquillaje son de esmalte azul oscuro. Pasta coloreada llena los surcos de la cabellera dorada. La reina — hija de Tutmosis III — empuña en cada mano el llamado cetro de papiro en forma del signo "reverdecer", que generalmente se encuentra como amuleto. Según H. E. Winlock: The Tomb of Queen Meryet-Amun: Plancha XXV.

64. BUSTO DE LA REINA NOFRETETE Labrado en piedra caliza policromada. Altura: 48 cm. Procedente del taller del escultor áulico Tut-mosa, en Tell Amarna. Museo Nacional de Berlín (21.300). XVIII Dinastía. Esta umversalmente conocida maravilla artística es en realidad un modelo de taller. La corona es azul, la diadema blanca, la gorguera policromada, el color de la piel rojizo. El ojo derecho insertado por vía de ensayo es de cristal de roca sobre una masa llana de pintura negra de cera. Fotografía del museo.

65. LA REINA NOFRETETE Cuarcita. Procedente de El Amarna. Museo de El Cairo.

XVIII Dinastía. Maravillosa estatua inacabada, hallada en el curso de las excavaciones realizadas por la Egypt Exploration Society. Son perfectamente visibles las huellas del cincel. El eje longitudinal está marcado con una línea. Como de toda evidencia el bloque no bastaba para modelar también la parte posterior de la cabeza, se había previsto una cofia para cubrirla. Cabeza destinada a ser espigada a un cuerpo de piedra distinta. A pesar de cierta dureza en determinados lugares, se ha logrado dar a la imagen una expresión eminentemente femenina. No hay que olvidar que tales

obras de arte solamente fueron posibles a partir de la revolución artístico-religiosa de la época de El Amarna. En parte alguna del mundo puede mostrar el período pre-clásico estatuas femeninas de tal categoría. Fotografía original.

66. LA REINA NEFERTARI Granito. Adosada a una estatua colosal de su marido Ramsés II, en Luxor.

XIX Dinastía. Primer patio de columnas del templo de Luxor, lado izquierdo. La reina, de aspecto sonriente y juvenil, acaricia con la mano el muslo de la estatua gigante de su esposo. Es la "Naptera" de los textos cuneiformes. Su nombre entero era Nefertari (o Nofretere) mi-en-Mut. Como esposa principal del emprendedor faraón desempeñó también un importante papel en la política de su tiempo. Fotografía de G. Leichter, Luxor.

67. LA REINA NEFERTARI ORANDO
Pintura mural sobre relieve estucado, en la tumba de la reina en Tebas. Tamaño natural. XIX Dinastía. Sobre la toca de buitre, que le cubre la cabeza, la corona plumada y el disco solar. En el lóbulo de la oreja un dije en forma de umbela de papiro. Las partes correspondientes a la nariz, a la mejilla y al mentón son ligeramente coloreadas. La soberana adora al toro sagrado — que no está representado en la figura — y a las siete vacas sagradas.

68. PARTE SUPERIOR DE LA ESTATUA DE LA HIJA DE RAMSÉS II (?)
Piedra caliza policromada. Procedente de Tebas. Museo de El Cairo. XIX Dinastía. Se supone que este interesante fragmento representa a una hija de Ramsés II porque fue hallado en el Rameseum. Tal vez se trate de una hija favorita, o puede que de su segunda esposa principal Putukhepa, la hija de Hattusil, rey de los Hititas, lo que podría explicar su tez norteña. La representada aprieta con la mano sobre el seno derecho el amuleto de Ha-thor, diosa del amor. Sobre la cabeza un adorno macizo con una hilera de serpientes y el disco solar. Fotografía Marburg.

Cartas eternas

69. TABLILLA DE MADERA CON LA IMAGEN DEL CORTESANO HESIRÉ CON EL RECADO DE ESCRIBIR AL HOMBRO
Altura de la imagen sedente: 39 centímetros. Altura total de la tablilla: 1,14 m. Procedente de la tumba de Hesiré, en Sakara. Museo

de El Cairo.

III Dinastía. El recado de escribir se compone del cálamo y la paleta provista de dos cazos, uno para el agua y el otro para la tinta. Las partes aisladas están unidas entre sí por medio de un cordel. Esta magnífica talla, uno de los más antiguos relieves de puro estilo egipcio, es un hermoso ejemplo de la fuerza creadora de la III Dinastía. Fotografía del autor.

70. ESCRIBA DEL IMPERIO ANTIGUO Granito de Asuán. Altura: 68 cm. Procedente de Gizeh. Museo de Berlín (15.701)
IV Dinastía. El tipo de escriba que se afirma a través de todas las transformaciones de la cultura egipcia, y que por sí solo constituye, como modelo ideal del sabio — que nada tiene que ver con el simple funcionario que se limita a escribir al dictado de un superior — un monumento característico de la evolución histórico-espíritual del país, aparece aquí todavía en su expresión primitiva. A Darsened, que tal es el nombre de este escriba, también le conocemos por otra escultura de la misma piedra que lo representa en compañía de su esposa. La mano derecha, dispuesta a escribir, descansa sobre la parte de papiro extendido por la mano izquierda. En el papiro está grabado su nombre. Huellas de pintura negra en la cabellera y pardo-rojizas las tetillas. Fotografía del autor.

71. EL VENERABLE IMHOTEP
Bronce con incrustaciones. Propiedad particular. Imhotep, la personalidad enciclopédica más antigua que conocemos documentalmente, era el gran visir del rey Djoser. Como director de las construcciones creó la más antigua arquitectura monumental de piedra que ha llegado hasta nosotros. Era también médico, filósofo y administrador eminente. Es probable que se le deba la invención del calendario. Su nombre figura grabado en el zócalo de la estatua de su rey. Su actividad creadora y su influencia fueron tales, que el pueblo egipcio jamás lo olvidó a lo largo de su historia antigua. En la época ptolomaica fue incluso objeto de veneración como si fuera verdaderamente un dios; innumerables estatuas de bronce, como ésta, que se remonta a la Época Tardía, ponen de manifiesto la popularidad del culto a él dedicado.

72. RAMSÉS-NAKT, SACERDOTE DE AMÓN, REMATADO POR EL DIOS THOT EN

FORMA DE CINOCÉFALO, PATRÓN DE LOS ESCRIBAS
Granito. Procedente de Tebas. Museo de El Cairo.

XX Dinastía. El gran sacerdote está escribiendo en un papiro desplegado. El animal sagrado, en cuclillas sobre su hombro, le pone las manos sobre el cráneo para inspirarle. Bien lograda la expresión pensativa del rostro. Fotografía Marburg.

73. DOS TABLILLAS, CON TEXTOS CUNEIFORMES, PROCEDENTES DEL ARCHIVO DEL PALACIO DE AMARNA
Barro cocido. Museo de Berlín. Fotografía de museo.

LÁMINAS EN COLORES

Pinturas egipcias antiguas, según Nina M. Davies, reproducidas con autorización del Instituto Oriental de Chicago

I. LA REINA NEFERTARI, ESPOSA DE RAMSÉS II, DE LA MANO DE LA DIOSA ISIS
Pintura mural sobre relieve estucado liso en la tumba de la reina en Tebas.

XIX Dinastía. Dimensiones del original: 197 X 220 cm. La diosa Isis, que conduce a la reina, lleva sobre su cabeza los cuernos de toro con el disco solar, del que pende la serpiente frontal. Rodea el cuello de Isis la cadenita de borlas (emblema de Hathor) de la que a la espalda cuelga como contrapeso un amuleto.

En la mano izquierda empuña el cetro de los dioses. La reina Nefertari está representada en la elegante indumentaria de la época. He aquí la traducción de las inscripciones: "Palabras salidas de la boca de Isis: Ven, excelsa reina Nefertari, amada de la diosa Mut, justifícate, para que pueda asignarte un lugar en el cielo" y "La gran esposa real y soberana de las Dos-Tierras, Nefertari, amada de Mut, está justificada ante Osiris, el dios supremo".

II. PÁJAROS ENTRE LAS RAMAS DE ACACIA
Pintura mural sobre estuco en la tumba del príncipe Khanemhotep, en Beni-Hasan.

XII Dinastía. Época de Amenem-het II. Dimensiones del original: 56 X 46. La acacia ("Sunt" en árabe, conocida aquí generalmente con el nombre de mimosa) tiene bayas floridas amarillas. El pájaro de alas extendidas y el que está más arriba son alcaudones (Lanius nu-bicus). Debajo está representado un alcaudón rojo (Lanius colurio), y bajo el árbol, a la derecha, un colirojo (Phoenicurus phoenicu-rus), y más allá una abubilla (Upupa epops major), Por la delicadeza de colorido es esta pintura una de las más agradables e interesantes de cuantas se encuentran en la expresada tumba. Khnemhotep pertenecía a una familia de príncipes que por derecho de herencia reinaba sobre el nomo de la gacela y en parte sobre las regiones orientales, con Monet Khufu por capital. Su hijo adquirió por casamiento el nomo del perro.

III. LA DIOSA-ÁRBOL ALIVIA CON SU SOMBRA A LA FAMILIA DE USE-

RHET

Pintura mural con claros de caña recubiertos de barro, en la tumba (N.° 51) de Userhet, en Tebas. XIX Dinastía. Época de Setos I. Dimensiones del original: 134 X 160 cm. El difunto, que era gran sacerdote del Ka del rey Tut-mosís I, está sentado a la sombra de una higuera cargada de fruta, con numerosos pájaros que semejan gorriones. Detrás están su madre Tawosret y su esposa Hatsepsut ataviadas con la rica indumentaria de la época. Sobre sus cabezas los botes de ungüento. La diosa-árbol les ofrece su bebida refrescante que escancia de una alta jarra, además de fruta, pasteles y flores. Sobre las figuras de las mujeres revolotean sus almas en forma de pájaros con cabeza humana. Frente a la diosa-árbol los pájaros-alma del propietario de la tumba y de su esposa apagan la sed bebiendo agua del estanque, en forma de T, del jardín. Esta hermosa obra es un ejemplo elocuente del esplendor del estilo que era propio de los artistas bajo los primeros monarcas de la XIX Dinastía. Cf. Figura 26.

IV. DOS PRINCESAS A LOS PIES DE SUS PADRES

Pintura mural sobre estuco en una estancia del palacio de Amarna perteneciente al templo de Atón. Oxford; Ashmolean Museum. XVIII Dinastía. Época de Ecnaton. Dimensiones del original: 30 X 36 cm. Aparece a la derecha de la parte superior el gran pie, calzado con sandalia, de la figura de su madre la reina Nofretete, y a la izquierda pende uno de los lazos de su cinturón. Ambas princesas, enteramente desnudas, están sentadas sobre altos almohadones blandos, y llevan ricos adornos en las orejas y sobre el pecho. Son características la forma anormal del occipucio y la ternura proverbial de las imágenes de la época.